# PORQUE ERES MÍA
## LISA KEYPLAS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Londres, otoño de 1833*

-No puedo casarme con él. No puedo hacerlo. -Al contemplar a lord Clifton paseando por el jardín en compañía de su padre, a Madeline se le revolvieron las tripas.

Hasta que su madre, lady Matthews, le contestó, no se percató de que había hablado en voz alta.

-Aprenderás a cuidar de lord Clifton -dijo secamente. Como era habitual, su afilado rostro mostraba una expresión adusta de reprobación. Después de conducir su vida con una tendencia a la autoinmolación próxima al martirio, había dejado claro que esperaba que sus tres hijas hicieran lo mismo. Los fríos ojos castaños, enmarcados en un rostro pálido *y* elegante, se clavaron en Madeline. Excepto ella, que se ruborizaba con facilidad, todas las mujeres Matthews compartían idéntica blancura de tez.

«Espero que algún día, cuando hayas madurado -continuó Agnes-, agradezcas que se te haya concertado tan estupendo enlace.

Madeline estuvo a punto de asfixiarse debido a una oleada de resentimiento y sintió que un rubor delator se instalaba en sus mejillas, tiñéndolas de un rosa brillante. Durante años había intentado ser cuanto sus padres esperaban de ella: dócil, discreta, obediente... Pero ya no podía contener sus sentimientos por más tiempo.

-¡Agradecer! -exclamó con amargura-. El casarme con un hombre más viejo que mi padre...

-Sólo uno o dos años -la interrumpió Agnes.

-... que no comparte ninguna de mis aficiones y que me ve tan sólo como a una yegua de cría...

-¡Madeline! -exclamó Agnes-. Semejantes palabras no son dignas de ti.

-Pero es la verdad -replicó Madeline, esforzándose por no alzar la voz-. Lord Clifton tiene dos hijas de su primer matrimonio. Todo el mundo sabe que quiere tener hijos, y se supone que yo soy la destinada a dárselos. Se me enterrará de por vida en el campo o, al menos, hasta que él muera, y luego seré demasiado vieja para disfrutar de mi libertad.

-Ya está bien -dijo su madre con rigidez-. Veo que se te tienen que recordar algunas circunstancias, Madeline. Es obligación de la mujer compartir los intereses de su marido, no al revés. No se le puede culpar a lord Clifton de que, casualmente, no disfrute con actividades tan frivolas como la lectura o la música. Es un hombre serio, con una gran influencia política, y espero que te dirijas a él con el respeto que se merece. En lo referente a su edad, llegarás a valorar su sabiduría y terminarás por buscar su consejo en todos los aspectos de la vida. Para una mujer, no hay otro camino hacia la felicidad.

Madeline apretó los puños y observó con tristeza a través de la ventana la voluminosa figura de lord Clifton.

-Si al menos me hubierais dejado alternar en sociedad un año, quizá me hubiera sido más fácil aceptar el compromiso. Nunca he ido a un baile o asistido a una cena o una fiesta. He tenido que seguir en el colegio, a pesar de que todas mis amigas ya se han ido. Incluso mis hermanas han sido presentadas en palacio...

-No han sido tan afortunadas como tú -respondió Agnes con la espalda más tiesa que una tabla-. Te ahorrarás todas las preocupaciones e inconvenientes de la temporada, porque ya estás comprometida con el mejor y más admirable partido de Inglaterra.

-Ésa es tu idea de él -replicó Madeline entre dientes, poniéndose tensa, pues en ese momento su padre y lord Clifton entraban en la habitación-, no la mía.

Al igual que cualquier otra chica de dieciocho años, había fantaseado con casarse con un gallardo y apuesto joven que se enamorase locamente de ella. Lord Clifton se hallaba todo lo lejos que se pudiera imaginar de aquellas fantasías. Era un cincuentón bajo y fornido, de carrillos bamboleantes, con el rostro surcado por profundas arrugas, la cabeza sin pelo y labios gruesos y húmedos; todo lo cual evocaba en Madeline la imagen de una rana.

¡Si tan sólo tuviera sentido del humor, una naturaleza amable o algo que ella pudiera encontrar siquiera un poco atractivo...! Pero Clifton no era más que un pedante sin imaginación, con una vida guiada por la rutina: la caza y las carreras, la administración de la hacienda, los ocasionales discursos en la Cámara de los Lores... Y lo que aún era peor: sentía un injustificado desprecio por la música, el arte, la literatura... Todo aquello, en fin, por lo que Madeline suspiraba.

Al verla en el otro extremo de la habitación, Clifton se acercó con una sonrisa carnosa y las comisuras de la boca brillantes de humedad. Madeline odiaba la forma en que la miraba, como quien observa un objeto que desea comprar.

Por inexperta que pudiera ser, sabía que la quería por ser joven, saludable y presumiblemente fértil. Al igual que su esposa, viviría en un estado más o menos permanente de gravidez hasta que Clifton se viera satisfecho por el número de hijos que ella le diera. Nada esperaba del corazón, la mente o el alma de Madeline.

-Mi querida señorita Matthews -dijo con voz ronca y profunda-, cada día está usted más encantadora.

Madeline pensó que incluso tenía voz de rana y tuvo que reprimir una sonrisita histérica. Las pegajosas manos de Clifton se cerraron sobre las de ella y las atrajo hasta sus labios. Tuvo que cerrar los ojos y armarse de valor para soportar el escalofrío de asco que la recorrió al sentir los abotargados labios rozar el anverso de su muñeca. Clifton, confundiendo la reacción de Madeline con una suerte de recato virginal -quizás incluso de excitación-, la miró con una sonrisa aún más amplia.

Las disculpas aducidas ante la petición de que dieran un paseo juntos no tardaron en ser soslayadas por el entusiasta beneplácito de sus padres, determinados a tener en la familia a un hombre de tales medios e influencia; lord Clifton obtendría de ellos cuanto deseara.

Tras agarrar a regañadientes el brazo de su prometido, Madeline salió a pasear por el jardín, de una geométrica y meticulosa disposición de setos de espino blanco, pulcros senderos de arena y arriates de flores.

-¿Disfruta de sus vacaciones escolares? -preguntó lord Clifton, mientras los pequeños pero pesados pies hacían crujir la grava del sendero.

-Sí, gracias, milord -contestó Madeline sin dejar de mirar el terreno que se extendía ante ellos.

-Sin duda ha de estar deseando abandonar el internado, tal y como ya han hecho sus compañeras -observó Clifton-. A petición mía, sus padres accedieron a mantenerla allí dos años más que a las otras chicas.

-¿A petición suya? -repitió Madeline, asustada por la influencia que parecía tener sobre sus padres-. Pero ¿por qué?

-Me pareció que sería beneficioso para usted, querida mía -afirmó con sonrisa autosuficiente-. Tenía que pulirse y disciplinarse. A la fruta perfecta hay que darle tiempo para que madure. Ahora ya no es tan impetuosa como antes, ¿eh? Tal y como pretendía, se ha hecho más paciente.

«No lo creo», hubiera querido espetarle Madeline, pero algo la obligó a mantener los labios sellados. Aquellos dos años de más marcados por el rígido confinamiento en el internado para jovencitas de la señora Allbright casi la habían sacado de quicio. También habían propiciado que su naturaleza rebelde y fantasiosa se convirtiera en algo salvaje e ingobernable. Dos años antes, la timidez y la falta de carácter le habrían impedido oponerse al deseo de sus padres de casarla con Clifton. Ahora, sin embargo, las palabras «paciencia» y «obediencia» habían desaparecido de su vocabulario.

-Le he traído algo -dijo Clifton-. Un obsequio que, estoy seguro, ha estado esperando.

Llevó a Madeline hasta un banco de piedra y se sentó con ella, presionando el costado de la chica con su cuerpo fofo. Madeline aguardó sin decir palabra aunque, al final, su mirada se encontró con la del viejo. Clifton sonrió como si fuera un tío indulgente que conversa con su traviesa sobrina.

-Lo tengo en el bolsillo -murmuró, indicando el lado derecho de la chaqueta de lana marrón-. ¿Por qué no lo saca usted misma, como la inteligente gatita que es?

Nunca le había hablado así antes, pues en los anteriores encuentros siempre habían estado convenientemente acompañados.

-Aprecio su amabilidad, pero no es necesario que me regale nada, milord -contestó Madeline, y juntó las manos con fuerza, entrelazando los dedos.

-Insisto. -Movió el bolsillo de la chaqueta hacia ella-. Busque su regalo, Madeline.

Con rigidez, metió la mano en el bolsillo hasta que dio con un aro diminuto. Cuando sacó el objeto y lo contempló, su corazón empezó a golpear en su pecho con un ritmo endiablado. Se trataba de un pequeño anillo de oro, de diseño trenzado y adornado con un pequeño y oscuro zafiro. Era el símbolo de su futura esclavitud como esposa de Clifton.

-Ha pertenecido a mi familia durante generaciones -explicó lord Clifton-. Mi madre lo llevó hasta el día de su muerte. ¿Le gusta?

-Tiene encanto -contestó Madeline con desdén, sintiendo una fuerte aversión por el objeto.

Clifton cogió el anillo y se lo puso en el dedo a su prometida. Como le quedaba demasiado holgado, Madeline tuvo que cerrar el puño para evitar que se le cayera.

-Ahora, cielito, ya puedes agradecérmelo.

La rodeó con sus pesados brazos, apretándola con fuerza contra su pecho fornido. Desprendía un olor hediondo y rancio, similar al de las piezas de caza que, para su maduración, pasan demasiado tiempo colgadas. Sin duda, lord Clifton opinaba que la frecuencia en el baño era un placer innecesario.

Madeline tomó aire con reprimida amargura.

-¿Por qué se dirige a mí como «cielito» o «gatita»? -preguntó con voz trémula y desafiante-. No me gusta que se me llamen esas cosas. Soy una mujer, *una.persona.*

La sonrisa de lord Clifton descubrió una enorme dentadura amarillenta. Una ráfaga de su apestoso aliento impactó en la cara de Madeline, que no pudo reprimir una mueca de desagrado.

Antes de contestar, Clifton aumentó la presión de su abrazo.

-Sabía que antes o después intentaría desafiarme... Pero a mi edad, ya me sé todos los trucos. He aquí la recompensa a su impertinencia, mi díscola gatita.

Clifton apretó sus fofos labios contra los de su prometida, sellando con brutalidad la boca de la joven con el primer beso que recibía. Los brazos de Clifton, como aros de un tonel, se cerraron

alrededor de Madeline, que se mantuvo inmóvil y silenciosa, estremecida por el asco, haciendo acopio de toda su fortaleza para soportar aquel contacto sin gritar o llorar.

-Encontrará que soy un tipo muy viril -afirmó Clifton entre jadeos, al tiempo que mostraba su orgullo por la conquista-. No soy de los que se andan con poesías o alientan los ridículos deseos de las mujeres. Hago lo que me place, y verá como acabará gustándole en sobremanera. -Con la mano regordeta acarició la mejilla, pálida y tensa, de su prometida-. Muñequita -musitó-. Jamás he visto un color de ojos como el suyo... Igual que el ámbar. -Enroscó los dedos en un mechón suelto del cabello castaño claro de Madeline y lo frotó repetidamente-. ¡Cómo ansio que llegue el día en que sea mía!

Madeline apretó los dientes para evitar que le temblaran las mandíbulas. Quería gritarle, decirle que jamás le pertenecería, pero el sentido del deber y la responsabilidad que se le habían inculcado desde la cuna le hicieron callar.

Clifton debió de notar el involuntario escalofrío.

-Va a coger frío -dijo en un tono que bien podría haber utilizado para dirigirse a un niño pequeño-. ¡Vamos! Entremos antes de que se resfríe.

Aliviada, se levantó con presteza y se dirigió con él hacia el salón.

En cuanto lord y lady Matthews vieron el anillo en el dedo de Madeline prorrumpieron en risas y felicitaciones; ellos, que tenían a gala no mostrar jamás entusiasmo por considerar que se trataba de una emoción plebeya.

-¡Qué obsequio tan generoso! -exclamó Agnes, cuyo rostro, por lo general melancólico, resplandecía ahora de placer-. ¡Y qué exquisitez de anillo, lord Clifton!

-Eso creo -contestó con modestia el aludido, a quien la satisfacción provocó un temblor en la parte colgante de sus carrillos.

Madeline, con una sonrisa leve y gélida, contempló cómo su padre hacía pasar a lord Clifton a la biblioteca para celebrarlo con una copa. Tan pronto como se cercioró de que no podían oírlas, se arrancó el anillo de la mano y lo tiró a la alfombra.

-¡Madeline -exclamó Agnes-, recógelo inmediatamente! No toleraré semejante pataleta de niña pequeña. De ahora en adelante, llevarás siempre el anillo... Y te sentirás orgullosa de portarlo.

-No me sirve -contestó Madeline con frialdad. El mero recuerdo de la sensación provocada por el húmedo beso de Clifton le llevó a restregarse la cara con la manga del vestido hasta que los labios y la barbilla enrojecieron-. No me casaré con él, mamá. Antes me suicido.

-No dramatices, Madeline. -Agnes se agachó y recogió el anillo, sosteniéndolo como si su valor fuera incalculable-. Espero que el matrimonio con un hombre tan serio y prosaico como lord Clifton acabe con tus groseros arrebatos.

-Prosaico -musitó Madeline sonriendo con amargura. No acababa de creerse que su madre pudiera resumir todas las repulsivas cualidades de Clifton con una palabra tan trivial-. Justo la virtud que todas las chicas sueñan que atesore el hombre que las despose. ,

Por una vez se sintió aliviada de volver al internado, donde, a excepción del profesor de baile que iba una vez por semana, no encontraría hombre alguno. Madeline recorrió el estrecho pasillo con una caja de sombreros en la mano; el resto de las pertenencias se lo subirían más tarde. Al llegar a la habitación que compartía con su mejor amiga, Eleanor Sinclair, se encontró con una pequeña multitud de chicas tumbadas en las camas o arrellanadas en las sillas. Como Madeline era la mayor de todas las pupilas del internado de la señora Allbright, y Eleanor, con sus diecisiete años, la que

la seguía en edad, solían recibir frecuentes visitas de las más jóvenes, que veían en ellas un modelo de madurez y mundanidad.

Las chicas parecían compartir una lata de bizcochos, mientras un grabado coloreado, en manos de Eleanor, arrancaba de sus bocas todo tipo de exclamaciones. Al advertir la llegada de Madeline, su amiga le dedicó una sonrisa de bienvenida.

-¿Cómo está lord Clifton? -preguntó, sabedora desde antes de la partida de Madeline del planeado encuentro con su prometido.

-Es aun peor de lo que me imaginaba -replicó Madeline dirigiéndose a su estrecha cama, situada a continuación de la de Eleanor. Dejó caer la caja de sombreros en el suelo y se sentó en el borde del colchón, deseando que las chicas abandonaran el cuarto para poder hablar en privado con su amiga.

«Enseguida», prometió la mirada amistosa de Eleanor, mientras las otra chicas permanecían apiñadas en excitado círculo.

-¡Pero miradle! -exclamó una de ellas-. ¿Podéis imaginaros cómo sería realmente una cita con él?

-Me desmayaría -confesó alguien, provocando la risa tonta de las

demás,

-Es el más guapo...

-Parece un salteador de caminos...

-Sí, tiene algo en la mirada...

Tal aluvión de suspiros femeninos provocó un reprobatorio movimiento de cabeza en Madeline.

-¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber qué estáis mirando? -preguntó, sintiendo que su pesadumbre era sustituida por una creciente curiosidad.

-Dejad que lo vea Madeline...

-Pero si yo todavía no lo he visto bien...

-Toma, Madeline. -Eleanor le entregó la lámina-. Me lo ha dado mi hermana mayor, es el grabado más buscado de Londres. Todo el mundo quiere una copia.

Madeüne observó la imagen. Cuanto más la miraba, más fascinada se sentía. La cara de aquel hombre podría haber pertenecido a un rey, a un capitán de barco, a un delincuente... a alguien poderoso... a alguien peligroso. No se trataba de una belleza clásica, los rasgos eran demasiado descarados. Pero una cualidad leonina se desprendía de aquella cara delgada, de aquella mirada escrutadora y penetrante, de la amplia boca que dibujaba el esbozo de una sonrisa irónica. En el grabado, el color del pelo era de un castaño impreciso, pero la cabellera parecía espesa y ligeramente ensortijada.

Las demás chicas esperaban que, al igual que ellas, se sonrojara y rompiera a reír como una tonta, pero Madeline se abstuvo de mostrar emoción alguna.

-¿Quién es? -preguntó con calma a Eleanor.

-Logan Scott.

-¿El actor?

-Sí, el dueño del teatro Capital.

Al volver a contemplarlo, un extraño sentimiento se apoderó de Madeline. Había oído hablar de Logan Scott, pero nunca antes de ahora había visto un retrato de él. A sus treinta años, Scott era un actor de fama internacional, que superaba con mucho las convencionales actuaciones de David Garrick y Edmund Kean. Algunos aseguraban, incluso, que todavía no había alcanzado el cénit de sus facultades. Entre sus aptitudes destacaba la voz, de la que se decía que era capaz de acariciar los oídos como el terciopelo o de inflamar el aire con su chispeante intensidad.

También corrían rumores de que las mujeres le perseguían allí donde iba, cautivadas no sólo por sus magníficas interpretaciones de héroes románticos, sino, sobre todo, por las de villanos desalmados. Haciendo de Yago o de Barrabás era insuperable... Era el seductor, el traidor y el manipulador por excelencia, y las mujeres le adoraban por ello.

Un hombre en la flor de la vida, atractivo, culto... Todo lo que no era lord Clifton. Madeline se sintió desgarrada por un vehemente y repentino deseo. Logan Scott habitaba en un mundo del que ella nunca participaría. Jamás llegaría a conocerlo; ni a él, ni a nadie que se le pareciese... Nunca coquetearía, ni reiría, ni bailaría. Nunca sería seducida por las tiernas palabras de un hombre ni por las caricias de un amante.

Al mirar fijamente la cara de Logan Scott, una idea loca y salvaje brotó en su pensamiento con tal intensidad que le temblaron las manos.

_¿Qué te pasa, Madeline? -preguntó Eleanor preocupada, mientras le retiraba el grabado de las manos-. Te has puesto blanca de repente, y tienes una expresión tan rara...

_Sólo es cansancio -dijo Madeline con una forzada sonrisa. Quería estar sola, necesitaba tiempo para pensar-. Ha sido un fin de semana de mucha tensión. Quizá, si descansara un rato...

-Por supuesto. Vamos, chicas... Seguiremos la reunión en la habitación de otra. -Considerada, Eleanor hizo salir a las muchachas y, antes de cerrar la puerta, se detuvo-. Madeline, ¿necesitas algo?

-No, gracias.

-Me doy cuenta de que haber visto a lord Clifton este fin de semana ha sido una dura prueba. ¡Ojalá pudiera ayudarte de alguna manera!

-Ya lo has hecho, Eleanor. -Madeline se tumbó de costado y encogió las piernas hasta el pecho, de manera que los faldones de su sencillo uniforme escolar se arrebujaron alrededor de su cuerpo. Los pensamientos se agolpaban en su mente y apenas se percató de la silenciosa salida de su amiga.

Logan Scott... Un hombre cuyo apetito por las mujeres era casi tan legendario como su talento como actor.

Cuantas más vueltas le dio a su dilema, más se fue convenciendo de que la solución se encontraba en Scott. Lo utilizaría para hacerse tan indeseable a ojos de lord Clifton, que a éste no le quedara otro remedio que cancelar el compromiso.

Había decidido que tendría una aventura con Logan Scott.

Sacrificar su virginidad resolvería todos los problemas. Si el precio a pagar era tener que vivir el resto de sus días con el oprobio de ser considerada un objeto usado, pues muy bien. Cualquier cosa era preferible a convertirse en la esposa de Clifton.

Empezó a elucubrar de manera febril. Falsificaría una nota de su familia, en la que se solicitaría que volviera del internado un semestre antes. Durante las próximas semanas, sus padres darían por sentado que estaba a salvo en la escuela, en tanto que la señora Allbright pensaría que había vuelto a casa. De este modo, le dejarían las manos libres para llevar a cabo su plan.

Iría al teatro Capital y se presentaría al señor Scott. Después le informaría de su buena disposición a acostarse con él. Madeline esperaba que el problema tuviera una rápida solución. De todos es conocido que los hombres, por honorables que parezcan, desean seducir a las lindas jovencitas. Y un hombre con la reputación de Scott no habría de mostrar, en materia de pecado y disipación, ningún atisbo de duda.

Una vez perdida sin remedio, volvería a casa y aceptaría cualquier castigo que sus padres le impusieran. Lo más probable es que fuera desterrada a casa de algún pariente en el campo. Lord Clifton la despreciaría y así se libraría, de una vez por todas, de sus atenciones. El método escogido no sería fácil ni placentero, pero no cabía otra posibilidad.

Quizá no fuera tan malo vivir como una solterona una vez culminados sus propósitos. Le sobraría tiempo para leer y estudiar, y al cabo de unos pocos años, mamá y papá le darían permiso para viajar. Intentaría involucrarse en obras benéficas y hacer algo bueno por la gente desfavorecida. Haría lo mejor que se puede hacer: «Al menos -pensó con sombría determinación-, escogería su destino antes de que éste la manejara a su antojo.»

***Primera parte***

1

Madeline, con la maleta asida por el mango de piel, se detuvo ante la puerta trasera del teatro Capital. Atravesar Londres sola había supuesto una experiencia aterradora, a la par que excitante. El ruido de los carruajes, los caballos y los vendedores ambulantes habían asediado sus oídos, mientras los orificios nasales se le llenaban de una confusa mezcla de olores: estiércol, animales e inmundicias, el aroma a levadura de una panadería cercana, el de la cera caliente de un fabricante de velas...

A primera hora de la mañana había empeñado el anillo que le había dado lord Clifton y, ahora, el bolsillo de su vestido rebosaba con el gratificante peso de las monedas. Por recelo hacia los carteristas, se había mantenido bien arrebujada en su sencilla capa gris, pero nadie había mostrado la intención de acercársele. Ahora, tras haber llegado al Capital, su aventura estaba a punto de empezar.

El teatro parecía constar de cuatro o cinco edificios, que debían de albergar los talleres y los almacenes. Tras entrar en el edificio principal, donde se ubicaba el escenario, caminó a través de un laberinto de pasillos y cuartos de ensayo. Podía oír cómo la gente hablaba, cantaba, tocaba instrumentos y discutía; la tentación de atisbar por las puertas medio abiertas se le antojó casi irresistible.

Finalmente llegó hasta una gran habitación repleta de muebles viejos, que incluían una mesa con bocadillos resecos, un queso mustio y fruta. Actores y actrices de diferentes edades holgazaneaban por la estancia, hablando *y* bebiendo té. Acostumbrados al parecer a continuas idas y venidas, apenas prestaron atención a Madeline. Sin embargo, un joven empleado de aire zorruno dejó lo que estaba haciendo y, curioso, se la quedó mirando fijamente de un modo amistoso.

-¿Desea algo, señorita? -preguntó.

Madeline sonrió, intentando encubrir su nerviosismo.

-Busco al señor Scott

-¡Ah! -La miró intrigado y sacudió la cabeza en dirección a la puerta más lejana-. Ahora está ensayando. El escenario está por allí.

-Gracias.

-No le gusta que le interrumpan -advirtió el mozalbete a Madeline cuando ésta se dirigía ya hacia la puerta del escenario.

-¿Ah, sí? No le molestaré -replicó con alegría, y sujetando la maleta con una mano abrió la puerta con la que le quedaba libre. Se deslizó a empujones a través de decorados móviles y bastidores de lona, hasta que llegó junto al bastidor derecho del escenario. Tras dejar la maleta en el suelo, se acercó a la abertura de una cortina de terciopelo verde y contempló la sala.

Con una capacidad para mil quinientas personas sentadas, el teatro Capital era un enorme y espacioso edificio. Unas hileras de sólidas columnas doradas con incrustaciones de cristal esmeralda recorrían los muros. Los palcos y asientos escalonados conferían al auditorio un esplendor aterciopelado, en tanto que los candelabros de cristal arrojaban su brillante luz sobre los delicados frescos que adornaban el techo.

El suelo del escenario estaba inclinado, de manera que, fueran cuales fuesen las ubicaciones de los actores, se pudiera ver a todos por igual. Los pesados tablones mostraban las marcas indelebles dejadas por botas, zapatos y decorados de miles de representaciones. En ese momento se llevaba a cabo un ensayo. Dos hombres caminaban por el escenario con floretes en la mano, discutiendo la coreografía de una escena de lucha. Uno de ellos, rubio y pálido, tenía la constitución esbelta y ágil de un felino. «No estás seguro de lo que quieres...», estaba diciendo con seriedad mientras golpeaba la punta de caucho del florete contra el lateral del zapato.

Cuando el otro hombre le contestó, a Madeline le pareció escuchar la voz más peculiar que jamás había oído: profunda, misteriosa, sofisticada... La voz, en suma, de un ángel caído.

-Lo que quiero, Stephen, es que ponga algo de pasión en la inter-

prétación. Si no me equivoco, alberga la intención de matar al hombre que estuvo a punto de seducir a su prometida. Sin embargo, sujeta ese florete igual que una anciana agarraría un aguja de hacer punto.

Fascinada, Madeline se lo quedó mirando de hito en hito. Logan Scott era más alto de lo que esperaba, más carismático, más... todo. Su cuerpo, esbelto y musculoso, estaba cubierto por una sencilla camisa blanca desabotonada en el cuello y unos pantalones negros, a través de los cuales se adivinaban unas piernas largas y una estrecha cadera. El grabado que había visto Madeline ni por asomo le hacía justicia: el color del pelo, de un castaño oscuro con destellos ígneos, la curva sardónica de la amplia boca, el tono rojizo de la piel...

De alguna manera su porte refinado se templaba con un atisbo de brutalidad, dando a entender que la principesca fachada podía desaparecer en cualquier momento y dejar al descubierto a un hombre capaz de casi todo. Madeline pestañeó con inquietud. Había esperado que Scott fuera una especie de dandy libertino, un mujeriego encantador, pero no apreciaba en él ningún rasgo de desenfado o de dandismo.

-Señor Scott, me temo que si no me contengo durante esta última parte de la coreografía, no tendrá ocasión de parar el golpe... -protestó el actor rubio.

-No conseguirá superar mi guardia -aseguró Scott con apabullante autosuficiencia-. Dé todo lo que tenga, Stephen... o le daré el papel a alguien que lo haga.

Stephen apretó la boca. Estaba claro que la pulla de Scott había dado en el blanco.

-De acuerdo, pues. -Levantó el florete y entró a fondo, esperando pillar a Scott con la guardia baja.

Acompañándolo de una breve carcajada, Scott paró el golpe con pericia. Los floretes entrechocaron con estrépito cuando los dos hombres se lanzaron a un frenético intercambio de golpes.

-Más, Stephen -decía Scott, jadeando a causa del ejercicio-. ¿No ha perdido nunca a una mujer? ¿No ha querido matar a alguien por ello?

-¡Sí, maldito sea! -Como había pretendido Scott, el genio del otro actor afloró.

-Entonces, demuéstremelo.

Con una expresión de resolución en el rostro velado por el sudor, Stephen explotó en un aluvión de movimientos. Scott elogiaba sus esfuerzos con escuetas expresiones, ora retirándose, ora atacando con una sarta de fintas y estocadas. Madeline no hubiera imaginado nunca que un hombre tan grande pudiera moverse con semejante gracilidad. La visión de Scott la había dejado literalmente sin resuello. Era poderoso, imponente y con un espeluznante autocontrol. Fascinada por el intenso combate, y queriendo tener una mejor visión, Madeline se adelantó.

Consternada, notó cómo uno de los pies tropezaba con la maleta que había depositado en el suelo y provocaba su caída sobre una pequeña mesa en la que se apilaban objetos de atrezo. Un candelabro, un florete de repuesto y algunas piezas de porcelana, que se hicieron añicos, cayeron al suelo con estrépito. La atención de los actores se dividió. La cabeza de Logan Scott giró con rapidez hacía el bastidor derecho. Al mismo tiempo, Ste-phen, incapaz de detener su inercia, entró a fondo con su florete.

Scott, con un gruñido sordo, quedó sentado en el suelo sobre su prieto trasero, la enorme mano apretada contra el hombro contrario. El silencio que siguió tan sólo se vio turbado por la respiración entrecortada de los actores.

-¡Qué demonios...! -murmuró Stephen, mientras escrutaba con la mirada las sombras del bastidor donde Madeline luchaba por incorporarse. Volvió su mirada hacia Scott, que mostraba una extraña expresión.

-Stephen -dijo Scott con un deje de aspereza en la voz-, parece que su florete ha perdido la contera. -Y según lo decía, una efusión escarlata se desparramó entre sus dedos y la camisa.

-¡Dios mío! -exclamó Stephen con expresión demudada por el horror-. No lo sabía... No fue mi intención...

-No pasa nada -contestó Scott-. Ha sido un accidente. Su interpretación ha sido exactamente tal como yo quería. Hágalo siempre así. Stephen le dedicó una intensa mirada de incredulidad.

-Señor Scott -dijo con voz temblorosa, debatiéndose en apariencia entre la desesperación y la carcajada-, ¿cómo puede seguir dirigiéndome ahí sentado, mientras se desangra sobre el escenario? A veces me pregunto si es usted humano. -Presa del pánico, retiró la vista del chorro de sangre que se extendía por la camisa de Scott-. No se mueva. Conseguiré ayuda... Mandaré llamar a un médico...

-No hay necesidad de ningún matasanos -aseguró Scott lacónicamente, pero Stephen ya había abandonado el escenario a toda prisa. Rezongando, intentó ponerse en pie, pero volvió a caer al suelo con el rostro lívido.

Madeline se quitó la capa y agarró su bufanda de lana. ;

-Aquí -dijo, saliendo a toda prisa del bastidor y arrodillándose junto a él. Hizo una bola con la bufanda y la apretó con fuerza contra el hombro de Scott-. Esto ayudará a detener la hemorragia.

El dolor de la presión obligó a Scott a inspirar con fuerza.

Sus caras estaban muy cerca, y Madeline se sorprendió mirando fijamente, bajo la sombra de unas espesas pestañas negras, los ojos más azules que jamás había visto. Bordeados de un azul zafiro, los iris parecían contener todos los tonos de ese color, desde el de las más oscuras profundidades del océano hasta el del más pálido cielo invernal.

Madeline se percató con extrañeza que le faltaba la respiración.

-Lamento... -se detuvo y, avergonzada, miró por encima del hombro el montón de piezas rotas de porcelana- todo eso. Ha sido un accidente. Por lo general no soy tan patosa, pero estaba contemplando el ensayo desde el bastidor y tropecé...

-¿Quién es usted? -preguntó Scott con frialdad.

-Madeline Ridley -contestó, utilizando el apellido de soltera de su madre.

-¿Qué está haciendo aquí, aparte de interrumpir mi ensayo?

-He venido porque... -Madeline volvió a encontrase con su mirada y, de repente, le pareció que no tenía más remedio que confesar sus intenciones de una manera franca y descarada. Tenía que captar su atención de alguna manera, conseguir distinguirse de las numerosas mujeres que debían arrojársele a los brazos todos los días -... porque quiero ser su próxima amante.

Noqueado por la sorpresa, Scott se la quedó mirando de hito en hito como si hablara en un idioma extraño. Pensó su respuesta con detenimiento.

-No tengo aventuras con chicas como usted.

-¿Es por mi edad?

En los ojos de Scott había un destello de diversión... no amistosa, sino burlona.

-Entre otras cosas.

-Soy mayor de lo que aparento -contestó Madeline con rapidez.

-Señorita Ridley -sacudió la cabeza con aparente incredulidad-, tiene usted una manera única de presentarse a un hombre. Me siento halagado por su interés, pero, aunque la vida me fuera en ello, no le tocaría un pelo. Ahora, si me disculpa...

-Quizá necesite más tiempo para pensar en mi propuesta -dijo Madeline-. Mientras tanto, le quedaría muy agradecida si considerara la posibilidad de darme un empleo. Tengo aptitudes que podrían ser de gran utilidad en el teatro.

-No lo dudo -contestó Scott con sequedad-, pero ninguna que yo necesite.

-He recibido una esmerada educación en literatura e historia, también hablo francés con fluidez y dibujo y pinto bastante bien. Estaría dispuesta a barrer, fregar, quitar el polvo... cualquier cosa que sea necesaria.

-Señorita Ridley, estoy mareado, y no estoy seguro de si es a causa de la pérdida de sangre o de puro asombro... En cualquier caso, me ha parecido muy divertida. -Se puso en pie y su cara recuperó el color-. Será usted recompensada por la pérdida de la bufanda.

-Pero yo... -empezó a discutir.

En tropel, varios miembros de la compañía teatral, alertados del accidente, irrumpieron en el escenario.

-No es nada -aseguró Scott, visiblemente enfadado por las expresiones de preocupación-. No, no necesito ayuda para caminar, a mis piernas no les pasa nada. -Y se dirigió al camerino rodeado de una nube de carpinteros, músicos, pintores, bailarines y actores, todos decididos a ayudarle.

Madeline se lo quedó mirando fijamente. ¡Qué hombre tan impresionante! Parecía un miembro de la realeza, aunque muy probablemente la mayoría de los monarcas y princesas no estuvieran bendecidos con tamaña belleza y una complexión tan espléndida. Estaba segura de que Scott era el hombre adecuado para tener una aventura. No le cupo la menor duda de que sería algo extraordinario: una experiencia única en la vida.

A decir verdad, no había mostrado demasiada impaciencia por acostarse con ella..., pero Madeline no había terminado todavía. Lo agotaría con su insistencia, dedicaría cada minuto del

día a conseguir hacérsele imprescindible. Acabaría por ofrecerle todo cuanto buscara en una mujer.

Sumida en sus pensamientos, Madeline volvió al bastidor donde, junto a la mesa caída, yacían desperdigados los restos de la porcelana rota. Sin duda había un sinfín de cosas que hacer en el teatro Capital, y se preguntó si habría alguien más a quien pudiera dirigirse en busca de trabajo. Después de levantar la mesa del suelo, empezó a recoger los trozos de loza.

Desde algún lugar cercano, le llegó la voz suave y melodiosa de una mujer.

-Cuidado, chiquilla, o te cortarás. Ya barrerán eso más tarde.

Madeline colocó la porcelana sobre la mesa y se volvió para contemplar a una mujer rubia, algo mayor que ella y de una belleza sorprendente- la cara, de porte aristocrático, los ojos azules, la sonrisa cálida... Estaba embarazada de varios meses.

_Hola -saludó Madeline, acercándose con curiosidad-. ¿Es usted actriz?

_Lo he sido hasta hace poco -reconoció con presteza-. Sin embargo, en este momento, y hasta que nazca el niño, me limito a ejercer de codirectora.

-¡Ah...!

Los ojos de Madeline se abrieron como platos al percatarse de que aquella mujer sólo podía ser la duquesa de Leeds, la famosa actriz que había compartido cartel con el señor Scott en todo tipo de obras, desde comedias desenfadadas hasta tragedias shakesperianas. Aunque se decía que el duque de Leeds era bastante rico, todo parecía indicar que había optado por no oponerse a la pasión por el teatro y a la floreciente carrera de su esposa.

-Excelencia, es un honor conocerla. Le ruego, por favor, que me perdone por el problema que he ocasionado...

-Yo no me preocuparía -la tranquilizó-. Aquí ocurren accidentes todos los días. -Miró a Madeline intrigada-. Me ha parecido oír que le pedías empleo al señor Scott.

-Sí, excelencia -reconoció ruborizada Madeline, mientras se preguntaba qué más habría oído. Sin embargo, la expresión de la mujer era neutra y carente de malicia.

-Acompáñame al despacho... ¿Cómo te llamas?

-Madeline Ridley.

--Bueno, Madeline, no eres el tipo de chica que suele venir al barrio de los teatros en busca de trabajo. Bien vestida, a todas luces educada... Chiquilla, ¿no te habrás escapado de casa, verdad?

-Oh, no -contestó Madeline. No era exactamente una mentira, puesto que lo había hecho de la escuela, y no de casa, aunque no por ello dejó de sentirse incómoda por el engaño. Se esmeró en elegir del modo más adecuado las palabras de su respuesta-. Las circunstancias me han obligado a buscar trabajo donde sea... Y esperaba que pudiera ser aquí.

-¿Por qué en el Capital? -preguntó la duquesa, conduciéndola entre las bambalinas hasta las dependencias administrativas.

--Siempre me ha interesado el teatro y he oído y leído mucho sobre el Capital. En realidad, nunca he asistido a una representación.

¿Nunca? -A la mujer pareció asombrarle la afirmación.

-Sólo a obras de aficionados en el colegio.

-¿Quieres ser actriz? Madeline negó con la cabeza.

-Estoy convencida de que no tengo talento dramático y no me gustaría actuar delante de nadie. De sólo pensarlo me tiemblan las piernas.

-Qué lástima -comentó la duquesa, mientras entraba en un pequeño despacho presidido por un brillante escritorio de caoba en el que se apilaban libretos y críticas. Alineadas contra las paredes había toda una serie de cajas repletas de libros y papeles-. Una chica con esa cara sería un buen reclamo para el Capital.

El cumplido hizo pestañear a una confundida Madeline. Siempre había creído que tenía un atractivo moderado, pero nada más. Había infinidad de chicas bien dotadas, que superaban la modestia y delgadez de su figura, chicas con rasgos más llamativos que unos ojos castaños y un pelo color miel como el suyo. Su madre, Agnes, siempre había dicho que la guapa de la familia era su hija mayor, Justine, mientras que la más inteligente era Althea. La más pequeña, o sea Madeline, no destacaba por nada en particular.

Madeline siempre fue consciente de que debería de haber sido un chico. Debido a los problemas con los partos, en el tercer alumbramiento el doctor le había dicho a Agnes que aquél sería el último. En contra de su deseo, de nuevo fue niña, la tercera, dándole el mayor disgusto de su vida. Madeline no había dejado nunca de sentirse culpable por ello. Si tan sólo hubiese poseído algún don extraordinario que hubiera enorgullecido a sus padres... Pero hasta el momento no había destacado en nada.

La duquesa hizo un gesto a Madeline para que se sentara en una silla junto a ella.

-Dime qué sabes hacer y veré qué puedo hacer con el asunto de tu empleo.

Hablaron durante unos minutos, dando tiempo a que les trajeran de la sala de descanso una bandeja con el té. La duquesa hablaba con rapidez, sonreía a menudo y daba muestras de una contagiosa e ilimitada energía. A una mujer de su fama le habría resultado muy fácil intimidar a los demás; sin embargo, era sencilla y afectuosa. A lo largo de su acomodada vida, Madeline nunca había conocido a una mujer como la duquesa de Leeds. Su madre, las profesoras de la escuela -con sus lecturas sobre el decoro- y sus amigas -que sabían tan poco del mundo como ella- ponían todo su mundo de relaciones femeninas.

Madeline -dijo la duquesa-, como puedes deducir por mi esta bien, durante los próximos meses veré muy limitadas mis actividades. Me ustaría tener una ayudante que me trajera y me llevara las cosas y que mantuviera el despacho arreglado... Hay tantas cosas para las que una no aba de encontrar tiempo. Tus habilidades como bordadora pueden serle muy útiles a la señora Lyttleton, la encargada de crear y mantener el vestuario. Y, aunque el señor Scott lo haya negado categóricamente, llevamos años necesitando que alguien reorganice la biblioteca.

_Puedo hacer todo eso y más.

Su entusiasmo arrancó una sonrisa a la duquesa.

_Muy bien. Considérate parte de la compañía.

El gritito de placer de Madeline se vio pronto interrumpido al pensar en la reacción de Scott cuando descubriera que trabajaba allí.

-¿No se opondrá el señor Scott?

Lo hablaré con él. Tengo todo el derecho a contratar a quien quie-.. Si tienes problemas con él o con cualquier otra persona, acude a mí.

-Sí, señora. Quiero decir... excelencia.

Los ojos azules de la duquesa brillaron divertidos.

-Chiquilla, no dejes que el título te impresione. A pesar de mi posición fuera del Capital, aquí dentro sólo soy la directora adjunta y el señor Scott el rey supremo.

Madeline nunca había oído hablar de una situación tan poco corriente: la de una noble que trabajara de verdad en el teatro. Ambos mundos, el de la aristocracia y el de la farándula, eran irreconciliables. Se preguntó cómo habría conseguido la condesa atravesar la línea.

La condesa sonrió, le había leído los pensamientos.

-La mayoría de mis iguales cree que no hago honor a mi rango al trabajar aquí. El duque, Dios lo bendiga, estaría encantado de que dejara el teatro, pero entiende que no podría vivir si me faltara.

-¿Podría preguntarle, excelencia... cuánto tiempo hace que trabaja en el Capital?

-Hará cinco o seis años. -Al recordarlo, la expresión de la duquesa se dulcificó-. ¡Qué euforia la mía cuando Logan me contrató como miembro de la compañía! Todos los actores y actrices de Londres querían trabajar a sus órdenes. Había desarrollado un estilo de interpretación más natural que cualquier otro que se hubiera practicado antes. Ahora lo imita todo el mundo, pero entonces era algo extraordinario.

-El señor Scott tiene tanta presencia -observó Madeline.

-Y él lo sabe -replicó la otra mujer con ironía. Vertió té en la taza de Madeline y la miró dubitativa-. Hay algo que debería advertirte sobre el particular. Más tarde o más temprano, la mayoría de las mujeres que trabajan en el Capital acaban imaginando que están enamoradas de Logan. Mi consejo es que procures no ceder a semejante tentación.

Madeline sintió que le ardían las mejillas.

-Bueno, supongo que sería algo natural... Un hombre con ese porte...

-No es sólo su porte. Hay un nosequé distante en él que excita a las mujeres, cada una imagina que sólo ella podrá enamorarlo. Sin embargo, para Logan el teatro significa mucho más de lo que cualquier persona real pueda llegar a suponer para él. Por supuesto que su vida ha sido un incesante desfile de mujeres, pero nunca ha tenido una aventura en la que se haya visto implicado su corazón.

Sin duda, todo aquello facilitaba las cosas. Si el plan de Madeline daba resultado, podría acostarse con el señor Scott y marcharse sin sufrir complicaciones sentimentales.

-Ya está bien de hablar de Logan -dijo la duquesa con energía, interrumpiendo los pensamientos de Madeline-. Dime, chiquilla, ¿tienes *i* ya alojamiento? Si no, puedo recomendarte un sitio.

-Se lo agradecería, excelencia.

-Tengo una amiga, una mujer mayor que en sus tiempos llegó a ser una actriz muy conocida. Vive sola en una preciosa casa, en Somerset Street y, de manera ocasional, admite pupilas. Le gusta tener gente joven a su alrededor y, cuando se pone a recordar los viejos tiempos, es muy divertida. Estoy segura de que te alquilará una habitación por una módica cantidad semanal.

-Parece perfecto -contestó Madeline con una radiante sonrisa-. Gracias.

Una expresión de preocupación cruzó el rostro de la mujer.

-Procuro no meterme en los asuntos ajenos, pero es evidente que no eres de aquí, Madeline.

La aludida guardó silencio, sin saber qué contestar. Bajó los ojos para evitar encontrarse con la aguda mirada de la duquesa.

-No haces bien al ocultar tus sentimientos -señaló la mujer-. Chiquilla, si tienes algún problema... espero que decidas confiar en mí. Podría ayudarte.

-No puedo entender por qué habría de ser tan amable con una extraña -contestó Madeline.

-Pareces tan sola... -murmuró la duquesa-. En el pasado, más de una vez me sentí así. Sea cual fuere el problema del que huyes, la situación no puede ser tan grave como parece.

Madeline asintió con la cabeza, pese a su decisión de no confiar en nadie. Tras agradecer sinceramente a la duquesa las atenciones, abandonó el teatro y cogió un coche de punto para ir hasta Somerset Street.

El pelo blanco anaranjado de la anciana señora Nell Florence testimoniaba el presumible rojo intenso de la juventud. La pálida tez, que el tiempo había avejentado con delicadeza, así como las elegantes facciones le conferían un aire afectuoso y amable, no exento de un encantador toque de vanidad.

-Así que te envía mi querida Julia, ¿no? -preguntó la señora Florence mientras franqueaba la entrada a Madeline-. Estoy segura de que nos llevaremos a las mil maravillas. ¿Eres actriz, supongo? ¿No? No me lo puedo creer, con esa cara... Si yo hubiera sido la mitad de hermosa cuando tenía tu edad... Pero lo cierto es que me las arreglé bastante bien con lo que tenía.

Le enseñó el interior de la casa de dos plantas sin dejar de lado un solo detalle; todas las habitaciones aparecían atestadas con recuerdos de su carrera de actriz.

-Entonces, todo Londres me aclamaba -confesó la señora Florence.

Su pasado, plasmado en retratos de hacía unos treinta años, ocupaba una pared al completo. Las pinturas la representaban en diferentes poses o con diferentes vestidos, algunos increíblemente descocados.

Pareció agradarle el rubor de Madeline.

-Te sonrojas con facilidad, ¿verdad? ¡Qué virtud tan reconfortante!

Intrigada por la colección de recuerdos, Madeline curioseó los carteles teatrales enmarcados, los grabados y las ilustraciones coloreadas de trajes antiguos.

-¡Debió de ser maravilloso llevar una vida así! -exclamó.

-Tuve mis altibajos -precisó la señora Florence-, pero los he disfrutado todos. Nunca te arrepientas de nada, éste es mi consejo. Ven, te enseñaré tu cuarto y luego hablaremos largo y tendido. Me tienes que contar todo sobre ti.

Hasta entonces, Madeline nunca se había percatado de la transparencia de sus pensamientos. Parecía que la señora Florence pudiera leerlos con la misma facilidad con que lo había hecho Julia.

-Ah -dijo la anciana mirando la cara de Madeline-, ya veo que no quieres hablar de tu pasado. Bueno, encontraremos otros temas de conversación.

Madeline agradeció la comprensión de la anciana.

-Gracias, señora Florence -dijo, acompañándola mientras terminaba de enseñarle la casa.

Tras deshacer el exiguo equipaje, Madeline se puso un traje de algodón gris paloma, adornado con unas cintas color ciruela. Esa noche iba a acudir al teatro a ver actuar a Logan Scott y decidir por sí misma si tenía tanto talento como aseguraba todo el mundo. De pie ante el espejo, terminó de ajustarse el vestido... y el resultado le hizo fruncir el ceño.

Aunque la prenda estaba bien cortada, el estilo no era el adecuado, todo recato y sensatez con aquel escote remilgadamente alto. ¿Cómo iba a seducir a un hombre, y menos al señor Scott, sin un vestuario arráyente? Se alisó el traje con las manos dejándose llevar por el desencanto. Si tan sólo tuviera un hermoso traje de seda con volantes de encaje, zapatillas ribeteadas de perlas y flores frescas para el pelo...

Una vez se hubo cepillado la larga cabellera de color castaño claro, la enrolló y sujetó con pinzas en lo alto de su cabeza. Hubiera deseado tener unos rizadores con los que poder hacerse unos ingeniosos bucles que cayeran sobre sienes y mejillas. «Ni siquiera una gota de perfume», protestó, sacudiendo la cabeza.

Sin embargo, al cabo de un instante, su natural buen humor acabó por imponerse. Ya resolvería esos problemas más tarde. Esa noche sólo tenía una cosa que hacer: ver su primera representación teatral en Londres.

La duquesa de Leeds, todo amabilidad, le buscó un lugar entre bastidores desde donde poder ver la obra.

-Aquí estarás bien -dijo-. Sólo asegúrate de que no entorpeces a nadie. En los cambios de escena y vestuario, los actores pasarán por aquí a toda prisa; no te agradaría que alguien tropezara contigo.

Obediente, Madeline se acurrucó en un lateral, comprobando que, aunque desde un ángulo extraño, podía ver la mayor parte de lo que ocurría en el escenario. La obra, titulada *Un amante rechazado,* estuvo precedida de una actuación musical y una farsa de un acto que arrancó oleadas de carcajadas entre la audiencia. Cayó el telón, y los decorados móviles, y actores volaron por el escenario formando un aparente caos. como por ensalmo, al cabo de un minuto todo estaba en su sitio. Cerca *A* Madeline dos jóvenes tiraron con pericia de cuerdas y poleas y las cortinas volvieron a abrirse para descubrir la hermosa recreación del interior de una mansión londinense.

La visión del escenario despertó aplausos y exclamaciones entre un satisfecho público. Entonces, dos personajes, marido y mujer, empezaron a discutir la lista de pretendientes de su hija casadera. El desarrollo de la trama subyugó a Madeline, que se sintió profundamente identificada con la heroína, una ingenua jovencita a la que impiden casarse con el amor de su infancia y a la que, a cambio, se la promete en matrimonio con un hombre malvado que se niega a entregarla a los brazos de su auténtico amor. Para sorpresa de Madeline, Logan Scott no fue el elegido para interpretar al verdadero amor de la chica, sino que debía encarnar al villano de la obra. Cuando, con aire resuelto, entró en escena, un estremecimiento electrizante se apoderó del público. Al igual que el resto de los espectadores, Madeline quedó fascinada por el aire amenazador y el aplomo del personaje. Quería la chica para él y ni siquiera el hecho de que ella amara a otro le impediría alcanzar su propósito.

Cada minuto que pasaba era una revelación para Madeline. Permanecía en silencio entre bastidores, los dedos apretando un pliegue de la cortina de terciopelo, el corazón latiendo con tanta furia que podía sentir las pulsaciones en las puntas de los pies. Cada vez que el señor Scott hablaba, ella casi perdía el resuello, tal era la sencillez con que se metía en el personaje y transmitía el egoísmo y el vehemente deseo del hombre. Al igual que el resto de la audiencia, Madeline empezó a desear sin ser consciente que pudiera conquistar el inocente amor de la chica.

El señor Scott permaneció en el escenario durante la mayor parte del primer acto, manipulando, intrigando y abriendo una brecha entre los dos amantes, hasta el punto que pareció que aquel amor sincero jamás encontraría su curso.

-¿Qué pasa al final? -Madeline no pudo evitar preguntarle en un susurro a un tramoyista que se había detenido a su lado-. ¿Consigue casarse el señor Scott con ella o la deja marchar con el otro hombre?

empleado sonrió con sorna al ver la embelesada expresión con que line seguía lo que acontecía en el escenario. No puedo decírtelo -contestó-. Ni loco te estropearía el final.

Antes de que tuviera ocasión de suplicarle, terminó el primer acto y llegó el intermedio. Madeline se echó a un lado cuando cayó el telón. Un grupo de bailarines entró en el escenario para entretener al público hasta que empezara la segunda parte de la obra.

Invadida por la melancolía, Madeline esperó en la penumbra, escondida tras la abertura en la cortina de terciopelo. El momento de la reanudación se le hizo eterno. Estaba expectante y sintió que un hormigueo de felicidad recorría su cuerpo. No había ningún otro lugar en el mundo en el que deseara estar más que allí, respirando el olor del sudor y la pintura y el acre aroma de las luces de calcio.

Una gran forma negra pasó a su lado, era un hombre que venía a grandes zancadas desde el escenario, rumbo a los camerinos. Al llegar a su altura, los hombros de ambos se rozaron y el hombre redujo el paso. Se detuvo y levantó la mano hasta el punto donde se habían tocado. Lentamente, se volvió para mirarla. Los ojos de ambos se encontraron, y Madeline sintió una punzada de inquietud en la boca del estómago. Era el señor Scott.

El brillo de la transpiración hacía resaltar cada ángulo del rostro del actor. Aunque el color de los ojos estaba envuelto en sombras, el resplandor de una creciente furia resultó inconfundible.

-¿Usted...? -dijo-. ¿Qué puñetas está haciendo en mi teatro? Jamás nadie había maldecido delante de ella. La sorpresa hizo que respondiera con lentitud.

-Señor Scott... Por lo que veo, su excelencia todavía no le ha hablado de mí.

-Le dije que aquí no había nada para usted.

-Sí, señor, pero la duquesa no estaba de acuerdo. Me ha contratado como su ayudante.

-Está despedida -dijo con brusquedad, al tiempo que se inclinaba hacía delante, alzándose imponente sobre ella.

Madeline podía oler el sudor de la piel y la humedad de la camisa de lino del actor, algo que no le desagradó en absoluto... Es más, le resultó fascinante. Scott hacía que todos los demás hombres que había conocido en su vida parecieran blandos e insulsos.

-No, señor -contestó, sin apenas creer que fuera capaz de contradecirlo.

Se produjo un breve silencio.

-¿No? -repitió Scott con un hilo de voz, como si jamás hubiera escuchado semejante réplica.

_.La duquesa me ha dicho que, si le venía en gana, podía contratarme, y que si usted se oponía acudiera a ella.

De la garganta del actor brotó una desagradable risotada.

_-Eso ha dicho? Me gustaría saber a quién pertenece este maldito teatro. Acompáñeme. -Y la agarró del brazo con dureza.

A trompicones, una jadeante Madeline fue empujada hacia el camerino del actor, mientras sus oídos eran asediados por las apagadas maldiciones de Scott.

_Señor... le agradecería que no utilizara semejantes palabras en mi presencia.

-Entra en mi teatro sin que la inviten, provoca un accidente entre bastidores, me persigue suplicando un empleo... ¿y ahora me da una lección de modales?

La puerta se cerró con estrépito y se quedaron de pie mirándose fijamente a los ojos; él con furia evidente, ella con callada obstinación. Madeline no iba a permitir que la despidiera.

-Nunca hubiera imaginado que tras un hombre como usted se escondiera semejante lenguaje -dijo Madeline con exagerada solemnidad.

El señor Scott abrió la boca para contestar, pero se limitó a musitar algo.

En la pequeña y bien iluminada habitación todos los detalles de la cara del actor aparecían llenos de vitalidad. La tez broncínea hacía innecesario el maquillaje, su mirada era tan penetrante que casi resultaba doloroso mantenerla, y su amplia mandíbula tenía la consistencia del granito.

-Ha cometido un error, señorita Ridley. Aquí no hay sitio para usted.

-Señor Scott, si sigue enfadado por mi torpeza de esta mañana, me disculpo por ello. De ahora en adelante seré muy cuidadosa. ¿No me dará otra oportunidad?

Lo que enfurecía a Logan era su forma de reaccionar ante ella. El recuerdo de la muchacha le había perseguido todo el día. Lo cierto es que la simpática chachara de la chica habría podido derretir un glaciar, pero a Logan sólo le sirvió para reafirmarse en su resolución.

No tiene nada que ver con lo de esta mañana -dijo con brusque-• Lo único cierto es que aquí no hace falta.

- "ero la duquesa me dijo que había muchas cosas que hacer. Podría yudar con... el vestuario, la biblioteca del teatro...

Julia tiene un corazón muy blando -la interrumpió-, y usted se ha aprovechado de ella. Yo no soy tan fácil de manipular.

-No he manipulado a nadie -protestó Madeline. En ese momento llegó un criado, portando una camisa limpia de lino blanco y un chaleco, para ayudar a cambiarse a Logan para el segundo acto.

-George -saludó Scott de manera cortante al tiempo que se desabrochaba la camisa mojada. Quedaban pocos minutos para que comenzara el segundo acto.

Hasta ese momento, Madeline jamás había visto desnudarse a un hombre.

A medida que se soltaban los botones, iba surgiendo una brillante musculatura.

Conmocionada, se acercó a la puerta.

-Señor Scott... creo que debería irme ahora.

-¿Va a abandonar el Capital? -inquirió con frialdad, mientras te minaba de quitarse la camisa arrugada.

Madeline bajó la mirada con precipitación, aunque la imagen de aquel pecho amplio y desnudo ardía en su cerebro.

-Si la duquesa me lo autoriza, me quedaré.

-Entonces quédese si quiere, pero pagará por ello. Voy a convertir su vida en un infierno. ¿Ha entendido?

-Sí, señor Scott -susurró Madeline, huyendo del camerino a toda prisa justo en el momento en que Scott empezaba a desabrocharse los pantalones.

Cuando la puerta se cerró, Logan se detuvo y deseó con firmeza que se desvaneciera aquella furiosa excitación sexual. Con mucho tacto, George evitó mirar su cuerpo y recogió la muda sucia.

-¿Necesitará algo más el señor? -murmuró.

Un balde de agua helada no habría venido mal, por no hablar de un buen trago, pero Logan meneó la cabeza y, dándose la vuelta, continuó desvistiéndose.

El criado ordenó algunas pocas cosas dentro del camerino y se marcho en silencio.

Con la mirada fija en el espejo, Logan suspiró intentando concentrarse en el trabajo que tenía por delante... Pero su mente al completo estaba ocupada por la muchacha: Madeline.

¿Quién era y por qué maldita razón quería trabajar en el Capital? A todas luces era una chica demasiado distinguida para un sitio así, lo suyo no era mezclarse con la complicada gente del teatro. ¿En qué había pensado Julia al contratarla? Le habría encantado poder abordar a su codirectora y arrancarle una explicación, pero no quedaba tiempo. Tenía que acabar la representación, y nada había más importante que darle al público del Capital exactamente lo que quería.

Como pudo, Madeline volvió a su privilegiado lugar entre bastidores. Colocó sus ardientes mejillas -sin duda, teñidas de un pertinaz carmesí_ entre las manos. ¿Se había equivocado al insistir en permanecer en el Capital pese a la desaprobación del señor Scott? No le cupo duda alguna de que aquélla no era la vía adecuada para seducir a un hombre.

¿Por qué no le gustaba? Siempre le había resultado fácil hacer amigos, supuso que no era el tipo de mujer que prefería el señor Scott. ¿Le sería muy difícil cambiar sus sentimientos hacia ella? ¿Y cuánto tiempo le llevaría? Preocupada, se quedó mirando hacia las ensombrecidas bambalinas, donde los actores esperaban pacientemente entre los decorados móviles.

Se alzó el telón, y la historia de los jóvenes y atribulados amantes se reanudó. Prueba innegable del talento del señor Scott fue que, excepto el personaje que interpretaba, de la mente de Madeline desapareció todo.

Después de una serie de intrincados giros arguméntales, el villano terminaba por darse cuenta de que, aun cuando lograra casarse con la bella muchacha, jamás conquistaría su amor. Tras adoptar el papel de benefactor anónimo, ayudaba a la pareja a fugarse sin dejar que supieran jamás que había sido el único responsable de su felicidad. El señor Scott interpretaba al personaje sin un atisbo de autocompasión y sin perder en ningún momento la máscara de cinismo. Aunque, de alguna manera, su estricto autocontrol hacía saber al público que su corazón estaba roto. El final de la obra era convenientemente agridulce.

El teatro estalló en gritos atronadores y aplausos de entusiasmo que duraron hasta que los actores volvieron al escenario para recibir el merecido tributo. La mayor parte de los vítores iba dirigida a Scott, que aceptó con una sonrisa y con una serie de reverencias apenas perceptibles. Tras anunciarse el programa de la noche siguiente, el telón cayó por última vez a pesar de los insistentes clamores de la concurrencia.

Madeline tuvo buen cuidado de escabullirse antes de que el señor Scott la viera de nuevo. Alcanzó a ver su cabeza morena entre bambalinas, en el momento en que una muchedumbre de admiradores lo rodeaba. Todos querían estar cerca de él. Con un suspiro, Madeline se dirigió al despacho de la duquesa a recoger su abrigo.

-¿Has disfrutado de la obra, Madeline? Alzó la vista para ver a la duquesa de Leeds.

-¡Ah, ha sido la mejor experiencia de mi vida! -contestó tras una breve lucha por encontrar las palabras adecuadas.

-¡Dios mío! -dijo la duquesa, riendo por el entusiasmo de su protegida.

-No es de extrañar que digan que el señor Scott es una leyenda viva. El... él -Madeline se detuvo sin saber cómo describir la actuación de Scott.

-Sí, ya lo sé -contestó la dama, todavía con una sonrisa en los labios. La euforia de Madeline se desvaneció de repente.

-Me temo que esta noche el señor Scott me ha visto entre bastidores. Sigue sin aceptarme. Lo dejó muy claro. Julia arqueó las cejas sorprendida.

-Es muy raro en él. Nunca ha discrepado conmigo por la gente que he contratado. No comprendo el motivo... -Dejó de hablar y se quedó mirando atentamente a Madeline con expresión de perplejidad-. No te preocupes, querida. Mañana por la mañana, antes del ensayo, me reuniré con él y todo se arreglará.

-Espero que sí, excelencia -dijo Madeline. Tras una pausa, añadió-: Deseo con toda mi alma trabajar en el Capital.

-Entonces, lo harás -le aseguró la duquesa-, a menos que el señor Scott pueda aducir una muy buena razón para lo contrario... Algo que, supongo, será bastante improbable.

Logan, de pie en la parte trasera de la carpintería del teatro Capital, estudiaba con detenimiento los armazones dobles. Los recién elaborados bastidores, hechos de lienzos tensados sobre unas estructuras nervadas de madera, no tardarían en ser enviados a los pintores de la escenografía.

-Nunca los habíamos hecho tan grandes -comentó a los dos carpinteros que sostenían los bastidores abisagrados para su inspección-. ¿Cómo irán sujetos?

-Hemos pensado que lo mejor es que las abrazaderas lastren la parte trasera -contestó Robbie Cleary, el jefe de los carpinteros-. Eso los mantendría firmes durante las representaciones.

Logan alargó la ancha mano y agarró una de las vigas de madera para comprobar su solidez.

-Sería mejor que engancharais el bastidor trasero a un listón de madera y lo atornillarais al suelo. No quiero correr el riesgo de que caiga sobre alguien. Es una pieza tremendamente pesada.

Robbie asintió y rodeó el armazón para estudiarlo de cerca. Los bastidores se habían hecho dobles para que la pieza frontal pudiera resbalar por su propio peso y facilitara un cambio rápido de escenario, dejando a la vista el segundo decorado situado justo detrás de aquél. Se trataba de un trabajo peliagudo, que había exigido una adecuada combinación de habilidad y precisión para evitar errores.

Apartándose de los bastidores dobles, Logan se tiró del flequillo con mirada ausente.

-Veamos cómo cae el primero -dijo.

-Muy bien, señor Scott -contestó Robbie con cierto recelo-. Aunque debo advertirle que todavía no he probado el mecanismo.

-Ahora es tan buen momento como cualquier otro. Jeff, el aprendiz, se abalanzó para, con su poco peso, intentar ayudar a los carpinteros a sostener los armazones.

-Bajad el delantero -ordenó Robbie, y los ayudantes empezaron a dejar caer el primer decorado.

Por el rabillo del ojo, Logan vio entrar a alguien en el taller. Se trataba de una chica delgada, que llevaba consigo una escoba, un recogedor y un sacudidor del polvo hecho de tiras de trapo. «La chica nueva», se dijo Logan con una punzada de irritación. Madeline no parecía haberse

dado cuenta de la demostración que se estaba llevando a cabo... y se dirigía directamente hacia el lugar donde habría de caer el bastidor.

-¡Cuidado, imbécil! -exclamó Logan con brusquedad. Madeline se detuvo y se lo quedó mirando, aturdida, con ojos de cervatillo, mientras la estructura de madera se desplomaba sobre ella.

De inmediato, Logan se abalanzó hacia delante, la agarró y se giró para protegerla con su cuerpo. El pesado bastidor cayó sobre el hombro herido del actor, provocándole un dolor tan intenso que le hizo tambalearse y blasfemar.

Durante un momento se quedó sin respiración; como buenamente pudo, consiguió no perder el equilibrio. Apenas se dio cuenta de que Robbie y los otros salían disparados para levantar y retirar el bastidor, mientras la chica se apartaba de él.

-Señor Scott -preguntó confundida-, ¿está usted bien? Lo siento muchísimo.

Logan sacudió ligeramente la cabeza, la cara blanca, intentando por todos los medios reprimir una irrefrenable náusea; no tenía la intención de pasar la vergüenza de echar a perder el almuerzo en mitad de la carpintería. Siempre consciente de su imagen de autoridad, nunca se ponía enfermo ni mostraba debilidad o indecisión ante sus empleados.

-¡Dios mío, su hombro! -exclamó Madeline sin poder apartar la mirada de la camisa del actor, donde empezaban a aparecer algunas manchas de sangre a causa de la abertura de la herida-. ¿Puedo hacer algo?

-Sí... alejarse de mí -murmuró Logan una vez ganada la batalla contra la náusea. Tras una profunda y revitalizadora bocanada de aire, añadió-: ¿Qué demonios hace aquí?

-Venía a barrer las virutas y trozos de madera y a limpiar las herramientas de los carpinteros y... ¿hay algo que quiera que haga, señor?

-¡Fuera! -vociferó Logan con el ceño fruncido y el rostro endurecido-. ¡Antes de que la estrangule!

-Sí, señor -contestó, sumisa, Madeline.

Con toda probabilidad, cualquier otra chica en su situación habría roto a llorar. Aunque a regañadientes, Logan no tuvo más remedio que reconocer su entereza. En el Capital, todo el mundo temía sus arranques de furia, e incluso Julia le evitaba cuando estaba de un humor de perros.

Madeline lanzó una mirada de disculpa hacia Robbie.

-Lo siento señor Cleary. Volveré más tarde para barrer.

-No te preocupes, muchacha. -El carpintero jefe esperó a que Madeline se fuera antes de volverse hacia Logan-. Señor Scott -dijo a modo de reproche-, estoy seguro de que no era necesario hablar a la muchacha de esa forma. Sólo intentaba ayudar.

-Es un desastre con patas.

-Pero señor Scott -terció Jeff, el aprendiz-, Maddy sólo parece tener accidentes cuando usted está cerca. El resto del tiempo lo hace todo muy bien.

-No me importa. -Logan mantenía la mano sobre el hombro, que le ardía como el fuego. Le dolía la cabeza; parecía estar a punto de estallarle-. La quiero fuera de aquí -murmuró, y abandonó el taller con paso decidido.

Se dirigió al despacho de Julia con la intención de dar rienda suelta a su enfado. La culpa de todo la tenía ella, por haber insistido en contratar a la chica. Así pues, la responsabilidad de despedirla recaía sobre la duquesa. La encontró sentada en el escritorio, repasando concentrada la programación de la semana. Julia alzó la mirada hacia él y la sorpresa la hizo palidecer.

-Logan, ¿qué ha ocurrido? Parece como si te acabara de arrollar un tiro de seis caballos.

-Peor aún. Acabo de tener otro encuentro con tu pequeña protegida.

-¿Madeline? -preguntó Julia con el ceño fruncido por la preocupación-. ¿Qué ha ocurrido?

Le contó lo sucedido en la carpintería, pero en lugar de reaccionar con la preocupación y consternación que esperaba, Julia pareció encontrar la historia tremendamente divertida.

-Pobre Logan -dijo sonriendo-. No me extraña que estés de un humor de mil demonios. Bien, no puedes culpar a Maddy.

-¿No puedo? -preguntó Scott con acritud.

-Sólo es su primer día y le llevará algún tiempo familiarizarse con el entorno.

-Su primer día -replicó Logan- y el último. Julia, quiero que se vaya. Lo digo en serio.

-No entiendo por qué encuentras a Madeline Ridley tan desagradable. -Julia se apoyó en la silla con una expresión de curiosidad que enfureció a Logan.

-Es una chica inexperta, que no sabe nada sobre el teatro. Todos hemos sido inexpertos alguna vez -replicó Julia y le dedicó una mirada un tanto burlona-. Todos, excepto tú, claro, que debes de haber salido del seno materno sabiéndolo todo sobre el teatro...

-No pertenece a este mundo -la interrumpió Logan-. Ni siquiera tú puedes discutir ese detalle.

-Quizá no -admitió-, pero Madeline es una jovencita dulce e inteligente que, sin duda alguna, se encuentra en algún tipo de apuro. Quiero ayudarla.

-La única manera de ayudarla es devolverla al sitio de donde procede.

-¿Y qué pasa si está huyendo de una situación de peligro? ¿No te preocupa por lo menos un poco? ¿Ni siquiera despierta tu curiosidad?

-No.

Julia suspiró con desesperación.

-Si no la dejamos trabajar aquí, quién sabe en qué circunstancias puede llegar a encontrarse. Si lo prefieres, le pagaré el sueldo de mi propio bolsillo.

-¡No dirigimos una casa de caridad, maldita sea!

-Necesito una ayudanta -digo Julia-, la necesito desde hace bastante tiempo, y Madeline es justo lo que preciso. ¿Por qué te enerva tanto?

-Porque ella... -Logan cerró la boca de repente. El problema era que la chica le molestaba por razones que no alcanzaba a entender. Quizá fuera porque se mostraba ridiculamente franca y desprotegida... La antítesis de su propia naturaleza. Le hacía sentir incómodo porque le recordaba todo lo que no quería ser, todas aquellas cosas que, no sin esfuerzo, había cambiado de sí mismo. Sin embargo, no era su intención divertir a Julia con semejante información. A la duquesa siempre le había fastidiado que dirigiera su vida y sus emociones con aparente facilidad.

-Logan -dijo Julia con impaciencia, desistiendo de leer sus pensamientos-, has de poder dar alguna explicación.

-El hecho de que sea una tonta patosa debería ser suficiente. A Julia se le desencajó la mandíbula por el asombro.

-¡Cualquiera puede tener un accidente ocasional! ¡No es típico de ti ser tan mezquino!

-He dicho que se va y no quiero hablar más sobre este asunto.

-Entonces serás tú quien la despida. Estoy segura de que se me atragantarían las palabras.

-Yo no tendré tal problema-aseguró Logan-. ¿Dónde está?

-La envié a ayudar a la señora Lyttleton con los vestidos -contestó con brusquedad Julia, dándole la espalda y poniéndose a revolver un montón de papeles que había sobre la mesa.

Logan salió del despacho decidido a encontrar a la chica de inmediato. La sastrería estaba situada en un edificio que se alzaba a escasa distancia de los otros, puesto que era la parte del teatro que corría más peligro de sufrir un incendio. De esa manera, había más posibilidades de contener el fuego y de sufrirlo se preservaba al resto de las dependencias del Capital.

La señora Lyttleton, más que una mujer, parecía una alegre montaña coronada por una mata de pelo moreno rizado. Sus enormes manos se movían con destreza cuando creaba los vestidos más exquisitos que podían verse sobre un escenario. Tenía a su cargo media docena de chicas, que la ayudaban a coser y mantener la ingente colección de trajes que llenaban percheros y más percheros. El aspecto de una puesta en escena del teatro Capital era de una magnificencia excepcional, y actores y público por igual eran conscientes de que no se escatimaban gastos para conseguir el efecto deseado.

-¿Qué puedo hacer por usted, señor Scott? -dijo la costurera con alegría-. ¿La camisa que se puso ayer noche todavía le queda corta de mangas? Si es necesario, volveré a alargarlas.

Logan no estaba para chacharas.

-Hay una chica nueva..., la señorita Ridley. Quiero verla.

-Ah, esa preciosa chiquilla, ¿no? La he mandado a la parte de atrás con unas cestas de vestidos que han de lavarse de manera especial. La seda es demasiado delicada para secarla al aire de la ciudad, con todo ese hollín, así que se van a llevar al campo, donde los trajes se lavarán y secarán...

-Gracias -la interrumpió Logan, muy poco interesado en las complejidades de la lavandería-. Que tenga un buen día, señora Lyttleton.

-Después de llevar las cestas al carro de la lavandería -añadió la costurera-, tiene que llevarle a su oficina los bocetos de los vestidos para *Ótelo.*

-Gracias -dijo Logan entre dientes, sintiendo cierta irritación, cuando no alarma, ante la noticia de que Madeline Ridley fuera a visitar su despacho. Con los desastres que parecían ocurrir siempre que la chica se hallaba cerca, se daría por satisfecho si, durante el rato que llevaba ausente, el despacho no había quedado reducido a un montón de escombros.

Sin embargo, cuando llegó al pequeño cuarto que consideraba su territorio sagrado, lo encontró vacío... y considerablemente más limpio de lo que había estado en años. Los libros y los montones de papeles habían sido apilados con esmero, el polvo no cubría ya las estanterías y los muebles y su caótico y abarrotado escritorio aparecía ahora limpio y ordenado. Logan entró en el despacho y miró por todas partes desconcertado.

-¿Cómo demonios voy a encontrar algo ahora? -murmuró. Una mancha de color dentro del cuarto captó su atención: alguien había colocado una rosa roja en un vaso de agua encima de la mesa.

Sorprendido, Logan tocó la aterciopelada flor de invernadero.

-Es una oferta de paz -la voz de Madeline surgió a sus espaldas. Scott se volvió y la vio asomada al marco de la puerta con una amistosa sonrisa-. Junto con la promesa de no volver a lastimarlo.

Perplejo y en silencio, Logan la miró de hito en hito. Las ansias de despedirla de inmediato se desvanecieron en sus labios. Hasta ese momento, había madurado la decisión sin el más mínimo atisbo de remordimiento, pero aquel rostro dulce y optimista le hizo sentirse claramente incómodo. Por otro lado, no podía despedirla sin quedar a ojos de los integrantes de la compañía como un ogro. Le asaltó la duda de si la chica era en verdad tan inocente como aparentaba o, si por el contrario, no era más que una astuta manipuladora. Sus grandes ojos castaños no le aportaron pista alguna.

Por primera vez, Logan se dio cuenta de que Madeline Ridley era bonita -mejor aún, hermosa-, que tenía unos rasgos delicados, una piel tersa como la porcelana y una boca tan inocente como sensual. La figura, esbelta y delicada, aunque alejada de la elegante voluptuosidad que tanto valoraba en una mujer, no carecía en absoluto de atractivo.

Logan se sentó en la silla y estudió a la chica con detenimiento.

-¿De dónde ha sacado esto? -preguntó señalando la rosa.

-Del mercado de flores de Covent Carden. Fui allí esta mañana temprano. Es el sitio más extraordinario que he visto, con todos esos titiriteros y tratantes de aves. Y qué cantidad de frutas y verduras...

-No es un lugar seguro para que vaya sola, señorita Ridley. Los ladrones y gitanos no tendrían ni para empezar con un pichoncito como usted.

-No tuve ningún problema, señor Scott -dijo con una reluciente sonrisa-. Es muy amable al preocuparse por mí.

-No estoy preocupado -replicó con rotundidad, mientras tamborileaba con los dedos encima de la mesa-. Es sólo que he sido testigo de cómo parece acompañarle los problemas.

-No es cierto -protestó Madeline sin resentimiento-. Diría que, hasta ahora, nunca le había causado problemas a nadie. He llevado una vida muy tranquila.

-Entonces, cuénteme por qué una chica aparentemente bien educada como usted busca trabajo en el teatro Capital.

-Para estar cerca de usted.

La desvergonzada declaración hizo que Logan meneara la cabeza. Viniendo de quién venía, carecía de sentido, pues la inocencia e inexperiencia de Madeline no podían ser más evidentes. ¿Por qué quería tener una aventura con él?

-¿Su familia sabe que está aquí? -preguntó.

-Sí contestó con cierta precipitación.

Los labios de Logan se torcieron en un gesto de escepticismo.

-¿Quién es su padre? ¿A qué se dedica?

-Es... un granjero-contestó con cautela.

-A todas luces, uno próspero. -La suspicaz mirada de Logan se deslizó por la suave tela de algodón y el corte delicado del vestido de la chica- ¿Por qué no está en casa con su familia, señorita Ridley?

Las contestaciones de Madeline se iban haciendo cada vez más titubeantes y Logan percibió su repentina desazón.

-Me he peleado con ellos.

-¿Por qué? -preguntó el actor, y no le pasó desapercibido el rubor que afloró a las mejillas de la chica a causa de la mentira.

-Preferiría no decirlo...

-¿Tiene que ver con un hombre?

El parpadeo de sorpresa en los ojos castaños de Madeline confirmó a Logan que su suposición era acertada. Retrepándose en la silla, la estudió con serenidad.

Lo dejaremos aquí, señorita Ridley. No necesito saber, o preocuparme, por sus asuntos personales. No obstante, déjeme advertirle de nuevo que si, por cualquier razón, alberga algún tipo de esperanza de que usted *y yo* vayamos a...

-Entiendo -le interrumpió con total naturalidad-. No quiere tener ninguna aventura conmigo. -Se dirigió a la puerta y, al llegar a ella, se detuvo y añadió-: Sin embargo, la gente puede cambiar de opinión.

-Yo no -dijo él, y frunció el ceño cuando la chica desapareció de su vista. «Por Dios bendito, ¿es que no entiende el significado de la palabra

no :»

Madeline estaba ocupada todo el día. Cuando no remendaba rotos y enganchones en multitud de vestidos, limpiaba el desorden de los camerinos de los actores; si no estaba numerando los tacos de entradas recién impresos, empleaba el tiempo en copiar la programación de la duquesa para el señor Scott y los demás integrantes de la compañía.

Era como una gran familia y, como cabría esperar de un grupo tan numeroso, se daban todo tipo de riñas intestinas. Lo más fascinante era la pintoresca diversidad de actores en nómina. Madeline tenía la impresión de que los comediantes eran mucho más interesantes y extravagantes que la gente normal, y su forma de hablar y bromear, tan franca, le impresionaba. Independientemente de cuál fuera el tema de conversación que mantuvieran, siempre parecía incluir alguna referencia al señor Scott. Resultaba evidente que todos lo admiraban -incluso podría decirse que lo adoraban y lo utilizaban como patrón con el que medir al resto de la gente.

Mientras barría el suelo de la sala de descanso y recogía platos y tazas de té sucias, Madeline escuchó a algunos de los más famosos actores del Capital discutir acerca de las causas de enamoramiento de la gente.

-No es lo que muestras -decía Arlyss Barry, una diminuta actriz cómica de pelo ensortijado-, sino lo que escondes. El señor Scott, por ejemplo: obsérvalo en cualquiera de los papeles que interpreta y verás que siempre esconde algo. Lo que hace que te atraiga una persona es su misterio.

-¿Estamos hablando del teatro o de la vida real? -preguntó Stephen Mailand, el caballero rubio que había estoqueado por accidente al señor Scott durante el combate de esgrima.

-¿Es que hay alguna diferencia? -inquirió con simulado desconcierto Charles Haversley, otro joven actor contratado, provocando la hilaridad general.

-No en este caso -afirmó Arlyss Barry-. La gente siempre quiere lo que no tiene. El público se enamora del protagonista porque nunca pertenecerá a ninguno de ellos. En la vida real, sucede lo mismo. No hay mujer u hombre vivo que no se haya enamorado de alguien que estuviera fuera de su alcance.

Con la escoba y el recogedor en la mano, Madeline se detuvo cerca del grupo.

-No sé si estoy de acuerdo -dijo con aire pensativo-. No estoy muy versada en estos temas, pero... si alguien fuera muy amable con una y la hiciera sentir segura y querida... ¿no lo encontraría atractivo?

-No lo sé -contestó Charles, sonriendo con desenfado-. Quizá deberías comprobar tu teoría conmigo, Maddy, y veríamos si funciona.

-Creo que Maddy ya la está probando con otra persona -terció Arlyss con malicia, y se rió al ver que Madeline se ruborizada-. Perdóname, querida... Nos gusta tomarnos el pelo unos a otros. Me temo que tendrás que acostumbrarte a ello.

Madeline recuperó la sonrisa.

-Por supuesto, señorita Barry.

-¿En quién estás probando tu teoría? -preguntó Charles con vivo interés-. ¿No me dirás que en el señor Scott? -Simuló indignarse cuando vio que el rubor de Maddy se hacía más intenso-. ¿Por qué con él y no conmigo? De acuerdo, es rico, guapo y famoso... pero ¿qué tiene, además de eso?

Sin saber cómo escabullirse de la broma, Madeline empezó a mover con energía la escoba, salió barriendo de la habitación y siguió haciéndolo por el pasillo.

-Pobrecita -oyó que decía Stephen en voz baja-. Logan nunca se fijará en ella... En cualquier caso, es demasiado dulce para él.

Atribulada, Madeline dejó de barrer y se recostó contra la puerta de entrada de la sala de ensayos. Después de haber oído a los actores -y todos tenían mucho más mundo que ella-, empezaba a darse cuenta de que había cometido un error. Se había acercado al señor Scott de la manera equivocada, al proclamar con descaro sus intenciones, mostrándose completamente disponible y sin guardar un atisbo de misterio con el que atraerlo. No era de extrañar que mostrara tan poco interés por ella. Pero no era demasiado tarde para cambiar las cosas.

Suspirando profundamente, Madeline deseó que hubiera alguien, alguna mujer sabia y experimentada, de quien poder recibir los consejos que con tanta desesperación necesitaba. La duquesa, quizá... Pero jamás aprobaría sus proyectos. De repente, se le ocurrió una idea que hizo que su frente se despejara. Quizá sí hubiera alguien a quien recurrir.

Cuando Madeline se apeó del coche de punto que la había trasladado hasta la casa de Somerset, el cielo estaba cubierto de negros nubarrones. La señora Florence, sentada al fuego en la salita de la chimenea, cenaba en una bandeja.

-Querida, has vuelto más tarde de lo que esperaba. ¿Tan terriblemente ocupada te tienen en el teatro? Debes de estar hambrienta. Mandaré que traigan otra bandeja.

Madeline le dio las gracias con un movimiento de cabeza y se sentó a su lado. Cuando el calor del fuego atravesó el traje de algodón sintió un escalofrío. A petición de la anciana, Madeline le narró los acontecimientos del día mirando fijamente el fuego.

-Señora Florence, me gustaría pedirle consejo acerca de algo, aunque creo que voy a escandalizarla.

-Chiquilla, es imposible que me escandalice, he vivido demasiado como para que algo me sorprenda. -La anciana se inclinó hacia delante; los ojos le brillaban en el rostro suavemente arrugado-. Bueno, has picado mi curiosidad... No me hagas esperar.

-He pensado que con su experiencia... Quiero decir, sus conocimientos de antaño... Querría preguntarle cómo... -Madeline se detuvo, obligándose a hablar-. Quiero seducir a un hombre.

La anciana se recostó en el asiento sin pestañear.

-La he escandalizado -dijo Madeline.

-«Sorprendido» sería más acertado, querida. No esperaba semejante pregunta de tí. ¿Estás segura de saber lo que haces? No me gustaría que cometieras un error del que más tarde te avergonzaras.

-Señora Florence -contestó Madeline con ironía-, en toda mi vida no he conseguido hacer algo de lo que realmente pudiera avergonzarme. Los ojos de la anciana adquirieron un repentino brillo de regocijo.

-Y quieres poner remedio a eso, ¿no?

-¡Sí! De otro modo, no conseguiré tener carácter o entereza en absoluto.

-Querida, no estoy de acuerdo. Me parece que tienes bastante más carácter y entereza de lo normal. No obstante, si estás decidida a poner en práctica tus intenciones, estaré encantada de aconsejarte. Sé bastante sobre hombres, o, al menos, sabía. Me atrevería a decir que no pueden haber cambiando mucho en los diez o veinte últimos años. Dime, ¿hay un hombre concreto al que quieras seducir?

-A decir verdad, se trata del señor Scott.

„, -¡Ah! -La señora Florence se la quedó mirando un buen rato con fauna mirada a la vez penetrante y distante. Era como si la hubiera asaltado algún recuerdo del pasado, alguno que parecía estar saboreando--. No te puedo culpar en lo más mínimo -dijo al cabo-. Si yo fuera una jovencita bonita como tu, también intentaría seducirlo.

-¿Lo haría? -preguntó Madeline, sorprendida por la confesión.

-¡Ah, ya lo creo! Me parece que el señor Scott es uno de los pocos hombres de Inglaterra a los que merece la pena seducir. Yo no me molestaría por esas criaturas afeminadas y ensimismadas que pasan por ser los grandes amantes de hoy día. Por desgracia, nunca he tenido la oportunidad de conocer al señor Scott, pero le he visto actuar. La primera vez, hace cinco años; interpretaba a Yago en *Ótelo...* Jamás he visto una actuación con más talento: un malvado en estado puro, seductor, suave como la seda... Como actor, es digno de toda la admiración; como hombre, me temo que es bastante peligroso.

-¿Peligroso? -preguntó nerviosa Madeline.

-Sí, para el corazón de una mujer. Los hombres seguros son para casarse; los peligrosos, para el placer. Con éstos, tienes que asegurarte de que sólo los necesitas para eso.

Madeline se inclinó hacia delante.

-Señora Florence, no le contará a nadie mis planes, ¿verdad?

-Por supuesto que no. Éste es un asunto muy íntimo. Además, no hay ninguna garantía de que lo vayas a conseguir. Por lo que sé de Logan Scott -la mayoría por cosas que he oído de Julia-, no eres su tipo. Hay hombres con ciertas apetencias que sólo pueden satisfacer mujeres muy

habilidosas, y tú... -Se detuvo y observó a Madeline con ojo crítico-. Algo me dice que tu repertorio es muy limitado.

-Ni siquiera tengo repertorio -sentenció Madeline con un deje de pesimismo.

La señora Florence apoyó la barbilla en una de sus arrugadas manos.

-Esto dificulta un tanto las cosas. Por otro lado, posees juventud y belleza, virtudes ambas que no deberían ser subestimadas.

-El problema es que ya he cometido un error. Tenía que haberme comportado de manera misteriosa y distante... En su lugar, he expuesto mis intenciones con toda claridad.

-¿Sabe que lo deseas? -preguntó la señora Florence con aire divertido.

-Sí, y ha dejado claro que no desea hacer nada conmigo.

-Bueno, tu franco acercamiento no tiene, por fuerza, que ser un error -consideró la señora Florence-. Podemos asumir que un hombre como Scott esté acostumbrado a mujeres que se insinúan de manera sutil y sofisticada. A lo mejor, incluso fue un acierto que le desconcertaras.

-No sólo le desconcerté -reconoció una Madeline avergonzada-, de paso conseguí que lo estoquearan.

-¿Que hiciste qué? -preguntó la señora Florence sobresaltada, y Madeline le relató el accidente de esgrima. La anciana la miraba entre divertida e incrédula-. Te diré una cosa, chiquilla... Esto es todo un desafío para mí, déjame pensar un instante.

Madeline esperó a que la anciana considerara el problema.

-Es una lástima que no tengas talento como actriz -dijo la señora Florence-. El lugar para acercarse a un hombre como Scott es el escenario, que es donde está más relajado. Excepto cuando actúa, sospecho que jamás baja la guardia, y sería sólo durante esos momentos de vulnerabilidad cuando podrías traspasar sus defensas.

-Quizá pudiera ofrecerme para apuntar a algún actor o actriz cuando estén aprendiendo su papel -sugirió Madeline no muy convencida.

-Sí, es una excelente idea.

-Pero señora Florence... ¿y qué hago si consigo pillar al señor Scott en uno de esos «momentos vulnerables»? ¿Qué tendría que decirle?

-Déjate guiar por la intuición. Limítate a recordar que no debes comportarte como una enamorada. Simplemente deja claro que estás disponible y dispuesta... Que ofreces placer sin complicaciones. Ningún hombre en el mundo podría resistirse.

Madeline, obediente, asintió.

-Una cosa más -añadió la señora Florence, mirándola meditabunda-. Tendrás que vestirte del modo adecuado para el papel. Aunque parece que tienes una figura atractiva, nadie lo diría viéndote vestida de colegiala. "

Una sonrisa de resignación cruzó el rostro de Madeline.

-Me temo, señora, que no se puede evitar: no me puedo permitir un vestido nuevo.

-Lo tendré en cuenta -le prometió la anciana-. Ya pensaré en algo. Madeline sonrió y admiró la viva energía y el entusiasmo de la señora Florence.

-Estoy encantada de haberle pedido consejo, señora.

-Yo también, Maddy. Tomar parte en tu conspiración es lo más excitante que me ha pasado en años. Con mi ayuda, te llevarás al señor Scott a la cama como quien lleva un cordero al matadero.

-Eso espero -contestó Madeline-, aunque... me cuesta imaginármelo como a un cordero.

-Eso tendrás que descubrirlo por ti misma. Según mi experiencia, con frecuencia los hombres se comportan de manera diferente en la cama a como lo hacen fuera de ella, y los actores son los amantes más impredecibles de todos. Una nunca sabe cuándo están interpretando un papel. -Tramando algo en su interior, volvió el plácido semblante hacia el fuego, mientras la doncella entraba con la bandeja de la cena de Madeline.

-Señora Florence, ¿hay alguna manera de saber cómo tendré que comportarme? -preguntó Madeline una vez se hubo marchado la sirvienta.

La anciana la miró inquisitivamente, pues había perdido el hilo de la conversación.

-Me refiero a saber qué tal amante puede ser un hombre -le aclaró Madeline.

-Creo que te harás una idea aproximada por la manera en que te bese. -Algo pareció distraerla de nuevo, y empezó a jugar con un mechón suelto de su anaranjada cabellera-. La verdad es que es una idea buenísima. ¿Por qué no sorprender al señor Scott con un beso? Es una treta audaz y elegante, y, sin ningún género de dudas, lo intrigará.

-Pero ¿cómo?..., ¿cuándo?

-Lo dejaré a tu imaginación, Maddy. Encontrarás el momento apropiado.

*Sorprenderlo con un beso.* Durante el día siguiente, la picara sugerencia de la señora Florence no dejó de rondar la cabeza de Madeline. *Jamás* encontraría el momento apropiado para hacer semejante cosa. Si al menos tuviera la belleza de su hermana mayor, Justine, o la inteligencia de Althea... Pero ella era de una mediocridad espantosa, y el señor Scott resultaba... inalcanzable.

Había tenido ocasión de comprobar el efecto que el actor producía en los demás, en aquella multitud de aristócratas que se agolpaban a la puerta de su camerino después de cada representación; en los actores y actrices, que buscaban su consejo... Todo el mundo quería algo de él. «Incluso yo», pensó Maddy, sintiéndose avergonzada e inquieta. Quería de Scott el más personal de los servicios y, con un poco de suerte, el actor no llegaría a saber nunca el porqué.

En un intento por saber algo más de él, Madeline se acercó a Arlyss Barry, que estaba tomando a solas el té en la sala de descanso. La actriz era una mina de información, conocía la vida y los milagros de todos los integrantes de la compañía y le encantaba chismorrear sobre todos ellos.

-¿Así que te gustaría saber más sobre el señor Scott? -preguntó Arlyss, mientras se llevaba una bizcocho glaseado a la boca. Aunque la señora Lyttleton no paraba de refunfuñar por la excesiva voluptuosidad de Arlyss, ésta parecía no poder evitar ser una golosa-. Como a todos nosotros, Maddy. El señor Scott es el hombre más fascinante que he conocido, y el más difícil de conocer; es un fanático de su intimidad. Jamás invita a la gente a su casa y, que yo sepa, nadie de la compañía, a excepción de la duquesa, lo ha visitado jamás allí.

Madeline frunció el ceño.

-El señor Scott y la duquesa han sido alguna vez... Arlyss meneó la cabeza con un revuelo de rizos castaños.

-Siempre se han parecido demasiado, supongo, los dos están tan enamorados del teatro que nunca ha habido sitio para nadie más. Luego, Julia conoció al duque y... pero ésa es otra historia. La

respuesta a tu pregunta: Julia y el señor Scott nunca han tenido un idilio. Ella me dijo que el señor Scott cree que enamorarse es lo peor que podría pasarle.

-Pero ¿por qué?

Arlyss se encogió de hombros con desenfado.

-Es el misterio del señor Scott. Ese hombre es todo secretos. -Bajó la voz y se inclinó sobre la taza de té-. Te diré algo que saben muy pocos: el señor Scott es hijo de un aparcero, y ni siquiera fue a la escuela. ¿Te lo imaginas?

-No, yo... -Madeline estaba sorprendida de veras-. Parece tan culto, tan noble...

-Así es -reconoció Arlyss-, pero sus orígenes harían que los nuestros parecieran regios. De hecho, Julia me insinuó en una ocasión que el señor Scott había sido maltratado, que su padre le había golpeado y casi matado de hambre. Ésa es la razón de que sus familiares no vengan nunca a visitar el teatro o de que no se les permita asistir a una representación. Les paga para que se mantengan lejos de él.

Madeline reflexionó sobre lo que acababa de oír, mientras Arlyss seguía hurgando en la lata de bizcochos. Intentó imaginarse al señor Scott de niño, sumido en la pobreza, siendo maltratado, y le resultaba imposible reconciliar esa imagen con la del poderoso y seguro de sí mismo propietario del teatro Capital. Había adquirido tales proporciones divinas a los ojos del público -y a los de Madeline-, que se le hacía difícil creer que se hubiera librado dé un pasado tan humilde como el descrito por Arlyss.

«Así que de ahí procede el talento del señor Scott», pensó con un atisbo de compasión. Un hombre no puede dejar su pasado e inventar una nueva vida si no dispone de una portentosa imaginación... y de igual grado de resolución.

-Perdóneme, señorita Barry -musitó-. Tengo trabajo que hacer. Arlyss le guiñó un ojo, abrió el libreto de una obra y, vocalizando en silencio, se dispuso a memorizar su papel.

Madeline recorrió el pasillo camino del despacho del señor Scott, con el corazón latiéndole cada vez más deprisa a medida que se acercaba al umbral. La puerta estaba abierta, dejando a la vista la espalda del actor, que estaba sentado tras su descomunal escritorio de caoba. La camisa blanca de lino, recién planchada, se le pegaba a la espalda formando pliegues. Se había despojado del chaleco gris claro y de la corbata de seda negra que había llevado todo el día.

Después de haberlo visto toda la jornada en incesante actividad, resultaba un tanto extraño contemplarlo así, tan quieto y callado. Cuando recorría con grandes zancadas el teatro, como un capitán recorre su nave, parecía disponer de la energía de diez hombres. En un momento estaba dirigiendo a los actores durante un ensayo, camelándolos o apretándoles las tuercas hasta que quedaba satisfecho con las actuaciones y, al siguiente, se encontraba en el taller de pintura, trasladando decorados móviles y bastidores, explicando de un modo tan enfático cómo quería que se pintaran, que parecía que fuera a coger una brocha y hacer él mismo el trabajo.

Todos los miembros de la compañía, fueran hombres o mujeres, sabían que, tarde o temprano, su trabajo sería examinado cuidadosamente por el señor Scott, así que todos se afanaban en complacerle. Cuando recibían una o dos palabras de elogio, rebosaban de satisfacción. Madeline estaba deseando conseguir que le prestara idéntica atención y que dejara de verla sólo como una empleada problemática.

Cuando Madeline se detuvo en la puerta, el señor Scott se puso tenso y movió toda la poderosa musculatura de la espalda. Aunque Madeline no había hecho ruido, el hombre se volvió en la silla y sus azules ojos miraron de forma inquisitiva por encima del hombro.

-Señor Scott -dijo-, he pensado que podría ayudarle con su correspondencia. He advertido el copioso volumen y... creo que podría escribir las cartas que me dictara. -Al leer la falta de respuesta en su cara, añadió esperanzada-: Tengo muy buena caligrafía.

Logan tardó una eternidad en responder. Contempló la pila de cartas sin contestar, amontonadas en una esquina del escritorio, y luego volvió su mirada hacia ella. Muy despacio, y después de retirar unos cuantos libros que estaban apilados encima, acercó una silla.

-¿Por qué no? -masculló.

Madeline se sentó, cogió pluma y papel y se situó en la esquina de la mesa para escribir. El señor Scott extrajo una hoja de notas de encima del montón y la leyó en silencio mientras se tiraba de un mechón del flequillo. Madeline nunca había visto a un hombre con un pelo tan hermoso; debía de haber muchas mujeres a quienes les gustaría acariciar aquellos alborotados rizos.

Disfrutando con aire culpable de la novedad de estar a solas con él, Madeline continuó con su discreta inspección. La tensión de las largas piernas de Logan se hacía patente bajo los pantalones grises y evidenciaba unos músculos largos y en forma. Muchos de los papeles que interpretaba exigían grandes aptitudes atléticas; la intensidad de las escenas de lucha y esgrima que representaba noche tras noche le mantenían en una condición física extraordinaria.

-La carta va dirigida a *monsieur* Jaques Daumier, rué des Beaux Arts, París.

Para sorpresa de Madeline, Scott empezó a dictarle en francés, y se dio cuenta de que la estaba probando para ver si realmente dominaba el idioma. Creciéndose ante el reto, empezó a escribir con agilidad.

A partir de lo que Scott le dictó, Madeline dedujo que Logan estaba ayudando a un director de la Comedie Francaise que pretendía alquilar un teatro de Londres durante una breve temporada para exhibir sus producciones ante el público inglés.

-*Pardon,* señor -le interrumpió Madeline en mitad de una oración-, pero creo que este verbo debería ir conjugado en pretérito indefinido de subjuntivo...

-Déjelo así... Madeline frunció el ceño.

-Señor Scott, estoy segura de que está al corriente de lo quisquillosos que son los franceses con su idioma...

-Estoy seguro de que sé muchísimas más cosas acerca de los franceses que usted -replicó con contundencia-, y conjugaré el maldito verbo como me plazca.

-Muy bien -Madeline inclinó la cabeza sobre el papel-, pero está equivocado -murmuró.

De repente, Logan sintió que su enfado dejaba paso a un incontenible acceso de risa, y se vio obligado a realizar un serio esfuerzo para reprimir la carcajada que afloraba a su garganta. Nadie se había atrevido a hablarle así jamás. Los aristócratas con los que se relacionaba habitualmente utilizaban un tono condescendiente, excepto cuando querían algo de él; los empleados siempre le decían lo que creían que quería oír; tan sólo Julia le hablaba de igual a igual, algo atribuible a la seguridad que la otorgaban su título y alcurnia. Pero esta chica... Madeline... no tenía nada, y pese a que su bienestar dependía por entero de la buena voluntad de él, se atrevía a llevarle la contraria.

-Entonces, cámbielo -dijo, y siguió dictando antes de que la chica pudiera reaccionar. Cuando terminó la carta, estaba seguro de que a Madeline tenía que dolerle la mano, pero en ningún momento le había pedido que aminorara la velocidad.

Pasaron a la siguiente carta, que iba dirigida al director de una compañía de seguros. En la misma, Logan comunicaba su intención de constituir un fondo, tanto para ayudar a los actores jubilados como para socorrer a sus viudas y huérfanos. El dinero se iría reuniendo con

aportaciones anuales procedentes del salario de los actores y las recaudaciones de representaciones benéficas extraordinarias.

-Es muy generoso por su parte -manifestó Madeline al terminar la carta-. Me temo que la mayoría de los directores de teatro no se preocupa por el bienestar de sus antiguos empleados.

-No es generosidad -contestó-, sólo una manera de atraer y retener en el Capital a los mejores actores. Cuanta más calidad tengan mis producciones, más dinero recaudo.

-Entonces, ¿el único motivo es el beneficio?

-Exactamente.

-No lo creo, señor Scott. Usted « bueno... sólo que no quiere que nadie piense semejante cosa.

-¿Por qué piensa eso, señorita Ridley? -contestó con una sardónica sonrisa.

Madeline le miró a los ojos sin pestañear.

-No me ha despedido, aun cuando estaba perfectamente justificado que lo hiciera. Ahora, al parecer está disponiéndolo todo para cuidar de sus empleados cuando sean demasiado viejos para trabajar. Son acciones propias de un hombre bueno.

-Señorita Ridley... -Movió la cabeza como si fuera incapaz de abarcar la inmensa ingenuidad de Madeline-. Nunca he hecho nada bueno. ¡Dios mío! Es increíble que haya llegado tan lejos sin sufrir daño alguno. No sabe nada de lo que he hecho en el pasado, o de lo que soy capaz de hacer. Por su propio bien, no confíe en nadie... incluido yo.

-¿Qué podría temer de usted?

Con los puños cerrados, las enormes manos de Scott se posaron sobre el escritorio. Al mirar a Madeline, sus ojos azules adquirieron una tonalidad violácea. Un silencio pesado inundó el despacho, mientras los latidos del corazón de la muchacha alcanzaban un ritmo alarmante.

-Dejaremos que lo averigüe usted misma -dijo con suavidad.

Con cada palabra que decía, Logan Scott iba desvaneciendo las fantasías infantiles de Madeline. Era un hombre de carne y hueso, lleno de defectos, y si conseguía acostarse con él, la experiencia podría cambiarla para siempre, emocional y físicamente. Al pensarlo, una oleada de inquietud recorrió su cuerpo.

Madeline dejó de mirarlo a los ojos y posó la mirada en su regazo hasta oír la risa sorda, casi desdeñosa, de Logan.

-Esto es todo por ahora -dijo el actor.

-¿Vuelvo mañana? -preguntó.

Transcurrió un largo silencio, durante el cual Logan, con el ceño fruncido, contempló la abarrotada mesa. La condenada Julia sabía cuan desesperadamente necesitaba la ayuda de una secretaria. Hacía meses que andaba detrás de contratar a alguien para esa labor, pero todavía no había encontrado tiempo para entrevistar a las candidatas apropiadas.

Con la ayuda de Madeline podría limpiar la mesa en la mitad de tiempo que emplearía si lo hiciera solo; quizá no sería tan malo tenerla trabajando en el despacho una hora o dos al día. Sólo que... se había dado cuenta, no sin sorpresa, que estar sentado tan cerca de ella le hacia sentir... incómodo. Excitado. Frunció el ceño, cambió de posición y la observó detenidamente con los ojos entrecerrados. Era impropio que le hiciera sentir así; la muchacha era demasiado joven e inocente; y no era el tipo de hombre aficionado a violar vírgenes, por muy tentadoras que pudieran resultar.

Y pese a sus esfuerzos por ignorarla, Madeline, con esa frescura y calidez desconocidas para él hasta entonces, *era* tentadora. Sintió una comezón en las manos al acercarse a la nuca de Madeline y rozar algunos de los sedosos mechones que se habían soltado de la pinza. Turbado, señaló la puerta con impaciencia.

-Sí, vuelva por la mañana -susurró.

-Que tenga usted un buen día, señor Scott -saludó Madeline con una sonrisa.

Logan, sentado en la silla, se quedó mirando el umbral vacío de la puerta, escuchando cómo los pasos de Madeline se apagaban gradualmente. La palpitante e impaciente calidez que sentía en la entrepierna se fue desvaneciendo poco a poco, y pensó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo con una mujer. Meses. Sus muchas ocupaciones le habían impedido buscar una sustituta para su última amante, y ninguna había despertado su interés...

Hasta ahora.

Los labios se le curvaron en una sardónica y enigmática sonrisa. La idea de llevarse a la cama a una virgen o, al menos, a una chica muy inexperta, nunca le había atraído.

Sin embargo, no pudo por menos que pensar en Madeline Ridley, en cómo se sentiría la chica entre sus brazos, en qué aspecto tendría desnuda en la cama, en qué pasaría si él se dejara llevar por toda aquella impetuosa energía...

-¡Maldita sea! -dijo en voz alta, alarmado por la dirección que estaban tomado sus pensamientos y obligándose a concentrarse en el trabajo. Con obstinación, se puso a leer contratos, a revisar programaciones y a tomar notas sobre selecciones musicales y escenografías.

Mientras lo hacía, llegaron hasta él los ruidos de los empleados al abandonar el teatro. Los actores y los músicos ya habían terminado los ensayos, en tanto que los carpinteros y los pintores preparaban los talleres para el día siguiente.

A Logan le agradaba verse rodeado de aquella actividad, consciente de que, de no ser por su esfuerzo, el Capital no existiría. Lo había creado a base de ambición, poco a poco, y lo había hecho crecer con sumo cuidado. No había lugar al fracaso, nunca se había permitido considerar tal posibilidad, pues habría significado volver a sus orígenes como el hijo de Paul y Mary Jennings.

Una voz familiar rompió el silencio de improviso.

-¿Trabajando hasta tan tarde, Jimmy? Ya que has hecho una fortuna, ¿por qué no la disfrutas?

Logan se volvió en la silla y contempló la cara familiar de Andrew, lord Drake. Era un hombre joven, alto y bien proporcionado, con unos traviesos ojos azules y el pelo castaño largo y alborotado. Aunque era guapo, su rostro empezaba a mostrar los primeros síntomas de una vida disipada: mejillas y barbilla carnosas, tez rubicunda de bebedor impenitente y ojeras propias de trasnochador habitual.

Logan y Andrew habían sido amigos íntimos la mayor parte de la infancia. Andrew era el único hijo y heredero del conde de Rochester, y Logan, el vastago de un aparcero local. Juntos habían vagado por las propiedades del noble, pescando, nadando o dedicándose a la caza menor. Para Logan había sido como tener un hermano pequeño y, aunque Andrew era el heredero de una gran fortuna, siempre había sentido lástima por él. Por lo que había podido observar, el conde no había sido mejor padre que Paul Jennings.

Rochester era frío y severo, y le preocupaban más las normas y la disciplina que el bienestar de su hijo.

Sin moverse del sitio, Logan esbozó una sonrisa.

-No esperaba verte de nuevo tan pronto, Andrew. No, desde que te dije que dejaras de insinuarte a mis actrices. Andrew sonrió abiertamente.

-¿Sabes?, no hay una gran diferencia entre un teatro y un burdel: las actrices son iguales que las prostitutas, sólo que más caras. -Recorrió el despacho con una mirada despectiva, que terminó por detenerse en el abarrotado escritorio-. Con la de tiempo que pasas en este polvoriento rincón, me sorprende que todavía no te hayas vuelto loco.

-Disfruto trabajando. -Logan se retrepó en la silla, apoyó los pies en el borde del escritorio y dejó caer las manos sobre su plano vientre.

-«Disfrutar» y «trabajo» no deberían ir en la misma frase. -Andrew le miró a la cara y sonrió al percibir el parpadeo en los ojos de Logan-. No te gusta que te diga estas cosas, ¿verdad? Te aseguro que no es mi intención insultarte. Admiro lo que has hecho, que siendo el humilde Jimmy Jennings te hayas convertido en el gran Logan Scott. Cuando éramos niños, siempre imaginé que te casarías con alguna lechera o dependienta del lugar y que, al igual que tu padre, acabarías siendo granjero; o, quizá, que te irías a Londres y trabajarías como empleado de algún comerciante insignificante. Sin embargo, mírate ahora, uno de los hombres más ricos de Inglaterra por méritos propios, rodeado de hermosas mujeres que se abren las faldas para llamar tu atención, o recibiendo continuas invitaciones para ir cenar a casa del duque de Wellingtpn. A veces tengo la sensación de que soy el único que recuerda tu verdadera identidad.

-No lo eres. -Aunque hubiera sido capaz de olvidar sus orígenes humildes, había mucha gente que no habría dejado pasar la ocasión de recordárselo. Ningún advenedizo, por más talento o riqueza que tuviera, podría acceder jamás a aquellos exclusivos círculos. Sin duda estaba en condiciones de servirles de entretenimiento, pero no de moverse entre ellos como un igual. Nunca le permitirían que se casara con una de sus hijas y que su sangre roja se tiñera de azul-. ¿A qué has venido, Andrew? -preguntó-. ¿A recordar el pasado o quieres algo?

La brusquedad de Logan pareció ofender a su amigo, que se encogió de hombros.

-Bien, si insistes en que vaya al grano... Estoy metido en un lío.

-Has estado apostando.

-Por supuesto. ¿Qué otra cosa puedo hacer con mi maldito tiempo? -Andrew, con la cara enrojecida, dio rienda suelta a su frustración-. Durante las dos últimas semanas he ido casi todas las noches al club, donde me han desplumado hasta el último penique. Cada vez que pensaba que mi suerte iba a cambiar, empeoraba. Ahora la noticia ha corrido por todo Londres y nadie me da crédito. Además, dos malas bestias del club me siguen adonde quiera que voy. No parece que pueda darles esquinazo y han amenazado con romperme las piernas a menos que me presente con el dinero que les debo. Que Dios me asista, la verdad es que los creo capaces.

-¿Has recurrido a tu padre?

Andrew emitió un gruñido de indignación.

-El viejo cabrón no me daría ni un penique por encima de la miserable cantidad que denomina mi asignación. ¡Podría pagar cien veces lo que debo!

-Creo que eso es lo que teme -puntualizó con aspereza Logan-. ¿A cuánto asciende la deuda esta vez? ¿Cuatro mil? ¿Cinco?

Con aire despreocudo, Andrew se tocó la manga de su chaqueta de lana verde.

-Diez -masculló.

La cantidad era lo bastante grande como para hacer enmudecer a Logan. Diez mil libras era toda una fortuna, suficiente para mantener con holgura a docenas de familias durante un año;

o para montar varios espectáculos en el Capital. Sabía por qué el conde de Rochester no saldaría la deuda de su hijo, por grande que fuera el peligro que amenazara la integridad de éste. Si Andrew no cambiaba de costumbres, cuando heredara el título no tardaría en dilapidar la fortuna familiar.

-Necesito el dinero -suplicó Andrew. Por primera vez, en su voz había un hilo de desesperación-. Todo el mundo sabe lo jodidamente rico que eres, puedes permitirte el lujo de prestarme diez mil libras. Sabes que algún día te las devolveré con intereses.

-¿Lo harás? -preguntó Logan con ironía, mientras rebuscaba en el escritorio. Empezó a rellenar un talón bancario-. Andrew, ésta es la última vez; no siento ninguna inclinación por llenar un pozo sin fondo.

Lord Drake le miró por encima del hombro con detenimiento y dejó escapar un gruñido de agradecimiento.

-Sabía que no me fallarías. Tendrías que estar contento, sabiendo cómo reaccionaría mi padre si lo supiera.

Cuando terminó de extender el talón, los labios de Logan se torcieron en una triste sonrisa.

-La verdad es que sí. -Acercó el talón a su amigo, pero cuando éste, ansioso, alargó la mano para cogerlo, lo retiró-. Al mismo tiempo, te voy a dar un consejo.

-Como bien sabes, nunca los acepto.

-Por diez mil libras, vaya si lo harás. Paga las deudas, Andrew, y busca una ocupación menos onerosa. No tienes temperamento para ganar en el juego, te dejas llevar con demasiada facilidad por la emoción del momento.

-Entonces, tú debes de ser el mejor jugador del mundo -murmuró Andrew-. Nunca muestras emoción alguna, a menos que la exteriorices en el escenario para obtener un beneficio.

Logan se rió y volvió a reclinarse en la silla.

-Dime, ¿cómo está tu padre?

-Igual que siempre, exigente e imposible de complacer. Salvo asesinar, ha hecho de todo para adquirir una colección de bocetos de Rubens o Rembrandt...

-La colección Harris -dijo Logan con un brillo de interés en los ojos-. Diez bocetos originales de Rembrandt, incluido uno, *El jinete polaco.*

Andrew levantó las manos, simulando alarmarse.

-No me digas que también quieres la colección... Te aconsejo que te mantengas a distancia, o habrá derramamiento de sangre.

-Está muy lejos de mi intención el interponerme en el camino del conde -le respondió Logan, encogiéndose de hombros con aparente desgana.

-Es extraño que tú y mi padre compartáis la misma pasión por el arte -comentó Andrew.

-Hay mucha gente que aprecia el arte, Andrew. Incluso personas de clase baja -replicó Logan con una sonrisa burlona.

-Pero ¿cuántos hijos de granjeros pueden permitirse coleccionarlo? Mi padre insiste en que compraste aquel Van Dyck que él deseaba sólo para molestarle.

-¿Por qué habría de hacer semejante cosa? -respondió Logan en voz baja.

-Creo que la teoría del conde es que intentas impresionarle. Afirma que todo se debe a que creciste a la sombra de la mansión de la hacienda y que quieres demostrarle que te has sabido forjar una buena posición.

De repente, Logan se enfureció y no se molestó en ocultarlo. Aquellas palabras habían incidido en un punto de verdad que no estaba dispuesto a admitir. No sabía por qué sentía un deseo tan agudo de rivalizar con el conde de Rochester. Sin duda debía de tener algo que ver con la manera, desdeñosa y altiva, con que éste lo miraba a él y a todo el mundo. Aquella mirada enjuiciadora siempre le había impulsado a demostrar que, excepto en lo referente a la cuna, no era inferior al conde en ningún aspecto.

-A los únicos que quiero impresionar son a aquellos que pagan para sentarse en mi teatro. La opinión de tu padre siempre me ha importado un bledo. Díselo de mi parte.

-¡Pardiez, menudo humor! Cambiemos a algún otro tema más atractivo. ¿Sigues manteniendo en tu casa de Londres a aquella preciosa morenazar

Logan negó con la cabeza ; ;

-Le pedí que se fuera.

-¿Pero cómo se puede cansar uno de una criatura tan exquisita? ¿Dónde está ahora? No soy tan orgulloso como para no aceptar a las que despides.

-No le haría la faena de enviarte a su puerta. Andrew soltó una carcajada.

-Estupendo entonces. Se pueden conseguir muchas otras mozas preciosas. -Se dirigió hacia la puerta con aire despreocupado y se guardó el talón en el bolsillo con una sonrisa-. Mis más sinceras gracias. Sabía que no me darías la espalda.

-Aléjate de los problemas -le aconsejó Logan con intención. Andrew le dedicó una mirada de absoluta inocencia.

-Lo intentaré.

Logan observó la marcha de su amigo de la infancia con un deje de aflicción. A pesar de los defectos de Andrew, que eran numerosos, había un algo de bondad en su interior. Jamás en su vida había intentado hacer daño a nadie o a nada de forma deliberada, y gran parte de su rebeldía procedía del deseo de llamar la atención de su padre.

Los pensamientos de Logan se concentraron en el conde de Rochester, y su sonrisa se tornó desabrida. La compra, el año anterior, de aquel Van Dyck ante las narices del conde le había reportado un inmenso placer. El anciano siempre se había mostrado orgulloso de sus conocimientos en arte, y el hecho de que el hijo de uno de sus aparceros fuera un respetado cliente de la Sociedad de Artistas parecía que le había irritado en sobremanera.

En los últimos años, Logan había estado educándose con gran esmero, para lo cual había preguntado a artistas y coleccionistas y realizado frecuentes viajes al Continente en compañía de *virtuosi,* hasta conseguir, por fin, desarrollar su propio sentido del gusto. Había logrado que la pinacoteca de su mansión campestre fuera considerada una colección de importancia. No sólo se había hecho amigo de la mayoría de los principales artistas de Londres, sino que se había erigido en mecenas de pintores menos conocidos pero muy prometedores.

-Supongo que crees que poseer el Van Dick te convierte en un hombre culto -le había dicho Rochester entonces, después de que Logan le hubiera superado en la puja de la subasta.

-No, milord -había contestado, sonriendo ante la gélida irritación del conde-. Sólo en uno afortunado.

A Rochester le había costado encontrar una réplica mordaz.

-Para ser alguien que hace un espectáculo de sí mismo, con el único fin de entretener a las masas, has sabido forjarte una buena posición.

-Se le llama «actuar». -Logan lo había dicho con delicadeza y sin perder la sonrisa. Nada hubiera podido empañar el triunfo de haber adquirido la pintura que Rochester deseaba con tanta desesperación.

-Actores, cantantes, artistas circenses... para mí todos son iguales -había gruñido el anciano.

-¿Por qué le irrita tanto mi profesión? -había preguntado Logan-. ¿Habría preferido que siguiera en sus tierras y acabara convertido en un agricultor como mi padre?

-La agricultura es una ocupación bastante más honorable que actuar sobre un escenario como un mono adiestrado.

-Pero ni de lejos tan provechosa -le había contestado Logan, acudiendo a recoger el cuadro.

En su vida, pocas satisfacciones se podían comparar a la certeza de saber que, por fin, era una piedra en el zapato para Rochester. Había sido una larga ascensión, en la que, utilizando las ganancias obtenidas en el teatro, había realizado ciertas inversiones arriesgadas, algunas de las cuales se revelaron altamente rentables. Como con el arte, Logan era un autodidacta en cuestiones financieras, si bien estas últimas le habían resultado harto menos interesantes. La búsqueda del dinero era algo a todas luces vulgar, burgués, pero no quedaba otra elección. El tipo de vida a que aspiraba exigía bastante dinero, y se había armado de valor para ignorar el desprecio de los aristócratas, que habían heredado sus fortunas en lugar de ganarlas. Dejaba que Rochester se burlara y le llamara *parvenú...* pero el hecho es que él era el propietario del Van Dyck y que podría serlo de cualquier otra maldita pintura que se le antojara.

Tras hacer que sus pensamientos se centraran de nuevo en el presente, Logan se frotó la nuca y salió del despacho rumbo al taller de pintura, donde pretendía inspeccionar los últimos trabajos realizados en un juego de bastidores. El sonido de unas voces, que llegaban hasta el pasillo, le hicieron detenerse. Una, inconfundible, era de Andrew, mientras que la otra... La voz femenina provocó que una oleada de sensaciones ascendiera por su columna vertebral.

Logan sintió cómo sus dedos se crispaban, hasta que sus puños se cerraron a ambos lados de su cuerpo. Debería haber sabido que si Madeline andaba cerca Andrew repararía en ella.

«No importa», se dijo, intentando tranquilizarse, pero, de repente, se dio cuenta de que estaba a punto de explotar. Tras seguir el sonido de las voces hasta la biblioteca, entró sin llamar.

Andrew estaba apoyado en un estante, hablándole afablemente a Madeline, mientras ésta revisaba montones de libros situados encima de la mesa. En comparación con la altura de Andrew, parecía muy bajita. Algunos mechones rubios se habían soltado de las pinzas y le caían sobre la cara y el cuello. En aquella estancia sin ventanas, de pie ante los gastados libros y las estanterías llenas de polvo, parecía un rayo de luz.

-Señor Scott -saludó Madeline con una sonrisa-. He decidido empezar a inventariar la biblioteca. Logan la ignoró y miró a Andrew.

-Pensaba que te habías ido.

-Estaba... pero, entonces, me encontré con esta encantadora criatura.

-Andrew se detuvo antes de añadir-: En cualquier caso, no es actriz.

-Era una clara alusión a que la orden de Logan había sido que se mantuviera alejado de las *actrices* de la compañía; no del resto de las empleadas.

El actor sintió un irrefrenable deseo de rodear con las manos el carnoso cuello de Andrew.

-Deja que te aclare algo: no te acerques a nadie que trabaje para mí, cualquiera que sea su ocupación. ¿Has entendido?

-¡Oh, me ha quedado clarísimo! -Andrew sonrió a Logan con socarronería-. Perdonadme, creo que mi presencia está *de trop.* -Al salir, susurró a su amigo-: No es de tu tipo, ¿verdad?

Logan no contestó, sólo mantuvo la mirada sobre Madeline. Cuando Andrew se fue y se acallaron todos los sonidos, se dirigió a la chica con un gruñido sordo.

-Vayase a casa, señorita Ridley.

Madeline estaba desconcertada y a la defensiva. Parecía que, una vez más, y sin intención, lo había disgustado.

-Señor Scott, no he buscado las atenciones de lord Drake. Me vio por casualidad al pasar por delante de la biblioteca y ha sido muy cortés. Sólo intentaba ayudarme.

Un destello frío y brillante iluminó los ojos azules de Scott.

-Estaba intentando ayudarla a quitarse la ropa y a meterla en su cama. Si es demasiado ingenua para darse cuenta, deje que le diga algo más: lord Drake devora lindas muchachitas como usted con cierta regularidad. Lo único que obtendrá de él será un poco de sexo desenfadado y, con toda probabilidad, una tripa hinchada con el bastardo que le haga. Si eso es lo que desea, vaya a por ello con todas sus fuerzas... Pero fuera de mi teatro.

-¿Por qué no puede usted intentar ser un poco más cortés? -replicó Madeline roja como la grana.

--Porque una chica como usted no inspira *cortesía* en un hombre... -Logan pronunció la palabra con un énfasis hiriente.

Madeline se puso rígida, se apartó de la mesa y, al dirigirse a la puerta, le rozó ligeramente.

-Si lo que está diciendo es que me he comportado de manera impropia... -Se detuvo con un grito cuando Logan, alargando el brazo, la agarró. Madeline tuvo la sensación de que aquellas manos grandes la quemaban a través de la tela de la manga.

Tirando de ella con brusquedad, el actor la volvió hacia él.

-Lo que digo es que cuando un hombre la mira, no puede evitar pensar...

Logan enmudeció y se la quedó mirando de hito en hito durante un largo rato. Madeline tragó saliva con dificultad; el parpadeo de Scott se redujo a la mínimla expresión. La chica se preguntó si él la deseaba y qué debería hacer ella para que se decidiera. Su corazón le dio un vuelco al percatarse de que Logan la estaba mirando como si intentara devorarla, tal y como había acusado a lord Drake de querer hacer.

Los dedos del Madeline temblaron, acuciados por la necesidad de tocar la cara de Scott, de explorar la áspera superficie donde había empezado a crecer la barba, el enérgico contorno de la nariz, los arcos de las cejas, la boca, grande y firme... Quería tener tiempo para ablandar esos labios y apretarlos contra los suyos... Quería perderse en sus brazos.

Scott la soltó de manera tan repentina que casi la hizo caer de espaldas.

-Perdóneme -dijo Logan en un tono monocorde, con el rostro demudado-. Mi comportamiento ha estado fuera de lugar.

Madeline, con las rodillas temblando, sintió una punzada en la boca del estómago. Se fue acercando poco a poco a la mesa y se agarró al borde para no caerse.

-Yo... -Tenía los labios extrañamente secos y se los tuvo que humedecer antes de intentarlo de nuevo-. No volveré a hablar con lord Drake, señor Scott.

-Haga lo que desee -dijo él en tono cansino-. No tengo ningún derecho a poner objeciones a las compañías que elija.

Desconcertada, Madeline miró fijamente el perfil de Logan. En un momento se había puesto hecho una furia y, al siguiente, mostraba una completa indiferencia. Algo debía de haber hecho mal; quizás había perdido alguna oportunidad de la que una mujer más experimentada habría sacado tajada. Como seductora era una verdadera calamidad.

Esperaba que Logan saliera del cuarto, pero el actor permanecía quieto y en silencio, como si tuviera agarrotados todos los músculos de su cuerpo. Parecía estar librando una espantosa batalla interior.

-¿Señor Scott? -preguntó en voz baja-. Si no le importa... ¿podría terminar lo que iba a decir?

Logan volvió la cabeza y clavó los ardientes ojos azules en los de la chica.

-Dijo que cuando un hombre me mira -le animó Madeline- no puede evitar pensar...

La tensión fue en aumento hasta que el señor Scott sacudió la *cabeza.* con una risa sorda.

-¡Dios mío! -musitó al tiempo que salía a grandes zancadas de la estancia-. Me gustaría saber qué he hecho para merecer esto.

Durante las dos semanas siguientes, Logan se descubrió objeto de la persecución más extraña que jamás hubiera sufrido. Cada vez que doblaba una esquina, allí estaba Madeline, solícita hasta el agotamiento, a punto de volverle loco con sus atenciones. Cuando llegaba a su despacho por la mañana, ella ya había estado allí para dejar encima de la mesa una servilleta con bollos glaseados o una tetera humeante. La chica se apresuraba a traerle cosas, antes aun de que él fuera consciente de que iba a necesitarlas... Estudiaba sus costumbres: la cantidad de azúcar que le gustaba en el té, cuan almidonadas prefería las camisas...

La entusiasta devoción de Madeline le irritaba y avergonzaba por igual, pero al mismo tiempo... No podía recordar si alguna vez alguien había sido tan rápido a la hora de satisfacer sus necesidades. Madeline se aseguraba de que, en todo momento, sus trajes estuvieran limpios, cosidos y planchados; le traía libros de consulta de la biblioteca siempre que los necesitaba; y mantenía el despacho y el camerino en perfecto orden.

Logan estaba permanentemente a punto de decirle que le dejara en paz; sin embargo, no podía conseguirlo nunca. Le venía bien tenerla cerca y a mano... Al mismo tiempo, ver su pequeña y expresiva cara cuando tomaba nota de lo que le dictaba u ordenando montones de anuncios recién llegados de la imprenta, le proporcionaba un extraño placer. En los raros días en que Madeline estaba demasiado ocupada para ir directa a su despacho, se sorprendía mirando el reloj, impaciente por el retraso.

-Se ha tomado su tiempo -le dijo una mañana cuando llegó para ayudarlo con la correspondencia-. He estado esperándola.

-Lo siento, señor -dijo Madeline sin resuello-, pero la señora Lyt-tleton necesitaba que la ayudara con la prueba de unos vestidos...

-Pasa mucho tiempo en la sastrería. Si la señora Lyttleton está sobrecargada, dígale que contrate a otra costurera. Hay correo que necesito contestar.

-Sí, señor -dijo obediente Madeline, al tiempo que en sus labios se dibujaba una pequeña sonrisa.

Logan frunció el ceño, al darse cuenta de que se había mostrado celoso y posesivo.

-Mi correspondencia es mucho más importante que las fruslerías de la señora Lyttleton -dijo, acuciado por la necesidad de justificarse. Madeline sonrió y se sentó a su lado, en el sitio acostumbrado.

Logan la mantenía ocupada en el despacho todo el tiempo que podía bajo el razonamiento de que era el sitio más seguro para una chica como ella tan proclive a los accidentes. Madeline hacía gala de una temeridad que lo provocaba en sobremanera. Podía encontrarla dedicándose a actividades tan diversas como la de clavar puntas en la carpintería o la de gatear por la galería de trabajo, que se levantaba a gran altura por encima del escenario. Este último ejemplo desbordó el vaso de la paciencia de Logan. Un día que pasaba por el escenario, descubrió a un pequeño grupo de tramoyistas contemplando a Madeline trabajar a considerable altura por encima de sus cabezas. Sujetando una soga con la mano, se afanaba en introducirla a través de una polea clavada al telar, suspendido a unos tres metros por debajo del techo del teatro. «Buen trabajo, moza», dijo uno de los operarios, mientras otro reía con admiración: «Esta chica es ágil como un mono.»

Logan sintió que le faltaba la respiración. Un paso en falso y Madeline caería a plomo sobre el suelo de tablones, situado a una considerable distancia. Apretó los dientes para no gritar, lo cual podría haberla asustado y dar pie a un fatal accidente. Sudando por todos los poros de su piel, lanzó un juramento sordo y, a grandes zancadas, se dirigió hasta una escalera de caracol construida detrás del proscenio. Ascendió a toda prisa, subiendo los estrechos escalones de tres en tres, hasta llegar al puente de trabajo, una pasarela de medio metro de anchura colgada de unos estribos de hierro que partían de la rejilla y que discurría justo por debajo de la galería de trabajo.

-He acabado -proclamó Madeline, tambaleándose ligeramente al mirar por el borde de la galería-. ¡Dios mío, sí que está alto! -Cuando vio a Logan detrás de ella, se asustó-. Señor Scott -dijo sorprendida-, ¿qué está haciendo aquí?

-¿Y *usted qué* está haciendo? -replicó con gesto grave-. Aparte de dejar que todo el mundo le vea la enagua. No es de extrañar que sea tan popular por aquí.

Madeline, con los labios apretados, lo miró iracunda por primera vez.

-Eso no es justo, señor Scott. Sólo hago mi trabajo, que consiste en ayudar donde se me necesite...

-No si tiene que arriesgar su vida -le espetó-. Aunque en este momento siento deseos de romperle su precioso cuello yo mismo y ahorrarle así la molestia. Ahora, déme la mano.

-Puedo bajar sola...

-*Deme* la mano! -exclamó.

Madeline obedeció al fin y la mano de Logan se cerró sobre la muñeca de la joven en un doloroso torniquete, arrastrándola fuera de la galería en brazos. El puente de trabajo vibró a causa de la violencia del movimiento.

Madeline aulló de indignación cuando Logan se la echó al hombro como si fuera un saco de harina.

-¡Bájeme! -Rezongó al empezar a bajar la escalera de caracol-. ¡No necesito que me ayude!

Haciendo caso omiso de las protestas, Logan siguió cargando con ella hasta llegar al escenario, donde la depositó sobre las tablas con violencia.

Con una mirada feroz, Logan se dirigió en voz baja y amenazante a los avergonzados tramoyistas, que permanecían de pie a poca distancia.

Me gustaría que alguien me explicara por qué la señorita Ridley estaba realizando un trabajo por el que pago a mis tramoyistas.

-La señorita Ridley se ofreció voluntaria -dijo uno de los hombres, avergonzado-. Nos dijo que, como es más pequeña y ágil, podía hacerlo en la mitad de tiempo que nosotros.

-De ahora en adelante -le interrumpió Logan-, si alguien le pide a la señorita Logan que ponga un solo dedo en una soga, andamio o decorado móvil, lo despediré en el acto. -Volvió la mirada intimidatoria hacia Madeline. Ésta, roja de furia, se frotaba la muñeca dolorida con su manita, allí donde Logan había apretado con tanta fuerza-. Y no me voy a disculpar por esto -dijo cortante-. He tenido la tentación de hacer algo peor, créame.

El inexplicable enfado de Scott pareció durar el resto de la mañana, y continuó durante los ensayos de *Cazada,* la nueva producción del Capital. A pesar de ayudar a los actores en la lectura de sus papeles, Madeline seguía irritada, e hizo lo posible por no mirar a su jefe. Con gran enojo, pensó que el señor Scott solía hablarle mal con más frecuencia que a los demás, algo que ya era evidente para todos los miembros de la compañía. De hecho, todo el personal, desde los tramoyistas hasta los actores, se desvivían por mostrarle su solidaridad y simpatía. Cuando se cruzaba con ellos, le dirigían en voz baja palabras de ánimo y hacían todo lo posible por mostrarle su agradecimiento por ayudarles en los ensayos.

-Maddy se sabe mi papel mejor que yo -recalcó Arlyss, de pie en mitad del escenario, sin dirigirse a nadie en particular-. Es la mejor apuntadora que he tenido jamás.

-Sí que lo es -corroboró Stephen Maitland en voz baja-. Y resulta increíble que tenga tiempo para estudiar la obra, teniendo en cuenta que siempre está haciendo recados para todo el mundo.

Julia sonrió con indulgencia y, cuando Madeline se sentó junto a ella en la primera fila de butacas, le dio una palmadita en el hombro.

-Maddy tiene la energía de diez personas. Incómoda, Madeline se ruborizó.

-Perdónenme -surgió la voz cortante de Logan Scott desde el escenario pero tenía la impresión de que estábamos llevando a cabo un ensayo.

-Sentado en un sillón frente a un juego de bastidores, hacía rodar una botella de whisky entre sus enormes manos-. ¿Podemos proseguir?-preguntó con mordacidad.

-Tan pronto como averigüe cuál es mi frase -contestó Arlyss dulcemente.

-Señorita Ridley, dígale la maldita frase -ordenó Logan, fulminándola con la mirada.

El desagrado de la compañía no pasó desapercibido para Logan, que se tomó con cierto sarcasmo que todo el mundo protegiera a la chica y le mirara como si fuera un matón. Al diablo con todos. Había levantado aquel teatro y trataría a sus empleados como considerase oportuno. Con gesto adusto, hizo avanzar como pudo el trabajo de la tarde, dando por terminado el ensayo casi una hora antes de lo habitual.

Más tarde, Julia se acercó a su despacho. Las cejas arqueadas revelaban su inquietud.

-Me he enterado de lo que ha ocurrido entre Maddy y tú esta mañana -señaló-. ¿No crees que estás siendo muy duro con ella?

-Tienes razón -contestó un Logan sarcástico-. La próxima vez que se presente voluntaria para poner en peligro su vida, no intervendré.

-No se trata de eso -dijo Julia-. Por amor de Dios, Logan, sé cuánto proteges a tus empleados y entiendo por qué te has enfadado con ella esta mañana. Lo que *no* entiendo es la severidad con la que la tratas de forma permanente. Está siempre a tu entera disposición, y lo cierto es que es más

tu ayudante que la mía. Desde que está ella, el Capital funciona mucho mejor. Deberías estar contento con Madeline y, sin embargo, siempre que está cerca actúas como un niño arisco.

-Ya es suficiente, Julia -contestó Logan, mirándola furioso.

-Lo lamento -contestó la duquesa, y de inmediato suavizó el tono de su voz-. Lo que sucede es que no eres el mismo de un tiempo a esta parte. Me preocupas.

--En primer lugar, si no hubieras contratado a la chica ahora no habría ninguna necesidad de preocuparse por nada. Julia se le quedó mirando con creciente asombro.

-Estoy empezando a creer que Madeline no te disgusta en absoluto. Me pregunto si el problema no será más bien lo contrario. Casi todos los varones del Capital están convencidos de que están enamorados de ella. ¿No será que tienes miedo de enamorarte tú también?

Logan disimuló un repentino destello de indignación detrás de una mirada de sarcasmo.

--De todas las ideas absurdas que he oído en mi vida...

-Estoy en lo cierto -le interrumpió Julia, mirándolo con entusiasmo-. Estás luchando contra la atracción que sientes por ella. ¿Por qué no admitirlo?

-No tengo tiempo para discutir tus descabelladas teorías -murmuró Logan-. Si no te importa dejarme... Tengo trabajo que hacer. Julia no se movió.

-Sé que estás convencido de que puedes controlar las emociones a tu antojo, gobernar siempre el corazón y nunca al revés. Pero las emociones son terriblemente inoportunas, Logan... Nunca se comportan como uno desearía.

-Vete al infierno -replicó Logan y salió del despacho con grandes zancadas.

Una vez concluido el ensayo, cuando todo el mundo se había ido del escenario, Madeline se puso a barrer el suelo con gran energía, provocando una nube de polvo que bailaba alrededor de sus rodillas.

-Arrogante... Desagradecido... Tirano -iba murmurando, aireando su enfado a golpe de escoba. Cuando terminó de barrer el escenario, se detuvo cerca de un paquete de lona mal envuelto, que contenía los floretes utilizados durante la mañana.

Se inclinó, extrajo una de las espadas y la agarró por la empuñadura. Era ligera y bien equilibrada, y cuando la agitó en el aire, la hoja silbó. Encontrándolo divertido, Madeline intentó imitar algunos de los movimientos que había visto aquella mañana, entrando a fondo y tirando estocadas con el florete en la mano. «Toma ésta... y ésta...», decía mientras acometía a un imaginario señor Scott.

-Parece como si estuviera matando moscas -dijo una voz burlona desde algún lugar cercano.

Sobresaltada, Madeline vio surgir al señor Scott de entre bambalinas, y deseó que se la tragara el suelo del escenario. ¿Por qué tenía que ser él quien la sorprendiera haciendo el ridículo? Esperó a que hiciera algún comentario que le provocara una humillación eterna... pero los ojos azules de Scott brillaban divertidos.

-¿A quien intentaba ensartar? -preguntó, y la forma de sonreír reveló que sabía muy bien cuál era la identidad del invisible oponente de la muchacha. Como no reaccionaba, la sorprendió cogiéndola de la muñeca con delicadeza.

A Maddy le pareció que tenía la mano muy caliente.

-Así, ésta es la forma de asirla correctamente. No apriete tanto. -Haciendo presión con los dedos, ajustó la posición de los de Madeline. Ésta intentó relajarse, pero no le resultó fácil: aquella cercanía hacía que su pulso corriera como un caballo desbocado.

«Fíjese en la posición de mis pies -continuó Logan- y mantenga las rodillas ligeramente flexionadas.

Madeline se arriesgó a mirarlo. El señor Scott tenía el pelo alborotado, como si hubiera estado mesándose los cabellos como un loco, y anheló acariciar aquellos espesos mechones.

-Se pasa la vida dirigiendo, ¿no?

-No es la primera mujer que me acusa de lo mismo -replicó con ironía, y empujó la espada hasta situarla en el ángulo adecuado-. Ahora entre a fondo con el pie derecho, doble la rodilla y lance la espada... sí, justo de esta manera. Pocas veces he visto un movimiento tan digno de un escenario.

Estaba tan cerca que Madeline pudo apreciar la finura de su piel; la aspereza de la barba, negra e incipiente, en las mandíbulas; el brillo caoba de las largas pestañas... Con la cara distendida y una sonrisa en los labios, Logan parecía más joven, más asequible.

-Señor Scott, comprendo las razones que le han llevado a ser tan duro conmigo antes -le dijo.

-¿Ah, sí? -Arqueó las cejas, sarcástico.

-Estaba preocupado por mi seguridad y eso provocó que perdiera los estribos. Le perdono. -- Antes de que pudiera reaccionar, Madeline apretó la boca contra su barbilla, notando un cosquilleo en los labios al rozar la bien rasurada y áspera barba.

Logan tensó todo el cuerpo. Madeline se retiró, y aguardó con temor la reacción. La cara del actor era una máscara blanca. Incómoda, se inclinó para depositar la espada en el suelo y se irguió para mirarlo.

-¿Ha sido esto... digno de un escenario? -preguntó. Scott, con una extraña expresión en el rostro, tardó un eternidad en contestar.

-No lo suficiente -dijo por fin.

-¿Por qué no?

-Le estaba dando la espalda al público. Si estuviéramos representando una obra, tendría que haberse girado así.

Empezó a moverse hacia ella, se detuvo y, por último, cogió a Madeline por los brazos. Con suavidad, casi rozó el hombro de la chica con los dedos y, luego, los deslizó hasta la garganta y la mandíbula.

-Debe mostrar las emociones con la posición y el ángulo de la cabeza... -Con sumo cuidado, le bajó un poco la barbilla.

»Si tuviera sentimientos encontrados sobre el beso, debería mantener la cabeza en esta posición, y podría colocar las manos en mis hombros, como SÍ estuviera considerando rechazarme.

Madeline obedeció con un ligero temblor de manos al apoyar las palmas contra la dura superficie de aquel cuerpo que se elevaba ante ella. Siendo mucho más alto, los hombros de Scott se erguían, imponentes, por encima de Madeline, en tanto que la barbilla casi rozaba la parte superior de su cabeza.

-Si quisiera el beso -prosiguió- debería levantar un poco la barbilla... acercarse un poco más. -Calló cuando Madeline le deslizó los brazos alrededor del cuello, la pequeña mano tocándole la nuca.

El olor a ropa almidonada, sudor y jabón de sándalo de Scott le resultó tan desconocido como deseable, y sintió el impulso de hundir la cara contra su cuello y aspirar profundamente.

Un velo de sudor cubrió la frente del actor.

-Maddy... -dijo con evidente dificultad-. No sabe lo que me está pidiendo.

Madeline crispó los dedos contra el pecho de Logan y agarró su camisa.

-Sí, sí que lo sé. -Tragó saliva con dificultad y se alzó sobre la punta de los pies, estirándose al máximo para llegar hasta él. Perdido el autocontrol, Logan bajó la cabeza y apretó sus labios contra los de la chica.

La boca fuerte y caliente del actor pedía cosas que ella no sabía cómo darle. Los brazos de Scott la rodearon, apretándola contra su cuerpo. Poco a poco dulcificó la presión del beso, frotando los labios con los de Madeline hasta que consiguió abrirlos. Las grandes manos de Logan se ciñeron a la nuca de la chica. Sujetando con firmeza la cabeza, inició su diestra exploración. Nada la había preparado para esto. Toda la poesía y el romanticismo imaginados ardieron y, convertidos en cenizas, fueron sustituidos por la incontrovertible realidad de aquel cuerpo pegado al suyo.

Madeline manoseó el pelo alborotado del actor, notando los sedosos y espesos rizos bajo los dedos. Al cerrarle la palma sobre la nuca, la notó tensa como una tabla. Apresada en un impetuoso abrazo, devolviendo beso por beso, su corazón latía con tal intensidad que temió perder el conocimiento. La boca de Scott se separó de la suya y la sintió bajar por su cuello, explorando con avidez la piel fina y vulnerable. Las piernas le flaquearon, y se inclinó hacia él en busca de apoyo.

La mano de Logan tocó la firme curva del pecho hasta que el suave ápice dibujó un punto bajo la tela del corpino.

Madeline jadeó, impulsando el cuerpo hacia atrás, la mano sobre el pecho palpitante. Con los ojos bien abiertos y la cara enrojecida, se esforzó por respirar.

Logan enjugó el sudor de su frente con la manga. Rígido el cuerpo por la excitación, le dolía la intensa conciencia del otro cuerpo. Trató de agarrar a Madeline de nuevo, llevarla hasta el duro suelo del escenario y poseerla allí mismo. Era una locura, no era posible que pudiera estar tan obsesionado por aquella inocente criatura; él, que había obtenido placer de algunas de las mujeres más deseables de Europa.

-Ya está bien de esta tontería -murmuró.

-¿Tontería? -repitió Madeline con una dolorosa confusión. Scott empezó a dar vueltas a su alrededor.

-Maddy, tengo treinta años y jamás me han interesado las chicas de tu edad. Ni siquiera cuando *tenía* tu edad.

-Usted... ¿No me encuentra atractiva?

-¡Dios mío! -Buena prueba de su inexperiencia era que le hiciese semejante pregunta, cuando los botones del pantalón pugnaban por contener la evidente excitación. Logan dejó de moverse y se obligó a mirarla-. Te encuentro atractiva -dijo con brusquedad-. ¡Demonios! Me gustaría hacer ciertas cosas contigo que... -Se interrumpió y rasgó el aire con la mano-. Maddy, no es una buena idea. No puedes seguir el juego como a mi me gusta jugarlo. Y acabaría por cambiarte, por herirte.

-Entiendo -dijo Madeline.

-No, no lo entiendes. Y ésa es la razón de que vaya a intentar evitarte por todos los medios. No necesito tenerte sobre mi conciencia.

-No me preocupa su conciencia. Todo lo quiero es que vuelva a besarme.

La descarada afirmación quedó flotando entre ambos, llenando el aire. Madeline no salía de su asombro por haberse atrevido a decirlo. Scott, incrédulo, la miraba de hito en hito. Entonces, se volvió con un gruñido risueño.

-Eso no ocurrirá. Si no por tu bien, al menos por el mío.

--Señor Scott...

-Ya no voy a necesitar tu ayuda en el despacho. Y preferiría que te mantuvieras alejada de los ensayos, por más que pueda protestar mi socia. -Se detuvo y añadió con sequedad-. Haz todo lo posible por mantenerte fuera de mi vista.

La crueldad de Logan dejó estupefacta a Madeline. La llama de la pasión se fue apagando, dejándola fría y vacía. ¿Cómo se había desvanecido todo tan rápidamente? La confusión anegó sus pensamientos. La había rechazado, le había dicho que la deseaba y, sin embargo... Acababa de decirle que se mantuviera alejada de él.

-Señor Scott...

-¡Vete! -la interrumpió, haciéndole gestos para que se fuera-. Vine aquí a examinar los decorados móviles y no quiero que me hagas compañía.

De no ser por la señora Florence, Madeline se habría hundido en la melancolía. En su lugar, quedó profundamente desconcertada por la interpretación que la anciana hizo del episodio.

-A eso lo llamo yo progresar -declaró después de haber escuchado los acontecimientos del día-. Casi lo has pescado. No debería transcurrir mucho tiempo antes de que recojas el sedal y lo saques bien sujeto al anzuelo.

-Quizá no me haya explicado con la suficiente claridad -protestó Madeline, mirándola dubitativa-. No sólo no está en el anzuelo, sino que estos momentos nada todo lo deprisa que puede en dirección opuesta. No quiere saber nada de mí.

-¿No le escuchaste, Maddy? Te dijo que te alejaras de él porque no puede resistirse a la tentación que le supone tu presencia. No se me ocurre nada más alentador.

-Supongo -musitó Madeline-. Sólo que pareció tan categórico...

-No es momento para titubeos -aseguró la señora Florence-. Está flaqueando. -Cogió un libro y, de entre las páginas, extrajo un papelito doblado-. Esto es para ti, Maddy. Si puedes, mañana sal temprano del trabajo y ve a esta dirección.

-Señora Bernard -leyó en voz alta, e interrogó a la señora Florence con la mirada.

-Una de mis más queridas amigas, tiene una tienda en Regent Street. La señora Bernard no es la mejor modista de Londres, pero es mucho mejor que las peores. Le hablé un poco de ti y me aseguró que tenía algunos retales, por no hablar de algún muestrario de ropa, que se podían convertir en algunos bonitos vestidos para ti. No te cobrará un penique; una de las modistillas hará el trabajo como parte de su formación.

-¡Ah, señora Florence! Es usted tan amable. Ojalá encontrara las palabras para agradecerle...

-Ya me siento bastante reconocida con tener un nuevo proyecto -afirmó la anciana-. Últimamente hay pocos entretenimientos que mantengan mi interés, y ayudarte a conseguir tu objetivo es un pasatiempo divertidísimo. -Se interrumpió y, pensativa, miró a Madeline-. No es algo que me incumba, chiquilla... pero, ¿te has parado a pensar en lo que ocurrirá después?

-¿Después?

-Después de que logres seducir al señor Scott. Imagino que pasaréis una encantadora temporada juntos... Pero te has de preparar para cuando decida terminar la aventura.

Madeline movió la cabeza.

-Mi familia me recogerá -contestó-. No estará muy contenta por lo sucedido... Pero estoy preparada para afrontarlo.

-¿Y seducir al señor Scott lo compensa?

-Bueno... Sí -contestó Madeline con incomodidad. Guardó silencio un instante-. Se suponía que yo era una de esas personas a las que les esperaba una vida muy corriente. No tengo ningún talento especial, ni belleza, ni nada que me distinga de otros cientos de miles de chicas. Pero no puedo pasar toda una vida sin tener, por lo menos, una noche mágica.

-No esperes ninguna «magia» -le aconsejó la señora Florence con una sombra de preocupación en la cara arrugada-. Ése es un encargo muy difícil de satisfacer por parte de los hombres, Maddy, incluso por uno como el señor Scott. Para exponerlo con crudeza: un par de cuerpos en la cama puede ser una experiencia bonita, pero la «magia»... ocurre sólo una vez en la vida. Y eso si ocurre.

Madeline se acercó al camerino del señor Scott acarreando un montón de trajes recién lavados y planchados que acababan de ser entregados por el carro de la lavandería. Por las mañanas, el camerino siempre estaba vacío pero, para su sorpresa, oyó voces en el interior. Como la puerta estaba entornada, sólo tuvo que empujarla suavemente con el codo para abrirla con un chirrido sordo. Turbada, vio al señor Scott, medio incorporado, medio inclinado sobre la mesa de maquillaje, absorto en una conversación con una visita femenina. La mujer era delgada, elegante, rubia y bonita. Vestía un lujoso vestido de paseo de terciopelo azul, a juego con una falda de intrincado plisado. A todas luces una mujer sofisticada, fría, segura del lugar que ocupaba en el mundo... Todo lo que Madeline no era.

Aunque le costó Dios y ayuda vencer la consternación y los celos, Madeline consiguió componer el semblante cuando la pareja la miró.

-Señor Scott -murmuró-, no esperaba encontrarlo aquí a estas horas del día.

-He venido en busca de intimidad. -El tono era apagado y desdeñoso.

-Sí, señor. -Madeline, roja como la grana, dejó la pila de ropa en la silla de la esquina-. Volveré más tarde a guardar esto.

-Deje que la chica haga su trabajo -dijo la mujer rubia con delicadeza, sin prestarle a Madeline más atención que la que hubiera dedicado a una sirvienta-. De todas maneras, he de irme y no deseo interrumpir el funcionamiento de su teatro.

Logan sonrió, se apartó de la mesa y, con un leve movimiento, cogió a la mujer del codo. El gesto fue imperceptible pero, para el creciente desagrado de Madeline, del mismo parecía inferirse la existencia de una amistad íntima y cercana.

-Cualquier interrupción que provenga de usted, es bien venida, milady.

La mano desenguantada de la mujer acarició el lino que cubría el antebrazo de Logan.

-Entonces, tendrá ocasión de sufrirlas más a menudo.

-Eso espero. -Ambos sostuvieron la mirada durante unos segundos.

Madeline, ocupada con la ropa, la iba metiendo en el armario, colgándola metódicamente. Se sentía traicionada, aunque no tenía ningún derecho. Después de todo, el señor Scott era libre de perseguir a quien quisiera.. «¿Pero por qué no a mí?», pensó mientras le hervían las entrañas.

El señor Scott susurró una pregunta a la mujer, ésta sonrió y sacudió la cabeza al contestar.

-En aras de la discreción, será mejor que no me acompañe.

Mirándolo fijamente a los ojos, se puso los guantes, ajustando con precisión cada dedo. El actor volteó una capa ribeteada en piel sobre los estrechos hombros de la mujer y se preocupó de ajusfársela para protegerla del viento invernal. La dama atravesó el umbral dejando tras de sí un delicado aroma de flores, que permaneció suspendido en el aire durante un buen rato.

El camerino quedó en silencio. El señor Scott se quedó mirando la puerta con aire pensativo, mientras Madeline terminaba de colgar los trajes en el armario. Cuando lo hizo, cerró la puerta con tanto ímpetu que el actor se volvió hacia ella arqueando las cejas inquisitivamente.

-Se pone un perfume demasiado fuerte -aseguró Madeline, al tiempo que agitaba una mano como si intentara disipar un mal olor.

-A mí me parece bastante agradable -replicó el señor Scott, que la siguió atentamente con la mirada mientras se movía por el cuarto, ordenando los tarros de la mesa de maquillaje, arrimando la silla a la pared o recogiendo una pequeña moneda del suelo.

Aunque Madeline intentaba no hablar, no pudo evitar hacerle una pregunta que brotó impulsiva de sus labios.

-¿Es su amada?

La cara del señor Scott mostró una expresión suave e implacable a la vez.

-Mi vida privada no está sometida a debate.

-Llevaba anillo de casada.

Por alguna razón, la expresión reprobatoria de Madeline pareció divertirlo.

-Eso no quiere decir nada -le informó con sequedad-. Ella y su marido tienen un arreglo conocido por todo el mundo.

Madeline caviló un instante sobre el significado de aquellas palabras.

-¿Está diciendo que a él no le importaría si su esposa... y usted...? ¿Que no se opondría?

-No, mientras sea discreta.

-¡Qué raro! : ;

-No mucho. Muchas esposas de clase alta tienen permiso para tener «amistades» fuera del matrimonio. Así se evita que se quejen de las infidelidades de sus maridos.

-¿Y a usted no le molesta la idea de hacerle el amor a la mujer de otro hombre? -se animó a preguntar Madeline.

-Prefiero a las mujeres casadas -contestó sin alterarse-. No suelen ser posesivas o exigentes.

-Si esa mujer no estuviera casada, ¿seguiría queriendo tener una aventura con ella?

-Eso no es de su incumbencia, señorita Ridley.

Ante los modales displicentes y cortantes del actor, Madeline abandonó el camerino. «Ah, claro que es de mi incumbencia», dijo en voz tan baja que Logan no pudo oírla. Su decisión de acostarse

con aquel hombre era ahora más fuerte que nunca, y si había alguna posibilidad humana de distraer el interés que sentía por la mujer casada y dirigirlo sobre ella, estaba dispuesta a aprovecharla.

En los días siguientes, cuatro empleados del Capital, dos actores y dos carpinteros, fueron víctimas de una enfermedad. Los síntomas eran fiebre alta, tos y congestión y, en uno de los casos, delirios que duraron dos días. La duquesa envió a varios sirvientes para interesarse por el bienestar de los empleados.

-La enfermedad tiende a propagarse por toda la compañía antes de desaparecer -comentó Julia a Madeline con el ceño fruncido-. Sería mucho esperar que no enfermara nadie más.

-Excelencia -dijo Madeline, bajando la mirada hacia el evidente embarazo de la duquesa-, en su estado, debería tener cuidado...

-Sí, por supuesto -asintió Julia, y suspiró con impaciencia-. Pero no puedo quedarme en casa cuando hay tanto que hacer aquí.

-Su salud es más importante que cualquier obra, excelencia. La duquesa soltó un bufido.

-No hables de esto delante del señor Scott, no cree en las enfermedades. Desde que lo conozco, siempre ha dicho que nada, ni siquiera la escarlatina, debería interferir en la programación del teatro.

-Pero la gente no puede evitar ponerse enferma -protestó Madeline, y se preguntó si el señor Scott era en verdad tan irracional. Julia puso los ojos en blanco.

-Logan *es* poco tolerante con la fragilidad humana. ¿Cómo podría comprender la debilidad si él no tiene ninguna? -Apoyando las manos en el borde de la mesa, se puso en pie y torció la boca en una rápida mueca-. Tendré que ponerlo al corriente. Supongo que empezará a rugir como un oso.

Pese a la afirmación de la duquesa, del despacho del señor Scott no salió ningún rugido audible... Pero durante el resto del día pareció flotar en el ambiente una sorda corriente de irritación, y los miembros de la compañía se mostraron inusitadamente apagados. Madeline pidió permiso para salir antes que la duquesa, y ésta se lo concedió sin vacilación.

Madeline recorrió Regent Street con el trozo de papel firmemente agarrado en la mano. Hacía lo posible por mostrarse segura entre aquella ba-rahúnda de personas, carruajes y animales que abarrotaban la grandiosa vía. Las tiendas, en interminable sucesión, mostraban muebles, vajillas, comestibles, sombreros y telas. Cuando estaba a punto de perder la esperanza de encontrar alguna vez el establecimiento de la señora Bernard, se encontró ante la fachada de una tienda identificada por un pequeño letrero verde y con un pequeño muestrario de telas en el escaparate.

Entró en la tienda con timidez, provocando el repiqueteo de una campana de latón sujeta a una cadena. Se le acercó de inmediato una chica no mayor que ella y muy bien vestida.

-¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

-Vengo a ver a la señora Bernard... Mi nombre es Madeline Ridley.

Una mujer de elevada estatura, sentada en una mesa atestada de patrones y muestrarios de telas en un rincón de la tienda, se levantó al oír la conversación. Aparentaba unos cincuenta años, lucía un elegante vestido azul y llevaba el pelo canoso recogido con estilo en un rodete trenzado.

-¿Señora Bernard? -murmuró Madeline mientras la dependienta se encargaba de su capa y sus guantes.

-Así que tú eres la protegida de Nell Florence -observó la señora Bernard, estudiándola con detenimiento-. Me envió una carta hablándome de ti, en la que me contaba que querías llamar la atención de cierto caballero, pero que carecías del atuendo apropiado... -Miró con desdeño el sencillo vestido de Madeline-. Bueno, sin duda alguna, con *esto* no conseguirás pescar a ningún protector con dinero. -Hizo un gesto a la dependienta para que condujera a Madeline hasta la parte trasera de la tienda-. Ruth te ayudará a probarte algunas cosas. Yo iré enseguida.

Madeline miró por encima del hombro mientras Ruth la hacía pasar a la trastienda.

-Señora Bernard, me gustaría decirle lo mucho que agradezco...

-Bien, bien. De todas maneras, iba a poner a Ruth a arreglar alguna ropa; necesita practicar. Si Nell te ha tomado tanta simpatía, es que debes de merecer la pena. Le debo varios favores, porque me ha enviado muchos buenos clientes. -Se interrumpió y después se dirigió a la dependienta-. Ruth, acuérdate de sacar el de terciopelo marrón y el de seda italiana amarillo. Creo que le irán de perlas a la señorita Ridley.

Madeline jamás había visitado a una modista. Su madre siempre convocaba a las costureras locales en la casa de campo, y allí patronaban y diseñaban cinco o seis nuevos vestidos para la siguiente temporada. A menudo, acudían a las revistas de moda femenina más actuales para ponerse al día en cuestiones de estilo... Pero en el caso de Madeline, nunca parecía haber muchas diferencias. La muchacha se moría por los vestidos elegantes, pero su madre los consideraba inapropiados.

«-Cuando te hayas casado con lord Clifton, podrás escoger tus propios vestidos -le había dicho-. Aunque es un hombre conservador, y estoy segura de que no querrá que su mujer vaya exhibiéndose.

»-No deseo exhibirme, mamá -había replicado Madeline, exasperada-. Sólo quiero el tipo de ropa que tienen mis amigas, vestidos de bonitos colores, y acaso con algún ribete de encaje...

»-No necesitas semejantes ropas -había asegurado pausadamente la madre-. Están diseñadas con la intención de atraer la atención de los hombres... Y tú ya estás prometida a lord Clifton.»

El recuerdo de la gélida insistencia de su madre y su propia desesperación por estar prometida a un viejo la afianzó en su determinación. Haría lo que fuera necesario para hacer que el señor Scott la viera bajo una nueva luz.

A instancias de la dependienta, Madeline se despojó de la ropa y se quedó sólo con la arrugada camiseta de algodón y los pololos. Ruth miró recelosa la ropa interior y, mientras salía, musitó algo incomprensible. Cuando volvió al cabo de un minuto, la acompañaba la señora Bernard. La visión de la camiseta de Madeline, que le llegaba hasta las rodillas, hizo retroceder a la modista.

-Terriblemente pasada de moda -comentó la señora Bernard, cruzando los brazos y sacudiendo la cabeza-. No puede llevar estas cosas debajo de mis vestidos, señorita Ridley; echarían a perder las líneas.

Madeline la miró con una mezcla de preocupación y disculpa.

-Señora, todo lo que tengo es igual.

-¿Dónde están sus ballenas? -continuó la modista. El desconcierto de Madeline empezó a impacientarla un poco-. Su corsé, querida. ¿No lleva ninguno? Por amor de Dios, ¿cuántos años tiene?

-Dieciocho, pero nunca...

-Todas las chicas a su edad deberían llevar ballenas. No sólo es decente, sino saludable. Me sorprende que no se le haya curvado la espalda, yendo así, sin nada que la sujete.

Preocupada, Madeline se esforzó por verse la espalda en el espejo, casi esperando descubrir una grotesca joroba.

La señora Bernard suspiró y se dirigió a la dependienta.

-Ruth, tráeme tres juegos de prendas íntimas del pedido de lady Barkham; ya haremos unas nuevas a toda prisa a lo largo de la semana. Y trae un juego de ballenas de la caja del segundo estante.

-Señora -dijo Madeline con pesar-, lo siento, pero no me puedo permitir...

-No importa -la interrumpió-. Nell me dijo que si eran necesarios algunos extras, ya os arreglaríais entre ambas. Podrías hacerle recados a cambio de dinero para tus gastos. ¿Te parece bien?

-Sí, creo...

-Entonces, empecemos.

Con la amable intimidación de la modista y la silenciosa eficacia de Ruth, Madeline fue despojada de su gruesa ropa interior de algodón y provista de un juego de camisa y pololos que ni siquiera le llegaba a las rodillas. Hechas de lino puro, aquellas prendas eran tan ligeras que producían la sensación de no llevar nada. Eran incluso algo transparentes, lo que hizo sonrojar a Madeline cuando se miró al espejo. Si su madre hubiese tenido la más remota idea de lo que estaba haciendo, le hubiera dado una apoplejía.

Lo siguiente fue el juego de ballenas, una prenda de seda en canalé que se enganchaba en la parte delantera y se ataba en la espalda, y que redujo su cintura en cinco centímetros como mínimo. Sumida en sus reflexiones, Madeline mantenía la mirada fija. ¿Sería eso lo que querían los hombres e impresionaría al señor Scott? Apenas podía esperar a averiguarlo.

El primer vestido que se probó era de suave seda amarilla delicadamente abordonada. Aunque la prenda había sido diseñada para una mujer más alta, la sencillez de su estilo le sentaba muy bien. Sin apenas poder contener la excitación, Madeline esperó a que Ruth terminara de abrochar los corchetes ocultos de la espalda.

-Excelente -exclamó la señora Bernard, mientras subía con mano experta la tela sobrante utilizando una hilera de alfileres relucientes-. A la mayoría de las mujeres les resulta difícil llevar este tono amarillo, pero a ti te realza el dorado del pelo.

El escote, bajo y redondeado, dejaba al aire el cuello y la clavícula y descubría el comienzo del pecho. Las líneas del vestido se ajustaban a la ceñida cintura, haciéndola increíblemente estrecha. Los relucientes pliegues amarillos tenían la caída conveniente en las caderas y las piernas, y acababa, a ras de suelo, en una basta de amplias jaretas y un sencillo trabajo de festón.

-Parezco tan distinta -dijo Madeline sin resuello.

-Desde luego que sí -corroboró la señora Bernard-. Es una pena que no te puedas permitir algún ribete más en el vestido, pero quizá sea mejor así. Un estilo sencillo aporta un aire más sofisticado. -La modista supervisó la prueba de tres vestidos más: uno de terciopelo marrón con mangas largas hechas, asimismo, de terciopelo, pero ribeteado y con encajes; otro de sarga de cachemir; y un tercero color marfil, con un escote tan bajo que a Madeline le asaltó la duda de si podría ponérselo en público. Iba acompañado de una echarpe del mismo color, bordado en azul claro, destinado a dejarlo caer ligeramente sobre los codos.

Al percatarse que Madeline no tenía calzado adecuado, la señora Bernard sacó un par de bailarinas de terciopelo, que se ataban a los tobillos con unas cintas estrechas.

-Eran demasiado pequeñas para la dienta que las encargó -dijo, y rechazó el ofrecimiento que le hizo Madeline de pagarlas.

Después de asegurar que la tarde había sido un éxito, la señora Bernard prometió a Madeline que los vestidos estarían listos en cuestión de días, dependiendo del tiempo que sacara Ruth para dedicarse a ellos. Madeline, incapaz de creerse su buena suerte, dio las más efusivas gracias a ambas mujeres.

-A quien deberías agradecérselo es a Nell Florence -dijo la señora Bernard-. Es una gran señora, y tú una chica inteligente por escogerla como mentora.

-No tiene nada que ver con la inteligencia -aclaró Madeline-, ha sido un golpe de suerte. Ahora, con un poquito más que tuviera...

-Si te refieres al hombre que deseas atraer, no la necesitas. Cuando te vea con tus vestidos nuevos, hará lo que se te antoje.

-Apenas puedo imaginarlo -dijo Madeline con una sonrisa, y con la autoritaria cara de Logan Scott en la cabeza, se despidió de la modista.

4

-Los mejores cotillees siempre se escuchan en casa de la modista -afirmó la señora Florence con nostalgia, una vez que Madeline acabó de relatarle la visita a la tienda de la señora Bernard-. Parece rebosar de noticias escandalosas e intrigas a todas horas. Es muy probable que se hablara de mí en muchas tiendas: las mujeres tenían pavor a que les robara los maridos o los amantes.

-¿Y lo hizo? -preguntó Madeline sin poder contenerse.

-Sólo una o dos veces.

Maddy sonrió y examinó el salón de la anciana. En medio de una de las paredes colgaba, enmarcado, un breve vestido de gasa con piedras se-rnipreciosas a modo de broches. A ambos lados de la prenda había unos baúles triangulares de madera labrada, que encajaban en las esquinas de la pared.

-¿Qué guarda aquí?

-Recuerdos de juventud. -La señora Florence se cambió a una silla tapizada en terciopelo pintado y se sirvió de un plato con bocadillos-. Puedes mirar lo que hay dentro, si quieres.

Sin necesidad de mayor estímulo, Madeline se arrodilló en la alfombra Aubusson y giró la llave del primer baúl. Un fresco aroma de lavanda se elevó por el aire. Con cuidado, extrajo una pila de ropa, envuelta con esmero en una tela.

Eso fue lo que llevaba como Hipólita en *Quería y no quería* plicó la anciana, al desenvolver Madeline un traje militar que se completaba con unos bombachos y un sombrero emplumado-. Siempre fui muy buena en los papeles de mujerona, y eso que tenía un par de bonitas piernas. -Cada vez más interesada y complacida, se inclinó hacia delante-. Y éste fue el traje de mi Ofelia.

Con un cuidado reverencial, Madeline sostuvo en alto un vaporoso vestido blanco y verde adornado con cientos de diminutos capullos de rosa bordados.

-Debía de estar deslumbrante.

-En una de esas cajas más pequeñas encontrarás un postizo a juego.

Al abrir una caja de piel, Madeline descubrió algunas alhajas de minucioso labrado; guantes de encaje, seda y piel; zapatos con dibujos florales, a los que el color empezaba a abandonar; y una colección de abanicos. La señora Florence iba ilustrando con comentarios la mayor parte de los artículos, y contaba historias de sus días en el teatro que Madeline escuchaba con avidez.

Sin embargo, cuando la muchacha llegó a un pequeño estuche lacado en verde, la sonrisa de la señora Florence se esfumó, y en su lugar apareció una expresión de angustia y dolor.

-Chiquilla, no abras eso. Es privado.

-Ah, lo siento...

-No pasa nada. Dámelo, por favor.

Las manos llenas de arrugas recogieron el estuche, que quedó fuertemente atrapado entre los dedos blanquecinos.

Mirando fijamente el objeto, pareció olvidarse de la presencia de Madeline.

-Señora... ¿guardo las cosas y me voy? -preguntó en voz baja. La anciana se sobresaltó al oír su voz. Una pena infinita inundaba su mirada.

-Contiene un juego de miniaturas -explicó, al tiempo que pasaba los pulgares, una y otra vez, sobre la caja lacada, manchando la brillante superficie. Alzó la caja con lentitud y la besó. Miró entonces a su protegida con ojos brillantes-. ¿Te gustaría ver una?

Madeline asintió con la cabeza, se acercó a rastras y se arrodilló a los pies de la anciana.

Con mano torpe, la señora Florence sacó una de las diminutas imágenes enmarcadas en oro y se la entregó a Madeline.

La pintura era un retrato de una niña de no más de cinco o seis años, con grandes ojos azules y cara angelical. Llevaba cubierta la cabeza con una enorme gorrita de lazo, bajo la cual colgaban unos largos rizos pelirrojos.

-¡Qué preciosidad! -exclamó Madeline con sinceridad-. ¿Quién es?

-Mi hija.

Sorprendida, Madeline continuó mirando la miniatura.

-No sabía que usted...

-Muy pocas personas han llegado a saberlo. Era ilegítima. -Se detuvo y examinó la cara de Madeline, esperando acaso sorprender un gesto de sorpresa o condena. Al no encontrarlo, continuó-: Yo no era mucho mayor que tú cuando nació mi Elizabeth. Su padre era un hombre maravilloso, guapo y honorable, aunque de origen humilde. Quería que nos casáramos, pero sólo a condición de que dejara la escena para siempre.

-¿No lo amaba?

-¡Cielos, sí! Si alguna vez sentí la magia con alguien fue con él. Pero no acepté su proposición. No quería sacrificar mi carrera, significaba mucho para mí. Nunca le dije que estaba embarazada. Al final se casó con otra y, según todos los indicios, llevó una vida feliz. Un amigo de ambos me dijo que murió hace diez años.

-¿Se ha arrepentido alguna vez de no haberse casado con él? -preguntó Madeline.

-No me permito los arrepentimientos.

Las dos permanecieron en silencio y siguieron contemplando el retrato.

-¿Dónde está ahora? -continuó preguntando Madeline. La respuesta de la señora Florence apenas resultó audible.

-Murió hace muchos años.

-¡Oh, señora Florence...! -dijo Madeline, embargada por la compasión.

-Nunca llegué a conocerla bien -confesó la anciana. Alargó la mano hacia la miniatura y cerró los dedos alrededor de ella con fuerza-. Durante los primeros años de su infancia la mantuve a mi lado, pero cuando tuvo la edad adecuada, la envié a un colegio.

-¿Por qué?

-La vida del mundo teatral no resultaba adecuada para Elizabeth, expuesta a mis amistades masculinas y todo eso. Quería que estuviera a salvo y que recibiera una buena educación. Me aseguré de que tuviera las mejores ropas, libros, muñecas... Todo cuanto pudiera necesitar. A veces, en vacaciones, la llevaba de viaje. Jamás discutimos acerca de mi profesión o del tipo de vida que llevaba. Soñaba con que algún día realizara un buen matrimonio y viviera en una gran mansión en el campo. En cambio... -La señora Florence se calló y sacudió la cabeza.

Madeline consideró mentalmente varias posibilidades, hasta que el semblante de triste ironía de la anciana le dio la respuesta.

-Elizabeth quiso ser como usted -dijo con sosegado convencimiento.

-Sí. Dejó el colegio por propia iniciativa y me dijo que quería ser actriz. Le supliqué que no hiciera tal cosa, pero no hubo forma de hacerla cambiar de opinión. El deseo de actuar siempre parece más fuerte en aquellas personas que sienten la necesidad de satisfacer una carencia considerable. Sin duda, Elizabeth nunca vio cubiertas muchas de sus necesidades, en especial la de tener un padre y una familia. Hice cuanto pude por ella; pero está claro que debería haber hecho más.

-¿Qué le ocurrió?

-Empezó a actuar a los dieciséis años. Fue recibida con críticas espléndidas, y es que la sutileza y la fuerza de sus interpretaciones superaban con creces mis posibilidades. Creo que Elizabeth habría sido una actriz impresionante, más grande aun que la querida Julia. Pese a que, en un principio, no estuve de acuerdo con la elección que había hecho, albergaba grandes expectativas respecto a su carrera.

Suspiró y volvió a colocar la miniatura en el estuche.

-Poco después de cumplir los diecisiete, conoció a un hombre, un aristócrata. Guapo, inteligente y desalmado. Lo amó de manera enfermiza, hasta el punto de tirar por la borda su carrera y todo lo que tenía de valor para convertirse en su amante. Cuando se quedó embarazada, su felicidad fue inmensa. Jamás supe qué pensaba él al respecto, pero de lo que no cabe duda es que no tenía ninguna intención de casarse con Elizabeth. Un día... -Se detuvo, y la boca se le torció como si tuviera dificultad para hablar-. Su señoría envió a un lacayo para informarme que mi hija había muerto en el parto.

-¿Y la criatura? -preguntó Madeline al cabo de un largo silencio.

-Me dijeron que tampoco había sobrevivido.

-¿Quién era...?

-Preferiría no hablar de él, querida. Aquel hombre le quitó la vida a mi hija y me causó el mayor dolor que jamás pude imaginar llegar a sentir. Su nombre jamás saldrá de mis labios.

-Lo entiendo -dijo Madeline. Alargó la mano y palmeó suavemente las de la señora Florence-. Me siento muy halagada por el hecho de que haya compartido conmigo un poco de su pasado, señora.

La anciana le dedicó una sonrisa y apretó con fuerza el estuche.

-¿Hay más miniaturas de Elizabeth? -preguntó Madeline.

-Sí... Pero no resistiría mirarlas o enseñártelas.

-Claro. -Madeline la miró con curiosidad y sintió que había muchos más secretos relacionados con Elizabeth que la señora Florence había preferido no revelarle.

Cuando Madeline volvió al Capital a la mañana siguiente, descubrió que Arlyss Barry había sucumbido a la enfermedad que había afectado a tantos otros miembros de la compañía. Su marido, que también era el jefe de los pintores del escenario, se había quedado en casa para cuidarla. La preocupación de la duquesa era evidente.

-Se necesita mucho para alejar a Arlyss del teatro -le dijo a Madeline-. Quiero ir a visitarla, pero el duque me lo ha prohibido. La verdad es que me ha amenazado con retenerme en casa durante las próximas semanas, hasta que la enfermedad haya remitido en la compañía.

-Parece una prudente sugerencia -afirmó Madeline-. Quizá su excelencia debiera considerarla.

La duquesa suspiró con frustración.

-Hay demasiadas cosas que hacer... Y no tardaré en estar recluida. He de permanecer aquí todo el tiempo que pueda. Ahora, además, Arlyss y su suplente están enfermas. Me pregunto si podrías representar el papel durante los ensayos hasta que una de las dos esté en condiciones de volver al trabajo.

-Ah, excelencia, no podría... -Madeline sacudió la cabeza-. Jamás podría actuar, no tengo talento y no deseo en absoluto...

-No tienes que actuar, tan sólo leer el papel, y te lo sabes mejor que la propia Arlyss... Y moverte por el escenario tal y como la has visto hacerlo. No tienes por qué tener miedo, Maddy, todos entenderían que ocupas el puesto de Arlyss de manera provisional para facilitar los ensayos a la compañía. ¿Te lo pensarás?

-Al señor Scott no le gustará -balbució Madeline.

-Déjamelo a mí. Por encima de todo, Logan quiere lo mejor para su teatro.

Madeline no vio al señor Scott hasta la mañana siguiente. Para mayor desasosiego, se le comunicó que el ensayo se llevaría a cabo con el vestuario de la obra. Bastante cohibida estaba por ocupar el puesto de Arlyss, por lo que tener que ponerse el traje del personaje -poco más que unos velos verdes y plateados cubriéndole el cuerpo- no hizo sino empeorar las cosas. Como sus medidas no eran las de la señorita Barry, el amplio escote redondeado le resbalaba por el pecho y dejaba a la vista más de lo que hubiera deseado.

-¡Qué hermosa estás! -le dijo la señora Lyttleton, apartándose y observando el vestido con orgullo-. Qué pena que la señorita Barry no tenga una figura tan bonita como la tuya. Le aportas al vestido un toque etéreo que ella no puede darle.

-A mí me parece que la señorita Barry tiene un tipo muy bonito -se apresuró a contestar Madeline.

-Lo tendría si dejara de comer bizcochos glaseados con el té todas las tardes -aseguró sombría la costurera, balanceando la descomunal circunferencia de su cuerpo al volverse hacia la hilera de vestidos que tenían que utilizarse aquel día.

Cuando se reunió con los actores en la sala de descanso, Madeline se dirigió al rincón más próximo tratando de pasar inadvertida. Por desgracia, el atrevido vestido la convertía en el previsible blanco de una avalancha de bromas y bufonadas. Charles Haversley fue el primero en advertir su presencia, y la saludó con varios silbidos de admiración.

-¡Dios mío, qué transformación! -gritó, abalanzándose sobre ella y cogiéndola de las manos. La mirada ávida del actor recorrió el cuerpo de Madeline y terminó deteniéndose un buen rato en el pecho medio descubierto-. Querida señorita Ridley, no tenía ni idea de lo que escondía bajo su atuendo habitual. Tengo que admitir que, en los momentos íntimos, me preguntaba...

-Charles -le interrumpió el señor Burgess, el mayor de los actores, que interpretaba el papel de un padre viudo-. Nadie, y menos aún la señorita Ridley, desea oír hablar de tus momentos íntimos.

Madeline liberó las manos del entusiasta apretón de Charles.

-Señor Haversley... -empezó a decir en tono de reproche. Antes de que pudiera continuar, se les unió Stephen Maitland, cuya mirada también quedó atrapada en el busto de la chica.

-Señorita Ridley, la acompañaré hasta el escenario. Está oscuro y podría tropezar en el camino...

Las payasadas se vieron interrumpidas por una tranquila voz procedente del otro extremo de la habitación.

-Caballeros, ya es suficiente.

Madeline miró hacia el lugar del que provenía la voz y descubrió al señor Scott, de pie en el otro lado de la sala, con unas hojas de notas en la mano. Éste le echó un vistazo a los allí presentes, y no pareció advertir la presencia de Madeline.

-Empecemos -dijo-. Tengo que hacerles algunos comentarios acerca del ensayo de ayer por la mañana. Después, que todo el mundo ocupe su sitio para la primera escena.

Leyó la lista de comentarios y cambios, mientras los actores escuchaban con atención. Cuando estaba a punto de terminar la breve charla, miró directamente a Madeline por primera vez.

-Señorita Ridley, creo que todos están al corriente de que ha aceptado tomar parte en el ensayo a causa de la indisposición de la señorita Barry y la suplente. Le agradecemos su asistencia.

Madeline sintió cómo la sangre teñía su rostro y logró contestar con un pequeño movimiento de cabeza. Logan, evidenciando una inexplicable severidad, miró para otro lado de inmediato.

Los actores salieron en fila de la sala de descanso a toda prisa, y Madeline los siguió. Ella -o, mejor dicho, el personaje del fantasma de la mujer muerta- aparecía en la primera escena. Al pasar junto al señor Scott, que se había quedado en el vano de la puerta, se detuvo y alzó la mirada hacia él.

-Señor Scott -dijo en voz baja, procurando que nadie la oyera-, sé que me dijo que me mantuviera alejada de usted, pero la duquesa me pidió...

-Lo sé -la interrumpió.

-¿Está enfadado conmigo?

-Su presencia no me afectará en lo más mínimo. -La cara de Logan era una máscara de indiferencia.

-Muy bien -dijo, con una vacilante sonrisa, y reemprendió la marcha hacía el escenario. Una vez lo dejó atrás, Madeline se preguntó por qué el actor tenía agarrada la jamba de la puerta con tanta fuerza; los dedos se le habían puesto blancos. Presa de la inquietud, pensó que el señor

Scott no le había dicho la verdad: *estaba* furioso con ella. Se dirigió hacia los bastidores con un profundo suspiro, subiéndose a tirones el caído corpino del traje.

¿Por qué había elegido a un hombre tan difícil de seducir? También podía conformarse con Charles Haversley y acabar así con el asunto. Pero Haversley no le inspiraba ninguno de los sentimientos que le producía el señor Scott: el atolondrado nerviosismo, el temor y el placer que se enredaban en su interior siempre que él estaba cerca. Anhelaba estar entre sus brazos y no en los de ningún otro... Conocer el prohibido placer de estar con él...

-Maddy. -La voz de la duquesa de Leeds le llegó cuando se adentraba entre bastidores. Madeline salió de detrás de las cortinas.

-¿Sí, excelencia?

Julia estaba sentada en la primera fila de butacas y, cuando vio a Madeline, su rostro se iluminó con una sonrisa.

-Estás preciosa con ese vestido, Maddy. Antes de empezar, quiero asegurarte que nadie espera que lo hagas todo perfecto. Limítate a estar todo lo atenta que puedas y disfruta.

Madeline escuchó las indicaciones de Julia. Iban a ensayar el inicio de la obra, en el que el fantasma de la joven mujer visitaba a los que había amado en vida: su «hermano», interpretado por Charles Aversley; sus «padres», la señora Anderson y el señor Burgess... Y, por supuesto, su «marido», encarnado por el señor Scott.

-Se supone que ninguno te ve o te oye -le dijo Julia-, pero todos tienen la certeza de que alguien... o algo... está ahí.

-Entiendo -asintió Madeline, retirándose a los bastidores desde donde Arlyss tenía que hacer su primera entrada.

El ensayo transcurrió sin apenas interrupciones ni complicaciones. Al cabo de un rato, Madeline había perdido la vergüenza e imitaba las actuaciones precedentes de Arlyss Barry con la mayor fidelidad posible, incluso copiándole alguno de sus gestos e inflexiones de voz.

-Muy bien, Maddy -decía a veces Julia, cuando Madeline entraba y salía del escenario y hablaba a sus sordos acompañantes mientras descubría qué había sido de ellos desde su muerte.

Tan sólo se produjo una interrupción llamativa, fue cuando Charles Haversley miró por casualidad a Madeline y se detuvo en mitad de la frase. De repente, rompió a reír de manera incontrolada. Madeline se le quedó mirando desconcertada, mientras Julia le preguntaba resueltamente qué es lo que sucedía.

Haversley meneó la cabeza, aparentemente arrepentido, a pesar de seguir bufando regocijado.

-No puedo evitarlo, excelencia -dijo, jadeante-. La señorita Ridley me mira como si se creyera todo lo que digo, y parece tan *sería...* Es algo adorable.

Julia le lanzó una mirada de reprobación.

-Se supone que no la ves, Charles. Es un fantasma.

-No puedo evitarlo -repitió, sonriendo con picardía hacia Julia-. Si usted fuera un hombre, lo entendería.

-Ah, comprendo -respondió Julia con aspereza-. Charles, nos haría a todos un favor si consiguiera comportarse como un hermano y no como un semental.

-¿Semental? -preguntó perpleja Madeline, que jamás había oído semejante palabra en el internado de la señorita Allbright. Por alguna razón, la pregunta provocó otro ataque de hilaridad en Charles. La joven miró hacia bastidores, donde el señor Scott esperaba para hacer su entrada. Allí, de pie entre las cortinas de terciopelo, vestido con elegancia, la postura entre relajada y alerta, ofrecía una magnífica figura.

A Madeline le asaltó la idea de que cuando pasaran cien años, los libros de historia hablarían de él, y que la gente se preguntaría qué se habría sentido viéndolo actuar. Nunca palabra alguna podría describir aquella voz, aquel timbre vibrante y profundo, ni la notable versatilidad de su talento. Parecía como si el señor Scott fuera dos personas diferentes a la vez: un hombre disciplinado fuera del escenario, y un actor cuyas emociones bullían y explotaban durante la representación. La señora Florence tenía razón: el escenario era el lugar adecuado para acercarse a él.

Logan contemplaba el ensayo desde su rincón, sintiendo cómo el resentimiento se desataba en su pecho. Maldijo a Julia por haberle propuesto que Madeline ocupara el lugar de Arlyss... Malditas, también, Arlyss y la suplente por enfermar... Maldito él, por la fascinación que sentía por Madeline, algo que le llevaba a recordar a duras penas lo que tenía que decir. ¿Quién podía culpar a Charles Haversley de su falta de concentración? Logan dudaba de que le fuera a ir mejor, con Madeline vistiendo aquel ligerísimo traje... Sentía el deseo de postrarse de rodillas ante ella y enterrar la cara entre sus senos. Desprendía tanta juventud y lozanía, su piel era tan blanca y sedosa... La simple belleza no justificaba una atracción tan tremenda; sentía el perturbador deseo de ocultarla, de alejarla de las otras miradas de admiración... Guardársela toda para él.

Fuera como fuese, Madeline se había introducido en su vida y le había obligado a fijarse en ella; y ya no había vuelta atrás posible. Ahora que había rechazado la idea de llevársela a la cama, se había convertido en el más preciado objeto de deseo. A cualquier otra mujer en la que pensara parecía faltarle algo, y el darse cuenta de que, de manera inconsciente, buscaba que se parecieran a ella, le hacía enloquecer. No dejaba de pensar en qué pasaría si se perdiera dentro de la energía juvenil de la chica. Le había despertado el deseo de jugar, de experimentar algo de la niñez que no tuvo... Y eso era algo que ninguna otra amante había conseguido provocar en él.

Se sentía peligroso e irritado, dispuesto a hacer añicos el escenario. Al oír el pie, cogió una botella que le daba el utilero y, sujetándola con soltura entre los dedos, entró en escena. Los otros actores habían hecho mutis, y sobre las tablas no había nadie a excepción de él y Madeline.

En tanto, el viudo afligido, se suponía que estaba borracho. No era fácil interpretar bien la embriaguez, la mayoría de los actores tendían a sobreactuar o, aun peor, a no poner el énfasis suficiente. Era uno de los pocos aspectos de la técnica escénica que exigía una gran depuración a fin de conseguir la debida naturalidad. En un esfuerzo de concentración, Logan consiguió reproducir el hablar dificultoso, los ademanes expansivos y el caminar inestable del hombre que lleva bebiendo durante mucho tiempo.

Se sentó en una gran silla de roble, ante un decorado que simulaba una biblioteca. Después de liberar su mente de todo lo demás, empezó un largo monólogo que mostraba la amarga ironía y la contenida desesperación del personaje.

En algún momento, mediado el monólogo, Logan sintió, más que ver, que Madeline se le acercaba por detrás y posaba las pequeñas manos en el respaldo de la silla. De acuerdo con la obra, durante las pausas del actor, ella, inclinada sobre él, le hablaba con una dulce voz que descendía hasta sus oídos.

Logan no se movió, febrilmente consciente del cuerpo de Maddy justo detrás de él, de su olor, de la respiración de la chica rozando su piel. Empezó a sudar con profusión. Uno de los largos rizos castaños claros de Madeline le cayó sobre el hombro y le hizo cosquillas en el cuello,

provocándole una dolorosa presión en la entrepierna. Petrificado, todo su ser se consumía en deseo y lujuria.

Logan no pudo aguantar más y, al igual que Charles, se vino abajo a mitad de frase... Sólo que a él no le hizo reír.

El teatro se quedó en silencio. Logan intentó recobrar la serenidad, consciente de que todos, actores y personal, le contemplaban. Quizá pensaran que había olvidado lo que tenía que decir, aunque tal cosa no hubiera ocurrido jamás, y pidió a Dios que nadie sospechara la verdad... Que estaba desatado por completo debido a una ingenua chiquilla. Apretó los dientes y tomó aire profunda y regularmente varias veces.

-Señor Scott. -Le llegó la voz dubitativa de Madeline tras él-. Si quiere, le digo la frase...

-Me sé la puñetera frase -dijo, tensando la espalda. ¡Dios le asistiera! Tenía miedo de lo que podía llegar a hacer si la miraba una vez más.

-¿Algún problema, señor Scott? -le preguntó Julia desde los asientos del público.

Logan le respondió con una mirada asesina, y sintió el vivo deseo de estrangular a su codirectora por ponerlo en semejante aprieto. Julia, completamente desconcertada, se le quedó mirando con las cejas arqueadas. El inquieto desasosiego de Logan la hizo reflexionar, mientras su mirada saltaba del actor a Madeline, que permanecía justo detrás de él. Entonces, pareció entenderlo. Eran amigos desde hacía mucho tiempo y le conocía muy bien.

-¿Qué tal si descansamos unos minutos? -preguntó con brío.

-No -musitó Logan-. Acabaremos la maldita escena.

Se dio un golpe en la frente y reanudó el monólogo, empezando más o menos por la mitad del mismo. Madeline siguió adelante, aunque con un deje de incertidumbre en la voz.

Sin preocuparse de la técnica, la caracterización o cualquier otro matiz interpretativo, Logan se las arregló para terminar la escena. Julia dejó que transcurriera la actuación sin hacer comentario alguno, en tanto que las cavilaciones le arrugaban el entrecejo.

En cuanto terminó la escena, Julia anunció un descanso de veinte minutos. La compañía se dispersó de inmediato, dirigiéndose a la sala de descanso en busca de un refrigerio o a los camerinos. Logan permaneció en la silla del escenario, dando la espalda a Madeline, hasta que sintió que se había ido.

Con tranquilidad, Julia se dirigió hasta el borde del escenario frotándose la espalda.

-Logan -dijo en voz baja-, no quisiera entrometerme...

-Entonces no lo hagas. -Recorrió el escenario hasta plantarse a pocos centímetros de ella y la miró de hito en hito.

Antes de continuar, Julia se aseguró de que no hubiera nadie lo bastante cerca como para escuchar; eligió las palabras con evidente cuidado.

-Sospechaba que tú y Maddy os sentíais atraídos, pero no es el tipo de chica que te ha interesado hasta ahora ni con toda seguridad, con el que has soñado alguna vez.

-¿Qué estás tratando de decir, excelencia? Julia pareció sorprendida por su brusquedad.

-Da la casualidad de que me gusta Maddy, y espero que no te aproveches de ella. Ambos sabemos que jamás se recuperaría de una aventura contigo. No está lo bastante endurecida.

Logan sintió que su cara adquiría una consistencia pétrea.

-Lo que haga o deje de hacer con ella es asunto mío.

-El bienestar de Maddy también me concierne. Al parecer me veo obligada a recordarte tu inexcusable norma de no implicarte emocionalmente con ningún miembro de la compañía.

-Es tu empleada, no la mía. No la contraté yo y, por tanto, soy libre de hacer lo que me dé la real gana con ella.

-Logan -le recriminó contrariada, observando cómo se alejaba a grandes zancadas.

Madeline deambulaba por la sala de descanso, respondiendo con una lánguida sonrisa a los elogios que, por sus esfuerzos, le dirigían los demás actores.

-¿Qué le pasa al señor Scott? -oyó decir a alguien de pasada-. De un tiempo a esta parte se comporta de una manera extraña.

-¿Quién sabe? -se oyó responder-. Sólo espero que no sea la maldita fiebre que corre por ahí. Lo único que le falta a la compañía es que el señor Scott la esté incubando.

Madeline, camino de los cuartos de ensayo, no captó el resto de la conversación. Necesitaba encontrar un sitio donde pensar. ¿Qué había ocurrido en el escenario? Había creído que todo iba bien, incluso había sentido una especie de conexión con el señor Scott, pero la actuación de éste se había vuelto acartonada, extrañamente mecánica, como si apenas pudiera soportar su presencia. Estaba a punto de echarse a llorar... y quería esconderse en alguna parte.

Oyó unos pasos rápidos a su espalda. Alguien la agarró con fuerza del brazo y la hizo entrar en el cuarto de ensayo más próximo. Madeline dio un pequeño traspié y, en el momento en que la puerta se cerraba, se volvió y miró con los ojos como platos a su captor.

-Señor Scott...

La cara del actor se mantenía en la sombra; y el perfil de la cabeza, aureolado por los rayos de luz que entraban por la ventana. Su respiración era fuerte y agitada. Madeline retrocedió, pero él la aferró con extraordinaria brusquedad, cerrando las manos alrededor de la cabeza de la chica. Dio la impresión de intentar decir algo. Entonces, con un sordo gemido de impotencia, la besó.

La boca, increíblemente caliente, casi torpe en su urgencia, la exploró insatisfecha, como intentando saciar un hambre infinita. Madeline, sorprendida y temblorosa, respondió a la agresión con una entrega que sólo contribuyó a aumentar la excitación.

Las manos crispadas de Logan descendieron por la espalda de la chica, y a punto estuvieron de rasgar la tela del vestido. Madeline no pudo evitar que su deseo creciera, que se amoldara al de él, y separó las piernas ante la inexorable intromisión del muslo del actor. Lo rodeó con sus brazos y cerró las manos sobre los tensos músculos de la espalda. Es lo que había querido, con lo que había soñado, e incluso resultaba más dulce de lo que había imaginado. La boca generosa y erótica de Logan, la presión que ejercía su cuerpo, le inundaron con una deliciosa y vertiginosa debilidad.

Logan separó los labios y jadeó con violencia en el oído de la chica. Agarrándola del pelo, le empujó la cabeza a un lado y apretó los labios contra su cuello. Encontró un punto sensible en un lado de la nuca, lo besó y mordió con suavidad hasta que Madeline gimoteó de placer. Ella sintió un desesperado vacío interior; deseaba algo... algo...

El actor tiró de las mangas de su vestido, tensando la tela hasta que saltaron las costuras y su pecho desnudo quedó al descubierto. A Madeline se le cortó la respiración cuando Logan ahuecó las manos sobre el suave volumen de los senos, rozando los pezones con los dedos, tirando con suavidad hasta que se tensaron con dolor. El cuerpo de la muchacha temblaba sin control y se apoyó contra él.

-Cariño -le susurró Logan, sujetándola con firmeza-. Cariño, no temas.

La reclinó en sus brazos vigorosos, Madeline sintió los labios del actor deslizarse por su pecho, cerrarse sobre el excitado pezón y, con movimientos circulares de lengua, endurecerlo aún más, demostrando de que sabía muy bien cómo complacerla.

De improviso, el señor Scott retiró la boca del pecho y soltó a la chica. Atónita por la brusca liberación, Madeline se le quedó mirando en asombrado silencio. Alzó las manos para cubrir su desnudez y se aparto de él, poniéndose el vestido con torpeza. La violencia con que le temblaban los dedos hacía imposible la tarea. Luchó con la ropa hasta que, una vez más, sintió sobre ella las manos de Logan que, con suavidad, colocaban las mangas y el corpino en su sitio.

En cuanto la hubo tapado debidamente, se retiró al otro extremo de la pequeña habitación, se atusó el pelo y dejó escapar un explosivo suspiro. No habló hasta pasado un buen rato, manteniendo la mirada lejos de Maddy.

-Maddy, no era mi intención... acercarme a ti de esta manera. Es sólo que yo... -Se detuvo con una sombría sonrisa-. Parece que no me puedo contener.

Madeline entrelazó las manos.

-Señor Scott -contestó con dificultad-. No lamento que me haya besado.

Al oír estas palabras, se volvió; sus ojos parecían de fuego azul. Se acercó hasta ella en tres zancadas y atrapó su cara entre las manos.

-Maddy -susurró. Le acercó los labios a la curva de la mejilla y, con suavidad, le retiró el pelo de la cara, enredando los dedos en los rizos de seda-. Ojalá no te deseara con tanta desesperación.

El corazón de la chica dio un brinco de placer al oír aquello.

-Señor Scott...

-Escúchame, Maddy. -La soltó y retrocedió-. No voy a hacer el amor contigo, no importa lo mucho que te desee. Luego me odiarías y, muy probablemente, me odiaría a mí mismo.

-Jamás podría odiarle. Logan sonrió con ironía.

-¿No? ¿Ni siquiera después de que te hubiera robado la inocencia? Cualquier relación conmigo te cambiaría, y no para mejor.

-Estoy deseando asumir ese riesgo.

-No lo entiendes. -Su boca se torció en una mueca de amargura-. Utilizo a las mujeres para obtener placer físico, nada más. Una vez que he descubierto todo lo que una amante puede ofrecerme, no pasa mucho tiempo antes de que empiece a aburrirme y me busque otra. No durarías mucho en mi dormitorio.

-¿No se ha enamorado nunca? -preguntó Madeline, mirándole fijamente.

-Una vez. Y no funcionó.

-¿Porqué?

-No es necesario que conozcas mi pasado, al igual que yo no necesito saber nada del tuyo.

Madeline no discutió, consciente de que quizá tuviera razón. Cuanto más supiera de él, más difícil resultaría dejarlo llegado el momento. Como tantas otras mujeres, se había dejado atrapar por la poderosa combinación de masculinidad y misterio de Logan. Por su propia seguridad, tenía que mantener su corazón a salvo. De improviso, el sabio consejo de la señora Florence acudió a su memoria: «Hagas lo que hagas, no actúes como una | loca enamorada. Limítate a dejar claro que estás disponible y dispuesta... que estás ofreciendo placer sin ninguna responsabilidad.»

-Señor Scott -dijo en voz baja-, si le atraigo, no veo por qué no deberíamos actuar en consecuencia. Todo cuanto deseo es pasar una noche con usted.

La expresión de Logan no cambió, pero Maddy captó su sorpresa.

-¿Por qué? -preguntó el actor con voz queda-. ¿Por qué una chica como tú... se rebajaría a semejante cosa? -Como esperaba una contestación, deslizó los dedos bajo su barbilla y la obligó a levantar la cara. En los ojos de Logan brillaba un destello titilante, una nueva actitud defensiva que la intranquilizó. En un esfuerzo por ocultar sus pensamientos, dejó caer los párpados.

-Creo que me gustaría -afirmó Madeline-. ¿No es razón suficiente?

Se produjo un breve y desconcertante silencio.

-Mírame -murmuró el actor. Ella obedeció con lentitud. Logan buscó su mirada y sacudió la cabeza como si no estuviera dispuesto a aclarar un enigma tan poco divertido-. Maddy, eres una mala actriz. Me gustaría saber qué es lo que escondes, pero tengo otros problemas más importantes, en especial el que una cuarta parte de la compañía esté enferma. En cuanto el Capital recupere la normalidad, quiero que abandones el teatro. Te conseguiré otro empleo, uno mejor.

-Quiero quedarme.

-Créeme, es lo mejor para ambos -replicó Logan, aparentemente inconmovible.

Madeline tragó saliva mientras la invadía una rabiosa oleada de decepción. ¿Y ahora qué? Se había ofrecido y no era aceptada. El sonido de la negativa de Logan repiqueteó en sus oídos hasta que la vergüenza y el enfado empezaron a consumirla. Sus manos se aferraron a la falda, arrugando el ligero y vaporoso tejido.

¡Qué tonta había sido! Había desperdiciado tanto tiempo fantaseando con él, con cosas que jamás ocurrirían. Ahora lo único que tenía era la conciencia de saber que su familia no tardaría en descubrir que se había ausentado del colegió.

Durante una fracción de segundo consideró la posibilidad de explicarle la situación al señor Scott y abandonarse a su merced. No, no conseguiría despertar su compasión. «Cásate con Clifton y considérate rica», casi podía oírle decir con cinismo. A decir verdad, apenas estaba en condiciones de hacer otra cosa.

Apretó los puños y se dirigió hacia la puerta con paso firme. No desperdiciaría el resto de sus días convirtiéndose en una propiedad de lord Clifton. -Muy bien -dijo, deteniéndose en el umbral-. Dejaré el Capital cuando usted quiera. No es necesario que se moleste en buscarme otra colocación, soy perfectamente capaz de encontrar algo por mí misma. -Y salió sin darle tiempo a contestar.

Logan se dirigió con lentitud hacia la puerta y, con las manos colocadas en los paneles superiores, apoyó la frente sobre la fría madera y emitió un sordo gemido.

«Una noche con usted...» Habría dado toda su fortuna por ello. Jamás había conocido nada tan exquisito como la sensación de tenerla entre los brazos, ni como la intrépida vulnerabilidad que lo había acogido y atraído hasta llevarlo al borde del desmoronamiento. Pero no podía consentirlo, no podía dejar que nadie arrancara de cuajo lo que le quedaba de corazón. Maddy se marcharía pronto. Confió en que tal pensamiento lo aliviara, pero no fue así.

Abrió la puerta de golpe y se dirigió a su despacho haciendo caso omiso de las curiosas miradas que, a su paso, le lanzaba el personal del teatro. Se encerró en el pequeño cuarto y revolvió en el escritorio hasta dar con una botella del mejor whisky escocés. Se sentó, dio un trago directamente de la botella, y dejó que el gusto sutil a humo y turba se mantuviera en su lengua.

Otro trago, y la garganta se vio inundada por una agradable sensación de bienestar... Que, no obstante, fue incapaz de derretir el bloque de hielo que anidaba en su pecho.

Logan bebió con calma, los pies en el borde del escritorio, contemplando las puntas de los brillantes zapatos de piel. En aquel momento de su vida, ahito de éxito, se había imaginado invulnerable. En realidad, no dejaba de tener su gracia que una mujer tan menuda pudiera sembrar tamaña confusión en su interior.

Quizá se debiera a que Maddy suponía un caso único en su experiencia. Sin duda, estaba muy lejos de aquellas mujeres de la alta sociedad que no perdían oportunidad de mostrarle que eran superiores, incluso cuando le pasaban discretas notas citándole para románticos encuentros.

Y luego estaban aquellas criaturas que detestaba por encima de todo... Las linajudas hijas de la alta sociedad, cuyo único objetivo en la vida era casarse y traer al mundo más miembros de su especie. No era suficientemente bueno para ellas, carecía de familia o título y el dinero en sí no era suficiente.

Si hubiera deseado cortejar a una de aquellas privilegiadas jovencitas, la familia le habría aclarado que albergaban planes más atractivos para su hija. La mera visión de una de aquellas vírgenes custodiadas vestidas de blanco en un baile bastaba para recordarle que, con independencia de cuan grandes hubieran sido sus logros, siempre habría cosas que no podría tener. Jamás sería aceptado del todo. Fuera del teatro, no pertenecía a ningún lugar.

Madeline Ridley parecía igualmente fuera de lugar. Era demasiado afectuosa y natural para ser una dama de la alta sociedad, y demasiado idealista para ser una cortesana. Sin duda estaba destinada a ser la esposa de alguien, pero Logan no podía imaginarse a un hombre digno de ella. Maddy necesitaba a alguien que la cuidara sin aplastar su espíritu, que pudiera amarla con la misma intensidad con que sería correspondido.

Y Logan se veía incapaz de todo eso. No estaba preparado para una relación así, habiendo aprendido, desde muy joven, a despreciar las palabras «hogar» y «familia». Si había podido sobrevivir, había sido gracias a ser tan insensible como el hombre que lo había engendrado.

Años de palizas y abusos le enseñaron a ser un consumado mentiroso. Su padre, Paul Jennings, siempre se entregaba a la violencia sumido en furiosas borracheras...

Pero más tarde rehusaba afrontar las consecuencias de sus actos, y pretendía que Logan olvidara y simulara que en el hogar de los Jennings todo era felicidad y bienestar. La sola visión de una lágrima, un gesto de dolor o una mirada de resentimiento resultaba suficiente para hacerse acreedor a una segunda zurra que, siempre, era peor que la primera. Aunque de manera involuntaria, su padre había sido un extraordinario profesor de arte dramático.

Una vez, después de una paliza especialmente brutal, Logan pasó tres días con un brazo roto negando que le doliera lo más mínimo, hasta que

Andrew le llevó a rastras a la mansión y procuró que se lo entablillaran y vendaran.

-¿Cómo ha ocurrido, chico? -le había preguntado el conde, mientras escudriñaba con sagacidad la cara maltrecha de Logan.

Éste había rehuido la contestación, sabedor de que la sola insinuación de la verdad, hubiera bastando para que Paul Jennings lo matara.

Años más tarde, Logan se preguntó por qué su madre no le había consolado ni aliviado de las heridas con sus besos maternales. Concluyó que la desesperada determinación de la mujer de mantener la paz del hogar la había privado del tiempo necesario para prestarle alguna atención. Hacía mucho tiempo que había dejado de desear la ternura de una mujer... y no necesitaba ni

consuelo ni cuidados. Las mujeres existían para disfrutar y luego quitárselas de encima, pero nunca para confiar en ellas, nunca para necesitarlas.

Ahora que por fin se habían resuelto las cosas con Madeline, todo lo que tenía que hacer era ignorarla hasta que Arlyss se repusiera. Estaba seguro de que Julia protestaría por el despido de la chica, pero podría afrontarlo. Además, la condesa no tardaría en estar ocupada con el nacimiento de su nuevo hijo y terminaría por olvidarse de Madeline Ridley. Pronto sería como si nunca hubiese estado allí.

Logan sintió los efectos tonificantes del whisky en sus huesos, una suerte de placentero entumecimiento. Con cuidado, volvió a guardar la botella y cerró el cajón.

Tras decidir renunciar a su charla nocturna con la señora Florence, Madeline se acostó temprano. El dolor del rechazo estaba demasiado fresco. Quizá pudiera hablar de ello por la mañana, o al día siguiente, una vez estuviera en condiciones de serenarse.

Mientras escudriñaba la oscuridad, consideró la posibilidad de no volver al Capital. La idea de encontrarse de nuevo con el señor Scott se le antojaba insoportable. Por desgracia, había prometido a la duquesa que ayudaría en los ensayos hasta que la señorita Barry se repusiera. No podía romper su promesa, pero sentarse frente al señor Scott en el escenario y mirarle a los ojos... Se estremeció, sintiendo una horrible vergüenza. No sabía si podría hacerlo.

Sólo serían uno o dos días; con toda seguridad, la señorita Barry se habría repuesto para entonces. Se armaría de valor para no ruborizarse o tartamudear ante el señor Scott; se mostraría fría y totalmente serena.

Durante toda la noche no paró de dar vueltas y más vueltas entre las sábanas, en un vano intento de escapar a sus pensamientos. Por la mañana se despertó agotada y aprensiva, preguntándose si alguna vez había temido la llegada de un día como recelaba ahora del que empezaba. Sin duda no era la primera mujer que fracasaba al seducir a un hombre, pero ¿a cuántas se les exigía que se encararan a él al día siguiente y aparentaran que nada había ocurrido?

Se vistió y se peinó, recogiéndose el pelo en la nuca con un apretado moño. Consiguió salir antes de que la señora Florence se levantara y tomó un coche de alquiler hasta el teatro.

La compañía parecía inusitadamente deslucida. En las salas de ensayo y los talleres reinaba un silencio mayor que el habitual. Tras enterarse de que el ensayo de la mañana se había suspendido, se dirigió a la sastrería, donde la señora Lyttleton la reclutó sin pérdida de tiempo.

-Parece que media compañía está enferma -dijo sin resuello la robusta mujer, extrayendo destellos de la aguja mientras hilvanaba una costura-. Media docena ha enviado recado de que no vendrá, pero mi trabajo tiene que seguir adelante como de costumbre, y prácticamente no tengo ayuda.

Madeline trabajó en la sastrería la mayor parte de la mañana, agradecida por el temporal aplazamiento del momento en el que tendría que encontrarse con el señor Scott. Sólo cuando la señora Lyttleton la envió a recoger los bocetos de unos vestidos al despacho de la duquesa, Madeline se aventuró a regañadientes por el edificio principal del teatro. Ya cerca del despacho, oyó una voz masculina desconocida, que se mezclaba con el timbre claro y ligero de la duquesa. Madeline se detuvo justo en la puerta, reacia a irrumpir en la estancia.

-Ya es suficiente -parecía haber dicho el hombre-. Te dije que permanecieras alejada de este maldito teatro.

-Hay mucho que hacer -le contestó Julia-. Querido, será sólo un día más; quizá, dos. No me puedo marchar dejando tantas cosas inacabadas...

-Tu salud me importa más que cualquier persona o cosa de todo este lugar.

-Te lo prometo, estaré bien.

-Ven a casa, Julia.

-Primero tengo que empaquetar algunas cosas.

-Enviaré a un criado más tarde para que recoja todo lo que quieras.

-No estás siendo razonable...

Se produjo un prolongado silencio, al que siguió un ruido sordo que Madeline no fue capaz de descifrar con precisión. Luego, el hombre habló en voz baja.

-¿Todavía quieres discutir conmigo, Julia?

-No. .,-. . -
Madeline nunca había apreciado tanta docilidad ***en el tono de voz de*** la duquesa, por lo común tan firme y autoritario. Con sumo cuidado, miró a hurtadillas por la rendija y vio a la duquesa de pie, en medio del despacho, mientras un hombre de pelo negro la besaba apasionadamente. «El duque de Leeds», pensó Madeline, lo cual despertó su interés de inmediato. El hombre alzó la cabeza, revelando una cara delgada, bella y exótica que miraba a su esposa con amorosa exasperación. Sintiendo sin duda que no estaban solos, el duque miró en dirección a Madeline con unos ojos grises y despiertos. Ruborizada, Madeline se adelantó de inmediato.

-Perdónenme, no quería interrumpir...

-No pasa nada, Maddy -contestó Julia con las mejillas sonrosadas, mientras se zafaba del abrazó de su marido.

Al presentarlo, Madeline se postró con una reverencia respetuosa.

-Es un placer -murmuró el duque con un brillo amistoso en los ojos-. Señorita Ridley, le agradecería que intentara ayudar a la duquesa a reunir todos los libros y documentos necesarios, porque se marcha de inmediato.

-Sj, excelencia.

Julia puso los ojos en blanco y suspiró.

-Al parecer no tengo elección. Maddy, hazme el favor de decirle al señor Scott que necesito hablar con él ahora mismo. Llevo toda la mañana en el despacho intentando recomponer el programa para adecuarlo a las ausencias de la compañía.

Aunque le horrorizaba tener que enfrentarse al señor Scott, Madeline asintió con resolución. Cuando se fue, el duque y la duquesa reanudaron la conversación, a todas luces disfrutando de la oportunidad de un nuevo asalto verbal.

Al llegar a la puerta del señor Scott, Madeline dudó. Antes de llamar escuchó en busca de señales de actividad en el interior: reinaba un discordante silencio. Con la esperanza de no encontrarlo allí, golpeó suavemente con los nudillos. Desde dentro le llegó un amenazante murmullo.

-Estoy trabajando.

Madeline se retorció las manos y se quedó mirando la puerta con detenimiento. Tras hacer acopio de valor, se decidió a hablar con voz tranquila y controlada:

-Señor Scott, la duquesa desea hablar con usted. Logan tardó en responder un instante.

-¡Tú! -dijo en tono nada amistoso.

-Creo que la duquesa desea decirle que se va, señor. El duque ha venido para llevarla a casa. -Por toda contestación, Madeline recibió otra dosis de silencio-. No es prudente que, en su estado, permanezca en el Capital. Estoy segura de que usted estará de acuerdo en ello, con toda la gente que ha sucumbido a la fiebre....

-¡Que tenga buen viaje! Ahora, aléjate de la puerta.

Madeline obedeció con sumo gusto, pero después de haber dado los primeros pasos, se detuvo. Había algo extraño en la voz del actor, un tono que la había impresionado. Parecía cansado. «No es extraño», pensó. A pesar de la orden de alejarse y de su propio dolor y vergüenza, se sintió obligada a volver a la puerta.

-Señor Scott, ¿hay algo que pueda hacer por usted? ¿Le apetecería un poco de té?

-Sólo que te vayas -murmuró-. Tengo trabajo... No estoy de humor para diversiones.

-Sí, señor. -Pero algo la impedía marcharse. Le invadía la certeza creciente de que algo iba mal. Había tanto silencio dentro del despacho... Y no era normal en él que, a esas horas, tuviera la puerta cerrada, impidiendo el acceso al resto de la compañía. Asiendo el gastado picaporte de latón, cerró los ojos y respiró profundamente. Si las sospechas resultaban infundadas, lo más probable es que Scott le arrancara la cabeza.

Cuando Madeline penetró en el cuarto, el actor no pareció advertir su presencia hasta que estuvo a su lado. Sentado ante el escritorio, estaba medio soterrado por un montón de papeles arrugados y emborronados. Antes de coger la pluma, se pasó la manga por la frente. Se había quitado la chaqueta y el chaleco, y los escalofríos le recorrían la espalda cada vez que el frío ambiente del cuarto atravesaba la delgada camisa de lino. Al intentar reprimir un violento acceso de tos, se le cayó la pluma y unas gotas de tinta se esparcieron sobre el escritorio.

-Señor -dijo Madeline en voz baja.

Scott volvió la cabeza hacia ella, mostrando la cara enrojecida y los ojos vidriosos. Daba la sensación de que contemplase a la chica a través de una espesa niebla. Sin reflexionar, Madeline alargó la mano para tocarle las puntas húmedas del pelo, que acarició con suavidad. Rozó la frente de Logan con los dedos y descubrió el calor seco de una fiebre galopante.

-Déjeme ayudarle -dijo, en el momento en el que él se apartaba girando la cabeza y soltaba una palabrota apagada.

-Tengo que acabar la nueva programación. -Buscó a tiendas, obstinado, la pluma perdida.

-Tiene fiebre, señor Scott. Debe irse a casa y descansar.

-No estoy enfermo, nunca he... -Cuando Madeline volvió a tocarle la frente, se sobresaltó-. Tienes la mano tan fría -dijo con voz ronca, cogiéndole los dedos-. ¡Dios mío, me va a estallar la cabeza!

Sintió que la inquietud le desgarraba. ¿Es que no había nadie que lo cuidara, que se preocupara por su salud? Atenazada por la indecisión, se quedó mirando fijamente a Logan, mientras éste era presa de los temblores.

-Señor, debe irse a casa -dijo con firmeza, e insistió una y otra vez ante las protestas de Scott, que acabó por callarse y acurrucarse contra el escritorio.

Con la frente sobre el puño cerrado, utilizó la otra mano para agarrar los dedos de Maddy que, muy a su pesar, logró liberarse.

-No se mueva -añadió-, volveré enseguida.

Logan contestó, se limitó a quedarse lánguidamente sentado, utilizando la poca fuerza que le quedaba para no desplomarse.

Quiso la fortuna que el aprendiz de la carpintería, Jeff, pasara en ese momento por delante del despacho. Madeline lo llamó y el chico se detuvo de inmediato con una mirada amistosa teñida de curiosidad

-Me temo que el señor Scott está enfermo -le informó Madeline, al tiempo que indicaba la puerta entornada tras de sí-. Debe marcharse inmediatamente. ¿Harías el favor de decirle a alguien que traiga su carruaje?

-¿El señor Scott... enfermo? -repitió el chico, dando la sensación : no haber oído otra cosa. Parecía haberse quedado estupefacto, como si semejante ocurrencia estuviera fuera del reino de lo posible.

-Hay algo más -añadió Madeline-. Asegúrate de que alguien le diga a la duquesa que se vaya ahora mismo. No debe acercarse al señor Scott; sería peligroso que cogiera la fiebre.

El chico retrocedió, lanzando una mirada recelosa hacia el despacho.

-¿Y qué pasa con usted? -preguntó preocupado-. ¿No debería alejarse también?

-No creo que enferme -contestó Madeline-. De lo contrario, creo que a estas alturas ya me habría contagiado. Por favor, Jeff, date prisa. Me quedaré con el señor Scott mientras mandas llamar el carruaje.

-Sí, señorita Maddy. -Le lanzó una mirada de admiración-. Si no te importa que se lo diga, es usted un ángel, señorita Maddy. La chica más noble y dulce que jamás he conocido. Madeline sacudió la cabeza y sonrió avergonzada.

-Gracias, JefF.

Al volver al despacho, Madeline encontró la capa de Scott y lo envolvió con ella. La tupida lana debería haberlo calentado, pero siguió temblando y tosiendo. Cuando Logan intentó levantarse de la silla, ella se abalanzó hacia él.

-No debe intentarlo, señor, no se encuentra bien. El lacayo vendrá a ayudarlo enseguida.

-Puedo irme por mi propio pie -gruñó, y apartó las pequeñas manos represoras de la chica.

-Perderá el equilibrio -insistió Madeline-, y si se cae antes de que llegue el carruaje, puede hacerse daño... Y qué diría la gente. Supongo que no querrá que lo vean de semejante guisa.

Scott se tranquilizó y Madeline se dio cuenta de que había tocado un punto débil. Logan no podía tolerar el menor signo de debilidad en su persona, mantendría su imagen de autoridad ante los empleados a toda costa. Apoyó la cabeza en las manos y esperó con una actitud tan apagada que Madeline casi se asustó. No era, ni por asomo, él mismo.

Pareció una eternidad, pero sólo pasaron unos minutos antes de que llegara un lacayo vestido con librea negra y plata. Aunque el sirviente intentó simular serenidad, al ver a Scott los ojos se le abrieron como platos. Madeline le pidió que ayudara a Logan a levantarse, cosa que el criado cumplió sumido en la estupefacción. Ella se preguntó por qué le sorprendía ver enfermo a su amo. Según parecía, a Scott le cuadraba tan bien ser una leyenda que, a todos los demás, incluidos sus sirvientes, les resultaba fácil pasar por alto que se trataba tan sólo de Un hombre.

Una multitud de actores y operarios se había congregado en el exterior del despacho, y a medida que iban apretujándose para echar un vistazo a Scott, sus caras reflejaban todo tipo de emociones, desde curiosidad hasta alarma.

-Quizá debieran mantenerse a distancia -dijo Madeline-. Sería catastrófico que enfermara más gente.

El grupo siguió la sugerencia de inmediato, y se retiró a una respetable distancia.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó el utilero sin dirigirse a nadie en particular-. Con la duquesa fuera y el señor Scott enfermo ¿quién va a dirigirlo todo?

-Se lo preguntaré al señor Scott -intervino Madeline, y se escabulló dentro del despacho.

El lacayo había levantado a Scott con cuidado. El rostro del actor, desaparecido todo rastro de sangre, aparecía ahora lívido. Antes de posarla en Madeline, su mirada recorrió a toda velocidad el cuarto.

-Señor -murmuró-, ¿le digo a la compañía que, en su ausencia, quiere que sea el señor Bennett quien dirija el teatro?

Bennett era el ayudante del director escénico y, por lo general, se encargaba de dirigir los ensayos y mediar en las discusiones cuando la duquesa y Scott estaban ocupados en otros menesteres. Logan la miró fijamente, con los ojos vidriosos por la fiebre, y cuando la joven se preguntaba ya si habría entendido la pregunta del todo, asintió con un leve movimiento de cabeza.

Madeline regresó junto al grupo que esperaba fuera del despacho y repitió las instrucciones. Scott apareció agarrado del hombro del lacayo; toda su atención se concentraba en el acto de caminar. Que fuera capaz de hacerlo en semejante estado daba testimonio de su resistencia física.

Mientras despejaba el camino hacia la entrada trasera del teatro, Madeline iba oyendo la respiración agitada y el paso incierto de Logan, y supo que no podría resistir mucho más tiempo. El lacayo empezaba a dar muestras evidentes de cansancio, ya que el peso que tenía que soportar era cada vez mayor.

-Casi hemos llegado -dijo Madeline, confiando desesperadamente en que Logan no se derrumbara.

Llegaron a la entrada trasera y salieron. Un viento lacerante atravesó las mangas del vestido de Madeline y entumeció sus mejillas. Un segundo lacayo abrió la puerta de un carruaje lacado en negro y bronce. El vehículo era arrastrado por un tiro de caballos zainos completamente iguales, cuyas bocas expelían ráfagas de vaho en el frío aire. El lacayo bajó un escalón plegable y miró inquisitivo a Madeline.

La joven dudó, y observó durante un segundo con deseo el lujoso vehículo. No tenía derecho a marcharse con Scott. Aun así, había una posibilidad de que pudiera necesitarla para algo...

Antes de que pudiera cambiar de parecer, se abalanzó al interior del carruaje. Agradecida por librarse de la gélida temperatura, se acomodó en un mullido asiento de terciopelo. El lacayo, resoplando a causa del esfuerzo, subió a Scott y lo colocó junto a Maddy. El actor, con la faz lívida y los párpados cerrados, se desplomó contra una esquina. La capa se le había caído de los hombros y Madeline tiró de la prenda de lana y se la ciñó al cuello. Tras otra profunda inspiración, Logan volvió a toser con fuerza.

El carruaje se puso en marcha, avanzando con suavidad y ligereza. El lujo del interior superaba cualquier otra cosa que hubiera visto Madeline: las maderas relucientes, el tapizado color café y el intrincado emblema en oro del teatro Capital pintado en el techo. Incluso su padre, que tan orgulloso se sentía de sus carruajes, se habría quedado impresionado...

Volvió la mirada a Scott que, grande y vulnerable al mismo tiempo, parecía un león abatido. Una sacudida del carruaje le arrancó un gemido. Automáticamente Madeline se acercó y le puso la mano fría en la frente.

El contacto pareció otorgarle un instante de lucidez. Abrió los ojos amoratados, en ese momento apenas un par de hendiduras de un asombroso azul.

-Maddy -dijo, apretando los dientes para evitar que le castañetearan.

-¿Sí, señor Scott? -Subió la mano hasta, la mejilla de Logan y, con suavidad, tocó la piel seca a la que la barba incipiente confería un tacto áspero.

-No deberías... haberme acompañado

-Lo siento. -Retiró la mano-. Sé que es muy celoso de su intimidad. Señor, no tiene de qué preocuparse, no me quedaré mucho tiempo. Sólo quería asegurarme de que está bien.

-N-no es eso lo que... -Una sucesión de escalofríos le obligó a apretar los dientes-. Te pondrás enferma -dijo con claridad.

Madeline lo miró sorprendida. ¿Cuántas personas en ese estado se habrían preocupado por su salud? Impresionada por la inesperada galantería, sonrió.

-Me encuentro muy bien, señor Scott.

Sin fuerzas para discutir, Scott cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. La sonrisa de Madeline se esfumó e intentó recordar qué hacía su niñera siempre que ella y sus hermanas estaban enfermas... Las mantenía abrigadas, les aplicaba cataplasmas de mostaza en el pecho y les colocaba una esteatita caliente en los pies. Para comer, caldo de ternera y sopas de leche, y contra la tos, jarabe de limón y almendras dulces. Más allá de esto, los conocimientos médicos de Madeline brillaban tristemente por su ausencia. Sintiéndose harto inútil, suspiró.

El carruaje se adentró en el tranquilo barrio cortesano de St. James Square después de pasar junto a una entrada de piedra adornada con grifos de bronce. Madeline echó un vistazo a través de la cortina del coche cuando el vehículo avanzó a lo largo de una avenida bordeada de árboles hacia una mansión con fachada de columnas acanaladas.

Cuando el carruaje aminoró la marcha y se detuvo, uno de los lacayos saltó del pescante y echó a correr. Tras alcanzar la puerta frontal de doble hoja, llamó a la aldaba con fuerza. Se abrió una de las puertas y, a partir de ahí, todo fue actividad y confusión.

Un muchacho con chaqueta gruesa y gorra se acercó para ayudar al cochero a estabular el tiro; dos lacayos cogieron al señor Scott y, medio a rastras, medio en volandas, lo sacaron del vehículo. Metiendo cada uno un hombro bajo los brazos del actor, lo introdujeron en la mansión, y Madeline los siguió. Al entrar allí de una manera que Scott jamás le habría permitido en caso de encontrarse sano, tuvo la sensación de estar pisando una tierra prohibida.

Alcanzaron un magnífico vestíbulo de acceso iluminado por un candelabro de cristales que formaba intrincadas espirales. El recibidor se abría a una sala principal, donde un ama de llaves con aspecto de matrona daba órdenes a un ejército de doncellas. «Traed paños de lino limpios y agua -decía con voz autoritaria-. Tilda, trae mi maletín de las medicinas. Gwyn, el bote de las sanguijuelas. Puede que el doctor quiera utilizarlas cuando venga.»

Un mayordomo de pelo canoso estaba igualmente ocupado impartiendo instrucciones a los criados, ordenándoles que trajeran botellas de brandy y whisky y que ayudaran al ayuda de cámara a meter a Scott en la cama. Madeline se hizo a un lado, observando impotente cómo subían a Scott por una escalera doble en forma de herradura hecha de mármol gris y blanco.

El ama de llaves no tardó en advertir la presencia de Madeline y se presentó como la señora Beecham.

-Tenga la amabilidad de disculparnos, señorita...

-Ridley

-Señorita Ridley -repitió el ama de llaves-. Me temo que estamos bastante ocupados en este momento. Se trata de una situación inusitada.

-Lo entiendo.

La mirada del ama de llaves recorrió a Madeline de arriba abajo. Era evidente que intentaba decidir quién era y el grado exacto de amistad que la ligaba al señor Scott, aunque se abstuvo de preguntar.

-Ha sido muy amable de su parte por acompañar al señor Scott desde el teatro -observó la mujer.

Madeline miró en la dirección por la que se lo habían llevado.

-Sólo espero que esté en las debidas condiciones.

-Se le está acomodando lo mejor posible hasta que llegue el doctor. ¿Le gustaría esperar en el salón de la planta baja?

-Sí, gracias.

La señora Beecham la condujo a una espaciosa sala decorada en discretos tonos oro y ciruela, con sillones franceses tapizados en seda y terciopelo y mesas llenas de libros de poesía y grabados. Uno de los muros aparecía cubierto con un tapiz de un paisaje francés. Entre los dos ventanales, que discurrían desde el suelo al techo, y encima de una larga mesa, se desplegaban varias figuritas orientales.

Al advertir el interés de Madeline por una pequeña estatua japonesa, que representaba a un anciano barbado sosteniendo un cayado de oro, el ama de llaves sonrió con un deje irónico.

-El dios de la suerte, según el señor Scott. No podría ni empezar a deletrear su nombre. Tiene otras en su colección. Todas son cosas de paganos.

-Me gusta ésta -aseguró Madeline, tocando la barba del hombrecillo con la punta del dedo-. Sólo espero que haga honor a su reputación y traiga buena suerte al señor Scott.

-Hay quien diría que el señor Scott ya ha disfrutado de más suerte de la que le corresponde -observó la señora Beecham, dirigiéndose hacia la puerta del salón.

Abandonada a sus propios recursos, Madeline se acercó hasta la ventana y se quedó mirando una hilera de setos podados con diferentes formas y una fuente de mármol que había en el jardín. Era un luminoso día invernal, y los aletargados árboles del huerto se estremecían por las ráfagas de viento.

Madeline sintió un ligero escalofrío y se retiró a un sillón, en el que se sentó y donde, nerviosa, empezó a golpear con los pies sobre el suelo cubierto por unas gruesas alfombras. Tras reparar en una caja de madera que había encima de la mesa más cercana a ella, la tomó en sus manos llena de curiosidad. El interior estaba forrado en plata y la tapa tenía labrada una medalla con la efigie de Shakespeare. En la base había la siguiente inscripción: «Obsequio para el señor Logan Scott de la Stratford Corporation.»

Una voz interrumpió sus cavilaciones, y cuando levantó la cabeza vio a un par de doncellas que traían una bandeja con el té.

-La caja fue tallada con madera de la morera de Shakespeare -le informó con orgullo una de las doncellas-. Al patrón siempre le están dando premios y cosas parecidas debido a todas esas funciones benéficas y obras de caridad.

Madeline sonrió al percatarse de que, sin duda alguna, parecía que Scott gozaba de la admiración y el afecto de sus criados.

La criada dejó la bandeja en una mesa baja.

-La señora Beecham ha dicho que si desea algo nos llame a una de nosotras.

-Gracias, no necesitaré nada. La salud del señor Scott es lo único que me importa.

-El doctor Brooke llegará enseguida, y lo pondrá como nuevo otra vez en un santiamén.

-Eso espero -contestó Madeline. Tomó una taza de porcelana china vacía y empezó a juguetear con la delicada asa. Miró hacia la puerta, preguntándose cuándo llegaría el doctor y cuánto tardaría en pronunciar un diagnóstico sobre el estado de Scott.

Las criadas abandonaron el salón y, tan pronto como atravesaron el umbral, se pusieron a cuchichear entre sí. Sin poderlo evitar, Madeline escuchó un fragmento de la conversación.

-¿Crees que es la última?

-iCa!

-Es bastante bonita

-Sí, pero sólo es una corderita... No es su tipo en absoluto.

Madeline frunció el ceño y dejó la taza vacía, se levantó de la silla y paseó por la estancia. La referencia a su juventud la había enojado de verdad. De repente, dándose cuenta de unos cuantos rizos en desorden que se habían soltado de las pinzas, suspiró. A buen seguro que tenía el aspecto de una niña desastrada que hubiera estado retozando al aire libre.

Se acercó hasta las puertas doradas que se abrían en el extremo opuesto del salón, descubriendo que daban acceso a una sala de música, dos largas galerías y una sala con el suelo de taracea. Había obras de arte por doquier: retratos y paisajes, estatuas de mármol, piezas de cerámica y porcelana...

Mientras recorría las elegantes piezas, tuvo la sensación de que Scott había escogido la decoración y las obras de arte por sí mismo. Todo era un reflejo de lo que el actor admiraba y anhelaba ser. Estaba fascinada. Madeline deseó conocerlo, ser confidente de sus pensamientos más íntimos... Sin embargo, le había dejado bien claro que no la quería. Con un sentimiento de desolación, emprendió el camino de vuelta hacia el vestíbulo principal. A esas alturas, el doctor debía de estar arriba examinando a Scott. En la casa reinaba un extraño silencio, como si el servicio contuviera la respiración de manera colectiva.

-¿Necesita algo, señorita Ridley? -le preguntó el mayordomo, levantándose de una silla próxima a la escalera.

-Sí. -Madeline se acercó a los escalones de mármol, medio temerosa de que el criado la impidiera subir-. Me gustaría saber dónde está el dormitorio del señor Scott.

El rostro inexpresivo del mayordomo no impidió que Madeline percibiera la consternación interior del mismo. Sabía que él y el resto de la servidumbre tenían dudas acerca de su relación

con Scott, pues no estaban seguros de si era una simple empleada como ellos o quizá su última amante.

-El doctor está con él, señorita -observó el mayordomo con tacto-. Si el salón no es de su agrado, quizás haya otro lugar en el que prefiera esperar...

-Preferiría ir a su habitación -replicó Madeline sin alterarse, imitando el tono seco que había oído utilizar siempre a su madre para dirigirse a los criados.

-Sí, señorita Ridley -llegó, desganada, la contestación. El mayordomo llamó a un lacayo y le ordenó que mostrara a la señorita los aposentos privados de Scott en el ala este.

El corredor estaba iluminado por una larga hilera de ventanas que proporcionaban luz a cuatro alcobas repletas de estatuas, incluida una de una bañista desnuda que hizo que Madeline se ruborizara. Tras pasar bajo un arco de caoba reluciente, entró en un conjunto de habitaciones indiscutiblemente masculinas con las paredes cubiertas de paneles de caoba, una colección de mapas antiguos de Alemania, enmarcados en palisandro tallado, y alfombras persas.

El lacayo la condujo hasta una puerta cerrada donde esperaba la señora Beecham. Una sirvienta permanecía cerca, preparada para ir a buscar a toda prisa cualquier cosa que hiciera falta.

Las cejas de la señora Beecham se arquearon al ver a Madeline.

-Señorita Ridley... ¿no ha encontrado cómodo el salón?

-Quería averiguar si ya se sabía algo. La señora Beecham sacudió la cabeza.

-El doctor sigue con él. La informaré tan pronto haya alguna noticia. Mientras tanto, la sirvienta la acompañará al recibidor de la planta baja. Madeline se dispuso a iniciar una discusión.

-Preferiría...

El chasquido del picaporte cuando se abrió desde adentro, la interrumpió. En silencio, esperó a que saliera el doctor.

El doctor Brooke era un hombre de unos treinta años, con entradas en el pelo y un par de gafas redondas que le conferían un aire de sabiondo.

Tenía una cara agradable y ojos solemnes y oscuros. Miró primero a la señora Beecham, y luego a Madeline.

-Soy la señorita Ridley -dijo Madeline, adelantándose-. He venido a preguntar por el estado del señor Scott. Soy su... pareja. El doctor le cogió la mano e hizo una cortés reverencia.

-¿Cómo está? -preguntó el ama de llaves.

La mirada del doctor Brooke abarcaba a ambas mujeres.

-En los últimos tiempos he asistido a muchos casos similares. Lamento decir que éste parece uno de los peores, lo que no deja de sorprender en un hombre de la habitual fortaleza del señor Scott... Pero él no hace nada con moderación, ¿no es así?

-Me temo que no -contestó, compungida, el ama de llaves.

-Volveré mañana a visitarlo y a ver cómo progresa la fiebre -continuó el doctor-. Por desgracia, todavía no ha entrado en la peor fase. Enfríenlo con frecuentes aplicaciones de agua y hielo. Sugiero que le den de comer gelatinas, caldo y, acaso, una cucharada de ponche de lecha de vez en cuando.

-Tengo una vieja receta familiar: hojas de eucalipto maceradas en brandy-comentó la señora Beecham-. ¿Podría darle una dosis cada noche?

-No veo inconveniente. -El doctor hizo una pausa, y su mirada se detuvo en Madeline-. Señorita Ridley, ¿puedo preguntarle si su intención es ayudar a cuidar al señor Scott?

-Sí -dijo Madeline con firmeza.

-Entonces, le sugiero que limite sus relaciones con la gente ajena a la casa. La fiebre es muy contagiosa y no descartaría la posibilidad de que sucumba usted a ella.

Las señora Beecham miró a Madeline con una expresión de perplejidad.

-Supongo que tendré que disponer una habitación para usted.

Madeline se hizo cargo de la renuencia de la mujer. Ningún miembro del servicio de Scott había tenido noticias de su existencia hasta ese momento. Obviamente miraban por los intereses de su patrón y procuraban evitar que, ahora que él no podía impedirlo por sí mismo, alguien violara su intimidad.

-Gracias, señora Beecharn -dijo en voz baja-. Le aseguro que sólo pretendo ayudar al señor Scott... a Logan... en todo lo que pueda. El ama de llaves asintió con la cabeza, todavía aparentemente inquieta, y dio instrucciones a la criada. Entretanto, el doctor Brooke se despidió y salió en compañía del lacayo. Tomando la iniciativa, Madeline se deslizó dentro del dormitorio a través de la puerta entreabierta.

Estaba amueblada y decorada con sencillez; ninguna obra de arte, a excepción de un fresco de cielo y nubes pintado en el techo. El cuarto contenía una enorme cama, con colcha de seda color ciruela y almohadas de plumas en la cabecera, colocadas en grupos de tres. Scott yacía cubierto con una sábana y una manta liviana; la colcha aparecía plegada a sus pies. Se le había vestido con un pijama de dos piezas de franela, cuya parte superior estaba desabotonada por debajo del pecho. Dormía como si hubiera sido drogado, con la mitad de la enrojecida cara enterrada en una almohada.

Cuando entró Madeline, el ayuda de cámara estaba colocando una jarra de agua y una pila de paños de lino en la mesilla de noche. Se había colocado un pequeño sillón cerca de la cama, pero Madeline prefirió sentarse en el borde del colchón. El ligero desplazamiento provocado por su peso hizo que Logan se girara hacia ella y murmurara alguna incoherencia con los ojos todavía cerrados. La respiración raspaba su garganta.

-No pasa nada -le dijo Madeline en voz baja, mientras empapaba en agua uno de los paños de lino, lo escurría y se lo colocaba sobre la frente caliente. El alivio de aquel frescor pareció relajarlo, y se hundió aún más en la almohada. Madeline extendió la mano y se animó a acariciarle la hermosa cabellera, como había deseado hacer tantas veces. Era suave y tupida al tacto, una seda oscura con reflejos caoba.

Estudió la cara de Logan: la palidez de la piel, que hacía resaltar la belleza severa de su estructura ósea; las pestañas, medias lunas de plumas por encima de las mejillas; los párpados, ligeramente temblorosos a causa de los sueños febriles del actor. Un hombre tan orgulloso y solitario, rendido, indefenso al sueño, los labios separados, como los de un niño. Si estuviera enamorada de él, verlo así le rompería el corazón.

Sentada, inmóvil, intentó desentrañar la sorda pena que se había instalado en su pecho. Si estuviera enamorada de él, el dolor no la abandonaría jamás, los recuerdos de Logan la perseguirían todos los días de su vida... porque jamás habría otro hombre como él.

Apenas se demoró pensando en su dilema, no tenía mucho tiempo para sí misma. Quizá fuera ya demasiado tarde, tal vez sus padres habrían descubierto ya que se había escapado del colegio. De ser así, estarían frenéticos y preocupados. La buscarían y, una vez la encontraran, la intimidarían y

amenazarían hasta que se plegara a sus deseos. Acabaría siendo la esposa de lord Clifton a pesar de todos sus esfuerzos por resistirse. A menos que se convirtiera en mercancía estropeada.

Se marcharía de allí inmediatamente y encontraría alguien con quien tener una aventura. Sin duda habría objetivos bastante más predispuestos que Logan Scott.

Jamás hubiera imaginado que fuera tan difícil seducirlo, habida cuenta de su reputación. Pero no había caído en la cuenta de su complejidad ni de sus inesperados escrúpulos. Se había negado a deshonrarla, y sería idiota si pensara que podía cambiar de opinión.

Allí no se la necesitaba. Scott tenía sirvientes que lo cuidarían, los servicios de un excelente médico y más amigos y conocidos de los que podía contar. Se recuperaría sin necesidad de su ayuda. Con el ceño fruncido, ¿Madeline estuvo observando largo rato cómo dormía. Sentada al lado de la cama, le fue cambiando el paño de su frente o suministrándole algunas gotas de tónico cuando la tos empeoraba.

De vez en cuando aparecía un criado para ver si Madeline ordenaba algo, recibiendo siempre idéntica negativa. Excepto por aquellas breves intromisiones, parecía como si el mundo no existiera más allá del dormitorio. Los minutos se convirtieron en horas, hasta que las luces de la tarde empezaron a apagarse y se acercaron las sombras de la noche.

Justo en el momento en que Madeline estaba considerando pedir un poco de caldo, Scott empezó a despertarse. Se removió y pestañeó. Sus ojos videnciaron un brillo febril. Con suavidad, Madeline le retiró el paño húmedo de la frente y volvió a tomar asiento en el borde la cama.

-Señor Scott -dijo sonriéndole.

Él la miró fijamente, como si fuera la imagen de un sueño, con una expresión de curiosidad algo distante. Acto seguido esbozó una sonrisa a modo de respuesta.

-Según parece... jamás me libraré de ti -dijo con una voz herrumbrosa salpicada por violentos accesos de tos.

Madeline vertió agua en un vaso y le ayudó a beber, sujetando el vaso con una mano y deslizándole un brazo por detrás de la cabeza. Vacilante, Logan se reclinó sobre el brazo que lo soportaba mientras bebía sin gana algunos tragos. Pesaba mucho, y el brazo de Madeline empezó a resentirse por el esfuerzo. Cuando terminó de beber, apartó la cara a un lado y Madeline volvió a recostarlo en la almohada con cuidado.

-¿Le gustaría que me fuera? -preguntó en voz baja.

Cerró los ojos. Tardó tanto tiempo en contestar que Madeline pensó que quizá se había quedado dormido de nuevo.

-Quédate -dijo al fin.

-¿Debería avisar a alguien para que le cuide? Un amigo o pariente...

-No. Te quiero a ti. -Cerró los ojos y la conversación concluyó. Apretó los dedos en torno a un pliegue del vestido de Madeline.

A pesar de lo preocupada que estaba, no pudo evitar sonreír. Incluso postrado en el lecho seguía siendo tan autoritario como siempre. Por alguna razón, quería que se quedara. Confiaba en ella. No volvió a pensar más en irse. «Logan», murmuró, queriendo probar cómo sonaba el nombre en sus labios.

Después de que su ambicioso plan fracasara, el caso es que allí estaba ella de cuidadora en el cuarto de un enfermo. Nada respondía a un plan preconcebido y, lo más curioso de todo, ni siquiera le preocupaban sus propios problemas. Todo lo que deseaba era ver a Logan repuesto.

Se dirigió al pequeño escritorio situado bajo una de las ventanas, y allí escribió una nota a la señora Florence explicándole la situación. Tras plegarla con cuidado, selló la carta con una barra de lacre marrón y llamó a una doncella, a la que entregó la misiva con el encargo de que se entregara en la residencia de la señora Florence en Somerset Street.

-Por favor, que se envíe a un lacayo a recoger mis pertenencias -añadió. Antes de salir, la doncella le hizo una reverencia.

Madeline volvió a junto a la cama. Parecía que el estado de Logan empeoraba por momentos, con aquella fiebre que aumentaba silenciosamente. Estaba demasiado aturdido para discutir cuando ella le obligó a beber pequeños sorbos de caldo. Tras no pocos esfuerzos, Madeline consiguió que ingiriera, todo lo más, media taza del nutritivo líquido. Después volvió a quedarse dormido.

En algún lugar de la casa, un gran reloj dio doce campanadas con un sonido profundo y sonoro. A su pesar, Madeline estaba cansada y empezó a cabecear casi vencida por una oleada de sueño. Se levantó y se estiró en un intento de despertarse, volviéndose con un respingo cuando oyó que alguien entraba en la habitación.

La señora Beecham y el ayuda de cámara se acercaron a la cama.

-¿Cómo está? -preguntó el ama de llaves en un tono más amistoso que el empleado hasta entonces. Parecía haberse hecho a la idea de la presencia de Madeline, y había decidido dejar a un lado las suspicacias.

-La fiebre ha empeorado.

-Es lo que el doctor Brooke esperaba -contestó la señora Beecham en un tono realista-. El ayuda de cámara del señor Scott, Denis, va a ayudarme a pasarle una esponja con agua fría; quizás ayude a bajarle la fiebre. Si lo desea, puede descansar unas horas. He pensado que le gustaría ocupar el dormitorio pequeño de los aposentos privados del señor Scott.

-Es usted muy amable -contestó Madeline-, pero quiero estar aquí por si el señor Scott me necesita...

-Yo le cuidaré hasta que vuelva -le aseguró el ama de llaves-. Necesitará dormir algunas horas, señorita Ridley, si quiere estar despejada por la mañana.

La observación era irrefutable. Madeline estaba cansada, y habrían de pasar muchas largas horas, incluso días, antes de que la fiebre remitiera.

-Gracias -dijo, y el ama de llaves la condujo hasta un cuarto de invitados, algunas puertas más allá.

Sus vestidos y otras ropas habían sido colocados en un armario de caoba. Un dosel de seda azul, a juego con la colcha bordada, cubría la cama. Madeline rechazó el ofrecimiento de una doncella para ayudarla a cambiarse, prefirió hacerlo sola.

Después de ponerse un camisón blanco con pliegues en el cuello, Madeline se metió en la cama. Tenía la sensación de que nunca había estado tan cansada. Reclamada de inmediato por el sueño, su mente se vio invadida por una acogedora oscuridad.

Las primeras luces de la mañana despertaron de golpe a una descansada Madeline. Buscó con impaciencia la bata a juego con el camisón y corrió al dormitorio de Logan; los pies descalzos no tardaron en enfriársele al contacto con el frío aire matutino.

Una doncella estaba encendiendo la chimenea, mientras la señora Beecham juntaba un montón de paños húmedos que habían sido utilizados para refrescar a Logan durante la noche.

El ama de llaves tenía manchas debajo de los ojos, y unas visibles arrugas, inexistentes la víspera, surcaban su frente.

-No hay cambios -contestó a una inexistente pregunta de Madeline.

Se acercó a la cama y miró con detenimiento a Logan. Tenía la piel seca y ardiente y los labios ligeramente agrietados. Le habían quitado el pijama de franela, y una simple sábana le cubría de cintura para abajo, dejando a la vista la musculatura del torso, la oscura sombra del pelo de las axilas y el ombligo. Jamás había visto a un hombre desnudo. Su mirada se perdió hacia la zona del cuerpo cubierta por la sábana, hacia la interminable longitud de sus piernas y la forma íntima del sexo oculta bajo el delgado lino blanco. Un rubor de recato le tifió las mejillas, y se volvió para encontrarse con la mirada de la señora Beecham, que no le quitaba ojo.

-Tú no eres su pareja, tal y como aseguraste -dijo el ama de llaves con sereno convencimiento-. Seas lo que fueres para él... no eres su amante.

Descubierta por sorpresa, Madeline no supo qué contestar en un principio. El ritmo del corazón se le alteró, e intentó pensar sobreponiéndose a su rápido estruendo.

-¿Cómo puede estar tan segura? La señora Beecham sonrió.

-Todo en usted lo proclama. El camisón, para empezar... una prenda pensada sólo para dormir. Los modales, la manera en que lo mira... Está claro que no ha tenido relaciones íntimas con él. Es una chica bien criada, recién salida del colegio. Hay un tipo concreto de mujeres que encaja en el gusto del señor Scott... Las mujeres de esa clase se ponen saltos de cama de seda, duermen hasta las dos de la tarde y jamás se rebajarían a algo tan doméstico como cuidar de un hombre enfermo. No es su amante.

-Trabajo en el Capital -admitió Madeline-. No como actriz... sólo soy una ayudante. Pero el señor Scott y yo somos amigos. Al menos, espero que me considere como tal.

-Y está enamorada de él -observó la señora Beecham.

-Oh, no -negó Madeline, sintiendo que su rostro palidecía-. Como le he dicho, mis sentimientos hacia él son de amistad... y de admiración, claro.

-¿Se ha tomado todas estas molestias y ha puesto en peligro su propia salud sólo por amistad?

Acorralada, Madeline le clavó la mirada. Sintió un nudo en la garganta y el vago dolor de la noche anterior volvió a instalarse en su pecho.

-Bueno, no hay necesidad de discutirlo -dijo la señora Beecham, aparentemente conmovida por algo que apreció en el rostro de Madeline-. Sus razones para estar aquí no son de mi incumbencia. Puede quedarse el tiempo que quiera... hasta que el señor Scott diga otra cosa.

Madeline asintió con la cabeza y se sentó, aunque antes de acomodarse tanteó los bordes de la silla.

-Lleva tiempo sin comer -oyó que comentaba el ama de llaves-. Haré que suban unas sopas de leche. Quizá, con paciencia, logre que coma algo.

Madeline se enteró sólo a medias de la marcha de la mujer. Se quedó mirando el perfil del durmiente. Esa mañana había una sombra de barba en la cara, que le confería el aspecto curtido de un capitán de barco o de un salteador de caminos.

Apretó una de sus grandes manos entre las suyas y acarició el dorso suave hasta llegar a los pelos de la muñeca. Logan tenía una mano fuerte y bien cuidada; las uñas, cortas y pulidas, eran de una suavidad aterciopelada. No había anillos en los dedos, tan sólo las marcas blancas de cortes y

cicatrices. Madeline recordó el tacto de aquella mano en su cara, la respiración de Logan... el suave roce de las yemas de los dedos del actor.

Anheló que volviese a acariciarla. Deseaba ciertas cosas de él que no tendría jamás. No fue consciente de haber acercado la cabeza a la mano de Logan hasta que sintió su piel contra los labios. Puso entonces la palma hacia arriba y apretó la boca contra la ligera hondonada arrugada, sintiendo el gusto salado de sus propias lágrimas.

Logan jamás la querría, lo había dejado bastante claro. Y ella había imposibilitado cualquier tipo de familiaridad entre ambos al acercarse a él con mentiras y un nombre fingido, además de haberle hecho objeto de un sórdido plan. ¿Cómo podría perdonarle semejante comportamiento un hombre tan orgulloso? Simplemente, no podría.

Nunca había sentido esa clase de pena: persistente, pesada, capaz de aplastar cualquier frágil destello de felicidad en su interior. Qué ironía haber perseguido su objetivo con tan fría determinación y acabar con el corazón destrozado. Siempre había sido consciente de los riesgos sociales, e incluso físicos, que asumía, pero nunca de los emocionales. No había planeado enamorarse de Logan.

Susurró en la palma de la mano del actor y le cerró los laxos dedos como si deseara con ello que contuviesen las preciadas palabras en su interior.

En cuanto desapareciera la fiebre, se iría. Así no lo insultaría ni mancharía sus propios sentimientos utilizándolo para el propósito deseado en un principio. De repente, se sintió inmensamente feliz de no haber hecho el amor con él, de no haberlo herido ni traicionado. De haberlo hecho, no habría podido vivir consigo misma.

Alguien llamó a la puerta, y una doncella entró con una bandeja que contenía té y sopas de pan con leche. A indicación de Madeline, dejó todo aquello en la mesilla de noche y la ayudó a incorporar a Logan con alguna almohada más. Maddy le dio las gracias y le dijo que se fuera. Después se sentó junto a Scott, que ya se había despertado. El enfermo alzó los párpados y se quedó mirándola un buen rato. En un principio, no pareció reconocerla; poco después, los labios del actor pronunciaron su nombre.

-Maddy... el Capital... -La voz meliflua y aterciopelada se había convertido en un áspero ruido.

-El señor Bennett se ha hecho cargo de la compañía -contestó Madeline, dudando antes de tirar de la sábana, enrollada en las caderas de Logan, que no parecía consciente de su desnudez-. Estoy segura de que lo tiene todo bajo control.

Logan no dijo nada, pero Madeline pudo leer la tortura en sus ojos. Dudaba de que, con anterioridad, hubiera dejado el teatro al cuidado de otro.

-¿Quiere que le pida que envíe un informe diario hasta que usted regrese?

Logan asintió con la cabeza, se apoyó contra el montón de almohadas y cerró los ojos.

-Todavía no debe dormirse -le dijo Madeline, y le sacudió levemente el hombro desnudo. La piel de Logan pareció quemarle la mano-. Primero tiene que comer.

-No. -Empezó a volverse de lado, jadeando con esfuerzo.

-Entonces, no le daré ninguna noticia del señor Bennett -lo amenazó Madeline sin alterarse.

Logan dejó de moverse y, con los ojos entrecerrados, le dirigió una mirada propia de gato siniestro.

-Sólo algo de té y un poco del desayuno. -La paciente Madeline reprimió un repentino acceso de risa. De no haber estado preocupada, le habría divertido tenerlo en su poder. Con cuidado levantó la taza de té hasta los labios de Logan, animándole a sorber el líquido endulzado. Aparentemente reconfortado por el calor de la bebida que se deslizaba por su garganta, el actor obedeció. Sin embargo, el primer trozo de pan tostado con manteca cocido en leche caliente -una típica comida de enfermo- le hizo volver la cabeza con una mueca de asco.

-¡Leche! -gruñó con aversión.

-A mí tampoco me gusta -reconoció ella, al tiempo que le acercaba otra cucharada de papilla-. Sin embargo, no está en condiciones de discutir. Venga, otro poco más.

Logan, con la cabeza vuelta, se negó mascullando algo incomprensible.

-El informe del señor Bennett -le recordó, a lo que el actor respondió mirándola con hostilidad-. Por favor -murmuró Madeline, cambiando de táctica-. Le prometo que si alguna vez estoy enferma podrá acercarse adonde quiera que me encuentre y alimentarme personalmente con tazones rebosantes de sopas de leche.

La idea pareció inspirarle lo suficiente como para atragantarse con algunas cucharadas más.

-Gracias -dijo Madeline mientras apartaba el tazón. Se inclinó entonces para quitarle la almohada añadida y arreglarle el pelo-. Se recuperará enseguida y podrá escoger su venganza.

Logan volvió la cara buscando el frescor de su mano y se quedó dormido de inmediato. Aún inclinada sobre él, siguió la fina curva de la oreja de Logan -unas orejas muy pequeñas para un hombre tan grande- y le besó allí donde la mandíbula se une al cuello. Tuvo un absurdo y momentáneo arrebato de felicidad. Estaba cerca del hombre que amaba y era libre de tocarlo. Haría cualquier cosa, se iría todo lo lejos que él quisiera. Con entusiasmo llamó a un criado y se sentó en el escritorio para escribir a toda prisa una misiva al señor Bennett.

La señora Beecham, Denis y otros dos sirvientes se fueron turnando para ayudarla a cuidar de Logan. El trabajo era arduo. Había que lavarlo y refrescarlo sin cesar, operación en la que Madeline terminaba con las mangas empapadas hasta los codos y la parte delantera del vestido húmeda. En un principio, la visión de la desnudez de Scott la había sobresaltado y fascinado, pero, por atractivo que fuera, contemplar aquel cuerpo lacerado por la fiebre no tenía nada de placentero.

En la penumbra del cuarto, Madeline trabajaba sin descanso, ya introduciéndole líquidos entre los labios a la fuerza, ya refrescándole la piel hasta que acababa con los hombros y la espalda doloridos de tanto doblarse sobre el enfermo. Desde el cuello al dobladillo, su vestido aparecía cubierto con manchas de caldo, agua e infusiones de hierbas. De vez en cuando, la señora Beecham se acercaba para instarla a que tomara un baño o se echara una siesta, pero Madeline se sentía incapaz de alejarse de Logan.

Ni las sábanas heladas ni las compresas frías surtieron efecto sobre la fiebre, que alcanzó una virulencia descontrolada. A primeras horas de la tarde, Logan se sumió en un delirio del que no hubo modo de sacarle. Los preocupados miembros de la servidumbre acudían a los aposentos privados ofreciendo remedios populares y recetas familiares. Algunos incluso llevaron polvos y amuletos asegurando que eran efectivos.

Tratando de no ofender el amor propio de los que se ofrecían, pero con la intención de deshacerse de ellas más tarde, la señora Beecham aceptaba las ofrendas y las iba depositando en una caja.

-Polvo de huesos -dijo con una sonrisa atribulada, y mostró a Madeline el pañuelo que le había entregado uno de los lacayos. Estaba lleno de una fina materia gris-. Lo ha comprado en una

tienda de Londres, Le dijeron que era polvo de cuerno de unicornio y que curaría cualquier dolencia. Bendito hombre, se desprende de su «remedio mágico» por el bien del patrón.

-Sienten un gran afecto por él, ¿verdad? -preguntó Madeline desde la cabecera de la cama, sin dejar de mirar la cara de Logan.

-El señor Scott es un hombre único -contestó el ama de llaves, al tiempo que llenaba unas bolsas de lino con hielo picado y las colocaba en una bandeja-. Se jacta de no dejarse dominar jamás por las emociones, pero no puede soportar oír el llanto de un niño o ver a alguien asustado o en apuros. Las cosas que ha hecho por sus criados... Vaya, le asombrarían. -Dejó un segundo lo que estaba haciendo y la miró pensativa-. El señor Scott tiene una manera de atraer a las personas, de hacer que dependan de él... Y, sin embargo, al mismo tiempo, consigue mantenerlas a distancia.

-Es porque así consigue tener un control absoluto -afirmó Madeline, cogiendo las bolsas de hielo y colocándolas alrededor de la inmóvil figura-. Así se protege.

El ama de llaves la miró con cierta sorpresa.

-Lo conoce usted bastante bien.

-En realidad, no. Sólo sé que preferiría privarse de algo que quisiera antes que arriesgarse a ser herido.

-Ya veo. -La cara de la señora Beecham se iluminó con el entendimiento y su mirada mostró un renovado interés-. Usted es el «algo» que él quiere, ¿no es así? Pero la ha apartado de sí.

Quizá fuera una mezcla de cansancio y preocupación lo que hizo que Madeline admitiera la verdad.

-Dijo que cualquier relación nos heriría a ambos -reconoció, e inclinó la cara hasta que algunos mechones de pelo cayeron sobre sus mejillas.

El ama de llaves se frotó las heladas manos considerando la confidencia de Madeline.

-Probablemente tuviera razón, señorita Ridley. Si estuviera en su lugar, le haría caso.

-Y lo he hecho. La única razón de que esté aquí es que no puedo alejarme de él mientras esté enfermo... sin despedirme.

-Señorita Ridley. -El ama de llaves le habló con dulzura. Esperó a que Madeline la mirase con sus brillantes ojos-. En lo más profundo de su corazón, creo que él sabe que usted le está cuidando sinceramente. Le ha hecho un bonito regalo.

Mientras se sentaba de nuevo en la silla de la cabecera, Madeline apretó los dientes, intentando así detener el violento pestañeo provocado por las lágrimas.

Al día siguiente se produjo la inesperada visita de lord Drake que, enterado de la enfermedad de su viejo amigo, acudió a la mansión sin perder tiempo. Estaba de pie en el vestíbulo, hablando con la señora Beecham, cuando casualmente vio pasar a Madeline transportando una pila de ropa sucia.

-Ah, la mocita del teatro -exclamó lord Drake, e hizo un gesto con la mano hacia Madeline para que se acercara. Una sonrisa burlona, que en nada alteró la preocupación de su mirada, cruzó el rostro del aristócrata-. ¡Típico de Jimmy el tener una preciosa enfermera que le atienda!

-¿Jimmy?

-No siempre ha sido Logan Scott, ¿sabe?

La señora Beecham se hizo cargo de la ropa que llevaba Madeline.

-Le libraré de esto, señorita Ridley -murmuró, fijándose en el despeinado aspecto de la joven-. Podría intentar descansar un rato.

-Sí, puede que lo haga -contestó Madeline, frotándose las sienes doloridas-. Si me disculpa, lord Drake...

-Espere -dijo el aludido, dejando de lado sus maneras chulescas. Cuando Madeline le miró a la cara, hinchada y pálida por el mucho alcohol y el poco sueño, le pareció que bajo la fachada de disipación se ocultaba una preocupación sincera por su amigo-. He venido a ofrecer mis servicios... a preguntar si podía hacer algo por Jimmy. Es mi más antiguo amigo, y jamás en su vida había estado enfermo. Sabía que tenía que ser algo grave para mantenerlo alejado de su maldito teatro. Dígame qué necesita, cualquier cosa, y se la traeré.

-Gracias -contestó Madeline, conmovida por la sinceridad que se desprendía de la voz de lord Drake-, pero creo que nadie puede hacer gran cosa por él. -Se interrumpió con un nudo en la garganta y sólo pudo mirarlo con desesperación e impotencia.

La expresión de su rostro hizo comprender a lord Drake lo crítico de | su estado.

-¿Es tan grave? -preguntó, y blasfemó en voz baja-. Quiero hablar con él.

Madeline sacudió la cabeza.

-Delira, lord Drake.

-Tengo que verlo.

-Pero puede contagiarse...

-Me importa un bledo. Jimmy es como un hermano para mí. Lléveme hasta él..., por favor.

Tras dudar un buen rato, lo condujo escaleras arriba. La intensidad de la lámpara del cuarto era menor que la del resto de la casa. Carente de expresión, la cara de Logan parecía una máscara. Un irregular aliento atravesaba la sequedad de los labios. Con el cuerpo inerte e indefenso, casi no parecía él mismo.

-¡Dios mío! -oyó murmurar Madeline a lord Drake al acercarse éste a la cama. Se quedó mirando la figura inmóvil de Logan y sacudió la cabeza, aparentemente desconcertado-. ¡Caray, Jimmy -murmuró-, no vas a morirte! -Sonrió torciendo la boca-. Para empezar, te debo toda una fortuna. Además, eres mi única esperanza.

Suspiró y revolvió los negros y largos rizos de Logan con la mano, en un gesto que a Madeline se le antojó extrañamente familiar. Había visto a Logan tirarse del pelo de aquella misma forma cuando estaba tenso o distraído.

-Te lo advierto, viejo amigo... procura recuperarte, o tendrás que responder ante mí.

Lord Drake se volvió y se alejó de la cama. Se detuvo junto a Madeline y le habló con dificultad:

-Si está segura de que no me necesitan, iré a ver si agarro una buena curda.

-Eso no ayudará a nadie -le reconvino Madeline.

-Me ayudará a mí, señorita Ridley, se lo aseguro. -Se frotó la frente-. No hace falta que me acompañe.

El doctor Brooke visitó al enfermo por la noche y, mientras examinaba a Logan, Madeline esperó fuera del cuarto en compañía de la señora Beecham. El doctor no tardó en salir.

-Parece que ha hecho usted un magnífico trabajo de enfermera -observó, y el tono de su voz fue más de consuelo que de tranquilidad.

Aunque tenía el rostro sereno y mostraba los mismos agradables modales de días anteriores, Madeline percibió algún cambio.

-¿Cree que la fiebre desaparecerá pronto? -preguntó-. Ya no puede durar mucho más.

-No, no puede, señorita Ridley; no sin que lo mate. Su estado no es bueno. Deberían prepararse para la contingencia de que no se recupere.

A Madeline le llevó un rato asimilar lo que había dicho. Esperó a que la señora Beecham respondiera, pero el ama de llaves guardó silencio. Madeline apreció en la cara de la mujer la misma expresión glacial que debía tener la suya.

Volvió a mirar al médico. Una poderosa sensación de rechazo manaba en su interior.

-Recétele algo, entonces. Dígame qué hemos de hacer.

-Se escapa a mis posibilidades o a las de cualquiera, señorita Ridley. En este punto, lo único que puedo sugerirles es que recen.

-¡Rezar! -exclamó Madeline con amargura, necesitada de algo más consistente.

-Volveré mañana por la mañana. Continúen suministrándole líquidos y refrescándole todo lo que puedan.

-¿Eso es todo? -le preguntó Madeline con incredulidad-. ¡Decían que era el mejor médico de Londres... que usted le curaría! No puede irse sin hacer algo.

El doctor Brooke suspiró.

-No hago milagros, señorita Ridley, y tengo bastantes más casos como éste que atender. La mayoría ha sobrevivido, pero en algunas ocasiones la fiebre no puede vencerse. Podría intentar hacerle una sangría, pero aquellos pacientes con los que lo he intentado no han experimentado una mejoría sustancial.

-¡Pero... estaba sano hace tan sólo tres días! -gritó desconcertada y furiosa, como si el doctor fuera el responsable de que la vida se escapara del cuerpo de Logan.

El doctor Brooke miró fijamente la pálida tez de Madeline y buscó la manera de consolarla.

-Es un hombre joven, con muchas ganas de vivir. A veces, eso hace que todo cambie. -Se estiró el abrigo e hizo un gesto con la cabeza al lacayo que había venido a acompañarle a la salida.

-¿Para qué tiene que vivir? -dijo desdeñosa Madeline, entrando a grandes zancadas en el cuarto del enfermo con los puños cerrados-. ¿Para el teatro? Sólo es un edificio, un sitio donde podría perderse. No tiene familia, ni una amante, nadie a quien le haya dado su corazón.

Pensó entonces en las montañas de flores y obsequios acumulados en el recibidor, enviados por amigos y conocidos que habían querido expresar su preocupación. Había incluso una cesta de gelatinas de la señora Florence con un vistoso lazo azul. ¿Cómo un hombre que conocía a tanta gente, tan admirado y celebrado, podía acabar agonizando solo?

No se dio cuenta de que había expresado su último pensamiento en voz alta hasta que oyó la contestación de la señora Beecham.

-Ése ha sido siempre su deseo, señorita Ridley. Y no está solo. Le pidió que se quedara, ¿no es cierto?

-No quiero verlo morir.

-Entonces, ¿va a marcharse?

Madeline negó con la cabeza y se acercó lentamente a la cabecera de la cama. Logan se retorcía y murmuraba en su delirio, como si intentara escapar de un infierno.

-Alguien ha de informar a la duquesa de Leeds -dijo-. Querrá saberlo.

Fue hasta el escritorio, extrajo una hoja de papel y mojó la pluma en la tinta. Mientras escribía la dirección, sentía los dedos rígidos y agarrotados. «El estado del señor Scott ha empeorado... -escribió. La siempre cuidada caligrafía, aparecía ahora apretujada-. Según el doctor, no cabe esperar que el señor Logan...»

Dejó de escribir y miró detenidamente las letras, que parecían bailar ante sus ojos.

-No puedo... -dijo, y volvió a poner la pluma en el tintero.

La señora Beecham fue hasta el escritorio y terminó la tarea por ella.

-La haré llegar de inmediato -comentó, y abandonó la habitación como si no pudiera permanecer allí ni un momento más.

Cerca de la medianoche, llegó un nuevo doctor, el médico personal del duque y la duquesa de Leeds. Se trataba de un hombre amable, mayor que el doctor Brooke, cuyo competente aspecto hizo despertar en Madeline un rayo de esperanza.

-Con su permiso, la duquesa me envía para que examine al paciente -le dijo-. Quizá pueda hacer algo por él.

-Espero que sí -dijo Madeline, haciéndolo pasar a la habitación. Permaneció dentro durante la exploración del doctor. Para entonces estaba tan familiarizada con el cuerpo de Logan que ya no sentía vergüenza. Conocía el largo recorrido de cada hueso, las curvas pujantes de los músculos bajo la piel, la fuerza oculta, que le hacía pensar en un león dormido.

Las esperanzas de Madeline no tardaron en esfumarse cuando se percató de que el médico no podía recomendar nada que no se hubiera hecho ya. Antes de irse, el doctor dejó algunos de sus elixires, pero Madeline tuvo la sensación de que él mismo no confiaba demasiado en la eficacia de los mismos.

-Señorita Ridley -dijo la señora Beecham, acercándosele-, ha estado todo el día con el señor Scott. Yo le cuidaré durante algún tiempo y, después, Denis me sustituirá.

Madeline sonrió al ama de llaves, que parecía agotada.

-No estoy cansada -contestó Madeline, aunque estaba dolorida y exhausta. Notaba los ojos hinchados y escocidos, y tenía los brazos en carne viva hasta el codo por el contacto con el hielo y las cataplasmas-. Me quedaré un poco más.

-¿Está segura? -preguntó la señora Beecham. Madeline asintió.

-Querría estar a solas con él.

-Muy bien. Si necesita ayuda, avísenos a Denis o a mí.

La puerta se cerró. Sólo la llama de una lampara y las brasas de la chimenea iluminaban la habitación. El resplandor incidía en la cara de Logan con un tono burdeos y le otorgaba a su perfil una cualidad vidriosa. Madeline apretó un paño con hielo contra la frente del enfermo, pero él se lo quitó; sus movimientos eran cada vez más violentos.

-Tranquilo -repetía Madeline, acariciando la piel caliente. Perdida la contención a causa del delirio, Logan recitaba de manera incomprensible párrafos de obras y hablaba a gente invisible. Sentada casi en la penumbra, Madeline empezó a sonrojarse. Scott empleaba palabras desconocidas para ella, decía cosas que la conmocionaban y excitaban, y que le puso el vello de los brazos de

punta. El actor llenó el aire de obscenidades y Madeline decidió que tenía que hacer algo para detenerlo.

-Por favor-murmuró, colocándole un paño frío en la frente-, debe tranquilizarse.

Madeline dio un grito ahogado cuando él la agarró por la muñeca, cerrando la mano con tanta fuerza que los frágiles huesos de la chica amenazaron con romperse. Al sonido del suave grito, Logan aflojó la presión y pareció confuso. Decía el nombre de una mujer... Olivia... su voz adquirió un tono ponzoñoso. Quería matarla, decía, ella le había privado de todo. Logan lloraba y maldecía, y era tal su sufrimiento, que Madeline se sintió desgarrada por los celos.

«¿No ha estado enamorado nunca?», le había preguntado no hacía mucho. «Una vez -había contestado-, y no funcionó.»

Parecía evidente que la tal Olivia era la mujer que había amado y que le había traicionado. Madeline le acarició el pelo, hablándole en voz baja y utilizando su peso para dominarlo, hasta que, finalmente, Logan relajó el cuerpo bajo la presión.

-Si tuviera una oportunidad, nunca te abandonaría-susurró, el pecho apretado contra el de Logan-. Nunca te haría daño. Te amo. Besó la cara caliente y los labios resecos de Logan con pasión.

-Te amo -repitió y, desesperada, deseó poder derramar su energía dentro de él.

Logan emitió un incoherente sonido y se quedó inmóvil, sumido aún más en la fiebre.

Madeline se incorporó y apoyó la mano en el pecho del actor: su respiración era sólo un débil movimiento bajo las costillas. Tuvo la sensación de que a Logan se le escapaba la vitalidad y sintió terror de quedarse dormida. «Va a morir en mis brazos», pensó, y un nudo de fría desesperación le atenazó las entrañas.

Madeline se postró de rodillas lentamente. A pesar de haber acudido con regularidad a la iglesia durante toda su vida y de haber recibido instrucción religiosa semanal, nunca había sido persona de una gran fe. Siendo rebelde por naturaleza, el hecho de que su madre le hubiese asegurado que el matrimonio con lord Clifton era un «designio del Señor», no había hecho más que acrecentar su resentimiento. Parecía que los deseos de Dios consistían siempre en hacerle la vida lo más aburrida posible. Pero si Él era realmente misericordioso, aceptaría su oferta... y nunca más volvería a pedirle nada.

Juntó las manos con suavidad y rezó, y puso el alma en cada palabra. Resultó ser un alivio inesperado sacar fuera todo su miedo y su añoranza. Por primera vez en su vida rezar no era sólo un rito inútil, sino una confesión hecha a un amigo cariñoso.

-... y te pido perdón por mis pecados -susurró en la débil luz del cuarto-. Seré una hija obediente y cumpliré los deseos de mis padres. Me casaré con lord Clifton y le serviré en todo sin quejarme... a cambio de que hagas que se recupere. Nunca más me preocuparé de lo que me ocurra, todo lo que quiero es que viva. No merece morir tan joven. Debes dejarle vivir...

No supo cuánto tiempo estuvo rezando. Cuando por fin se puso en pie, tenía las rodillas entumecidas y aplastadas y se sintió algo mareada. Cuando volvió junto a Logan, llenó más bolsas con hielo y las colocó alrededor del cuerpo enfermo.

Sus labios imploraron muchas más súplicas en el transcurso de la noche. Se sintió como instalada en un sueño infinito. Trabajó sin parar de manera mecánica, ya obligando a Logan a beber, ya calmando sus desvarios delirantes hasta que, al fin, se sumió en un silencio absoluto. Madeli-ne apenas se percató del momento en que la luz morada del amanecer entraba a través de las puertas de cristal que se abrían al pequeño balcón.

-Señorita Ridley.

Se estiró con una sacudida y se volvió hacia la voz. La señora Beecham y el ayuda de cámara se acercaron. El temor confería a sus caras una expresión de perplejidad.

-¿Cómo está el señor Scott? -preguntó el ama de llaves, acercándose hasta la cama y mirando la figura inmóvil de Logan.

Balanceando el cuerpo, Madeline observó en silencio, mientras agarraba con fuerza un trapo chorreante.

El ama de llaves puso la palma de la mano en la frente de Logan. Transcurrido un buen rato, se volvió hacia Madeline: la serenidad y el alivio se habían adueñado de su rostro.

-¡Gracias a Dios! La fiebre ha desaparecido. -Con una esquina seca de la sábana enjugó con suavidad las gotas de sudor de la piel de Logan.

Madeline miraba sin comprender. El ayuda de cámara se acercó hasta ella y le habló con un ligero acento francés.

-Todo va bien, *mademoiselle.* Se pondrá bueno enseguida. Mareada, Madeline se volvió hacia él sin atreverse a creer lo que oía. Intentó recordar el nombre del criado.

-¿Denis? -preguntó a través de sus labios resecos, y pareció que el cuarto se inclinaba a un lado. Sintió cómo los nervudos brazos del hombre se cerraban alrededor de su cuerpo y, por primera vez en su vida, se desmayó.

Al despertarse, Logan tuvo la sensación de que era empujado por la corriente hacia arriba atravesando pesadas capas de agua y oscuridad, sintiendo el cuerpo más y más ligero hasta que, por fin, emergió a la superficie. Se sentía aletargado y débil. No le habría costado mucho hundirse de nuevo en la bruma del sueño, pero un pensamiento, repiqueteando en su cerebro, le obligaba a mantenerse despierto: Madeline. Abrió los ojos y esperó a que la masa borrosa que percibía se aclarase. Ella no estaba allí. Separó los labios, pero lo único que consiguió fue emitir un gruñido discordante.

-¡Ah, señor Scott! -Al sonido de la voz le siguió la familiar cara del ama de llaves-. Nos ha tenido a todos bien preocupados durante los últimos días -dijo con una sonrisa-. Gracias al cielo, ya se encuentra mucho mejor. Querrá beber algo, ¿verdad?

Le levantó la cabeza y le ofreció unos sorbos de caldo tibio. Logan bebió el líquido, que tenía un ligero gusto metálico y salado.

Pensó en preguntar por el Capital pero, en ese momento, se le antojó de una importancia nimia ante la otra pregunta que ocupaba su mente. Recordaba la permanente presencia de Madeline durante la fiebre, el contacto de sus manos, su dulce aliento en la cara cuando ella lo rescataba de sueños atroces. «Maddy», pensó, deseándola, ansiándola. Pero se había ido. ¿Había estado allí o sólo la había imaginado?

Escuchó sin interés el parloteo del ama de llaves, entendiendo vagamente que el doctor Brooke pasaría a visitarlo más tarde; la enorme preocupación de los duques de Leeds, que habían enviado a su médico particular; que todo el personal de servicio celebraba su recuperación... Sus dedos tiraron de las sábanas recién cambiadas y se concentró en el rectángulo de luz que entraba a través de las cortinas. Entonces, la señora Beecham dijo algo que atrajo su atención.

-... quizá más tarde venga a visitarle la señorita Ridley, aunque sospecho que hay más posibilidades de que lo haga mañana por la mañana.

-¿Está aquí? -Luchó por enderezarse sin quitarle los ojos de encima a la mujer.

-Señor Scott, no debería hacer ningún esfuerzo...

-¿Dónde? -aulló, consiguiendo incorporarse y maldiciendo al descubrir lo débil que se encontraba.

-La señorita Ridley está durmiendo sólo unas cuantas puertas más allá. Y dudo que pueda despertarla, señor. Insistió en cuidar de usted durante los tres últimos días y sus correspondientes noches, sin apenas descansar o comer. Finalmente, esta mañana, después de enterarse que se le había pasado la fiebre, el pobre corderillo se ha desmayado. -Al apreciar la mirada de Scott, la señora Beecham se interrumpió-. Ah, no tiene de qué preocuparse, señor -dijo a toda prisa-, no está enferma, sólo agotada. Estoy segura de que después de dormir unas cuantas horas estará como nueva.

Logan sintió una sed acuciante. Alcanzó un vaso de agua de la mesilla de noche y se la acercó a la boca con pulso incierto.

-¿Por qué no la obligó a descansar? -inquirió con aspereza-. No había necesidad de dejarla trabajar hasta el agotamiento.

-No hubo manera de impedírselo. Insistió en cuidar de usted...

-Tráigame la ropa.

-¿Señor? -La consternación se dibujó en el rostro de la señora Beecham cuando se dio cuenta de que Logan intentaba levantarse de la cama-. Señor Scott, no puede pretender... porque sería una locura...

-Avise a Denis -dijo Logan, sin otra cosa en la cabeza que no fuera ver a Maddy con sus propios ojos-. Y envíe a por el doctor.

-Pero señor, ya le he dicho que vendrá más tarde...

-Quiero... -Una violenta tos, que arrancaba en su pecho, le impidió continuar. Bebió otro trago de agua-. Quiero ver a la señorita Ridley. *Ahora.* -Tenía que asegurarse de que Maddy estaba bien, que había sido el agotamiento, y no la etapa inicial de la enfermedad, lo que le había ocasionado el desvanecimiento.

La señora Beecham se retiró hacia la puerta.

-Mandaré llamar al médico -dijo con resolución-, pero no le hará ningún favor a la señorita Ridley despertándola, después de todo lo que ha pasado. Y antes de que intente levantarse, le sugiero que coma algo. Diré a una de las doncellas que le suba unas natillas y tostadas.

Cuando la mujer desapareció de su vista, Logan se dejó caer sobre la almohada, aunque apenas fue un acto voluntario. Temblaba como un potrillo, y sus extremidades, escapando a su control, parecían no pertenecerle. Para un hombre que siempre había disfrutado de una salud y agilidad inusitadas, aquella debilidad resultaba exasperante. Maldiciendo en voz baja, se recostó hasta que la cabeza dejó de darle vueltas.

A pesar de la insistencia del doctor Brooke en que Madeline no estaba afectada por la fiebre, Logan no se sintió satisfecho.

-Amigo mío -dijo riendo el doctor Brooke-, no tiene necesidad de gastar energía preocupándose por la señorita Ridley. Le aseguro que goza de una salud bastante buena; tan sólo se encuentra un poco cansada. Mañana por la mañana volverá a verla en su estado normal. En aras de su propia salud, preocúpese de usted mismo. No debe volver aún a su actividad habitual, o su recuperación tardará el doble de lo que debiera. Guarde cama al menos dos semanas y evite cualquier esfuerzo. -Guiñó un ojo al tiempo que añadía-: Esto incluye cualquier deseo amatorio,

aunque tengo que admitir que, si estuviera en su lugar, también sentiría grandes tentaciones. La señorita Ridley es un criatura encantadora.

El comentario del doctor enojó a Logan, que sintió un extraño arrebato de celos. Con el ceño fruncido, tamborileó con los dedos sobre la colcha, mostrando bien a las claras que estaba impaciente porque el médico se marchara.

-Muy bien -murmuró el doctor Brooke-, no hay necesidad de que vuelva, a menos que sufra una recaída. Siga mi consejo e intente no exigirse demasiado.

Logan asintió con un gruñido y continuó con el tamborileo de los dedos hasta que el hombre se marchó. Entonces estiró el brazo hacia el tirador de la campanilla y llamó a Denis.

Sin hacer caso de sus objeciones, Logan le ordenó que le ayudara a ir hasta el dormitorio de Madeline, quedando sorprendido por el tremendo esfuerzo que le supuso. Cuando cruzaron, por fin, el umbral de la puerta, el corazón y los pulmones de Logan trabajaban incansablemente para adecuarse al esfuerzo exigido a su organismo. Tras soltarse del hombro del ayuda de cámara, se encaminó hacia la cama de Maddy él solo.

-Vete -dijo con brusquedad-. Si te necesito, ya te llamaré.

-*Oui, monsieur* --contestó Denis en un tono que destilaba escepticismo-. Aunque me parece que, con ustedes dos en semejante estado, un *rendez-vous* no es una buena idea...

-Fuera, Denis.

La puerta se cerró tras el ayuda de cámara. Logan contempló la inmóvil figura en la cama. Madeline yacía de lado, como una niña, las manos cerradas sin fuerza, el pecho cubierto por un sencillo camisón blanco que le llegaba hasta el cuello. Logan se sentó a su lado y tocó uno de los dorados rizos castaños que se esparcían por la almohada. La joven se removió y volvió a acomodar la cabeza; la respiración recobró el ritmo profundo.

Logan se fijó en las manos enrojecidas de Madeline, testimonio de los días que le había estado cuidando, y sintió que el rubor le entibiaba el rostro. No era de vergüenza el sentimiento que lo embargó -en cuestiones de desnudez e intimidad física, carecía de pudores-, sino más bien la sensación de que ella había adquirido algo de él que ya no podría recuperar... Se sentía atado a ella. Mientras una parte de su ser repudiaba tal sentimiento, otra lo celebraba.

Se preguntó qué iba a hacer con ella. Una cosa era segura: ahora no podía alejarla de sí. Maddy se había colado de rondón en su vida, metiéndose en cada rincón de su intimidad. Y al parecer no había más remedio que aceptarla. ¿Por qué no disfrutar del placer que le ofrecía? Era joven, bella, intrépida y poseía un irreductible optimismo que lo tenía admirado. Recorrió con la mirada la silueta del cuerpo de Madeline, recogido por las sábanas y las mantas de lana como si fuera una crisálida en su capullo. Le tocó el pecho con dulzura, los dedos lo contornearon hasta que la suave elevación ocupó casi por completo su mano. El pulgar rodeó el pezón trazando pequeños círculos hasta conseguir hincharlo. Madeline murmuró en sueños, y la ropa de la cama crujió cuando levantó las piernas ligeramente.

Logan sonrió y acarició el pelo sedoso esparcido sobre la almohada. Durante un momento se permitió pensar en las cosas que enseñaría a Madeline, en los placeres que compartirían... Hasta que la excitación empezó a dominarlo. Se levantó de la cama con una mueca irónica: demasiado pronto para tales pensamientos. Habría tiempo de sobra cuando ambos se recuperaran. Entonces satisfaría todas las fantasías de Madeline... y unas cuantas más de su propia cosecha.

Madeline se despertó y permaneció tendida e inmóvil durante unos minutos, recordando todos los acontecimientos poco a poco. Al empezar a levantarse de la cama, el dolor de los músculos crispó su rostro. El dolor más agudo se centraba en la espalda y en los hombros. Se

estiró con prudencia y dejó escapar un grito cuando el dolor le anegó los ojos con unas lágrimas acuciantes. Una doncella llamó a la puerta y entró con un balde de carbón para reavivar el fuego de la chimenea.

-Señorita Ridley -saludó, y pareció alegrarse de encontrarla despierta-. La señora Beecham dice que todos debemos agradecerle lo que ha hecho por el patrón.

-¿Cómo se encuentra el señor Scott?

-Ah, muy bien, señorita. Duerme casi todo el tiempo. Cuando despierta, no para de llamar a cualquiera pidiendo comida, bebidas, libros y cosas así, pero la señora Beecham ha dicho que no se las lleven.

Madeline sonrió, recordando que no estaba en la naturaleza de Logan comportarse como un buen enfermo. Sintió la necesidad de ir a verlo de inmediato. Insegura, se tocó el pelo sin lavar.

-Le prepararemos un baño en el vestidor -dijo la doncella -, y le traeré una bandeja con el desayuno. La señora Beechan ha dicho que no le falte de nada. -Se dirigió al armario y lo abrió, dejando a la vista varios trajes-. Los trajeron para usted anoche.

Los nuevos vestidos... La señora Florence debía de haberlos enviado desde Somerset Street en cuanto se los entregaron. Le dio las gracias a la doncella con un murmullo, se acercó al armario y descolgó el de canalé de seda amarilla. En su rostro se dibujó una mueca a causa del dolor del hombro. Advirtiendo el gesto, la doncella no tardó en deducir la causa.

-Diré que se apresuren con el baño, señorita. Quizás el agua caliente alivie un poco los dolores.

Dos doncellas ayudaron a Madeline a bañarse y a lavarse el largo pelo, que aclararon con esencia de violetas hasta que quedó reluciente. La envolvieron en toallas calientes y le cepillaron la melena ante el fuego. Le trajeron una bandeja con jamón, suílé y fruta y plancharon hasta el último pliegue del vestido.

La peinaron con un cuidado moño trenzado en lo alto de la cabeza, dejando caer algunos mechones ondulados a ambos lados de la cara, y la ayudaron a vestirse. El traje amarillo estaba cortado con una sencillez que le iba como anillo al dedo, le confería una apariencia que se alejaba por igual de la juventud excesiva y de la sofisticación extrema. Le gustaba el frufrú que hacía el dobladillo festoneado al contacto con sus pies y el crujir de la tela que se extendía hasta los puños con bastilla. Las criadas lanzaron exclamaciones de admiración, y Madeline sintió que el rubor le ascendía desde el escote redondeado.

-¡Qué preciosidad! -aseguró la señora Beecham con una sonrisa de aprobación al entrar en la habitación-. ¿Se encuentra mejor esta mañana, señorita Ridley?

-Sí, gracias. Acerca del señor Scott...

-Pregunta por usted cada cinco minutos -la interrumpió el ama de llaves-. De hecho, venía a decirle que requiere su presencia de inmediato.

Madeline sonrió.

-Suena como si casi volviera a ser ya el de antes.

-No tardará mucho -convino el ama de llaves. Madeline la siguió al dormitorio principal. Al acercarse, oyeron con toda claridad una retahila de quejas.

-... no quiero más caldo -decía Logan, sermoneando a un indefenso criado que le había subido una bandeja desde la cocina-. Quiero comer: pan, café... ¿Cómo demonios se supone que voy a vivir con caldo y pasta? Si me vuelven a traer algo más que contenga leche, voy a...

Cuando su mirada se posó en Madeline, se interrumpió de golpe.

-Maddy -dijo, todavía con la voz áspera.

Al igual que ella, se acababa de bañar. Todavía tenía el pelo húmedo y la cara le brillaba tras un meticuloso afeitado. Iba vestido con un pijama de franela blanca abotonado hasta el cuello, pero el recuerdo de lo que había debajo, de cada pulgada de suave piel y de músculos recios, quedaría impreso en la mente de Madeline para siempre. Ahora, al verlo tan despierto e imperativo, se le antojaba imposible haberlo contemplado y tocado de un modo tan íntimo.

La señora Beecham y el criado salieron con discreción, dejándolos solos.

-No es un enfermo muy complaciente -dijo Madeline acercándose a la cabecera.

-Me voy a volver loco -protestó Logan-. Quiero que recabe información de Bennett sobre lo que está ocurriendo en mi teatro y que me traiga algo que hacer...

-Se supone que tiene que descansar -replicó Madeline, disfrutando por igual de la impotencia forzosa de Logan y de los primeros indicios de recuperación de su carácter-. Estoy segura de que el doctor debe haberle dicho que no haga ningún esfuerzo.

-Estar aquí sentado y ser tratado como un maldito inválido sí que es un esfuerzo.

Con una sonrisa, Madeline se inclinó sobre él hasta que sus narices casi se tocaron. Lo miró directamente a los ojos con un destello desafiante.

-Señor Scott, *es* usted un inválido.

La mirada de Logan descendió hasta la boca de Madeline, y el tiempo pareció detenerse durante un instante.

-No lo seré durante mucho tiempo -respondió. Algo nuevo había surgido entre ellos, una corriente de reconocimiento e intimidad que dejó a Madeline sin respiración.

-Por el momento, ha de seguir en cama.

Logan paseó la mirada por la depresión que se abría en el escote de Madeline, por la turgencia apenas contenida en la seda amarilla. Cuando volvió a la cara de la chica, una llama azul le ardía en los ojos.

-Obligúeme.

Madeline retrocedió a toda prisa.

-Le traeré algunos libros y documentos y... y le leeré el informe del señor Bennett. [1]

-Es un principio -dijo Logan-. También puede traerme algo decente para comer.

-No puedo, el doctor Brooke no lo aprobaría. En cualquier caso, lo vomitaría todo.

-*Comida,* Maddy -dijo imperiosamente, observándola mientras abandonaba la habitación-. Y vuelva pronto. Jamás en mi vida me había aburrido tanto.

Madeline permaneció en la mansión durante dos semanas, consciente de que siempre consideraría esa etapa como la más feliz de su vida. No hubo día que no se planteara marcharse, pero al cabo decidía quedarse. Sabía que su comportamiento era irresponsable, pero no le importaba. La conciencia de que el tiempo que pasaría al lado de Logan era limitado lo hacía aún más valioso. No había olvidado la promesa hecha a Dios de volver a casa y casarse con lord Clifton. El trato se había hecho de buena fe y Dios había cumplido su parte. La intención de Madeline era cumplir la suya.

Confinado aún en el lecho, Logan parecía vivir a un ritmo que doblaba el del resto de los mortales. Hasta que consiguió que le permitieran dirigir su empresa durante cuatro horas al día no dejó de darle la lata a Madeline y al resto del personal. Bien desde la cama, bien desde una silla cercana, dictaba cartas dirigidas al señor Bennett relacionadas con la gestión del Capital; remitía

mensajes a administradores y agentes inmobiliarios para interesarse por sus propiedades; y, mientras tanto, mantenía correspondencia con aristócratas, artistas, personajes públicos... Les proponía proyectos, les recordaba antiguas promesas de mecenazgo y donativos y aceptaba o declinaba invitaciones sociales.

-Debe de ser el hombre más ocupado de Gran Bretaña -exclamó Madeline después de una sesión particularmente larga. Dejó la pluma y flexionó los doloridos dedos.

-Lo he sido durante algún tiempo -reconoció Logan, y colocó las manos detrás de la cabeza, recostándose contra la cabecera de la cama. Llevaba puesta una lujosa bata de seda rayada ocre y burdeos. Se había instalado una estrecha mesa plegable de cama para que tuviera los libros y demás objetos a mano.

-Tener una actividad intensa me ha ayudado a mantener la mente alejada de otras cosas.

-¿Qué cosas? -preguntó Madeline sin pensar.

Los labios de Logan se curvaron en una sonrisa que la turbó.

-En esencia, la falta de una vida privada. No es fácil encontrar ***el equi***librio, sobre todo cuando te involucras en una profesión hasta el punto en que lo estoy yo con la mía.

-Le sería fácil encontrar pareja -dijo Madeline, desviando la mirada hacia el escritorio, donde se ocupó de ordenar y alinear con minuciosidad el cartapacio, el papel y el tintero de plata-. Estoy segura de que cualquier mujer le cuidaría.

-Pero yo no cuidaría de una única mujer.

-Claro... -Madeline se puso a jugar con una hoja de papel, doblándola repetidamente hasta convertirla en un pequeño y grueso cuadrado-. Usted desea una mujer con experiencia, una persona adulta y sofisticada.

-Eso es lo que me atraía antes -dijo, y esperó a que ella le mirara. Sus ojos azules eran los de un libertino cuando añadió-: Ahora no estoy tan seguro.

Incómoda, Madeline se levantó y fue hasta la puerta.

-Hablaré con el jefe de cocina sobre el almuerzo.

-Puedes hacerlo más tarde.

-¿Le apetecería algo de sopa, verduras frescas y una loncha de jamón...?

-No deseo hablar de comida, quiero saber por qué te has quedado tanto tiempo para cuidarme.

Ella permaneció junto a la puerta, manteniendo una distancia de seriedad entre ambos.

-No había nadie más para hacerlo.

-Tengo una colección completa de criados que se las habrían arreglado bastante bien.

Madeline inspiró con fuerza.

-Lo siento, si era eso lo que habría preferido.

-Con independencia de lo que hubiese preferido, usted no tenía ninguna obligación de cuidarme. -Le hizo un gesto con la mano para que se acercara-. Me gustaría oír sus razones para permanecer aquí. Dios sabe que no le ha resultado fácil.

Madeline disimuló su incomodidad con una sonrisa irónica.

-No sé cómo ha sucedido todo esto. Empecé intentando seducirlo y. sin embargo, ha estado a punto de morir entre mis brazos.

-Entonces, ¿se quedó por compasión? -preguntó Logan y clavó su mirada azul en los ojos de Madeline-. ¿O todavía alberga esperanzas de ¿seducirme?

-No -dijo de inmediato, ruborizándose-. No querría... Ya no quiero hacerlo.

-Debería sentirme aliviado, sin duda -reflexionó Logan en voz alta, aunque en el tono empleado había una inconfundible sombra de lamento. Su mirada mantenía a Madeline clavada al suelo-. Jamás he comprendido por qué estaba tan decidida a meterse en la cama conmigo.

Madeline se encogió de hombros y miró desesperada por encima del hombro.

Sintió un vivo deseo de volar hacia el umbral que se abría a su espalda. Se sabía incapaz de esbozar una respuesta.

Apenas logró hurtar su angustia a la mirada de Logan, que la contemplaba con detenimiento mientras el silencio los envolvía.

-Ha habido ocasiones -dijo el actor muy despacio- en que las mujeres se me han acercado de esa manera porque creían que acostarse con un actor conocido era una especie... de trofeo. Una conquista de la que podrían alardear antes sus amigas.

-Sí -asintió Madeline, aferrándose a la excusa, aunque nada se alejara más de la realidad-, ésa es la verdadera razón de que lo deseara.

Logan, perplejo, la miró con el ceño fruncido. Cuando habló, lo hizo con una suavidad y ternura que Madeline jamás le había oído con anterioridad.

-Pequeña... ¿Acaso no sabes que vales mucho más que todo eso?

Madeline dejó caer la vista, incapaz de mirarlo ni un instante más. Si no se iba de inmediato, se pondría a llorar y a berrear y se echaría en sus brazos de una manera harto embarazosa para ambos.

-Pero no tuvimos ninguna aventura -dijo con voz apenas audible-, no hay nada de lo que tengamos que avergonzarnos. Eso es lo que importa.

Antes de que pudiera contestar, Madeline se escabulló a toda prisa con las manos apretadas sobre las ardientes mejillas. Sabía que ya era tarde para cualquier tipo de intimidad entre ellos. Lo amaba demasiado como para utilizarlo de aquella manera.

Lo único que quedaba por hacer era volver a su antigua vida y asumir el hecho de ser la honorable Madeline Matthews. «Honorable», reflexionó avergonzada, y suspiró. Al embarcarse en esa escapada, había dejado de cumplir con todo el mundo.

Y lo que aún era peor: todo cuanto deseaba era permanecer con Logan para siempre y vivir como una mujer caída en desgracia. Estaba convencida de que sus hermanas jamás se habrían entretenido con pensamientos tan escandalosos, aunque, bien mirado, con toda probabilidad ellas jamás conocerían a un hombre como Logan Scott.

Con una insistencia no exenta de intimidación, Logan consiguió cambiar el menú de enfermo por su habitual y exquisito régimen alimenticio. Además, había insistido en que Madeline cenara con él en sus aposentos. Era la primera noche que se encontraba lo bastante bien como para seguir su horario acostumbrado, en lugar de quedarse dormido temprano, como había venido ocurriendo durante las dos semanas anteriores. Madeline había accedido a regañadientes, decidiendo que, en algún momento durante la cena privada, se obligaría a decirle que pensaba abandonar su casa al día siguiente.

Se puso el vestido de cachemir azul. La sarga se le ceñía al cuerpo y confería a su cutis una apariencia translúcida. Se recogió el pelo en la coronilla con sencillez, dejando que algunos mechones ondulados colgaran sobre las mejillas y la nuca.

A las ocho, Madeline entró en el dormitorio de Logan. Él la aguardaba junto a una mesa repleta de candelabros y cubertería de plata. Vestido con otra de las batas de su lujosa colección y unos pantalones color beige, tenía la apariencia de un león descansando en su cubil. El aire estaba cargado con una mezcla de aromas: crema de puerros y pimienta, salmón cocido en vino y carne de ave adobada con hierbas, trufas y champán.

Cuando Madeline se detuvo a la luz de los candelabros, la atenta mirada de Logan la recorrió de arriba abajo.

-Espero que tenga hambre -dijo, y la ayudó a sentarse con modales desenvueltos.

Las especialidades francesas preparadas por el *chefptívado* de Logan diferían notablemente de la insulsa dieta británica a la que estaba acostumbrada. Cada vez que el camarero los servía *¿t la russe,* Madeline se regodeaba, una y otra vez, con los embriagadores sabores. A pesar de las advertencias que, divertido, le iba haciendo Logan, Madeline comió demasiado de los dos primeros platos, hartándose de las deliciosas creaciones e imposibilitándose para algo más que probar las ensaladas y postres con que finalizaba la cena.

-Despacio -le advirtió, y cuando observó cómo bebía ávidamente de una copa de vino francés, los ojos le centellearon-. Un buen hedonista debe saborear cada gota.

-¿Hedonista? -repitió Madeline con curiosidad.

-Una persona entregada por entero a los caprichos -le explicó Logan mientras volvía a llenar su copa-. Alguien que considera el placer como una forma de vida.

-¿Y eso es lo que es usted? -preguntó Madeline.

-Intento serlo.

-Pero siempre trabaja mucho.

-Para mí eso también es un placer. La frente de Madeline se arrugó.

-Resulta una idea extraña, lo de que la vida gire alrededor del placer.

-¿Y qué se supone que es la vida, entonces?

-Deber, sacrificio... Y si somos buenos, el placer llegará luego, cuando se nos recompense en el más allá.

-Disfrutaré de mi recompensa ahora.

-Eso es un sacrilegio -replicó Madeline, mirándole con el ceño fruncido.

-Los hedonistas no tenemos muchas reservas religiosas. El sufrimiento, la autoinmolación, la humildad... ninguna de esas cosas me habría ayudado en mi carrera.

Madeline permaneció callada y perpleja, incapaz de encontrar un punto débil en la lógica de Logan.

-Maddy -dijo el actor en voz baja, sin poder reprimir la risa al mirarla-. Es usted tan condenadamente joven.

-Se está riendo de mí -replicó.

-No, no es cierto. Es sólo que usted representa un reconfortante cambio respecto *de* la multitud de degenerados con los que suelo tratar. Mantiene intactos todos los ideales.

-Así pues, también son los suyos.

-Querida, para empezar, nunca he tenido ideales. Jamás he creído en la honradez o la bondad en estado puro... Ni he visto que nadie las tuviera. Hasta conocerle.

Una náusea de culpabilidad hizo que a Madeline se le revolviera el estómago. No había sido honesta en sus relaciones con él, y todos los actos de bondad realizados habían sido fruto de las circunstancias, hasta el instante en que había admitido que estaba enamorada de él. Y aun entonces, habría llevado a cabo sus planes iniciales, si no hubiera sido por el temor a herirlo o a convertirlo en un ser todavía más cínico de lo que ya era.

-¿Qué ocurre? -preguntó Logan, mirándola con atención.

Madeline se percató de que a él le resultaba fácil leer en su sufrimiento.

-No soy una persona amable, ni buena -dijo la joven en voz baja-. Sería un error por mi parte permitir que piense lo contrario.

-Tengo mi propia opinión al respecto -replicó Logan con una dulce mirada.

Llegó el postre: peras escalfadas al vino tinto, coronadas con natillas. Entre las peras había unas pequeñísimas y crujientes tartaletas rellenas de dulce. Madeline bebió licor de una diminuta copa. Amodorrada por el alcohol, parpadeó al mirar a Logan a través de la luz de las velas.

-Es tarde -dijo Logan-. ¿Quiere retirarse ahora? Madeline negó con la cabeza, guiada por la agridulce conciencia de saber que era la última noche que pasaban juntos.

-¿Qué es lo que le apetece, entonces? -En la voz de Logan había un deje socarrón. Con la luz dorada jugando sobre su pelo negro, del que extraía ricos destellos de fuego, se le veía apuesto y relajado.

-Quizá pudiera leerme algo -sugirió Madeline. Compartían el amor por la literatura y la filosofía y, con anterioridad, habían tenido ocasión de discutir sobre temas tan diversos como la superioridad de Keats sobre Shelley o las teorías de Platón. Para su deleite, en la biblioteca de la mansión había descubierto multitud de libros raros y únicos, muchos de los cuales habían sido adquiridos en subastas privadas o eran regalos de amigos poderosos.

Logan la ayudó a levantarse y avisó a los criados para que recogieran la mesa. La condujo a un cuarto adyacente, una zona privada repleta de cojines color ámbar, piezas de cerámica china, pinturas y molduras de bronce en los muros. Sentados ante la chimenea de mármol, la plácida calidez del fuego hizo estremecer a Madeline. Logan se repantigó en el suelo, a su lado. Con el codo apoyado en una almohada de terciopelo, le leyó *Enrique* Fcon voz grave y sorda. Hipnotizada, Madeline sólo captaba las palabras a medias.

Intentó ocupar su mente con los detalles de la cara de Logan: las sombras de las pestañas cuando miraba el libro que sostenía en las manos, la elegancia de sus mejillas, la forma de su boca. A veces, más que leer citaba de memoria, recitando los románticos pasajes en los que Enrique corteja a Katharine, la hija del rey francés. Palabras irónicas, tiernas, tocadas de un humor sarcásti-co. De repente, Madeline sintió que no podía soportar ni un minuto más; escuchar aquellas súplicas hacía que le doliera el corazón. La escena era demasiado íntima, las palabras harto cercanas a sus propios anhelos.

-Por favor, no siga -dijo sin respiración, justo en el momento en que Logan llegaba al pasaje que dice: «Tus labios están embrujados, Kate...» El actor cerró el libro.

-¿Por qué?

Madeline sacudió la cabeza y empezó a levantarse de los cojines, pero Logan alargó la mano y la agarró. La arrastró hasta su lado y le recorrió el cuerpo tenso con la mano.

-No te vayas -murmuró.

Cuando Logan la apretó contra sí, Madeline dio un grito ahogado. Sus sexos quedaron a la misma altura. Scott era tan grande y robusto que sus hombros se alzaban imponentes sobre ella. La chica no podía verle la cara, pero sintió el roce de sus labios al susurrarla en el oído:

-Maddy, duerme entre mis brazos esta noche.

Eran las palabras por las que se había esforzado tanto, las que anhelaba escuchar. Madeline estuvo a punto de asfixiarse ante una repentina efusión de lágrimas.

-No puedo -logró decir.

-La primera vez que nos vimos, me dijiste que era lo que querías.

-Lo era... pero nada ha salido como pensaba.

-Qué extraña eres -dijo Logan, y secó las esquinas húmedas de los ojos de Madeline con los pulgares-. Dime entonces qué es lo que quieres.

Era tan dulce, tan tierno, que en un rapto de desesperación pensó en confesárselo todo. Pero si él llegaba a saber la verdad, la odiaría: por haberle mentido, por haber planeado utilizarlo y por convertirlo en el blanco involuntario de su ridículo plan. No tenía más alternativa que abandonarlo y confiar en que Scott nunca averiguase lo que había intentado hacer.

-Logan -dijo, con la voz amortiguada por la bata de seda-. No puedo quedarme contigo por más tiempo. Mañana, me voy.

Apartándole la cabeza de su pecho, se la quedó mirando con sus penetrantes ojos azules.

-¿Por qué?

-Las dos últimas semanas han sido como un sueño. He sido muy feliz aquí... contigo... pero tengo otra vida a la que he de regresar. Es hora de volver a casa.

Logan desplazó la mano por la espalda de Madeline en una caricia lenta y repetida.

-¿Dónde está esa casa, Maddy?

-En otro mundo, lejos -contestó, pensando con tristeza en la remota mansión campestre donde pasaría el resto de su vida siendo la esposa de lord Clifton, pariendo a los hijos del noble y esforzándose por complacerle.

-¿Hay otro hombre? -preguntó Logan, como si pudiera leerle los pensamientos.

Ante ella surgió la imagen de la petulante cara de lord Clifton, y cerró los ojos en el momento en que las lágrimas se agolpaban tras sus párpados.

-Sí.

Logan no mostró sorpresa por la respuesta, pero Madeline percibió la poderosa emoción -¿ira?, ¿celos?- que se agitaba bajo aquella quietud.

-Dime quién es. Me ocuparé de todo.

Madeline se alarmó por la férrea determinación de su voz.

-No, no puedes...

-Te vas a quedar aquí, Maddy. -Retiró las pinzas del pelo de Madeline y acarició los rizos ondulados que cayeron sobre su brazo-. He necesitado a alguien como tú durante mucho tiempo. Ahora que te tengo, nadie te va a apartar de mí.

-No soy en absoluto lo que deseas -contestó, y se frotó los ojos húmedos con las palmas de la mano-. Somos todo lo diferentes que dos personas pueden ser.

Logan, irónico, esbozó una sonrisa de aprobación.

-Dudo que cumplamos con la idea que tiene la gente de una pareja perfecta, pero me importa un pepino. Había olvidado lo que se siente cuando se quiere a alguien con desesperación. Después de la última vez, juré que nunca más pasaría por lo mismo.

-Te refieres a cuando te enamoraste de Olivia -dijo.

La sonrisa de Logan desapareció y la miró fijamente con aire socarrón.

-¿Cómo sabes su nombre?

-La llamaste en sueños durante la fiebre. Estabas furioso... le decías cosas que yo nunca... -Madeline se interrumpió y se puso como la grana al recordar las palabras que él había utilizado.

-Sí -dijo Logan con ironía-. La razón fue que Olivia se acostó con Andrew cuando era mi prometida.

-¿Lord Drake? ¿Su amigo...? Pero ¿por qué lo hizo ella?

-Olivia quedó impresionada con sus títulos y posición social, muy por encima de aquello a lo que yo pueda aspirar alguna vez. Fui un imbécil al pensar que la amaba, pero era hermosa y sofisticada, el tipo de mujer que creía que nunca tendría. -Hizo una pausa, y su expresión se hizo distante-. No sé qué habrás oído sobre mi pasado. No es exactamente glorioso. Madeline, callada, sintió curiosidad y esperó a que continuara.

-Mi padre es un aparcero de la hacienda de lord Rochester. Andrew es el único heredero del conde. Crecimos juntos, y durante algún tiempo se me autorizó a ser educado con él. Hasta que me convertí en un ser rebelde y Rochester consideró que era una mala influencia.

-No me lo creo. Logan sonrió con ironía.

-Tendrías que haberme conocido entonces. Era un ladronzuelo, un vándalo... Me enorgullecía de ser el matón del pueblo.

-¿Por qué?

-Rebeldía juvenil... Ira. Me molestaba que nunca hubiera suficiente comida, que viviéramos en una casucha... Sobre todo me enfurecía que, hiciera lo que hiciese, mi suerte en la vida estuviera echada.

-Sí -asintió Maddy en voz baja-. Yo también me he sentido así. Logan le lanzó una penetrante mirada.

-Me lo creo.

-¿Cómo te hiciste actor? -preguntó ella, incómoda al sentirse examinada.

-Cuando tenía dieciséis años me fui de casa y empecé a trabajar como aprendiz de un tratante de vinos en Londres. No se me daba nada mal aquel negocio y podría haber continuado con él. Pero la noche que cumplí dieciocho años asistí a una representación en Drury Lañe. Aquello lo cambió todo. Me uní a un grupo de cómicos de la legua. Representando pequeños papeles fui aprendiendo los rudimentos del oficio. Dos años más tarde, volví a Londres y abrí el Capital. Más o menos por aquella época, conocí a Olivia. -Sonrió con amargura-. Pensé que casándome con ella compensaría todo aquello de lo que había sido privado.

-Comprendo. -Sintió una punzada de celos y bajó la vista para no delatarse.

-Mientras andaba ocupado en reunir la compañía dramática -continuó Logan-, cometí el error de presentarle a Andrew. Como era de esperar, ella decidió que el título y la herencia de lord Drake eran preferibles al incierto futuro que yo le ofrecía. Puso los ojos en él, ignorando que Andrew no tenía intención de casarse con nadie.

-¿Cómo averiguaste que estaban...? -Madeline se detuvo turbada, e intentó encontrar la palabra adecuada.

-Los sorprendí en la cama.

-¡Qué malvados! -exclamó, enrojeciendo de vergüenza e indignación.

-Eso pensé yo también -convino Logan con sequedad.

-No entiendo cómo has podido perdonarlos. Scott se encogió de hombros.

-Con el paso del tiempo, me di cuenta de que Andrew me había hecho un favor al descubrirme el tipo de mujer que era Olivia en realidad. Y, en última instancia, no podía culpar a Olivia por desear más de lo que yo podía ofrecerle.

-Debería haberse sentido orgullosa y agradecida de haber conquistado su corazón...

-Ella me miraba por lo que era -agregó cansinamente-. He conseguido mi fortuna a base de entretener a la gente... Exhibiéndome como un mono amaestrado, como dice Rochester. Un actor es el criado de todo el que paga por verle, ya sean gandules, comerciantes o nobles. Olivia lo entendía así, y no le gustaba.

Alzó su gran mano del pelo de Madeline y la sostuvo frente a ella.

-No importa cuan a menudo interprete a reyes y príncipes en el escenario, siempre seré un Jennings. Mis manos y pies son los de un jornalero; una espalda destinada a cargar y arar... Y, si a eso vamos, incluso mi cara...

-No -le interrumpió Maddy con rapidez, y colocó los dedos sobre los labios de Logan, silenciándolos durante un momento.

Él tomó su mano y, antes de retirarla, le besó la palma con fuerza.

-Te mereces a alguien mejor que yo, alguien joven e idealista... que pueda experimentar las cosas por primera vez junto a ti. Yo no siempre soy amable, y tengo más defectos de los que me gustaría asumir. Todo lo que puedo prometer es que te querré hasta el último aliento.

Madeline se dio cuenta de lo que estaba haciendo el actor: desnudar su alma con una temeraria honestidad que le rompía el corazón. Logan quería que ella entendiera quién era él, a fin de que Madeline no se hiciera ilusiones respecto a su persona. Pero nada de eso la preocupaba, ni su pasado ni, por supuesto, su profesión. Era un hombre extraordinario, que merecía ser amado por lo que era. Habían sido tan pocas las personas con semejante oportunidad. Pensó con abatimiento que alejarse de él sería la i cosa más dura que tendría que hacer jamás.

-Olivia fue una idiota -sollozó-, pero ni la mitad que yo.

La besó con dulzura, hasta secarle las lágrimas que corrían por sus mejillas.

-No me preocupa quién eres o qué has hecho. Sólo dime por qué quieres irte. ¿Estás enamorada de ese hombre?

-Oh, no -dijo a toda prisa, y la sola idea le provocó la imperiosa necesidad de reírse- No es eso, es que... le prometí a Dios que, si te reponías, volvería a casa.

Apoyado en su hombro, Madeline notó cómo sonreía.

-Ésta no es la idea que yo tengo de un buen trato, cariño. Además, nadie me consultó. -Levantó la cara, y su sonrisa se desvaneció al mirarla fijamente. La intensidad y avidez de sus ojos hicieron que el cuerpo de Maddy se agarrotara. La situación se había escapado finalmente a su control. Él la quería, ansiaba estar con ella y, para desesperación de Madeline, ella lo deseaba tanto que todo lo demás parecía carecer de importancia.

-Maddy, te amo. -Sus labios se arrastraron con avidez por las mejillas de la chica-. Me asusta decirte esto. Siempre pensé que el amor era síntoma de debilidad, y todavía lo pienso. Pero no puedo estar sin ti y *no* decírtelo... No puedo dejar que te vayas. -Ahuecó las manos sobre el rostro de Madeline y la besó en la boca con intensidad, explorándola con una mezcla de ternura y brusquedad que la desconcertó-. Déjame amarte -siguió, enronqueciendo de repente-, deja que cuide de ti. -Aplastó la boca contra la de ella con una necesidad dulce y salvaje y la besó una y otra vez hasta que el calor invadió cada centímetro de la piel de Madeline.

Ella no pudo evitar corresponderle y rodeó con sus brazos la fuerte espalda de Logan. El corazón de Maddy rugía de miedo y de amor.

-No sé qué tengo que hacer -gimió contra los labios del actor.

-No tienes que hacer nada. Confía en mí.

Temblando con violencia, sintió la mano de Logan moverse en la parte trasera de su vestido, hasta que el cachemir se aflojó en su pecho. Sintió la tensión y el dolor en los pezones aun antes de que Logan le bajara el corpino y liberara los senos de la prisión de las ballenas del canalé de seda.

Una última alarma se disparó en su mente, pero la ignoró decidiendo entregarse al momento, esa noche, sin preocuparse ya de lo que ocurriera después.

-Bésame -dijo con desmayo, anhelando sentir de nuevo la boca caliente y narcotizante de Logan.

En su lugar, éste cerró los labios sobre el pezón, erizándolo con la lengua y los dientes. Maddy se revolvió, en un intento de separarse de su boca, pero él la dominó sin dificultad. El actor deslizó las manos por el cuerpo de la chica, la desvistió, tirando de lazos y presillas, quitando cada tela que la cubría, hasta que sólo quedaron las medias y los pololos.

Desde que era adulta, Madeline jamás se había desnudado delante de nadie, ni siquiera en el colegio, donde se obligaba a las estudiantes a bañarse con la ropa interior de lino.

-No -se oyó susurrar, la cara encendida en el momento en que Logan, desatando los pololos, los hacía descender hasta sus tobillos. La pasión tensaba la cara del actor.

-Mi dulce amor -dijo cuando Madeline intentó cubrirse con las manos-. Has visto cada centímetro de mi cuerpo... Ahora me toca a mí.

Cuando le retiró las manos, Madeline experimentó una sensación de irrealidad. «No puedo ser yo», pensó aturdida, tumbada entre una montaña de cojines de terciopelo, mientras Logan la contemplaba y tocaba sus partes más íntimas. El actor deslizó las puntas de los dedos por el pecho, el estómago y las piernas de Maddy, provocándole escalofríos y espasmos de placer que recorrieron su piel. Ella sintió su mirada escrutadora, como si estuviera aprendiendo cosas que necesitara saber, y observó el arrebato de pasión que se reflejaba en la cara de Logan.

-¡Preciosa! -susurró-. Eres más hermosa de lo que me había imaginado. Voy a ser el primero y el último, Maddy... Siempre.

Incapaz de responder, Madeline tembló bajo su peso. Logan deslizó la mano por el vientre rígido, acariciando con los dedos el vello rizado en busca de la tierna división de los muslos. El

corazón de Maddy empezó a latir con fuerza en el pecho, hasta que sintió el eco del martilleo por todo su ser. El esfuerzo por mantenerse quieta la hizo temblar como un arco tensado.

-Sí, eso es -le oyó murmurar y Logan se inclinó para rozarle la boca con la suya-. Déjame tocarte... Te quiero...

Logan la exploró con suma delicadeza, mientras ella gemía y se arqueaba con el cuerpo consumido por el placer. Con la yema del dedo, Scott insinuó la inminente invasión. Luego, empujándolo, el dedo quedó sumido en la humedad.

-¿Es esto lo que deseas? -le preguntó él en voz baja, repitiendo la pregunta al tiempo que acariciaba su interior.

Con un grito ahogado, Madeline se zafó antes de que las sensaciones fueran demasiado intensas y rodó de costado. Entonces le oyó desnudarse: oyó el susurro de las ropas y la aspereza de su respiración.

Ya desnudo Scott, le volvió la cara hacia él.

-Tócame -dijo Logan, y la besó, mientras enredaba las manos en la larga cabellera de Madeline. Ella dudó un instante. La excitación había cambiado el cuerpo de Logan, tan diferente ahora de cuando lo vio durante la enfermedad. Su mano tembló de excitación al extenderla hacia la parte inferior de aquel cuerpo. La cerró con timidez y un calor sedoso, acerado y abrasador le llenó los dedos. Logan emitió un gemido varonil y cerró las manos sobre las de ella, guiando, apretándolas, enseñándole aquello que le daba placer.

Luego la besó con una deliciosa violencia, su lengua se retorció y hundió en la boca de Maddy, mientras ella exploraba su cuerpo con las manos. Estaba ávida de la textura de aquella piel, tan tersa y suave; de las piernas, velludas y ásperas; de la espalda, ondulada por los potentes músculos. Aplastó y frotó la cara contra el cuello de Logan y aspiró su fragancia: fresca y masculina, casi como la canela.

-¿Me amas? -oyó que le preguntaba Logan y su voz se quebró al contestarle.

-Siempre.

Él le separó los muslos y se colocó entre ellos. Maddy sintió la dura presión de Logan en la entrada de su cuerpo. La rodeó con los brazos y empujó, entonces el desasosiego de Maddy se transformó en dolor punzante. Protestando ante aquella invasión, Madeline se contorsionó, el cuerpo ardiente a punto de estallar.

-Por Dios, Maddy, no te muevas...

-Duele -gimió.

-Lo haré mejor -dijo con voz pastosa-. Agárrate a mí.

La boca de Logan recorrió sus senos, cubriendo, succionando, acariciando con los labios los enhiestos pezones. El deseo volvió a Madeline entre parpadeos y gemidos. Apretó la cabeza para acercarse más a él, y casi olvidó el dolor cuando Logan inició un suave y rítmico movimiento en su interior, al principio casi imperceptible, luego con impulsos más profundos. Se colgó de él, empezando a disfrutar de la lenta y repetida penetración. Cada movimiento era magnífico, deliberado y exquisitamente controlado.

-Maddy -dijo, y la respiración le raspó en la garganta-, eres tan fuerte, tan dulce... Nunca he sentido... -se interrumpió, el ceño fruncido como si sintiera dolor, los rasgos velados por el sudor.

Trabados en el enmarañamiento crispado de sus cuerpos, Maddy se sintió abrumada por la necesidad de levantar las caderas para empujarle más dentro de ella. Pareciendo entender sus propósitos, Logan alzó las piernas de Maddy hacia arriba y le susurró que las entrelazara alrededor de su cintura. Cuando continuó con la lenta y rítmica penetración, la mente de Maddy se oscureció, quedando repentinamente suspendida en el centro incandescente de un intenso placer. Oleadas de sensaciones arrasaron su cuerpo y, acto seguido, la dejaron exhausta y aturdida.

Logan, sin salir de ella, se sacudió en un violento temblor y gimió con los dientes apretados. Durante un momento su abrazo se hizo insoportablemente fuerte; luego, pasada la pasión, se relajó. Respirando con dificultad, siguió rodeando con sus brazos el delgado cuerpo de Maddy y se dejó caer a un lado para evitar aplastarla.

Tras la tormenta, llegó la calma, rota tan sólo por el crepitar del fuego. Permanecieron abrazados, mientras Logan le acariciaba el pelo y le tocaba la frente húmeda con los labios. Nunca se había sentido tan satisfecho. Había protegido su corazón tantos años, con tanto cuidado; quizá se estuviera comportando como un idiota al dárselo a Maddy con tanta facilidad. No le importaba. Madeline era diferente a todas las demás... Inocente, cariñosa, honesta. Embriagado de amor, levantó la cabeza para mirarla. Los ojos de la joven brillaban anegados en lágrimas, como si fuera víctima de alguna profunda y secreta pena.

-¿Te arrepientes? -preguntó Logan en voz baja, y recordó que muchas mujeres se sienten tristes después de pasar del desconocimiento a la experiencia. Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos, esperando proporcionar a Maddy la tranquilidad que necesitaba.

-No.

-Dulce amor...Voy a hacerte feliz, te daré cuanto quieras, todo lo que necesites...

-Sólo hay una cosa que deseo -dijo con voz ahogada Madeline, y escondió la cara en el hombro de Logan.

-Cuéntame -insistió el actor, pero nada consiguió hacerla hablar. Por fin, Logan alzó en brazos su cuerpo desnudo y la llevó hasta el dormitorio, depositándola sobre las frías sábanas de lino. Cuando le apretó un paño húmedo entre los muslos, Madeline sintió un escalofrío y se mordió el labio. Al percatarse de su dolor, Logan experimentó una mezcla de arrepentimiento y euforia. Había sido virgen... y nunca conocería otras habilidades masculinas que las suyas.

-¿Te apetecería tomar un baño? -preguntó, volviendo a tomarla en sus brazos una vez más-. ¿Una copa de vino?

-Mi camisón...

8

-Esta noche no. -Apoyó la frente sobre la de ella-. Quiero sentir el tacto de tu piel contra la mía.

Madeline dudó y luego asintió con la cabeza, apoyándola contra el hombro de Logan al volver a tenderse juntos.

-No era mi intención que esto ocurriera-dijo, y colocó la mano sobre su vientre-. Había proyectado irme mañana sin que jamás... -Se detuvo, y crispó los dedos en un puño pequeño y duro.

-No pasa nada -la tranquilizó-. Ahora duerme. La abrazó y le habló en un susurro hasta que la respiración de Maddy se hizo lenta y regular y su cuerpo se relajó.

En algún momento en mitad de la noche, Madeline se despertó envuelta en una bruma de culpabilidad y amargura, preguntándose cómo podía haber sido tan imprudente... tan débil. Empezó a apartarse del largo cuerpo que descansaba junto al suyo. Logan murmuró algo en voz baja, mientras su mano se curvaba sobre la cadera de Maddy. Ésta apenas podía verlo en la oscuridad, sólo el perfil de la cabeza y los hombros cuando se levantó sobre ella. Scott le tocó el pecho con suavidad y, con traidora anticipación, su cuerpo respondió de inmediato y el pezón se contrajo. Madeline sintió la acariciadora respiración sobre la piel, los labios cerrándose sobre el dolorido ápice... el paso serpenteante de la lengua.

-Eres todo lo que un hombre puede desear -murmuró Logan. Deslizó las manos entre los muslos de Maddy-. Y eres mía.

Madeline gimió débilmente al sentir cómo Logan acercaba la boca al otro pecho.

-Te necesito, Maddy. -Apretó los muslos abiertos de la chica-. Haría cualquier cosa por ti.

Quiso rogarle que no dijera esas cosas, pero cuando él le hizo el amor de nuevo se esfumaron todos los pensamientos. Sólo estaba Logan... poseyendo su cuerpo, y el suave gemido al penetrarla.

-Te quiero -le susurró Maddy contra la mejilla, rodeándolo con los brazos. Desesperada, deseó que aquel instante no acabara nunca, que la mañana no llegara jamás.

Logan parpadeó cuando un rayo de sol, bailando sobre sus ojos, la rescató de las profundidades del sueño. Se estiró y vio que estaba solo en la cama. La relajada sonrisa abandonó su rostro por un instante al preguntarse si lo de la noche anterior no habría sido un sueño. No, sobre las sábanas podían verse unas tenues manchas rojizas..., trazos de la sangre de Madeline. Una oleada de ternura recorrió su cuerpo y sintió una repentina necesidad de tomarla en brazos, decirle cuánto placer le había procurado, lo mucho que la quería...

Tras rodar fuera de la cama, se puso una bata y pasó las manos por el pelo enmarañado.

-¿Maddy? -gritó, recorriendo a grandes zancadas los aposentos.

El vestido que Madeline llevaba la noche anterior había desaparecido de la sala privada; incluso las pinzas del pelo habían sido recogidas de la alfombra. Logan reaccionó con una sonrisa de extrañeza. Quizá se había sentido avergonzada por las evidencias de la noche anterior y no había querido dar pie a que el servicio chismorreara. Pero no era necesario ser tan recatada... Y, además, no se iba a ocupar del orden de las habitaciones como si fuera una doncella. Nunca más movería un dedo; en adelante iba a vivir como una reina.

Logan entró en la habitación que había estado utilizando Madeline. Reinaban la desnudez y la limpieza, como si ella nunca hubiera estado allí.

Con el ceño fruncido, se dirigió al armario y lo abrió. Algunos de sus vestido, así como los zapatos y el sombrero, habían desaparecido.

No le gustó la sospecha que empezaba a fraguarse en su mente. Salió a grandes zancadas de los aposentos y se dirigió descalzo hacia la gran escalinata. Para su alivio, divisó la pequeña figura de Madeline en el vestíbulo. Mantenía una pequeña discusión con el ama de llaves, cuya expresión de inquietud mostraba bien a las claras que intentaba detenerla.

Maddy iba vestida con una capa de lana y llevaba una bolsa que debía de contener sus pertenencias. Estaba intentando abandonarlo.

Logan bajó las escaleras sin hacer ruido y se acercó a Maddy por la espalda. La mirada inquieta de la señora Beecham voló hacia él. Al sentir su presencia, Maddy se volvió.

-Buenos días -dijo el actor, y posó las manos sobre los hombros de la joven. Cuando la miró fijamente a la cara, advirtió la tensa palidez de las mejillas y los oscuros círculos que rodeaban sus ojos. Parecía haber pasado por el infierno. Que él supiera, ninguna mujer había mostrado una expresión así después de una noche con él. No resultaba muy halagador.

Dejando la falsa modestia aparte, sabía que era un consumado amante, y sus parejas siempre ronroneaban de gratitud a la mañana siguiente. Era evidente que Maddy había disfrutado de la relación sexual. Estaba muy familiarizado con las muestras de placer de las mujeres como para que se le plantearan ciertas dudas. ¿Por qué, entonces, parecía tan atormentada?

Madeline separó los labios y empezó a decir algo, pero él la interrumpió y se dirigió con tranquilidad al ama de llaves.

-Señora Beecham, encargúese de que preparen el desayuno.

-Sí, señor. -Captando el deseo de intimidad de su patrón, se fue de inmediato.

-No me quedaré... -Empezó a decir una entristecida Maddy, pero Logan la silenció con un beso prolongado.

Al principio se resistió, el cuerpo rígido entre los brazos que la atrapaban y la boca prieta. Él continuó con amorosa determinación, retorciendo los labios sobre los de ella hasta que, con un escalofrío y un suspiro, Maddy se rindió. Sólo cuando estuvo seguro de que era correspondido, levantó la cabeza. Las mejillas de Maddy habían recuperado el color, aunque seguía mostrando la misma expresión compungida de antes.

-Maddy-dijo con dulzura, mientras que con el pulgar seguía el perfil de su mandíbula-, ¿qué demonios ocurre?

-Te dije que me marcharía.

Logan se la quedó mirando largo rato, mientras ella miraba al suelo.

-¿Ibas a marcharte a hurtadillas, sin decirme una palabra? ¿Después de lo que ocurrió anoche? -Su voz se volvió áspera-. ¡Caray! Ya he tenido bastante de eso. -Sin hacer caso a sus protestas, la agarró por la muñeca con fuerza y la arrastró al salón cercano. Después de cerrar la puerta tras ellos, la sostuvo contra su cuerpo mientras hundía los dedos en las trenzas que se recogían en la nuca de Madeline-. Maddy -dijo inquieto-, nunca es fácil para una mujer la primera vez. Quizá debí ser más delicado contigo anoche...

-No -replicó Madeline con los ojos brillantes-. Tú... fuiste muy dulce...

-La próxima vez lo haré mejor. -Con suavidad, alzó su barbilla con los nudillos-. Sube conmigo y te enseñaré lo placentero que puede ser. Te haré olvidar todas las penas...

-Déjame ir -dijo con voz ahogada.

-No hasta que me digas qué es lo que va mal. Maddy se revolvió para librarse de él y retrocedió hacia la puerta de espaldas.

-No puedo soportar que me mires de esa manera, sabiendo que me odiarás muy pronto... casi tanto como me odiaré a mí misma. Perplejo, Logan meditó sobre lo que acababa de oír.

-¿Es que te avergüenza la idea de ser mi amante?

Era la única explicación que tenía sentido. La expresión de autodesprecio en la cara de Maddy, el sufrimiento de sus ojos... Quizá pensara que entregarse a un hombre fuera de los límites del matrimonio era inmoral. Rebosando ternura, salvó la distancia que los separaba y ahuecó las manos alrededor de su cara.

-Mi dulce amor, ¿aliviaría tu conciencia el que nos casáramos? Sobresaltada, lo miró con los ojos como platos.

-¿Harías eso por mí?

Logan esbozó una sonrisa, con el corazón latiéndole a toda prisa. Odiaba arriesgarse, la mera mención de la palabra «matrimonio» le produjo un escalofrío de aprensión que le recorrió la columna vertebral... Pero no era un cobarde. Le había llevado mucho tiempo encontrar una mujer a la que poder amar, y no iba retroceder ante ningún compromiso que ella le exigiera.

-¡Dios me asista! Te dije que te daría todo lo que desearas.

Una expresión de intensa amargura desfiguró el rostro de Madeline.

-Ojalá... -empezó, y se interrumpió como si su garganta se hubiera cerrado de golpe.

Antes de que alguno de los dos pudiera proseguir, llamaron a la puerta del salón.

-No hagas caso -murmuró Logan, bajando la boca hacia la de Maddy.

Pero el irritante *staccato* continuó, y la voz de la señora Beecham llegó hasta ellos.

-Señor Scott...

La cabeza de Logan se alzó y miró con incredulidad la puerta cerrada. El ama de llaves sabía que no era conveniente interrumpirlo en un momento así.

-¿Qué pasa? -dijo con brusquedad.

-Hay un... problema.

-A menos que la casa esté ardiendo, no me moleste ahora con ello.

-Señor... -insistió la señora Beecham, incómoda. Logan soltó a Maddy con una maldición y se dirigió a la puerta, abriéndola de golpe.

-¿Hay algo que le gustaría decirme, señora Beecham? El ama de llaves cuadró los hombros e hizo todo lo posible por no mirar hacia Maddy.

-Hay un caballero esperando en el vestíbulo de entrada.

-Hoy no tengo ninguna cita.

-Lo sé, señor, pero se encuentra en un estado de extrema agitación.

-Me trae sin cuidado si le da un ataque en mi puerta. Dígale que vuelva más tarde.

La señora Beecham lo miró con expresión crispada.

-Señor Scott, el visitante se ha identificado como lord Matthews, y afirma que está intentando encontrar a su hija desaparecida. Cree que está con usted.

-Que yo... -Aunque no fué consciente de su movimiento, se volvió para mirar a Madeline. Ahora la cara de la muchacha estaba en su línea de visión... Parecía horrorizada y, en silencio, sus labios formaron la palabra «no».

La misma palabra que afloró a la mente de Logan. *No,* otra vez no... De nuevo, temía haber encontrado la felicidad sólo para verla desmoronarse. No comprendía lo que estaba pasando ni el significado de aquella visita. Todo lo que sabía era que el semblante de la cara de Madeline, teñida de palidez por un repentino rubor de vergüenza, ocultaba un terrible descubrimiento. «¡Dios, no! -pensó desesperado-, que todo sea un malentendido.»

Con las emociones bullendo en su interior, tuvo que hacer acopio de todas sus aptitudes para adoptar una expresión de imperturbabilidad. El ápice de racionalidad que quedaba en su cerebro

analizó la situación. Si Maddy era la hija de lord Matthews -quienquiera que fuese-, significaba entonces que le había mentido; no una, sino mil veces. Lo único que restaba por hacer era averiguar la envergadura del engaño y qué lo había motivado.

-Hágalo pasar -dijo Logan en voz baja.

Tal y como se desarrollaban los acontecimientos, tuvo la sensación de estar representando una obra bastante mala. Se le había asignado el papel del villano de la misma, en tanto que Maddy representaba a la ingenua indefensa... Y lord Matthews, al padre agraviado.

Matthews entró en la habitación como si temiera ser visto. Mostraba la expresión de un hombre que hubiera entrado en lo que creía era una respetable morada sólo para descubrir que se trataba de una casa de mala reputación. Era un hombre de cuarenta y pocos años, con una cara corriente, corta en exceso en la barbilla y redondeada en los lados; el pelo, negro, mostraba unas grandes entradas.

Durante un instante, Logan sintió una punzada de alivio, ya que la visión del hombre le hizo suponer que no era pariente de Maddy. Sin embargo, tanto el padre como la hija mostraron idénticas expresiones de muda acusación y terror cuando se miraron fijamente. No cabía duda acerca de la identidad de Maddy.

-Madeline, ¿qué has hecho? -murmuró Matthews. Ella permaneció rígida como una estatua, excepto por la ligera agitación de su cabeza, como si intentara negar la presencia de su padre.

-Yo... iba a volver hoy mismo con vosotros.

-Hace un mes que deberías haberlo hecho -replicó Matthews. Intentando recuperar el control sobre sí mismo, se volvió hacia Logan.

-Señor Logan, al parecer serán necesarias algunas explicaciones. No se hace idea de cuánto lamento que nos conozcamos en estas circunstancias. ; -Me hago una idea -murmuró Logan.

-Soy lord Matthews, de Hampton Bishop. Hace dos días se me comunicó que mi hija Madeline había desaparecido del colegio hacía casi un mes. Yo... -Hizo una pequeña pausa. El rostro se le contrajo cuando miró hacia Maddy-. Debía haberme esperado algo así. Es la más pequeña de mis tres hijas y, con mucho, la más obstinada. Aunque ha sido prometida a lord Clifton, rehusa aceptar mi decisión de que se trata del marido que le conviene...

-Es un viejo... -espetó Madeline.

Su padre se volvió hacia ella con cara amenazante.

-Rehusa aceptar mi decisión -prosiguió Matthews con tono cortante-. Madeline ideó exactamente el tipo de plan insensato que debía haberme imaginado. Una de sus amigas del colegio, una tal señorita Eleanor Sinclair, fue obligada, bajo amenaza de expulsión, a confesar los detalles del complot.

-¿Qué complot? -preguntó Logan con suavidad. Cuando miró a su hija, el asco y la repulsa ensombrecieron el rostro de Matthews.

-Quizás a Madeline no le importe explicarlo.

Logan se obligó a mirar a la chica, a pocos metros de distancia. La inocente que había conseguido devolverle las esperanzas y los sueños a los que había renunciado hacía tantos años. Madeline enrojeció, sintiéndose culpable, y abrió los ojos desmesuradamente en señal de protesta. Fuera lo que fuese lo que hubiera hecho, ahora se arrepentía; o quizá tan sólo lamentaba haberse acostado con él. Quería la verdad, y quería oírsela balbucir a ella. Mientras esperaba, no le quitó la vista de encima.

Finalmente, Madeline consiguió hablar.

-Jamás he querido casarme con Clifton, me he opuesto al enlace con desesperación, algo de lo que todo el mundo, incluso el propio Clifton, era consciente. Mientras estaba en el colegio, me di cuenta de que salvo el suicidio, sólo había una manera de impedir que la boda se celebrara. -Empezó a tartamudear, pero su mirada suplicaba la comprensión de Scott-. Aasí que decidí echarme a perder.

Logan sintió cómo se le revolvía el estómago. Escuchó la voz fría y nerviosa de lord Matthews como si llegara desde muy lejos.

-Según parece, usted, señor Scott, fue el objetivo escogido por mi hija. Dígame... ¿hay alguna posibilidad... he conseguido, por la gracia de Dios, llegar a tiempo?

Logan esperó a que Maddy contestara. «¡Díselo, maldita sea!» gruñó mentalmente, pero Madeline permaneció en silencio.

-Ha llegado demasiado tarde -contestó Logan con desgano. Matthews se frotó la frente y los ojos como si le dolieran de manera intolerable.

Asumida la verdad, Logan se sintió envuelto en una bruma roja.

Para ella había sido un juego. Mientras él se torturaba con el deseo y el amor, ella lo había estado manejando a su antojo, convirtiéndolo en una marioneta. La humillación le hizo enrojecer, pero aquélla era la menor de las emociones que le corroían las entrañas. «Otra vez», pensó, sintiéndose enfermo; de nuevo, una mujer lo había traicionado. Pero esta vez había sido mucho peor que la anterior.

Miró a Madeline y la odió por su aspecto pálido y desamparado. No era más que una yegua de cría lujosa, cuyo único propósito en la vida era parir potrillos de pura sangre. Su posición no exigía nada más. Para las de su clase, el matrimonio no tenía nada que ver con el amor: era un acuerdo de mejora social y económica. Y en un ataque de rebeldía, Madeline Matthews le había utilizado para eludir sus responsabilidades.

-¿Por qué yo? -le preguntó con un hilo de voz apenas audible.

Madeline avanzó hacia él, la pequeña mano boca arriba en actitud suplicante. Logan retrocedió de manera instintiva. Si llegaba a tocarlo, se desmoronaría.

Madeline se detuvo al darse cuenta de que él quería mantener la distancia entre ambos. Nada en aquella situación le parecía real: ni la presencia de su padre, ni la controlada expresión de Logan, ni su propio y enfermizo sentimiento de pérdida. Si todo pudiera arreglarse sólo con palabras, si tan siquiera Logan comprendiera que lo que había empezado como el acto de rebeldía de una colegiala se había convertido en amor. Sería capaz de hacer cualquier cosa para evitarle el dolor que sabía estaba sintiendo; lo que hiciera falta para ahorrarle un solo momento de sufrimiento.

-Eleanor me enseñó un grabado en color -confesó, mirando el amado rostro de Logan-. Pensé que eras... muy apuesto. -Al percatarse de lo superficial que sonaba, se ruborizó-. No, no es la palabra correcta. Yo... empecé a enamorarme de ti incluso entonces, y deseaba... -Se detuvo y sacudió la cabeza con impaciencia. No había manera de exponer sus acciones bajo una luz favorable.

-Muy halagador -intervino Logan con voz ronca, y sonó a cualquier cosa menos a complacencia.

-No comprendes lo que ha sucedido. -Daba igual, dijera lo que dijese, él sólo lo consideraría como un insulto añadido a la herida. «Te amo», deseó gritar, pero no tenía derecho a decírselo; si lo hiciera, la despreciaría aún más. Cuando su padre se acercó a Logan, ella se apartó.

-Señor Scott, de corresponderle alguna, no estoy seguro de cuánta responsabilidad cabe imputarle, puesto que, según parece, en todo este asunto es usted una víctima involuntaria. Supongo que podría haberse confiado en que no hubiera tocado a Madeline, pero corromper a jovencitas inocentes no es lo menos que esperaría de un hombre como usted. -Matthews cerró los ojos con cansancio-. Supongo que pedirle una reparación será demasiado.

-¿Qué clase de reparación le gustaría? -respondió Logan con frialdad.

-Me hubiera gustado que siguiera siendo merecedora de lord Clifton. Puesto que eso es imposible, tendré que conformarme con su silencio. Mi familia y yo llevaremos esta desgracia con toda la discreción posible. Velaremos por el futuro de Madeline, cualquiera que sea la forma que adopte. Todo lo que le pido es que niegue los rumores, si es que, en algún momento, ha de enfrentarse a ellos.

-De mil amores -convino Logan sin mirar a Maddy. Ella ya no existía para él.

-Logan, por favor -susurró Madeline-. No puedo soportar que las cosas queden así.

-La señora Beecham les acompañará a la puerta -dijo en un tono monocorde-. Que le vaya bien, señor Matthews.

Salió de la estancia sin rumbo fijo, con la única idea de marcharse de inmediato.

No tardó en hallarse en sus aposentos privados, echando el pestillo con mano torpe, puesto que deseaba estar solo. Tuvo la sensación de estarse moviendo bajo el agua. Permaneció de pie en el centro de la habitación un buen rato, sin atreverse siquiera a pensar. Pero el eco de la voz de Madeline retumbaba en su mente diciendo: «Te amo, Logan... Te amo...»

Era mejor actriz de lo que nunca hubiera sospechado; parecía absolutamente sincera. Y él se había permitido el lujo de creerla.

Le dolían las cuencas de los ojos. Al alzar las manos para disipar la irritante bruma que le velaba la vista, percibió dos persistentes hilillos húmedos corriéndole por las mejillas. «¡Dios!», murmuró, y se odió con todas sus fuerzas.

Se oyó gemir con desesperación, y sus manos percibieron la exquisita textura de una vasija de la dinastía Tang, que lanzó por los aires sin dirección concreta. El estrépito de la incalculable porcelana al hacerse añicos le hirió los oídos. Fue como si aquel sonido desatara un demonio interior. Apenas consciente de sus actos, arrancó una pintura de la pared y rasgó la delicada tela pintada al óleo. Luego siguió derribando otros objetos cercanos -piezas de cristal, madera y porcelana-, hasta caer postrado de rodillas con los puños ensangrentados sobre las rodillas.

Un golpeteo sordo en la puerta puso de relieve el salvaje martilleo que sentía en la cabeza.

-¡Señor Scott! Por favor, ¿por qué no contesta? Señor Scott... Una llave chirrió en la cerradura y Logan se volvió con expresión furibunda para contemplar las caras angustiadas de la señora Beecham y Denis.

-¡Fuera! -gritó con la voz quebrada.

Conmocionados y asustados por lo que vieron, retrocedieron de inmediato y le dejaron a solas con las ruinas de sus amadas obras de arte. Logan dejó caer la cabeza y se quedó mirando al suelo. Sentía que algo moría en su interior. Toda su capacidad de afecto y ternura, aquella que podría haber transformado su vida... Nunca volvería a ser el mismo, jamás dejaría que nadie volviera a herirle.

***Segunda parte***

-¡Logan! -exclamó Julia complacida, levantándose del largo sofá de terciopelo. Tenía los carrillos más llenos, postrer vestigio del embarazo, pero con su habitual actividad, los kilos de más no tardarían en desaparecer. En realidad, el sobrepeso realzaba su belleza, confiriéndole un atractivo suave y saludable que no habría dejado indiferente a ningún hombre por debajo de los noventa años.

Cuando Julia le dio la bienvenida en el salón familiar de los Leeds, la cara de la duquesa mostró un destello de preocupación que no tardó en enterrar bajo una desmesurada sonrisa.

Habían pasado dos meses desde el nacimiento de su hijo antes de que Logan viajara desde Londres hasta el lujoso castillo del duque en War-wickshire. El antiguo edificio color miel había sido remodelado para hacerlo más cómodo y luminoso. Era el lugar perfecto para exhibir una magnífica colección de tapices, pinturas y esculturas que Logan admiraba en sobremanera.

Sin embargo, los grandes tesoros del duque eran su esposa y sus dos hermosos retoños: Victoria, la hija de cabellos dorados que tenía ahora cuatro años, y Christopher, el recién llegado.

-Te has tomado tu tiempo para venir a ver al niño -le reconvino Julia, al tiempo que le agarraba sus manos con firmeza.

-He tenido que atender el pequeño problema que supone dirigir el Capital -replicó Logan, devolviéndole el apretón de manos y soltándola de inmediato. Se acercó a grandes zancadas hasta una cuna de caoba, adornada por montañas de ropa de cama color crema y miró con detenimiento al pequeño ocupante. Christopher William, a la sazón marqués de Savage y futuro duque de Leeds, yacía dormido con un diminuto pulgar metido en la boca. Los impresionantes rasgos del padre se repetían en la criatura en réplica casi perfecta.

Tras sentarse en el sofá de terciopelo, Julia sonrió con orgullo.

-Ha sido muy considerado por tu parte enviar tantos obsequios, y especialmente que incluyeras uno para Victoria. En el alboroto por el nacimiento de un nuevo hijo, la mayoría de la gente nunca piensa en el primogénito.

Alargó la mano hacia el suelo, donde su hija jugaba con el regalo que Logan le había enviado: un teatro de juguete, hecho por encargo a imagen y semejanza del Capital, al que no le faltaba detalle, desde las cortinas de terciopelo hasta un minucioso proscenio. Había un juego de muñequitos, vestidos como los actores, y también se había incluido una colección de telones de fondo y decorados móviles.

-Querida -le dijo Julia a la niña-, éste es el señor Scott. Lo recuerdas, ¿verdad? Tienes que darle las gracias por el precioso regalo que te ha enviado.

Victoria siguió en el suelo, cerca de las faldas de su madre, medio escondida entre los pesados pliegues de seda, escudriñando a Logan.

Poseedor de una natural afinidad con los niños, Logan la miró con una cortés curiosidad, pero no hizo ademán alguno de acercarse.

-Hola, Victoria -dijo, esbozando una sonrisa. Era una niña preciosa, con una mata de rizos rubios y ojos azules. En ese momento, sus manos estaban llenas de muñecos.

-Gracias por mi juguete -dijo con timidez, y le devolvió la sonrisa con una cautela muy particular.

En ese momento, el duque de Leeds entró en la estancia. Como siempre, Logan tuvo la sensación de que aquel hombre se comportaba de manera completamente diferente en público que en privado. En el mundo exterior, Damon presentaba una apariencia distante, mientras que en casa, con su familia, era afectuoso y risueño, y retozaba con su hija de una manera que nadie creería.

-¡Papá! -gritó Victoria, y atravesó el cuarto hacia su padre como una •flecha; Damon la levantó en brazos sonriendo con dulzura.

-Silencio, diablillo, que vas a despertar al niño, y luego, como castigo, tendré que sacarte fuera y hacerte rodar por la nieve.

La idea provocó una risita en la niña, y le rodeó el cuello con los brazos.

-Y yo te meteré una bola de nieve por el cuello, papá.

-Apuesto a que lo harías -contestó compungido Damon, con una anrisa de oreja a oreja ante la recatada amenaza de su hija.

Se volvió hacia Logan, moderando un tanto la expresión risueña.

-Scott -saludó con cortesía.

Nunca habían sido amigos y, con toda probabilidad, nunca lo serían. Aunque coincidían en algunos círculos sociales, los dos hombres ocupaban mundos muy diferentes. Julia, como esposa de Damon y colega de Logan, era el único puente entre ambos.

No era ningún secreto que a Damon le hubiera encantado que su esposa no volviera a pisar un escenario, pero transigía con su profesión porque de ella dependía la felicidad de Julia. Esto le había granjeado el respeto de Logan, sabedor de que alguien en la posición del duque tenía que ser iun hombre excepcional para permitir que su esposa se mezclara con un ¡mundo de tan dudosa reputación como el teatral.

-Un niño precioso -dijo Logan, moviendo la cabeza hacia el bebé-. ¡Mis felicitaciones. -Antes de que Damon pudiera agradecerle el cumplido, Logan se volvió hacia Julia-. ¿Cuándo volverás al Capital?

-En cuanto pueda -contestó, sonriendo por su brusquedad. Logan la miró con aire pensativo.

-A mí me parece que tienes un aspecto bastante saludable.

-Dejando a un lado el estado de mi esposa-terció Damon-, el bebe es todavía demasiado pequeño para que ella vuelva a Londres.

Victoria, llena de preocupación y con curiosidad infantil, preguntó sin ambages:

-Papá ¿nos va a quitar a mamá?

-Claro que no, Tory -la tranquilizó Damon, dulcificando la expresión al mirar la carita que tenía pegada al rostro-. Venga, vayamos a los establos a visitar al nuevo caballo mientras mamá le explica al señor Scott que su teatro no es el centro del universo.

-No olvides ponerle el abrigo -le recordó Julia cuando salían, y se rió. Volvió la risueña mirada a Logan y le invitó a sentarse a su lado-. Mi viejo amigo -dijo, medio en serio, medio en broma-, estaba empezando a pensar que te habías olvidado de mi existencia.

-Ya te he dicho que he estado muy ocupado. -Logan se sentó y estiró sus largas piernas, mirando con indiferencia las puntas de las botas relucientes-. Por más que odie admitirlo, no es fácil dirigir el teatro sin ti. Julia se inclinó para recoger los muñecos desperdigados, ninguno de ellos mayor que uno de sus dedos.

-Sentí mucho no poder ir a verte cuando tuviste la fiebre...

-No me habría gustado que lo hicieras -aseguró con presteza-, y que hubieras puesto en peligro al niño.

-En cualquier caso, estuviste en buenas manos. Ambos guardaron silencio, mientras el tema de Madeline flotaba entre ellos como un espectador mudo.

-He estado leyendo el *Times*-observó Julia-. Últimamente las críticas no han sido muy halagüeñas.

-Que se mueran los críticos -sentenció Logan-. El teatro se ha llenado todas las noches. Eso es lo que importa.

Los periódicos habían empezado a quejarse de lo que, decían, era una sucesión de actuaciones carentes de alma por parte de Logan; técnicamente competentes, sí, pero desprovistas de emoción. Por desgracia, Logan ni siquiera podía estar en desacuerdo con las mismas. El don que siempre había dado por descontado -el de saber conectar con los espectadores y hacerles ver una obra como si estuvieran metidos en el pellejo del actor-, se había esfumado. Ahora parecía incapaz de interesarse por algo.

Incluso se había evaporado su entusiasmo por la compañía, reemplazado por una agria actitud que parecía enojar a todo el mundo. Los actores estaban resentidos por su forma de dirigirlos, por sus desaires... ¡Por amor de Dios!, incluso por sus interpretaciones.

-Leyendo su papel de esa manera, no puedo saber cuáles son las intenciones del personaje -se había atrevido finalmente a protestar Arlyss Barry durante el ensayo de la víspera-. No sé cómo ha de reaccionar el mío, pues no puedo decir cuáles son los supuestos sentimientos del suyo.

-Preocúpese de su propia interpretación -respondió con brusquedad Logan-, que yo me ocuparé de la mía.

-Pero mi personaje...

-Hágalo reaccionar como guste. Me importa un bledo.

Y Arlyss había seguido con el ensayo, leyendo su papel de forma fría y monótona, casi como una imitación de la de Logan. A punto estuvo el director de multarla, pero aquello podía haber llevado a la compañía a rebelarse abiertamente.

Quizás, una vez que Julia regresara y pusiera en juego sus modales diplomáticos y sutil influencia, el teatro recuperaría la atmósfera habitual. Tal vez el hecho de estar con ella en el escenario le ayudaría a redescubrir la íntima fuente de emociones de la que siempre se había valido para sus actuaciones.

Se impuso otro inacabable silencio, y entonces Julia se atrevió a abordar el meollo de la cuestión.

-¿Alguna noticia de Madeline?

Logan le dirigió una mirada cautelosa y no contestó.

-Arlyss me contó lo poco que ella y los otros sabían -musitó Julia con expresión compasiva-. El resto, me lo puedo imaginar.

A regañadientes, Logan le narró la historia en su versión más reducida.

-Parece ser que Madeline decidió hacerse lo menos atractiva posible a ojos de su prometido deshaciéndose de su virginidad -concluyó con sequedad-, y yo fui el reclutado para cumplir con su misión.

La inquietud oscureció los ojos turquesa de Julia. Apartó cuidadosamente la colección de muñecos.

-Y vosotros dos...

Logan extendió las manos en un socarrón gesto de súplica.

-¿Quién era yo para resistirme a tanto encanto? Julia arrugó la frente.

-Tú no debiste enterarte de los planes de Maddy hasta después... -Le flaqueó la voz-. Ah, Logan -susurró.

-No se ha hecho ningún daño -dijo el actor, envarando la espalda ante las muestras de compasión-. La señorita Matthews satisfizo su objetivo y yo pasé un momento delicioso ayudándola. Todos contentos. -Como quiera que Julia seguía mirándolo fijamente con sus escrutadores ojos azul verdoso, se puso en pie y empezó a deambular por el cuarto como si estuviera enjaulado.

La mayoría de los hombres habrían sido capaces de librarse del problema sin dificultad, quizá considerándose incluso afortunados de haber sido obsequiados con la ofrenda de la virginidad de una bella jovencita sin contraprestación alguna. ¿Por qué, entonces, seguía dándole vueltas a la cuestión? ¿Por qué la conciencia de la traición de Madeline seguía doliéndole igual, si no más, que el día en que ella se fue?

Logan podía ocupar las horas del día con trabajo y compromisos sociales logrando que los pensamientos sobre Maddy apenas entraran en su mente. Pero por la noche, los sueños con Madeline le privaban del descanso reparador. Le había cuidado con tanta ternura cuando estaba enfermo, alimentándolo, bañándolo y refrescándolo, haciéndole llevadero el sufrimiento... Nunca antes había tenido necesidad de que lo cuidaran. Y esto, más que cualquier otra cosa, es lo que le había llevado a amarla.

El saber que Maddy había hecho todo aquello sólo para satisfacer sus propósitos, casi le había hecho enloquecer. En las oscuras horas de la noche expresaba su furia en silencio y se revolvía en la cama hasta que las sábanas se enredaban en sus piernas como si fueran sogas. Por la mañana se despertaba agotado y furioso, odiándose y odiando a todo aquel que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino.

-No creo que hubiera malicia alguna en las acciones de Maddy-dijo Julia en voz baja-, sólo el atolondramiento propio de una chiquilla. Buena prueba de su inocencia es que se atreviera a cruzarse en el camino de un hombre como tú. Es imposible que entendiera la magnitud de lo que estaba haciendo.

Logan la hizo callar con un gesto de la mano.

-Ya está bien de hablar de ella, no tiene relación alguna con nada de lo que tenemos que tratar.

-¿Cómo puedes decir eso cuando es evidente que todavía no te has recuperado de lo ocurrido?

-No quiero hablar de ella.

-Logan, jamás estarás en paz hasta que encuentres la manera de perdonar a Maddy.

-Vuelve a decir su nombre -dijo en voz baja- y disuelvo nuestra sociedad. -La amenaza fue dicha con una seriedad mortal.

De repente, cada centímetro de Julia adquirió la prestancia de una duquesa y resopló por la nariz con altivez.

-No me gusta tu tono.

-Perdóneme, su excelencia -replicó Logan con exagerada cortesía en respuesta a la gélida mirada de Julia.

Al cabo de un momento, el genio de Julia se atemperó con la misma rapidez con que se había inflamado.

-Cuando tenía su edad -dijo, evitando pronunciar el nombre de Madeline-, huí de mi familia por motivos muy similares. Quería escapar de los planes que mi padre había hecho para mí. No puedo reprochárselo, y nadie debería hacerlo.

-Y no lo hago. La culpo de ser mentirosa y manipuladora.

-¿Qué va a ser de ella ahora?

-No me importa.

-Claro que te importa -replicó Julia, y se quedó mirando fijamente el adusto perfil de Logan-. Eres incapaz de trabajar como es debido, los actores están al borde de la sublevación, y los críticos te están desollando vivo. Has adelgazado, lo cual significa que no comes, y parece como si estuvieras al final de la resaca de una semana de borrachera. Es algo más que orgullo herido. Según parece, tu vida se te está desmoronando.

No había resaca. Ésta llega cuando se deja de beber, y no era probable que tal cosa fuera a ocurrir durante alguna temporada. Logan la miró con una sonrisa glacial dibujada en los labios.

-Nada se está desmoronando. Todo actor está expuesto a las malas críticas alguna vez en su carrera. Ahora me toca a mí, así de simple. Por lo demás, los actores del Capital se acostumbrarán al hecho de que ya no los mire. Si he perdido peso, es porque estoy haciendo algo más de esgrima para una futura obra. Y déjame que te aclare algo: nunca he querido a Madeline. La deseaba, la tuve y, ahora, he terminado con ella.

La llamada de la criada resultó una oportuna interrupción. Entró en la habitación portando una bandeja de plata con el té y, al pasar a su lado, le dedicó a Logan una tímida sonrisa.

-No tienes por qué ser franco conmigo -dijo Julia en voz baja, clavándole los ojos con exasperación-, pero al menos sé sincero contigo mismo.

Empezaba a anochecer en Somerset Street. Cuando se apeó del carruaje, a Madeline le retumbaba el corazón. Miró la casa de la señora Florence con una mezcla de esperanza e inquietud.

-¿Le digo al cochero que se lleve las bolsas dentro? -preguntó su doncella.

Madeline dudó antes de contestar.

-No sé si nos quedaremos, Norma. Por favor, espera en el coche unos minutos mientras paso a ver a mi amiga.

-Sí, señorita.

Madeline le dedicó una sonrisa de gratitud. Sólo a la amabilidad y a la compasiva naturaleza de la doncella debía el que hubiera podido pasar a visitar a la señora Florence. En ese momento, se suponía que debía de estar llegando a casa de su hermana Justine para una estancia de un mes,

pero gracias a una nota falsificada enviada a esta última y al soborno del cochero de la familia, no se la esperaría hasta el día siguiente.

-Gracias, Norma -dijo en voz baja-. No sé cómo agradecerte que mantengas en secreto esta visita a la señora Florence. Sé a cuánto te arriesgas por ayudarme.

-Hace muchos años que la conozco, señorita -contestó Norma-. Es usted una chica buena y amable, la mejor de todos los Matthews, me atrevería a decir. A todo el personal le ha entristecido mucho verla tan desconsolada. Si hablar con su amiga le hará sentirse mejor, merece la pena correr el riesgo. -La doncella se introdujo en el carruaje y tiró de una pesada manta forrada de piel, tapándose hasta los hombros.

Madeline se aproximó a casa de la señora Florence teniendo cuidado al caminar entre los gruesos trozos de hielo. Habían pasado casi dos meses desde que estuviera alojada allí, y no tenía ni idea del tipo de recepción que le esperaba. No era probable que la señora Florence la echara, era demasiado gentil para reaccionar de esa manera. De todos modos, cuando llamó a la puerta delantera no estaba tranquila.

Poco después de abandonar Londres, Madeline había escrito una carta a la señora Florence dándole explicaciones y pidiéndole disculpas, al tiempo que le rogaba que no contestara, ya que sus padres le habían prohibido cualquier contacto con el mundo exterior. A todos cuantos la conocían debió darles la impresión de que había desaparecido de la faz de la tierra.

Sus padres habían estado considerando diversos planes para ella, desde mandarla a vivir al extranjero hasta ponerla a trabajar como dama de compañía de una pariente anciana. Acaso, lo que más les había enfurecido fue la declaración de Madeline de que cualquiera de esas opciones le parecía más agradable que su intención inicial de casarla con lord Clifton.

Lord y lady Matthews habían quedado destrozados por una visita de lord Clifton, que había expresado su deseo de resolver formalmente el acuerdo matrimonial y recuperar el anillo que había entregado a Madeline. Cuando el noble se plantó ante la chica, la mofletuda faz temblando de justa indignación, ésta fue incapaz de evitar que aflorara una pequeña e insensible sonrisa a sus labios. Sólo el recuerdo de Logan y de la profunda pena que le había ocasionado, le impidieron sentirse victoriosa.

-He empeñado el anillo, lord Clifton -le confesó sin ningún atisbo de remordimiento.

El noble parecía una rana a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

-¿Qué has empeñado el anillo de mi familia? ¿Y empleaste el dinero para financiar tu diabólico ardid? Sí, milord.

La ultrajada mirada de Clifton viajó desde la decidida cara de Madeline hasta las compungidas de sus padres y, de nuevo, a la de ella.

-Bien -resopló furioso-, parece que se me he ahorrado la ocasión de cometer un terrible error. Lástima no haberme dado cuenta antes de que jamás estuviste capacitada para ser mi esposa.

-Lord Clifton -gimoteó Agnes, la madre de Madeline-, no soy capaz de expresar cuánto lamentamos...

-No, soy yo quien lo lamenta... por todos ustedes. -Dedicó una mirada de desprecio a Madeline-. No es necesario hablar de lo que será de ti ahora. Espero que seas consciente de lo que podrías haber tenido, de no haber sido por tu engaño y estupidez.

-Sé exactamente a lo que he renunciado -le aseguró Madeline con un sutil atisbo de ironía, sonriendo con amargura. Había triunfado al escapar de lord Clifton... ¡pero el precio a pagar había sido muy alto! No sólo para ella, sino para Logan.

También lo sentía por sus padres, cuya amargura era demasiado evidente. Su madre parecía deshecha.

-No puedo soportar la idea de lo que dirá la gente -había declarado Agnes con voz tan tirante como el hilo de bordar que tenía en las manos. Los finos dedos sacudieron una hebra, enredando el hilo de color-. Se me hace intolerable la desgracia que Madeline ha traído sobre nosotros. Está claro que debe irse al extranjero. Hablaremos con quien ella quiera para que continúe los estudios en el continente.

-¿Cuánto tiempo habré de permanecer fuera? -preguntó Madeline con las mejillas coloradas. No era fácil oír a la propia madre hacer planes para deshacerse de ella.

-No tengo ni idea -contestó Agnes con tirantez-. La gente tiene una memoria muy duradera, y llevará años hasta que se olvide el escándalo. ¡Niña tonta, no percatarte de cuánto más libre habrías sido como esposa de lord Clifton!

-Os dije que no le quería -contestó Madeline con tranquilidad-, no me dejasteis otra elección. Estoy dispuesta a asumir las consecuencias de mis actos.

-¿No sientes el más mínimo arrepentimiento? -preguntó Agnes, indignada-. Lo que has hecho, además de un pecado, es un acto de gran crueldad.

-Sí, lo sé -susurró Madeline-. Jamás me perdonaré por haber herido al señor Scott. Pero por lo demás...

-¡Tú no has herido a ese actor libertino, te has hecho daño a ti misma! Has destrozado toda tu vida y traído la vergüenza a esta casa.

Después de esto, Madeline había guardado silencio, consciente de que, en efecto, debía de haber algo malo en ella... Porque lo que la atormentaba no era la desgracia que había llevado a su familia, sino la pena que le había causado a Logan. El recuerdo de su cara la mañana que se había marchado -tan perpleja, tan controlada- la sumía en una nueva agonía cada vez que pensaba en ello.

Si tuviera que volver a hacerlo de nuevo, se comportaría de manera completamente diferente. Habría confiado lo suficiente en Logan como para ser sincera y quizás éste la hubiera escuchado. Ansiaba consolarlo, una idea ridicula para alguien que le había causado una pena tan profunda. Si tan sólo pudiera verlo una vez más para asegurarse de que estaba bien... Pero el sentido común le decía que semejante idea era inútil. Debía dejarlo tranquilo y salvar lo que pudiera de su propia vida.

Por desgracia, eso estaba resultando cada vez más difícil.

La puerta principal se abrió y la criada de la señora Florence, Cathy, escudriñó el exterior.

-¿Sí? -Abrió los ojos como platos al distinguir a Madeline-. ¡Ah, señorita Maddy!

-Hola, Cathy -dijo dubitativa Madeline-. Sé que es una hora extraña para venir de visita, pero he hecho un largo viaje. ¿Crees que la señora Florence me recibirá?

-Corro a preguntárselo, señorita Maddy. Está acabando de cenar.

De pie, traspasado el umbral, Madeline aspiró el olor a humedad de la casa, un aroma familiar y reconfortante. El ritmo de su corazón, hasta entonces marcado por el pánico, se relajó tan pronto vio acercarse a la señora Florence. Llevaba el pelo blanco anaranjado dispuesto en forma de rosca, los ojos color avellana suavizaban las arrugas de su rostro. Una de sus manos se cerraba sobre un bastón labrado de caoba y plata que, a medida que la anciana se acercaba a Madeline, iba golpeando con suavidad en la alfombra.

-Maddy -dijo con amabilidad.

-¿Ha sufrido un accidente, señora Florence? -preguntó con preocupación Madeline.

-No, cariño. Es sólo que, a veces, el frío se me mete en los huesos. -Tomó la fría mano de Maddy y la encerró en la calidez de sus dedos-. ¿Te has vuelto a escapar, chiquilla?

A Madeline la invadió una oleada de gratitud. La cara de la señora Florence era la única amistosa que había visto en los dos últimos meses.

-Tenía que verla, necesitaba alguien en quien confiar. Tuve el presentimiento de que no me rechazaría... o condenaría por lo que deseo hablar con usted.

-¿No tienes una abuela a quien recurrir?

-Sólo una, por parte de madre. -Madeline pensó en aquella severa y religiosa señora y se estremeció-. Me temo que no sería de gran ayuda.

-¿No se alarmará tu familia al ver que has desaparecido, Maddy? Madeline negó con la cabeza.

-Le dij e a mis padres que iba a visitar a mi hermana Justine. Creo que están felices de tenerme fuera de casa durante una temporada. Les he causado algunos problemas, y vergüenza hasta decir basta. -Se detuvo, y añadió en un tono crispado-: Y ahí no acaba todo, me temo.

La señora Florence la miró con interés, los ojos alerta, sin perder detalle. Palmeó la espalda rígida de Madeline.

-Creo entender los motivos de tu presencia, querida. Has hecho bien en venir; más de lo que tú te piensas. Ve al salón, chiquilla, mientras le digo al lacayo que entre tu equipaje. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

-Vengo con una doncella y el conductor...

-Sí, también los instalaremos. -Se volvió hacia la criada, que esperaba cerca-. Cathy, ve a buscar una bandeja con la cena para nuestra invitada y llévala al salón.

-No tengo hambre -declinó Madeline.

-Has adelgazado, Maddy... y eso no es bueno para una chica en apuros. Ambas intercambiaron una mirada de mutua inteligencia.

-¿Cómo lo ha sabido? -preguntó Madeline.

-¿Cómo podría *no* saberlo? -replicó la señora Florence con un deje de irónica tristeza-. Ninguna otra cosa pondría esa mirada en tus ojos. Deduzco que tu familia todavía no sabe nada.

-No -dijo Madeline con la voz forzada-. Y no creo que tenga el valor suficiente para decírselo. Me siento... muy, muy sola, señora Florence.

-Vayamos dentro, querida, y hablemos.

Gritos y aplausos de entusiasmo siguieron a Logan entre bastidores. Había sido una representación triunfal, aunque se sentía insatisfecho de su actuación. Había intentado reunir la profundidad emocional que requería su papel, pero todo cuanto había logrado fue una creación desganada.

Con el ceño fruncido, ignoró a los actores y operarios que intentaban llamar su atención. Entró en el camerino, se sacó la camisa húmeda de cuello abierto y la tiró al suelo.

Cuando se encaminaba al baño, un destello en el espejo de la mesa de maquillaje reclamó su atención. Se volvió con rapidez, sobresaltado al ver a una anciana sentada en una esquina.

Le miraba con calma, como si tuviera todo el derecho a estar allí. Aunque era una mujer menuda, su presencia era imponente, y llevaba la edad con majestuoso orgullo. Una mano llena

de venas, repleta de anillos con piedras preciosas, se cerraba sobre un artístico bastón de plata. Aunque el pelo mostraba una ligera sombra encarnada, era evidente que antaño había sido de un rojo llamativo. Los ojos color avellana brillaban con un vivo interés mientras le miraban.

-Me dijeron que podía esperarlo aquí -dijo la anciana.

-No atiendo visitas en el camerino.

-Una representación aceptable -observó, ignorando la brusquedad de la afirmación-. Elegante y con buen ritmo.

Muy a su pesar, Logan sonrió, preguntándose quién demonios sería la anciana.

-No es la primera vez en los últimos tiempos que se me castiga con elogios igualmente tibios.

-Bueno, ha hecho un Ótelo bastante satisfactorio -le aseguró-. Cualquier otro actor la habría considerado la actuación de su vida. Hace varios años tuve el privilegio de verlo en la misma obra, en el papel de Yago. Debo decir que me quedo con su interpretación de ese personaje... ¡Magnífica! Tiene un talento singular, cuando decide utilizarlo. A menudo he pensado que ha sido una pena que no hayamos podido actuar juntos, pero mi momento hacía tiempo que había tocado a su fin cuando usted empezaba su carrera.

Logan la miró de hito en hito. El pelo rojo, aquel rostro vagamente familiar, las alusiones al teatro...

-¿La señora Florence? -dijo, de manera inquisitiva.

Ella asintió con la cabeza, y la frente de Logan se despejó. No era la primera vez que un colega deseaba conocerlo, aunque nadie hasta entonces había sido tan atrevido como esta singular dama. Le tomó las manos y se las llevó a los labios.

-Es un gran honor conocerla, señora.

-Debe usted saber, por supuesto, que tenemos una amiga común en la duquesa de Leeds. Una mujer deliciosa, ¿no es cierto? Empezó en el teatro como protegida mía.

-Sí, lo sé -asintió Logan, echándose una bata de brocado rayada sobre el pecho desnudo. Alargó la mano para alcanzar un bote de bálsamo y una toalla y empezó a limpiarse la brillante pintura castaña con la que había adquirido el pertinente moreno de Ótelo-. Señora Florence, acostumbro a disfrutar de unos minutos de intimidad después de una actuación. Si no le importara esperarme en la sala de descanso...

-Me quedaré aquí -aseguró la anciana con firmeza-. He venido a hablar con usted de un asunto personal urgente. No es necesario que se recate por mi causa. Después de todo, he estado en muchos camerinos masculinos antes de ahora.

Logan reprimió una risotada de admiración. Sin duda no le avergonzaba mostrarse estrafalaria a la anciana, colándose de rondón en su camerino y exigiendo que le prestara atención. Medio sentado, medio inclinado contra el pesado tocador, dijo:

-Muy bien, señora -dijo con sequedad, siguiendo con la limpieza de la cara y el cuello-. Recite su papel. Intentaré vencer cualquier arrebato de pudor.

La señora Florence ignoró el sarcasmo y habló con agudeza.

-Señor Scott, puede que no sepa que, durante su breve ejercicio como empleada del teatro Capital, la señorita Madeline Matthews tenía alquilada una habitación en mi casa.

El nombre, pronunciado de forma tan inesperada, provocó que un rayo de dolor atravesara el pecho de Logan.

-Si es de eso de lo que ha venido a hablar, la sugiero que se vaya.

-La señorita Matthews ha llegado a mi casa esta noche, procedente de la hacienda familiar de Gloucestershire -continuó la señora Florence-. Mientras hablamos, ella está durmiendo en mi casa. Debería añadir que es absolutamente ajena a mi decisión de visitarlo...

-¡Es suficiente! -Logan dejó caer la toalla de la cara y se dirigió a la puerta-. Cuando vuelva, quiero encontrar el camerino vacío.

-¿Cree que es el único que ha sido herido? -preguntó la anciana con resolución-. Es usted un joven bellaco y arrogante.

-Y usted una vieja alcahueta entrometida -respondió sin alterarse-. Buenas noches, señora.

Más que enfurecerla, a la señora Florence pareció divertirle el insulto.

-Scott, tengo una información de gran trascendencia para usted. Niegúese a oírla y algún día lo lamentará.

Logan se detuvo en la puerta con aire desdeñoso.

-Correré el riesgo.

La señora Florence juntó ambas manos sobre la empuñadura del bastón y lo miró parpadeando.

-Madeline está esperando un hijo suyo. ¿Significa algo para usted?

Durante el silencio que siguió, la anciana lo observó escrutadora, dando la impresión de estar saboreando la perturbación que había provocado.

La mirada de Logan se clavó en la pared y el corazón empezó a latirle con una fuerza antinatural. Tenía que ser mentira, una invención más de Madeline para manipularlo.

Sacudió la cabeza como un loco.

-No. No significa nada.

-Ya veo. -La anciana lo atravesó con la mirada-. Sabe lo que le espera a Maddy. En una familia como la suya, el único recurso es que tenga el niño en secreto y lo entregue a manos extrañas. O eso, o abandonar a sus padres y ganarse el sustento para ella y su hijo por el mundo lo mejor que pueda. Se me hace impensable que alguna de las dos opciones pueda complacerle.

Se obligó a encogerse de hombros.

-Que haga lo que le plazca.

La señora Florence chasqueó la lengua.

-¿Declina cualquier responsabilidad sobre Maddy y su bebé?

-Sí.

La expresión de la señora Florence adoptó un expresión de desprecio.

-Según parece no es usted muy diferente a su padre.

La confusión de Logan dio paso a un arrebato de cólera y perplejidad.

-¿De qué demonios conoce usted a Paul Jennings?

Una de las manos de la anciana se separó del bastón y le hizo un gesto.

-Venga aquí, Scott. Deseo mostrarle algo.

-¡Vayase al infierno!

La señora Florence respondió a la tozudez de Logan sacudiendo la cabeza. Abrió su pequeño bolso de malla y extrajo una cajita lacada.

-Es un regalo... un trozo de su pasado. Le aseguro que no tengo ningún motivo para engañarlo. Venga, eche una mirada. ¿No siente ni un poquito de curiosidad?

-No tengo nada que ver con mi maldito pasado.

-En cambio yo lo tengo todo -contestó-. ¿Sabe?, los Jennings no son sus verdaderos padres. Usted les fue entregado porque su madre murió en el parto y su padre declinó cualquier responsabilidad sobre usted.

Logan se la quedó mirando como si estuviera loca.

-No tiene necesidad de mirarme así -afirmó la señora Florence con una ligera sonrisa-. Estoy en plena posesión de mis facultades.

Se acercó a ella muy despacio, mientras la inquietud crecía en su interior.

-Enséñeme su maldita baratija.

La señora Florence extrajo con cuidado un par de miniaturas enmarcadas en oro y colocó una en la palma de la mano de Logan. En ella aparecía retratada una niña no mucho mayor que la hija de Julia, Victoria. Se trataba de una criatura preciosa, con un gorrito rosa atado sobre unos largos rizos rojos. Logan miró la diminuta pintura con frialdad y se la devolvió sin hacer ningún comentario.

-¿No lo ve? -le preguntó la anciana, y le entregó la siguiente-. Quizás ésta se revele más esclarecedora.

Logan contempló a una joven encantadora, de rasgos marcados pero delicadamente proporcionados, cuyo pelo, oscurecido por destellos castaños rojizos, estaba recogido en la coronilla en una masa de rizos. La expresión era segura e insinuante y los intensos ojos azules parecían mirar directamente a Logan. Al examinar la miniatura, se dio cuenta de que era una versión femenina de su propia cara.

-Quiere que admita que hay un parecido -musitó Logan-. Muy bien, lo admito.

-Ella fue su madre -dijo la señora Florence con suavidad, recuperando la miniatura-. Se llamaba Elizabeth.

-Mi madre era, *es,* Mary Jennings.

-Entonces dígame cuál de sus llamados padres le trató con favoritismo, cuál de sus hermanos se le parece más. Apuesto a que ninguno. Querido niño, no perteneces a esa familia, nunca formaste parte de ella. Eres el hijo ilegítimo de mi hija... mi nieto. Quizá no quieras aceptar la verdad, pero tu corazón tendrá que reconocerlo.

Logan reaccionó riéndose con desdén.

-Necesitaré muchas más pruebas que un juego de miniaturas, señora.

-Pregúntame lo que quieras -respondió la anciana con tranquilidad. El actor cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda en la puerta cerrada.

-Bien -dijo la señora Florence mirándolo fijamente-, puedo ver que está lejos de significar una época agradable para ti. En parte, es culpa mía. Nunca debí haber creído a Rochester,

tendría que haberle exigido pruebas de tu muerte. Estaba demasiado absorta en mi dolor por la muerte de Elizabeth como para buscar al descendiente.

A Logan le daba vueltas la cabeza. Buscó a tientas una silla y se sentó. Oyó que llamaban a la puerta, así como la voz de un empleado que había venido a recoger la ropa para lavar y arreglar.

-Estoy ocupado -respondió-. Vuelve más tarde.

-Señor Scott, varios admiradores suyos desearían conocerle...

-Al primero que pase por esta puerta, lo mato. Dejadme en paz.

-Sí, señor Scott. -El empleado se marchó, y el camerino volvió a sumirse en el silencio.

-Julia tenía razón acerca de ti -observó la señora Florence, al tiempo que terminaba su brandy-. Una vez me dijo que no eras un hombre feliz. Ésta fue una de las razones por las que animé a Madeline para que te sedujera. -Encaró la mirada acusadora y asombrada de Logan sin inmutarse-. Sí, conocía su plan, aunque ignoraba las razones concretas del mismo. Pensé que podrías enamorarte de ella. No consigo ver cómo se le podría resistir ni el más endurecido de los hombres. Pensé que una chica como Madeline te haría feliz.

-¡Maldita sea por entrometerse en mi vida! -exclamó Logan de una manera salvaje.

Su furia no pareció impresionar a la señora Florence.

-Guarda la pasión para el escenario -le aconsejó-. Puede que cometiera un error, pero por más que gruñas y aulles no cambiarás nada. Logan consiguió recuperar el control de su carácter.

-¿Por qué ahora? -inquirió entre dientes-. Si algo de lo que ha dicho es verdad, y no me creo una palabra, ¿por qué acude a mí ahora? Ella le dedicó una sonrisa que tenía bastante de desafío.

-La historia se repite. Resulta irónico que acabes comportándote igual que tu padre y condenes a tu hijo a la misma vida que tuviste, sin nadie que lo proteja o satisfaga sus necesidades. Pensé que, al menos, debía ponerte al tanto de la verdad de tu pasado y darte la oportunidad de hacer lo único honorable para con Maddy.

-¿Y si no lo hago? -dijo con desprecio, notando cómo se le enrojecía la cara poco a poco-. No hay mucho que usted pueda hacer al respecto, ¿verdad?

-Si no te haces cargo de Maddy, lo haré yo. Tengo medios para garantizar que ella y el niño lleven una vida cómoda. La criatura es mi biznieto, y por supuesto que haré todo lo que esté en mi manos para ayudarlo... o ayudarla.

Logan sacudió la cabeza y miró de hito en hito a la anciana. Por frágil y pequeña que fuera, no había la menor duda de que poseía una asombrosa fuerza de voluntad.

-No es más que una vieja gallina correosa -dijo con brusquedad-. Apenas puedo creer que seamos parientes.

La señora Florence parecía estar leyendo sus pensamientos. Sus labios volvieron a curvarse en una sonrisa.

-Querido niño, cuando me conozcas un poco mejor, no te cabrá la menor duda. -Se levantó de la silla, se inclinó sobre el bastón, y Logan, sin pensarlo, se abalanzó para ayudarla-. Ahora me voy a casa. ¿Vienes conmigo, Scott... o ignorarás tu contribución al desaguisado?

La soltó y frunció el ceño. Por supuesto, lo honorable era casarse con Madeline y legitimizar al bebé. Pero verse a la fuerza en esa situación le resultaba, si no vergonzoso, sí indignante. Además, él nunca había sido un hombre especialmente honorable.

Miró con vehemencia hacia la botella de brandy, sintiendo la tentación de beber hasta perder el conocimiento.

-Te quedarás calvo si no dejas de pegarte esos tironcitos -dijo, con regocijo, la señora Florence.

Logan se dio cuenta de que había vuelto al hábito de tirarse del flequillo cuando estaba distraído. Dejó de hacerlo mascullando una palabrota.

-Tu orgullo está herido porque Madeline te engañó -observó la anciana-. Estoy convencida de que te costará mucho tiempo curar las heridas, pero si eres incapaz de mirar más allá de tus asuntos te darás cuenta de que hay una chica asustada que necesita que la ayudes...

-Sé cuál es mi deber -respondió de modo lacónico-. Lo que ignoro es si podré soportar el volver a verla.

La señora Florence frunció el ceño e, impaciente, tamborileó con el bastón en el suelo mientras Logan se dirigía a la mesa de maquillaje y tomaba un buen trago de la botella de brandy. Sentía la acuciante necesidad de castigar a Madeline, de humillarla como ella le había humillado a él y, sin embargo, la perspectiva de ir a verla ahora casi le hacía temblar de antemano.

-¿Me acompañarás? -volvió a preguntar la señora Florence. Logan dejó la botella y, con un leve movimiento, asintió.

-¿Le propondrás que se case contigo?

-No lo sabré hasta que haya hablado con ella -gruñó, buscando torpemente una camisa limpia-. Ahora, si no le importa, me gustaría cambiarme de ropa... sin espectadores.

Entraron en casa de la señora Florence en el momento en que las campanadas del reloj señalaban la llegada de la medianoche.

-¿Dónde está?-preguntó Logan.

-Necesita descansar -observó la anciana-. Le diré a la doncella que te conduzca a otro cuarto hasta una hora decente de la mañana.

-*¿Dónde está?* -repitió con resolución, dispuesto a ir cuarto por cuarto hasta encontrar a Madeline. La señora Florence suspiró.

-Arriba. La habitación al fondo del pasillo. Pero te lo advierto: si la Imolestas de alguna manera...

-Haré lo que me plazca con ella -replicó con frialdad-. Y espero que nadie me interrumpa.

Ante el golpe teatral, en lugar de preocuparse, la anciana puso los ojos en blanco y le indicó el camino con la mano.

Solo y a grandes zancadas, Logan recorrió la casa, que parecía estar llena, de arriba abajo, de un sinfín de antigüedades y recuerdos teatrales. Subió la escalera y encontró la habitación de Madeline. Cuando agarró el picaporte de latón, las expectativas le agarrotaban el pecho. Sintió la sangre correr a toda velocidad por sus venas, y la fuerza de su reacción le asustó... Tuvo la tentación de darse la vuelta y huir... pero parecía incapaz de soltar el pomo de la puerta. La mano apretó el bruñido metal hasta calentarlo.

Transcurrido un buen rato, Logan entró en la habitación. El único ruido que hizo fue el de la llave al girar en la cerradura. Distinguió la silueta del cuerpo acostado *y* la mata trenzada de pelo sobre la almohada. El pecho de Maddy se movía con un ritmo regular y profundo. De repente, le asaltó el vivido recuerdo de la respiración de Madeline sobre su piel, del cuerpo desnudo de la joven abrazado al suyo.

Se sentó en un silla, junto a la cama, incapaz de apartar los ojos de ella. Después de dos meses sumido en el aturdimiento, parecía que la vida volvía a su cuerpo. Pensó en poseerla en ese mismo instante: quitarle el camisón y, enterrado en la delicada carne, penetrarla antes de que estuviera totalmente despierta.

En la oscuridad, sentado a su lado, contempló su sueño durante horas. El más nimio movimiento de Maddy le fascinaba: la manera en que movía o cerraba los dedos, la cabeza, volviéndose sobre la almohada... Habían pasado tantas mujeres por su vida -eróticas, hábiles y apasionadas- y, sin embargo, ninguna le había interesado de aquella manera.

Se alegró de que el estado de Madeline hiciera necesaria una boda expeditiva. El que dependiera de su conveniencia, compensaría las burlas que tendría que soportar una vez que todo Londres se enterase de que había sido «cazado». Sin duda, se convertiría en el tema para muchos caricaturistas, que lo retratarían como un toro amansado, con un aro atravesándole las narices, conducido por una pastora embarazada... No, las burlas serían aún más crueles. A la gente le encantaba mofarse de los personajes públicos, y él era un blanco harto visible.

El pensar en lo que dirían sus amigos, en especial Andrew, le hizo emitir un gruñido de inquietud. Andrew, como buen bastardo despiadado que era, encontraría la situación tremendamente divertida. Antes de que Logan pudiera detenerse en el asunto de Andrew, o de Rochester y la cuestión de su parentesco, la pequeña figura de la cama empezó a moverse. Había amanecido.

Aunque Logan seguía en silencio, Maddy no tardó en ser consciente de que había alguien con ella en la habitación. Su respiración se modificó, y se volvió hacía él con un susurro adormilado. El ronroneo resonó en el interior de Logan, endureciéndolo y excitándolo y, sobre todo, haciendo aflorar todo su resentimiento. Había renegado del amor que sentía por ella considerándolo una locura pasajera, pero al parecer Maddy seguía ejerciendo el mismo poder sobre él. La deseó física y, lo que aun era peor, emocionalmente. Ella había hecho que perdiera la indiferencia natural que siempre le había mantenido a salvo. Nunca más volvería a guardar las distancias ni a sentirse superior a los demás. Madeline le había enseñado que era demasiado humano y, por tanto, vulnerable. Ésa era la verdadera razón de que quisiera castigarla de tantas formas que costase enumerarlas.

Madeline abrió los ojos ámbar y, desconcertada, se le quedó mirando fijamente. Logan esperó hasta leer en su cara que lo había reconocido, y sólo entonces se movió, inclinándose sobre ella e inmovilizándola.

Madeline se quedó sin respiración al sentir que Logan retiraba las sábanas y dejaba a la vista su cuerpo apenas vestido; el dobladillo del camisón se le había subido hasta la mitad de los muslos. La mirada azul y abrasadora de Logan recorrió su cuerpo encogido, y esto, junto con el frío de la habitación, hizo que se le endurecieran los pezones. La cabeza le daba vueltas y, agobiada, se preguntó si no sería todo un sueño. ¿Cómo había sabido que estaba ahí? La señora Florence debía de habérselo dicho.

La mirada de Logan acarició el pecho de Maddy y observó el suave vaivén de la respiración. Alargó la mano hasta uno de los suaves montículos, y con las yemas de los dedos tiró suavemente del delicado promontorio. La estimulación obligó a Maddy a reprimir un gemido. Los dedos de Logan se cerraron sobre el pecho en un apretón casi doloroso. Demasiado atónita para hablar, Madeline observó cómo los ojos azules de Logan se entrecerraban hasta convertirse en una par de brillantes rendijas.

Tras soltarle el pecho, Logan le tocó el vientre y pegó la palma de la mano a la superficie.

-Tan hermosa como te recordaba -dijo con aquella voz grave y sonora que Madeline tampoco había olvidado-. Supongo que es una especie de compensación por haberme encadenado a ti eternamente.

Los dedos se movieron hacia la suavidad de la hondonada que se abría entre los muslos de Madeline, que le agarró la mano temblando.

-Por favor -dijo de manera entrecortada-. Aquí no. Logan se soltó la mano de un tirón.

-El doctor Brooke te reconocerá hoy -dijo sin emoción-. Si confirma tu embarazo, te enviaré de vuelta a casa de tus padres y les comunicaré nuestra intención de casarnos. Obtendré una licencia especial y haré los arreglos necesarios. Todo debería quedar consumado antes de Año Nuevo.

Confundida, Madeline parpadeó. Él quería casarse con ella en tan sólo quince días. Pero todo era un error, pues quedaba claro por su expresión que la idea lo sublevaba.

-No es necesario hacer tal cosa -dijo Maddy-. No tengo ninguna intención de atraparte en el matrimonio.

-¿De verdad? -dijo Logan con calma-. Entonces, ¿por qué estás en Londres?

-Yo... deseaba hablar con la señora Florence.

-Y nunca imaginaste que ella acudiría a mí -dijo con un hiriente escepticismo.

-No, nunca lo pensé. No debería haberte dicho nada. La boca de Logan se torció burlona y la soltó. Sentado en el borde del colchón, contempló cómo Maddy se cubría con la sábana.

-Ojalá le hubieras concedido a otro la gran fortuna de acostarse contigo -se mofó-. Pero puesto que me elegiste a mí para tan especial honor, y ya que nos encontramos en esta deplorable situación, no tengo otra elección que casarme contigo. Si llega un hijo, será la única manera de que pueda garantizar su bienestar.

-Puedo conseguirlo yo sola. No tendrás que preocuparte ni de mí ni del bebé...

-Cariño, no pareces entenderlo. Me importa un bledo lo que te ocurra, pero quiero el hijo. Prefiero irme al cuerno qué abandonarlo a la clemencia de tu familia.

-No quiero casarme contigo -dijo con voz sorda-. Jamas podría vivir con un hombre que me odia.

-No viviremos juntos, tengo varias residencias. Una vez que nazca el bebé, podrás elegir la que quieras. Mientras tanto, pasaré la mayor parte del tiempo en el teatro, como siempre.

Madeline intentó imaginarse el arreglo comercial que le estaba ofreciendo. Se quedó helada al darse cuenta de que se estaba vengando de ella por el daño que le había inferido. No habría ternura, ni intimidad ni alegría compartida por el nacimiento del niño. Si él supiera que todavía lo amaba, lo utilizaría contra ella sin clemencia alguna.

-La respuesta es no -dijo-. No tienes que casarte con alguien a quien no amas sólo para garantizar el bienestar de la criatura. Cuidaré bien de él y jamás te negaré el derecho a verlo cuando...

-No te *estoy pidiendo* nada, Maddy. -Se mostraba escalofriantemente tranquilo-. Te estoy diciendo lo que va a suceder. Voy a tener todos los derechos imaginables sobre ti y el niño... porque voy a poseer tu cuerpo y tu alma.

-Nada me hará cambiar de opinión -dijo, sabedora de que vivir con su desprecio la destruiría-. No puedes obligarme a convertirme en tu esposa... -Se detuvo con un grito ahogado cuando, tras

tumbarla contra el colchón, le pasó un muslo por encima y se sentó a horcajadas sobre su cuerpo indefenso.

-¿No puedo? -preguntó, irguiéndose imponente sobre ella, dejándola sentir la dura presión de su excitación, mientras que con los dedos le apretaba los hombros hasta hacerla estremecer de dolor-. No tienes ni idea de lo que puedo hacer, cariñito. Conseguiré lo que quiera, cueste lo que cueste. También puedes facilitarte las cosas y rendirte sin oponer resistencia.

Madeline se revolvió furiosa bajo él, pero Logan pesaba al menos el doble que ella y sus músculos eran duros como el hierro. A cada movimiento del cuerpo, Madeline sentía aumentar la presión de la dura cresta del sexo de Logan contra ella. Finalmente cejó en su empeño con un grito ahogado de derrota.

-Además has de saber que vas a pagar por el problema que me has ocasionado -prosiguió Logan-. Dispondré de tu cuerpo a discreción. Y no esperes que sea como antes, ni de lejos te resultará placentero.

Madeline guardó silencio, haciendo todo tipo de planes desesperados. Encontraría la manera de desaparecer antes de que se celebrara la boda.

Logan le leyó los pensamientos sin dificultad, su boca se curvó en una fina sonrisa.

-Ni se te ocurra huir de mí, porque te encontraría y, cuando lo hiciera, lamentarías haber nacido.

Madeline bajó los párpados para ocultar los ojos. Resultaba agónico enfrentarse al proyecto de un matrimonio que no sería sino una burla de lo que podían haber tenido.

-Todo el mundo sabrá que he sido obligada a casarme -dijo con la esperanza de que cambiara de opinión.

-Sí, no me cabe duda de que los chismosos nos despellejarán vivos.

«También me castigaría por eso -pensó Madeline-. Si había una prueba de su determinación, era el hecho de que un hombre tan pagado de su imagen pública estuviera deseando con todas sus fuerzas parecer un idiota con tal de casarse conmigo.»

Logan la tenía agarrada por los hombros y le hacía daño. Madeline levantó las manos para alejarlo y apoyó las palmas contra su pecho.

-Pesas demasiado -dijo, arqueándose bajo su cuerpo-. Por favor..., suéltame.

Logan profirió un gruñido sordo porque el movimiento de las caderas de Madeline le estaba excitando. Se dejó caer hacia un lado con la intención de liberarla, pero, sin saber cómo, abrazó el cuerpo delgado de la chica y lo atrajo hacia él. Acurrucó un muslo entre los de ella y la superficie palpitante de su excitación se clavó en el vientre de Maddy. Con la boca cerca de su pecho, casi podía sentir la liviandad del seno sobre la mejilla, la punta aterciopelada en la lengua.

Los sentidos de Logan flotaron inmersos en placer. Ahora... *ahora...* el pulso le latía como el repicar de un tambor, urgiéndole a poseerla. El dulce elixir del aroma de Maddy le enloquecía; quería saborearla y tocarla por todas partes. Temblando, cerró la mano sobre su pecho, tan turgente y firme, y éste cedió deliciosamente bajo la presión de los dedos.

Oyó el sonido de protesta de Madeline, que sacudió el cuerpo y, de repente, la tentación se hizo demasiado poderosa para resistirla. Agarró el pezón con los labios y los dientes, humedeciéndolo a través de la delgada tela del camisón, sorbiéndolo con avidez, paladeando la dulzura de aquella carne. Extendió los dedos abiertos por el lateral del pecho y los deslizó hacia las costillas. Madeline se revolvió y dejó escapar un grito sordo. Intentó primero alejar la cabeza, luego cerró los dedos

sobre el pelo de Logan. Ambos cuerpos se tensaron con avidez, contorneándose en una lucha salvaje en pos de la satisfacción.

Logan bajó, arrastró la mano por el cuerpo de Maddy, llegó al vientre y se detuvo. Una vez allí, apoyó la palma de la mano donde Madeline portaba su descendencia. La idea de que su hijo crecía dentro de ella lo enfrió de golpe, transportándolo a la realidad. Rodó sobre el costado y se levantó de la cama.

-Vístete -ordenó con expresión ausente. Se dirigió hacia la puerta-. Mandaré llamar al doctor Brooke.

-Logan. -Que utilizara el nombre de pila le hizo tensar la espalda-. Quería decirte... que lamento lo que hice.

-En el futuro, aún lo lamentarás más -dijo con suavidad-. Cuenta con ello.

Por raro que parezca, no era el examen del doctor Brooke lo que Madeline encontró humillante, sino más bien la presencia en la habitación de Logan. De pie en un rincón, observaba lo que sucedía con actitud impasible, como si esperara que la afirmación de Madeline de que estaba embarazada se revelara falsa. Ella fijó la mirada en el techo, y se concentró en el dibujo de las molduras helénicas. En su interior, albergaba el desesperado deseo de estar equivocada, de que no existiera tal criatura. Pero la conciencia de llevar una vida en su interior era innegable y sabía cuál sería el diagnóstico del doctor Brooke.

Madeline se preguntó si Logan sería un padre solícito, o si la animosidad contra ella se extendería también al niño. No, no podía imaginar que fuera capaz de hacer responsable a una criatura inocente de algo que no había cometido. Quizás el tiempo lo ablandaría; era su única esperanza.

El doctor se alejó unos pasos de la cama, y la expresión grave y algo reprobatoria con que la miró hizo que se le cayera el alma a los pies.

-Señorita Ridley, de lo que revela mi examen y de lo que me cuenta acerca del flujo del último mes, diría que el niño llegará hacia finales de junio.

Madeline se cerró la bata con lentitud. Reacia a explicarle la situación, no se tomó la molestia de corregirle el apellido que le había atribuido. Para su tranquilidad, Logan también se abstuvo de mencionar el verdadero.

-Quizá la paternidad le venga bien -le dijo el doctor a Logan-. Le dará algo más en lo que pensar aparte de ese bendito teatro.

-Sin duda -murmuró Logan sin entusiasmo.

-Si desean que continúe como médico personal de la señorita Ridley, me gustaría proporcionarle una serie de instrucciones.

-Por supuesto.

Sintiendo una repentina claustrofobia, Logan salió de la habitación. La noticia del embarazo de Madeline no le hacía feliz. Para él, el bebé no era real; de hecho, nada de aquella situación se lo parecía. Sin embargo era extraño que, desde esa mañana, la furia que había sentido durante semanas se hubiera desvanecido de forma considerable. Ahora le invadía una sensación de alivio en la que no se tomó la molestia de pensar demasiado. Se frotó la nuca y bajó las escaleras en silencio mientras trazaba sus planes. Había mucho que hacer durante las dos próximas semanas.

La señora Florence, que esperaba al pie de la escalera, se lo quedó mirando expectante.

-¿Eran correctas las sospechas de Madeline? -Antes de que pudiera contestar, la anciana leyó la respuesta en sus ojos-. ¡Ah, qué noticia tan maravillosa! -Sonrió haciendo brillar de manera repentina su rostro-. ¿En qué estás pensando, qué te hace adoptar esa expresión tan huraña?

-Ojalá anoche, en lugar de prestarle oídos, la hubiera echado a patadas de mi camerino.

La señora Florence rió con sequedad.

-Imagino que Maddy tampoco estará muy complacida con mi intromisión. Me consolaré pensando que, algún día, ambos me lo agradeceréis.

-Si yo fuera usted, no me haría ilusiones al respecto... ¡abuela! -dijo, enfatizando la palabra con sarcasmo.

La anciana ladeó la cabeza y lo miró con ojos relucientes.

-¿Has empezado a creer mi historia?

-No creeré una palabra hasta que vaya a la hacienda de Rochester.

-Qué desconfiado eres -observó-. Sin duda se debe a la sangre de Rochester que corre por tus venas, porque yo siempre he sido optimista.

Durante el viaje de un día a Gloucestershire, Logan no tocó ni una sola vez a Madeline. Sentados uno frente al otro, la conversación fue esporádica y plagada de extensos silencios. A fin de preservar la intimidad, la doncella de Madeline, Norma, les seguía en un segundo vehículo.

-¿Cómo va el teatro? -preguntó Madeline.

Logan la miró de una forma que era defensiva y acusatoria al mismo tiempo, como si temiera que intentara burlarse de él.

-¿No has leído el Times! -contestó, devolviéndole la pregunta con ironía.

-Me temo que no. He estado recluida lejos del mundo mientras mis padres intentaban decidir qué hacer conmigo. -Arrugó la frente con preocupación-. ¿No va bien la temporada?

-No -respondió Logan de manera cortante-. Los críticos se lo han pasado en grande sacándole punta a sus plumas.

-Pero ¿por qué...?

-La culpa es mía -murmuró.

-No lo entiendo -exclamó Maddy desconcertada-. Durante los ensayos estuviste tan brillante, que pensaba... -Al darse cuenta de que las dos obras en cuestión habían sido estrenadas después de haberse ido de Londres, su voz se fue debilitando. Recordó entonces la extraña y ausente expresión en el rostro de Logan la mañana que lo había dejado y sintió que el remordimiento la desgarraba. Así que ésa había sido otra manera más de hacerle daño-. Estuviste muy enfermo, al igual que la mayor parte de la compañía -musitó-. Estoy segura de que tú y el Capital recuperaréis vuestra capacidad...

-No necesito que me busques ninguna maldita excusa -dijo con brusquedad.

-Por supuesto. Lo... lo siento.

Una expresión de desdén se instaló en el rostro de Logan.

-Odio tener que herir tu vanidad, cariño, pero mis dificultades profesionales nada tienen que ver contigo. Después de irte, me sorprendí de lo fácil que resultaba borrarte de mis pensamientos. Hasta anoche, cuando tu defensora, la señora Florence, vino a mi camerino.

La mejillas de Madeline ardían de humillación, que era lo que él había pretendido. Su contemplación produjo en Logan una punzada de satisfacción.

-Ojalá pudiera decir lo mismo, pero he pensado en ti día y noche, nunca me perdonaré mi comportamiento. Si tan sólo pudiera hacerte saber cómo me... -Se detuvo de golpe, consiguiendo detener el flujo de palabras condenatorias.

Logan apretó los dientes. Madeline se mostraba tan vulnerable que herirla no le divertía. Antes bien, resultaba irritante, le hacía sentir culpable r no sabía cómo arreglárselas con todo aquello.

Observó que Madeline cerraba los ojos y recostaba la cabeza contra el siento, separando los labios con un suspiro. De repente, contra la tapiceria de terciopelo marrón, la piel de Maddy adquirió el color de la tiza.

-¿Qué pasa? -preguntó Logan con brusquedad. Maddy sacudió la cabeza de manera imperceptible y contestó sin abrir |os ojos.

-Estoy bien -dijo a través de la tirantez de los labios-. Es sólo que veces me siento un poco... mareada. -El carruaje pasó dando tumbos por encima de un tramo desigual de la carretera, obligándola a apretar los labios.

Logan la miró con desconfianza, preguntándose si no estaría intentando despertar su compasión. No, estaba demasiado pálida como para fingir encontrarse enferma. Y, ahora que pensaba en ello, recordó que las láuseas matinales de Julia se habían prolongado durante los tres o cuatro primeros meses de embarazo, lo que la había obligado a ausentarse con frecuencia del teatro.

-¿Le digo al conductor que detenga el coche? -preguntó.

-No. Estoy bien... De verdad.

No lo parecía. Tenía mala cara y no dejaba de tragar saliva.

Logan frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre su muslo en tensión. Antes del viaje, había estado demasiado preocupado como para asegurarse de que Maddy desayunara. Que él supiera, estaba en ayunas.

-Llegaremos enseguida a Oxford. Allí nos detendremos en una posada y podrás cenar un poco.

Madeline sacudió la cabeza aun antes de que Logan tuviera tiempo de terminar la frase.

-Gracias, pero sólo de pensar en comida... -Se tapó la boca con la mano y respiró hasta que se le ensancharon las ventanas de la nariz.

-Llegaremos enseguida -dijo Logan, y alcanzó una licorera de cristal llena de agua de un aparador de caoba instalado en el carruaje. Humedeció un pañuelo y se lo entregó a Madeline, que murmuró unas palabras de agradecimiento y se apretó la tela contra la cara.

Al recordar que la señora Florence les había preparado una cesta con comida, Logan pasó el brazo por detrás el asiento para agarrarla. En su interior, encontró algunas piezas de fruta, una cuña de queso, rebanadas de pan negro y un pequeño pudín envuelto en una servilleta húmeda.

-Toma -dijo, acercándole un trozo de pan-, intenta comer algo. Madeline, sin fuerzas, retiró la cara.

-No podría tragar nada.

Logan se sentó a su lado y levantó el pan.

-Un mordisco, maldita sea. No quiero que me vomites en el carruaje.

-No estropearé tu precioso coche -dijo ella, bajando el pañuelo y mirándolo por encima del borde.

De repente, Logan sintió deseos de sonreír ante la rebeldía de Madeline. Volvió a humedecer la tela, la plegó y se la colocó a Maddy sobre la frente.

-Un mordisco -dijo con voz suave, mientras sostenía el pan frente a sus labios.

Maddy profirió un gemido que expresaba tanto desdicha como acatamiento, y masticó como si tuviera la boca llena de serrín. Por fin, logró tragar el pan y su cara denotó los esfuerzos por no vomitarlo. A Logan le pareció que empezaba a recuperar el color.

-Otro -dijo, inexorable.

Maddy comió lentamente. Parecía encontrarse mejor, hasta que desistió de seguir con un profundo suspiro.

-Ya estoy mejor. Gracias.

Entonces se dio cuenta de que la estaba rodeando con el brazo, sujetándola con firmeza contra su costado. Maddy mantenía la cabeza cerca de la parte interior del hombro de Scott, los pechos de ambos casi se rozaban. La posición era tan natural, tan cómoda, que hasta ese momento Logan no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Ella alzó la cabeza y le miró con unos ojos que parecían de ámbar líquido. Scott recordó los cuidados recibidos durante su enfermedad. No importaba qué otras cosas hubiera hecho Maddy, le había ayudado a vencer la fiebre y le había alimentado hasta conseguir que recuperara la salud. Hizo que se sintiera ilusionado y que saboreara un poco de felicidad.

Y después se lo había quitado todo.

Abrumado por la amargura, la soltó con brusquedad.

-Cuídate un poco más de ahora en adelante -dijo, volviendo a su sitio-. No tengo vocación de niñera.

Mientras el carruaje avanzaba por el tortuoso camino que llevaba a la hacienda familiar, Madeline se sintió aterrorizada. La propiedad estaba situada en mitad de las suaves colinas de Gloucestershire, rodeada de fértiles campos bañados por multitud de arroyos ricos en minerales. Las tierras de los Matthews resultaban bastante más impresionantes que la casa solariega, que parecía inoportunamente encajonada entre unas chocantes construcciones de inferior tamaño. Se habían erigido dos diminutas casitas de una y dos habitaciones destinadas a alojar al prolijo personal de servicio que exigían las necesidades de la familia, así como a las zonas de cocina.

Logan contempló la hacienda a través de la ventana, y no hizo ningún comentario al acercarse a la casa.

-A mis padres no les agradará la idea de nuestra boda -dijo Madeline estirándose la falda. Se había puesto un vestido sencillo e infantil.

A Logan le pareció que el corpino le apretaba demasiado el pecho y se preguntó cómo era posible que sus padres todavía no hubieran sospechado que estaba embarazada.

-Confío en que se sentirán más felices que si te casas después de enterarse de tu estado -dijo.

Madeline le contestó sin mirarlo.

-A mis padres no les gusta la gente relacionada con el teatro. Creo que preferirían morirse antes que ver a su hija casada con un actor.

-No me extraña que me escogieras -murmuró observándola con los ojos entrecerrados-. De ese modo no sólo podías deshacerte de tu virginidad, también conseguirías pillar a un hombre a quien tus padres encontrarían humillante.

-Nunca tuve la intención de que nadie supiera con quién me había acostado -dijo-. Pensaba mantenerlo en secreto.

Logan frunció el ceño y se tragó un hiriente comentario, recordándose a sí mismo que no era el momento de discutir. Sólo tenía un objetivo, y éste consistía en informar a los Matthews de lo que iba a suceder al cabo de dos semanas.

El carruaje y los escoltas se detuvieron ante la mansión. Logan le retiró la manta de viaje a Madeline y le ayudó a colocarse la capa. Después de atar la suave cinta de lana a su garganta, le agarró de la barbilla con los dedos. La miró fijamente a los ojos y tuvo buen cuidado de no apretar tanto como para dejar marca en la delicada piel.

-No deseo nada de ti -murmuró-. Nadie tiene que saber que vamos a ser unos cónyuges mal avenidos. Todo el que nos vea, incluidos tus padres, han de creer que las dos partes deseamos este arreglo. Una mirada de desdicha, el más leve indicio de que vas obligada al altar, y te retuerzo el pescuecito. ¿He hablado con claridad?

-No soy actriz -replicó Madeline poniéndose tensa-. No sé lo convincente que puedo resultar. Si esperas que entre en casa de mis padres y simule que soy feliz...

-Eso es exactamente lo que espero. -El lacayo, preparado para ayudarlos, llamó con suavidad a la puerta del carruaje, pero Logan ignoró la llamada-. Y pareces todo lo contrario -dijo, estudiando el rostro pálido y tenso de Madeline-. Sonríe. Intenta relajarte.

-No puedo. -Lo miró aterrorizada.

Mientras la contemplaba, se le ocurrió que ella iba a pertenecerle durante el resto de su vida. Ambas sangres se mezclarían en las venas de su vastago. Además de Logan, para la criatura resultaba primordial que nadie se diera cuenta de la verdadera situación entre ellos dos. Su orgullo exigía que Madeline se mostrara enamorada, se comportara como tal y aceptara la petición con aparente alegría.

Le ahuecó las manos alrededor de la cara y le atrajo la boca hasta la suya. La besó con toda la destreza de la que era capaz, deslizando la lengua, rastreando y acariciando la blandura de su interior, hasta que ella, impotente, le correspondió. Cuando levantó la cabeza, Maddy jadeaba con la cara enrojecida.

Retirándose, Logan la examinó sin pasión.

-Eso está mejor.

Tras ayudarla a bajar del carruaje, la condujo a través del sendero semicircular pavimentado que llevaba hasta la puerta principal. El lacayo ya se había adelantando a la carrera para llamar a los paneles color crema y anunciar su llegada. Desde la entrada de la casa les llegó una acogedora ráfaga de aire caliente.

Logan, aparentando solicitud, mantuvo el brazo alrededor de ella como forma de garantizarse que los Matthews quedaran impresionados. Aunque Madeline sabía que aquel brazo de apoyo no era más que una pantomima, lo agradeció. Se preguntó cómo reaccionarían sus padres ante las inminentes noticias. Logan Scott carecía del linaje aristocrático y de la herencia familiar necesarias. Además, sus padres habían dejado bien claro que un hombre que se ganase la vida con su trabajo, aunque fuera médico o abogado, jamás sería adecuado para ninguna de sus hijas. Un actor resultaba inconcebible.

Sus padres hicieron acto de presencia en la entrada con una expresión de horrorizado asombro. La palidez se había apoderado de los rasgos aristocráticos de la madre y la indignación le estrechaba aún más la nariz.

-¡Madeline, deberías estar con Justine!

-Ha habido un cambio de planes -intervino Logan, dando un paso adelante al tiempo que hacía una ligera inclinación-. Es un honor conocerla, lady Matthews.

Cuando vio que su madre le volvía la cara deliberadamente, retrocediendo un paso y negándole cualquier gesto de bienvenida, Madeline se estremeció.

-Señor Scott -dijo lord Matthews, mirando a la pareja con incredulidad-, mejor sería que pasáramos al salón, donde debería intentar explicarme esta situación.

-Sí, milord.

Lord Matthews se volvió hacia su hija con una mirada intimidatoria.

-Madeline, tú no. Debes irte a tu cuarto. Ya hablaré contigo más tarde. Madeline empezó a balbucir una protesta, pero Logan la interrumpió con suavidad.

-Madeline se quedará con nosotros, milord. Su presencia se hace necesaria, toda vez que vamos a hablar de su futuro.

-Como ya le dije una vez, Scott, yo me ocuparé del futuro de mi hija. Hace gala de una más que sorprendente desfachatez al venir aquí y entrometerse en una situación con la que ya no tiene nada que ver.

-Me temo que no es tan sencillo, milord.

Manteniendo el brazo alrededor de Madeline, siguió a los Matthews hasta el pequeño salón, atestado de muebles ingleses con respaldos rectos de caoba taraceada de amarillo y ocre y tapizados en tonos dorados. La única pintura de la pieza era un soso paisaje inglés.

Lady Matthews se sentó e indicó a los demás que hicieran lo mismo.

-Madeline, siéntate ahí -dijo resuelta señalando una silla algo alejada de la principal agrupación de muebles.

Logan sintió la tensión de Madeline. La tomó de la mano y la llevó hasta un pequeño sofá situado a su lado. Miró a lady Matthews, desafiándola en silencio a que protestara. La dama resopló por la nariz y le dirigió una gélida mirada.

Para algunos, lady Matthews era una mujer bien parecida, aunque carecía por completo de calidez y, alrededor de sus ojos y boca, no se detectaba ninguna de esas arrugas de relajación que suelen ser producto de la risa. En la frente sí que se distinguían, aunque débiles, dos nítidas arrugas horizontales que le conferían una apariencia resuelta y obstinada. Una vez adoptada una decisión, nada podía hacerla cambiar de opinión.

No le extrañaba que Madeline se hubiera escapado del colegio, desoyendo sus designios. Tampoco le asombraba que hubiera concebido un plan tan ridículo para frustrar la unión que habían acordado para ella. Podía imaginarse qué tipo de hombre era lord Clifton. Viejo, como había dicho Madeline y, sin duda, muy, muy respetable.

-Ahora, señor Scott -empezó lord Matthew, acariciándose la coronilla de su pelada cabeza y los pelos grises de la nuca-, ¿le importaría explicarme... por qué ha venido hasta aquí con nuestra hija? Se lo preguntaría a Madeline, pero dudo que sea capaz de decirme la verdad.

Parsimonioso, Logan acarició con el pulgar el pómulo ardiente de Madeline. El jadeo de indignación de lady Matthews le inundó de placer.

-Madeline acudió a mí para informarme de cierta circunstancia muy importante. Se sintió en la obligación de hacérmelo saber antes que a nadie.

-¿Y la circunstancia es...? -preguntó lord Matthews, que pareció sofocarse de improviso.

Logan tocó un rizo suelto en la sien de Madeline.

-Ella... nosotros... esperamos un hijo, señor. Según el doctor, nacerá en junio. -Se detuvo para asimilar sus reacciones de asombro y continuó con ritmo mesurado-. Como es natural, mi sentido del honor me exige que haga lo correcto con Madeline y el bebé. Por tanto, he venido para pedirle su bendición...

-¿Su sentido del honor? -le interrumpió una escandalizada lady Matthews, recalcando cada sílaba. Logan supuso que, de haber tenido un cuchillo a mano, se lo habría clavado encantada-. ¿Después de lo que le ha hecho a nuestra hija, tiene la desfachatez de afirmar que tiene sentido del honor?

-Él no tuvo la culpa -terció Madeline con ímpetu. Habría seguido hablando, pero Logan le puso la mano en la nuca y apretó para que se callara.

Logan mantuvo fija la mirada en lord Matthews mientras la hostilidad crecía en el salón

-Milord... creo que se puede resolver la situación a satisfacción de todos. Le doy mi palabra de que su hija será cuidada con esmero. Si me da su permiso, lo arreglaré todo para que la boda se celebre de inmediato...

-No es usted el hombre adecuado para casarse con ella -explotó lady Matthews-. Me he pasado años preparándola para que fuera la esposa de un hombre como lord Clifton, y todo para que un actor de teatro la haya echado a perder. Ya no puede caer más bajo, no es más que una...

-¡Agnes! -la interrumpió con brusquedad lord Matthews. Su esposa cerró con fuerza la boca y miró a Logan indignada. Lord Matthews volvió a centrarse en Logan.

-Señor Scott, aprecio la buena disposición a cumplir con su deber. Sin embargo, he de pensar en el asunto con detenimiento. A pesar del desafortunado estado de Madeline, también hemos de considerar lo más conveniente para la familia. Si mi hija se casa con usted, tendremos que afrontar una insoportable mala fama durante años. Estoy seguro de que un hombre como usted no es capaz de entender los efectos que esto tendría sobre los Matthews, pero la buena reputación es la esencia de nuestras vidas. Creo que resolveríamos el problema con más tranquilidad si no estuviera usted de por medio.

Al darse cuenta de lo que estaba diciendo Matthews, los labios de Logan se deformaron en una sonrisa de desprecio. Preferían entregar al niño y enviar a su hija al extranjero antes que darla en matrimonio a un personaje público como él. Se iría al infierno antes que dejar que se deshicieran de Madeline y la criatura como si no fueran más que un sórdido secreto.

-Puede hacer cuantas consideraciones desee -dijo con suavidad-, pero le aseguro, lord Matthews, que el niño nacerá con un apellido... el

mío. -Se levantó del sofá, dando a entender que la conversación se había acabado-. Es tarde -dijo con brusquedad-. Ahora me voy y, dentro de unos días, volveré para informarles de los preparativos que haya hecho. Madeline será mi esposa dentro de quince días.

La pareja se levantó como impulsados por un resorte, los dos farfullando amenazas y negativas. Desaparecida cualquier apariencia de cortesía, Logan los interrumpió sin alterarse:

-Una advertencia: mientras esté ausente, no le den ningún disgusto. Cuando vuelva, espero encontrarla bien descansada. -Cuando Madeline se levantó a su lado, bajó los ojos para mirarla-. Si tienes dificultades, envía a por mí -dijo.

-Sí... Logan. -Madeline consiguió esbozar una trémula sonrisa.

-Muy bien -dijo con dulzura.

-Señor Scott -interrumpió lord Matthews, la redonda cara brillándole con un rojo escarlata-, tengo que pedirle que no vuelva a poner un pie en mi hacienda.

-Muy bien -replicó Logan-. Así será después de que haya venido a recoger a Madeline.

-¿Piensa desafiarme? -le espetó Matthews, bravucón-. Scott, si me place, podría destrozarlo. Tengo amigos poderosos e influyentes...

-Yo también. -Ambos hombres se encararon en un silencioso enfrentamiento. Entonces, Logan habló en un tono tranquilo, casi conciliatorio-. No sea idiota, Matthews. Con esta boda gana más que pierde. A pesar de mis orígenes, creo que encontrará ciertas ventajas en el hecho de tenerme como yerno.

-¿Cómo cuáles? -inquirió lady Matthews altanera-. ¿Entradas gratis para el teatro siempre que queramos?

Logan sonrió con ironía y siguió mirando al padre de Madeline.

-Confío en que querrá lo mejor para su hija, milord.

Lord Matthews asintió con la cabeza a regañadientes y se volvió para acallar a su quejosa cónyuge.

Tras despedirse con un formal movimiento de cabeza, Logan se encaminó hacia la salida. Madeline lo siguió y lo alcanzó a pocos metros.

-Logan, ¿dónde vas a ir?

Él se detuvo y la miró con impaciencia.

-Iré a visitar a mi familia.

-¿Vas para hablarles de mí?

-Entre otras cosas. -Todavía no le había contado nada acerca de las afirmaciones de la señora Florence relativas a su parentesco. No tenía sentido hablarle de ello hasta que hubiera confirmado la historia; algo que esperaba hacer esa misma noche.

Madeline, nerviosa, se mordió el labio.

-¿Volverás?

Una sonrisa burlona atravesó la cara de Logan.

-Volando -prometió, y entonces se fue.

Camino de Londres, Logan llegó a Buckinghamshire a las diez y media de la noche, aunque estaba seguro de que Rochester todavía no se habría retirado. El conde nunca necesitaba más que unas pocas horas de sueño. Era como una vieja araña atareada, tejía sus redes hasta altas horas de la noche con la esperanza de atrapar a alguna presa infeliz al día siguiente.

Rochester tenía una innata habilidad para descubrir las debilidades de la gente y aprovecharse de las mismas. Como aquella vez que convenció a una mujer recién enviudada de que le vendiera la casa y las propiedades por una ínfima parte de su verdadero valor; o como aquella otra en que, sentado en el lecho de muerte de un pariente, lo abrumó hasta conseguir que firmara un nuevo testamento... con Rochester como principal beneficiario, claro está. Andrew le había contado esos y otros muchos casos, y ambos se habían reído, compartiendo de manera amistosa la repugnancia que les inspiraba la codicia del viejo.

El carruaje atravesó el pueblo cercano a la hacienda de Rochester y dejó atrás el patio de la iglesia, lleno de pétreos monumentos que honraban las hazañas de los Drake a lo largo de la historia. La idea de ser uno de ellos... ¡Dios, ser hijo de Rochester! Imaginarlo le ponía enfermo. Siempre había odiado al conde por ser un bastardo calculador. No podía ser verdad que la misma sangre contaminada corriera por sus venas. Resultaba aún más desagradable que ser hijo de Paul Jennings. II

Jennings no pasaba de ser un animal autocompasivo, pero Rochester era una especie de depredador que utilizaba a las personas para servir a sus intereses y que, una vez satisfechos, se deshacía de ellas.

El carruaje pasó al lado de una gran casa de campo rodeada de un muro de piedra tallada, la vivienda que había construido para los Jennings hacía varios años. Mary, Paul y sus tres hijos vivían allí con comodidad. Paul seguía atendiendo las tierras que tenía asignadas en la hacienda de Rochester. Ahora, sin embargo, contaba con la ayuda de un jornalero que atendía las obligaciones de Paul, pues éste se pasaba la mayor parte de la mañana completamente borracho. Logan mantenía a toda la familia con la condición de que jamás intentara visitarlo en Londres. No consideraba que fuera un precio muy elevado.

Llegaron a la gran casa solariega, la familiar silueta apenas resultaba visible en la oscuridad. Los Drake la habían construido tres generaciones antes con una elegante fachada de piedra y kilómetros de paneles de roble en el interior. Al igual que su actual ocupante, Rochester Hall poseía una elegancia grave y una apariencia de inexpugnabilidad absolutamente enigmática. Incluso las ventanas eran pequeñas y estrechas, como si pretendieran evitar cualquier intrusión.

Como conocía a la mayoría de los criados de Rochester Hall desde la infancia, Logan entró sin anunciarse, anticipándose a los intentos del ama de llaves de comunicarle su llegada al amo. Se dirigió a la biblioteca, donde el conde se hallaba absorto en un libro de grabados artísticos.

-Scott -dijo Rochester, levantando la vista del libro y mirándolo con los ojos entrecerrados-. Eres el último al que habría esperado ver aparecer a estas horas.

Momentáneamente paralizado en el umbral, Logan se vio asaltado por las dudas. En apariencia, él y Rochester no guardaban ningún parecido, a excepción de la estatura y la complexión. No obstante, había algo en la mandíbula del viejo -una implacable prominencia como esculpida-, en la inclinación agresiva de la nariz y en aquellos resueltos cortes que eran las cejas... ¡Dios mío! ¿Se parecerían en realidad tan poco como pensaba?

Ignorando un repentino martilleo en la cabeza, se adentró en la biblioteca.

-Por lo que parece, estos días estoy realizando un montón de visitas inesperadas -contestó, y se aproximó al libro de grabados que había en la mesa. Tras descubrir una delicada lámina del grabador de retratos inglés William Faithorne, acarició el canto del libro.

Con un gruñido, Rochester apartó la pieza con brusquedad.

-¿Has venido a lloriquear porque me he hecho con la colección Hais a pesar de tu desmesurada puja?

-Nunca lloriqueo, milord.

-Pues lo hiciste en aquella ridicula representación de Ricardo II a la que tuve la desgracia de asistir hace algunos años. Espero no volver a ver nunca más una interpretación tan plañidera y quejumbrosa.

-Interpreté el papel tal y como fue escrito -replicó Logan sin inmutarse.

-Dudo que fueran ésas las intenciones de Shakespeare al escribirla

-apostilló Rochester.

-Veo que está muy familiarizado con él, ¿verdad? -preguntó Logan, y el viejo lo miró con el ceño fruncido.

-Insolente desgraciado. Dime a qué has venido y lárgate. Logan lo examinó durante un buen rato, durante el cual sintió la urgencia insuperable de marcharse sin decir una palabra más.

-¿Y bien? -exigió Rochester, arqueando una ceja. Medio sentado en la mesa de la biblioteca, Logan apartó con indiferencia el libro de grabados para hacerse sitio.

-Tengo que hacerle una pregunta. Dígame, milord... ¿conoció en alguna ocasión a una tal señora Nell Florence?

Excepto por la mayor presión de los dedos sobre la lupa enmarcada en oro, Rochester no mostró reacción alguna.

-Nell Florence -repitió con lentitud-. El nombre no me resulta familiar.

-En otros tiempo fue actriz cómica en Drury Lañe.

-¿Debería esperarse que estuviera al corriente de un dato tan trivial?

-Miró a Logan sin pestañear, como si no tuviera nada que esconder. Sus ojos mostraron la misma expresividad que los de una trucha.

Algo se desmoronó en lo más íntimo de Logan cuando empezó a comprender que la señora Florence le había dicho la verdad. Sintió un doloroso vacío en el pecho y tomó aire para tranquilizarse.

-Es un consumado viejo mentiroso -dijo con voz ronca-. Pero ha dispuesto de años para perfeccionarse, ¿verdad?

-Quizá deberías contarme qué es lo que ha provocado que vengas a montar una pataleta en mi biblioteca. Algún pequeño chisme de la señora Florence, ¿eh?

Logan apretó las manos para evitar destrozar la mesa o cualquier otra

-No quiero nada de usted, ni un maldito chelín.

-Si es así como quieres que sean las cosas...

-Es lo que quiso usted desde el día de mi nacimiento -dijo Logan con amargura-. Estoy encantado de satisfacer sus deseos. Sólo tiene un hijo. Dios le libre de sus paternales atenciones.

-Me he portado perfectamente con Andrew -replicó el viejo-. Eres tú quien ha hecho de él el manirroto borracho en que se ha convertido. Logan, atónito, se le quedó mirando de hito en hito.

-¿Yo?

-No creas que ignoro la de veces que le has dado dinero. Con tus insensatos intentos de ayudarlo has empeorado el problema. Mientras alguien se haga cargo de sus deudas seguirá bebiendo y jugando.

-¿Preferiría que los tipos a los que debe dinero lo dejaran tullido? Mandarán a alguien a que le rompa todos los huesos del cuerpo... Y eso, si tiene suerte.

-Andrew tiene que afrontar las consecuencias de sus actos. De lo contrario, cuando yo falte, las deudas harán que acabe en la cárcel. Te agradeceré que no vuelvas a inmiscuirte en su vida nunca más.

-Encantado. -Algo aturdido, Logan se apartó de la mesa y se encaminó hacia la puerta.

-Scott -murmuró el viejo.

Logan se detuvo sin volverse. Esperó a que, en un tono reflexivo, Rochester hablara de nuevo.

-Siempre me he preguntado por qué escogiste el teatro. Habrías triunfado en cualquier otra cosa, te pareces mucho a mí.

-Tiene razón -dijo Logan con una voz cargada de desprecio hacia sí mismo. Se volvió hacia su padre. Horrorizado, comprendió que tenía en común con Rochester algo más que un parecido superficial. Egocéntricos y manipuladores ambos, preferían invertir su tiempo en el arte y los negocios antes que asumir el riesgo de cuidar de alguien-. Si tengo el tiempo suficiente, es muy probable que me convierta en un despiadado bastardo como usted. Y la razón de haber escogido el teatro es que no tenía otra elección: lo llevo en la sangre.

-Como tu madre. -Rochester lo estudió con atención-. Tengo que admitirlo: para mi intranquilidad, siempre te has parecido mucho a Elizabeth. Me imagino que eso hizo que Nell se fijara en ti.

Como alma que lleva el diablo, Logan se marchó sin responderle.

Sentada en una esquina de la cama con dosel de su cuarto, en medio de montones de ropa impecablemente doblada, Madeline inspeccionaba las montañas de baúles y cajas alineadas junto a la pared. La mayor parte de sus pertenencias estaban ya guardadas en maletas para ser enviadas a la casa londinense de Logan antes de la ceremonia. La boda tendría lugar en el salón de la misma al cabo de una semana. A pesar de la insistencia de los Matthews de que lo correcto era que la ceremonia se celebrara en la capilla de su heredad, Logan se había negado. Madeline sabía que intentaba controlar todos los detalles de la boda y que no permitiría ninguna intromisión.

-¡Madeline! -Justine, su hermana mayor, apareció en el umbral con los ojos bollándole por la excitación. Había vuelto a casa para ayudar con los preparativos de la boda, mientras que Althea, por desgracia imposibilitada para asistir a ella, ya que estaba con su marido en Escocia esperando el nacimiento de su primer hijo de un momento a otro, había enviado una cálida nota de felicitación.

-¡Está aquí -exclamó Justine-. Su carruaje se acerca por el camino.

Madeline sintió una punzada de nervios en el vientre. Aunque Logan había mantenido correspondencia con sus padres durante la última semana, a ella no se le había permitido leer las cartas. Acuciada por la incertidumbre de si Logan no cambiaría de idea respecto a la boda, había tenido problemas para comer y dormir.

-Debes acabarte la cena -le había dicho su madre la noche anterior-. Si adelgazas más, estoy convencida de que tu prometido intentará reconvenirnos por ello... Y, si lo hiciera, no dudes de que le pondría en su sitio.

Madeline fue hasta el espejo y estudió su aspecto, al tiempo que se alisaba la falda y se tiraba del corpino para colocarlo en su sitio. A pesar de haber perdido peso, los senos pugnaban contra la tela del vestido y tensaban las costuras que los contenían.

-Haz algo con el pelo -le aconsejó Justine con impaciencia-. Parece un nido de pájaros.

Madeline se quitó las pinzas y, de manera mecánica, se cepilló el pelo e hizo una trenza para recogérselo en un moño a la altura de la nuca. Justine se pegó a ella ante el espejo, y se acarició con delicadeza los rizos dorados, dejando unos diminutos bucles sobre la frente a los que dio forma con varios toques de saliva. Admirando su impecable reflejo, sonrió satisfecha.

Ya de niña, Justine había asombrado a la gente por aquella belleza blanca y dorada de porcelana, así como por una notable elegancia. Había sido el tipo de niña que jamás se portó mal, rompió los juguetes o se ensució los zapatos.

Tras ser presentada en sociedad y ser pretendida por los caballeros más cotizados de Londres, e incluso por algunos nobles franceses, acabó en brazos de lord Bagworth, un rico vizconde. Justine era, y siempre lo sería, el orgullo de los Matthews. En tanto que ella, Madeline, era la vergüenza de la familia.

Apremiada por Justine, Madeline clavó la última pinza y se pellizcó las mejillas para darles algo de color. Cuando bajaron las escaleras, Logan ya se encontraba en el salón, donde Agnes le recibió con la imprescindible cordialidad.

Logan aún estaba de pie cuando las dos jóvenes hicieron acto de presencia. Allí, en la otra punta del salón, parecía excepcionalmente grande; los hombros, anchos bajo el abrigo negro de corte perfecto; el cuerpo, inclinado y rígido, enfundado en un chaleco de brocado gris y pantalones marengo. Llevaba el pelo recién cortado y los rizos negros emitían sutiles destellos color caoba.

-Señor Scott -dijo Madeline, sin tener claro si acercarse o no.

Logan resolvió el dilema de inmediato alcanzándola en unas pocas zancadas y tomándole la mano. En lugar de besarle el dorso, le levantó la palma y apretó los labios contra la suave hondonada en un gesto de ternura e intimidad. Si lo hizo, por descontado, fue por sacar provecho de la presencia de la madre y la hermana. Aun así, el sentir la calidez de aquella boca contra su piel hizo que el corazón de Madeline se sobresaltara.

Logan se incorporó y contempló cada detalle del aspecto de Maddy desde la altura. El espacio entre las espesas cejas se contrajo.

-No has comido mucho -murmuró, demasiado bajo para que pudieran oírlo las otras mujeres.

-Tú tampoco -replicó Madeline. No le había pasado desapercibido que el cuerpo de Logan parecía ahora más estilizado, mostrando una delgadez en la que no había el menor atisbo de blandura que disimulara su fuerza salvaje.

Ante tal comentario, Logan sonrió con ironía y se volvió para ser presentado a Justine. Madeline le presentó también, con diligencia, a su hermana mayor, esperando sorprender la mirada de atemorizada admiración que aparecería a buen seguro en el rostro de Logan; los hombres siempre reaccionaban así ante Justine. Sin embargo, la incandescente belleza de la hermana no pareció impresionarle gran cosa.

-Un placer -musitó con indiferencia.

Un cierto resentimiento brilló en la luminosa mirada de Justine.

-Bienvenido a la familia, señor Scott. Espero que trate bien a mi querida hermanita.

-Lo intentaré, lady Bagworth. -Logan miró a Justine con un movimiento burlón de la ceja izquierda. Era evidente que aquella muchacha esperaba que quedara prendado de ella. Aunque atractiva, lo cierto es que Madeline, con unos rasgos más refinados y una calidez e inteligencia en la mirada de las que carecía su hermana, la superaba en belleza.

Logan pasó a interesarse por la madre de Madeline, Agnes, que estaba sentada en el lado opuesto de la habitación.

-Señora Matthews, me temo que no puedo quedarme más tiempo. Confiaba en que me permitiría quedarme a solas con Madeline unos minutos.

La petición pareció ofender a la dama.

-Como bien debe saber, las reglas del decoro exigen que hablen en presencia de un acompañante.

-Poco importa eso a estas alturas, ¿no le parece? -La respuesta, dicha con suavidad, provocó el enrojecimiento de Madeline y una risa tonta en Justine.

Agnes, ante la desvergüenza del comentario, frunció el ceño.

-Mientras estén bajo mi techo, señor Scott, insisto en que, por más rigurosas que le resulten, se atenga a mis normas de decencia. Por supuesto que puede hablar con Madeline, pero Justine hará de acompañante.

Y, con calma, salió majestuosamente de la habitación, no sin antes dirigir una mirada de inteligencia a su hija mayor.

Los tres se quedaron en silencio. Justine, dedicándoles una mueca y una compungida mirada, se retiró al extremo más alejado de la habitación. Se quedó junto a la ventana y fingió interesarse por lo que veía fuera, mientras Logan tiraba de Madeline hacia un rincón.

-Lo siento... -empezó a decir con tristeza Madeline, intentando disculpar la frialdad de su madre, pero Logan colocó un dedo sobre sus labios. Embelesada por la proximidad, se calló. El perfume de Logan le resultaba sumamente familiar, una varonil mezcla de lino, lana y piel aderezada con tabaco.

-¿Cómo te encuentras? -le preguntó Scott, bajando la mirada hasta el mojigato vestido de cuello alto y subiéndola después hasta la cara de Maddy.

Madeline se ruborizó.

-Muy bien, gracias.

-¿Sigues teniendo náuseas por las mañanas?

-Sí.

-Sólo durarán uno o dos meses más. Mientras tanto, intenta tener siempre algo en el estómago.

-¿Cómo es que estás tan versado en el tema? -se atrevió a susurrarle. El ramalazo de insolencia arrancó una sonrisa en Logan.

-Mi codirectora se ha ausentado a menudo a causa de la misma enfermedad.

-Entonces, nunca has... -empezó Madeline, incapaz de ocultar la preocupación.

-No -dijo Logan, mostrando una inusitada dulzura en la voz-. Eres la primera mujer con la que voy a tener un hijo. -Se metió la mano en el bolsillo y extrajo un pequeño objeto-. Dame la mano.

Madeline sintió cómo le deslizaba un frío y pesado anillo en el anular de la mano izquierda y fijó la mirada en el objeto. Era un brillante amarillo canario de al menos cinco quilates, rodeado de una serie de diamantes redondos y blancos que refulgían como si fueran de fuego. Asombrada por lo insólito del anillo, Madeline miró a Logan con los ojos como platos.

-¡Santo cielo! -La exclamación de Justine les llegó desde la otra punta de la habitación-. ¡Es tan grande como un huevo!

-Gracias -le dijo Madeline con la voz tomada-. No había visto jamás una cosa tan hermosa.

Logan se encogió de hombros con indiferencia.

-Si prefieres, lo cambiamos por otro.

-¡Oh, no... es perfecto! -Se quedó mirando con atención el reluciente brillante, intentando encontrar las palabras adecuadas para agradecérselo, pero ninguna le pareció apropiada.

Incapaz de reprimir la curiosidad, Justine se acercó a toda prisa.

-Madeline, déjame verlo. ¡Dios bendito, qué piedra más extraordinaria! ¿Puedo probármelo? -Antes aun de que la pregunta terminara de salir de sus labios, arrancó el anillo del dedo de Madeline y se puso a examinarlo con admiración-. ¡Impecable! ¡Y qué color tan espectacular! -Dirigió entonces una mirada de picardía a la pareja-. Diría que un presente como éste se merece algo más que un mezquino «gracias», Madeline.

¿No deberías recompensar al señor Scott con un beso? Después de todo, mamá no está... y yo no voy a decírselo.

Consternada e incapaz de interpretar su expresión, Madeline miró a Logan.

-El señor Scott es muy reservado... -dijo, pero Logan la interrumpió con una sonrisa maliciosa.

-No tan reservado, cariño. -Y deslizándole con suavidad las manos sobre sus mejillas, la sujetó mientras acercaba los labios a los suyos.

El ligero roce de su boca, la manera en que la saboreó como si fuera un manjar digno de degustación, hizo estremecer a Madeline. Era sólo una exhibición -se obligó a recordar- para convencer a Justine de que estaban enamorados; aunque no pudo evitar que le recorriera una oleada de placer. Cuando Logan se inclinó sobre ella, la desorientación provocada por el intenso deleite de sentir aquella boca contra la suya hizo que le temblaran las piernas y se inclinara sobre él.

Logan terminó el beso con un ligero empujón de los labios. Se apartó y la miró con detenimiento.

-Bien -se oyó la voz de una meditabunda Justine-, parece que mi hermana pequeña le gusta mucho, señor Scott. Pero una no puede evitar preguntarse qué es lo que ve un hombre como usted en un chica como ella.

Una mueca de ironía torció la boca de Logan. No había duda de que Justine estaba bastante celosa.

-Madeline reúne las cualidades que siempre he deseado en una esposa -replicó sin inmutarse.

-Es testaruda -observó Justine-. Sólo le deseo que tenga mejor suerte que mis padres a la hora de domeñarla.

-Justine -dijo Madeline, y miró a su hermana con las ojos entrecerrados-, no es necesario que hables de mí como si fuera una mascota desobediente.

Logan soltó una repentina risotada y, mientras conducía a Madeline hasta el sofá, ésta percibió una mirada de aprobación en sus ojos.

-Dejad las peleas para luego -murmuró-. No dispongo de mucho tiempo y me gustaría discutir algunos detalles relacionados con la boda.

-¿Te quedarás a cenar? -preguntó Madeline. Logan lo negó de inmediato con la cabeza.

-No tengo ninguna intención de someter a nadie, y menos a mí mismo, a la prueba de mantener una charla trivial en la mesa de los Matthews.

-Quizá sea lo más prudente -observó Justine con malicioso regocijo-. Que nuestra madre lo desaprueba a usted no es ningún secreto. Es una lástima, no obstante... Tengo la sensación de que sería un comensal de lo más divertido, señor Scott,

-Eso le corresponde decirlo a su hermana -contestó Logan, mirando a Madeline de una manera que le recordó la última vez que habían cenado juntos... y la noche de pasión que le había seguido. Parecía empeñado en divertirse a costa de su desasosiego.

A Dios gracias, la conversación se desvió a temas más mundanos, pues Madeline se veía incapaz de concentrarse en la boda. La cabeza le zumbaba de tanto darle vueltas a las cosas. Al cabo de una semana se convertiría en la esposa de Logan y, si él la deseaba, volverían a compartir cama. Le había advertido que ya no sería tan placentero como antes. Ella supuso que se refería a que Logan nunca volvería a preocuparse de que sintiera placer; o, quizás, incluso a que le haría daño... Aunque no terminaba de creer que fuera capaz de semejante cosa. A pesar de su genio, Logan no era un hombre cruel.

Agnes regresó para participar en la conversación sobre los detalles relativos a la boda. No opuso apenas objeciones a los planes de Logan, excepto cuando se pasó a discutir el atuendo de su hija. No habría fuerza sobre la Tierra-aseguró a Logan- que la obligara a permitir que Madeline vistiera de blanco.

-Sería un acto de suprema hipocresía -afirmó con rotundidad-. Madeline ha perdido el derecho a semejante privilegio. Logan la miró a los ojos sin pestañear.

-Cuando la conocí, Madeline era inocente. Tiene derecho a vestir de blanco durante la boda.

-Cuando realicéis los votos ante Dios, Madeline no irá vestida con el color de la pureza. Sería una blasfemia. No me sorprendería que un rayo atravesara el techo.

Logan torció la boca en un mueca sarcástica.

-Aunque no soy un hombre religioso, sospecho que el Señor tiene otras cosas de las que preocuparse que no tienen nada que ver con el color del vestido de Maddy.

-Maddy -repitió Agnes y sacudió la cabeza en señal de desagrado por el diminutivo-. Le agradecería que no llamara a mi hija con un nombre que parece más propio de una posadera...

-Madre -la interrumpió Justine, colocando la mano sobre sus estrechos hombros con ánimo tranquilizador.

Ya calmada, su expresión eran tan sombría como una nubarrón. Madeline hizo acopio de valor y le tocó el hombro a Logan con suavidad.

-Por favor -dijo en voz baja-. Madre tiene razón, no debería ir vestida de blanco.

Aunque era evidente que a Logan le habría gustado discutir, frunció el ceño y no contestó, dejando que el silencio sirviera de conformidad.

-Gracias -dijo Madeline, sintiéndose inundada por una oleada de alivio.

-Me importa un bledo si asistes a la ceremonia completamente desnuda -murmuró-. Me gustaría terminar con este maldito asunto para poder continuar con mi trabajo.

Agnes, no pudiendo evitar oír el comentario, se puso rígida y miró a Logan, mientras Justine intentó calmarla una vez más.

Madeline bajó la vista hasta su regazo. Sabedora de que Logan siempre antepondría el Capital a cualquier otra cosa en su vida, entendió su impaciencia. Ningún simple mortal lograría elevarse jamás por encima de su amado teatro.

Resuelto el problema del atuendo nupcial, la conversación no tardó en llegar a su fin y Logan se marchó. Después de su partida, la mezcla de nervios y excitación que la habían atenazado empezó a debilitarse. Algo deprimida, volvió a su habitación para continuar haciendo el equipaje acompañada por Justine.

-¡Qué hombre tan extraordinario! -exclamó Justine tan pronto cerraron la puerta del dormitorio-. ¡Qué apostura... y esos ojos azules! Sin embargo, encuentro que lo más estupendo es su voz; con ella podría seducir a cualquier mujer... incluso únicamente enumerando ecuaciones matemáticas.

Al escuchar los comentarios de admiración de su hermana, Madeline fue consciente de un titilante sentimiento de orgullo. Justine siempre la había tratado con una mezcla de afecto y condescendencia, y ahora, por primera vez, detectaba un atisbo de envidia en su voz.

-Menuda descarada has resultado ser -concluyó Justine-. Ni Althea ni yo podíamos creerlo cuando nos enteramos de que te habías escapado del colegio y habías tenido un aventura con Logan Scott. Me parece divino. Claro que es una pena que te cases con un hombre que está tan por debajo de ti.

Madeline se tensó.

-No considero que esté por debajo de mí en ningún aspecto.

-Ése es el espíritu correcto. Debes aparentar como si ni siquiera fueras consciente de su baja cuna. -Justine se inclino hacia delante, los ojos rebosantes de una viva curiosidad-. Scott parece un hombre muy viril. Supongo que es un auténtico maestro, ¿no? ¡Cuéntame cómo fue, Madeline!

-No podría -protestó la interpelada, sobresaltada por la pregunta-. Es algo íntimo.

-Pero soy tu hermana y puedes confiarme cualquier cosa. Habíame del señor Scott y, a cambio, te contaré algo que te encantará saber acerca de lord Bagworth.

Madeline recordó al instante al bajito y abotargado marido de Justine y esbozó una sonrisa.

-Justine... perdóname, pero no supone un gran aliciente.

-Bueno. -Su hermana mayor se recostó y la miró enojada-. Puede que lord Bagworth no sea tan gallardo como el señor Scott, pero tiene contactos en la alta sociedad que superan a los de tu marido.

-Estoy segura de que así es -replicó Madeline conteniendo la risa. No hubiera esperado semejante reacción de su hermana. Se había mostrado siempre tan satisfecha, e incluso petulante, por haberse casado con un hombre con título, con una inmensa hacienda, una bonita casa en Londres y una veintena de sirvientes que la atendían... Pero Logan Scott era aún más rico. Y, tal como había admitido Justine, muy apuesto. A Madeline no le importaba que no tuviera ni una gota de sangre azul en sus venas. Logan era el hombre más fascinante y de mayor talento que jamás había conocido y no podía pedir un marido mejor. De hecho, lo único que deseaba era llegar a ser digna de él.

Una semana más tarde, sobre el brillante parqué del salón de Logan, y rodeados He la colorista profusión de pinturas, contrajeron matrimonio. Madeline apenas fue consciente de la presencia, tras de ellos, de su familia: los padres, su hermana Justine y lord Bagworth.

Los únicos invitados de Logan a la ceremonia fueron el duque y la duquesa de Leeds y, cosa curiosa, la señora Florence. Medeline no lograba entender el interés que había mostrado Logan por que estuviera presente la anciana. El trato entre ambos era tanto cortés como receloso, aunque Madeline tuvo la sensación de que los dos compartían un secreto que nadie más tenía el privilegio de conocer. Tal vez algún día conseguiría averiguar qué entendimiento se había producido entre el uno y la otra, y por qué ambos parecían disfrutar de un mayor conocimiento de la situación que cualquier otro de los asistentes.

Logan respondió con monosílabos a las preguntas del clérigo. La expresión de su rostro era dura aunque serena: el semblante de un actor habituado a enmascarar las emociones. Madeline estaba segura de que aquella situación sublevaba el orgullo de Logan. Nunca debía de haber soñado con verse obligado a casarse algún día con una mujer por la que sintiera tan vivo resentimiento, pero ella, aunque de manera involuntaria, le había forzado a ello. Si bien Madeline había intentado arrostrar la responsabilidad del embarazo por sí sola, en alguna parte de su corazón

había sabido que, una vez enterado, Logan no sería capaz de ignorar la existencia del niño. Unas lágrimas no derramadas, fruto del arrepentimiento y la vergüenza, le ardieron en los ojos.

Cuando el clérigo los exhortó a amarse y honrarse mutuamente y los animó a proferir las promesas que los atarían de por vida, Logan miró a Madeline y vio sus lágrimas. Entonces se le tensó la mandíbula hasta que los músculos le temblaron. Tras ser declarados marido y mujer, Logan selló la ceremonia con un frío beso en los labios de Madeline.

A continuación, los invitados se sentaron para dar cuenta de una comida de ocho platos en el espectacular comedor, una pieza recubierta de mármol y columnas corintias doradas. El techo estaba pintado con una escena de La tempestad, de Shakespeare, y desde el techo bajaban por las paredes gavillas ornamentales de yeso italiano.

Sentada en el extremo opuesto de la larga mesa, Madeline apenas vislumbraba a su marido a través de la cristalería y los candelabros de oro dispuestos entre ambos.

A todas luces, la belleza y el lujo del entorno tenían impresionados a sus parientes. La llegada de los carísimos vinos servidos en copas de cristal y las bandejas de especialidades francesas aligeraron de forma notable el ambiente.

El marido de Justine, lord Bagworth, manifestó con entusiasmo la exquisita selección de las cosechas.

-Scott, he de decirle que para un hombre que jamás recibe en su casa, interpreta el papel de anfitrión a la perfección.

Antes de que Logan pudiera contestar, la madre de Madeline aprovechó el momento para levantar la vista de su plato fileteado en oro y comentar con acritud:

-Tan sólo queda desear que el señor Scott desempeñe el papel de esposo responsable con idéntica destreza.

Al haber sido dicho con cierta ligereza, el comentario bien podría haberse interpretado como una broma amistosa; no obstante, la desaprobación de Agnes no podía haber quedado más patente.

Mientras esperaba la respuesta del aludido, Madeline se puso tensa. Para su consuelo, Logan contestó sin inmutarse.

-Confío en que no tendrá quejas al respecto, lady Matthews... Ni tampoco mi esposa.

-Por supuesto que no -contestó Madeline. Comoquiera que no había hablado durante la mayor parte del día, su comentario concitó sobre sí la sorprendida mirada de muchos de los comensales. Continuó hablando en un tono significativo-. Estoy segura de que mi madre ha querido decir que confía en que las elevadas expectativas que ha depositado en usted quedarán plenamente justificadas, señor Scott.

-Sé lo que ha querido decir -aseguró Logan con un destello de regocijo en sus ojos azules, el primero que Maddy había apreciado aquel día.

La comida tocó a su fin con un plato de queso, vino y fruta y, acto seguido, los caballeros pasaron a disfrutar del oporto y los gruesos cigarros, mientras las damas se retiraban para tomar el té y conversar. La duquesa de Leeds aprovechó que las dos se sentaron en unas sillas algo apartadas del resto para hablar con la novia en privado. Era la primera vez que se veían desde que Madeline se había marchado del Capital.

-Enhorabuena, Maddy -dijo Julia-. Deseo que seáis muy felices en vuestro matrimonio.

Madeline respondió con una lánguida sonrisa.

-Si consideramos el comienzo, no veo cómo va a ser posible. Julia chasqueó la lengua compadecida.

-El vuestro no es el primer matrimonio que empieza bajo unas circunstancias no del todo perfectas... ni tampoco el último. Creo que el tener una esposa y un hijo beneficiará a Logan en aspectos que ni siquiera sospecha.

-Nunca me perdonará por lo que hice -dijo Madeline-. Y no le culpo.

-Tonterías. Estoy segura de que eres consciente de que Logan te sigue amando, Maddy. Sólo tiene miedo de volver a confiar en ti. Espero que tengas paciencia con él, lo cual, creo, no será fácil. Su terquedad agotaría la paciencia de un santo, la verdad. -Su actitud se hizo más animosa y alentadora cuando añadió-: No sé si Logan te lo ha dicho ya, pero me ha pedido que te ayude a organizar un baile para antes de un mes.

-¿Pero para qué?

-Para presentarte a todo Londres, claro.

A Madeline, consternada, se le retiró la sangre del rostro.

-Pero todo el mundo estará pendiente de mí y murmurarán...

-No importa lo que digan -le aseguró Julia-. Créeme, durante Ios años he sido objeto de chismes y rumores, y ahora que estás casada con un hombre tan popular como Logan tú también lo serás. Te acostumbrarás al cabo de un tiempo.

La señora Florence se les acercó y se sentó tras rechazar el ofrecimiento de Julia a ayudarla. El vestido azul oscuro ribeteado con hileras superpuestas de encajes, así como las sartas de gruesas perlas alrededor de muñecas y cuello, le conferían un majestuoso aspecto. Intercambiaron algunos comentarios elogiosos acerca del servicio y la magnificencia de la propiedad de Logan.

-En lo tocante a las cuestiones económicas, los actores se muestran especialmente incapaces -observó la señora Florence, mientras contemplaba el lujoso entorno con un inexplicable brillo de orgullo en la mirada-. Al parecer tu marido es una excepción a la norma, Maddy. Eres una mujer muy afortunada.

-Soy afortunada por muchas razones -contestó Madeline con una sonrisa forzada que no engañó a sus dos acompañantes.

-Sí, sí que lo eres -asintió la señora Florence en voz baja, y el afectuoso regocijo de sus ojos acusó las patas de gallo.

Madeline respiró profundamente y se relajó un poco. Era extraño que aquellas dos mujeres fueran capaces de proporcionarle el consuelo que su madre o sus hermanas ni siquiera habían intentando procurarle. Dejándose llevar por sus impulsos, buscó la mano de la señora Florence.

-Señora, gracias por asistir a mi boda. Su presencia me ha hecho el día más fácil.

-Debo decir que por nada del mundo me hubiera perdido tu boda con el señor Scott. Me has abierto muchas puertas, y estoy segura de que ni siquiera imaginas de qué naturaleza. -La señora Florence parecía complacida por la expresión de extrañeza de las dos jóvenes.

-¿Qué puertas? -preguntó Julia, y se rió al tiempo que sacudía un dedo admonitorio hacia su amiga-. Parece el gato que se comió el queso. Y he de saber por qué.

-Quizás algún día -respondió, apacible. Después de esto, la señora Florence no volvió a hablar, se limitó a beber de su taza de té y a seguir contemplando la estancia con evidente satisfacción.

Madeline no se enteró de la marcha de los invitados, que tan sólo parecían haberse dispersado hasta no quedar más que los criados que, eficientes, retiraron cualquier rastro de la boda. Y Logan, inquietantemente tranquilo ante la presencia de Madeline en su casa. Sin prisas y estirando las piernas, se sentó a la mesa y terminó de fumarse un puro. Madeline ocupaba un sofá cercano, todavía vestida con el traje de boda, un vestido rojo claro adornado en el cuello y las muñecas con rosas de un tono más oscuro.

De no haber sido por la tensión nerviosa, habría disfrutado de estar allí sentada, con el terroso olor del puro flotando a la deriva hasta ella. En ese momento, finalizada la dura prueba de las charlas triviales, un dichoso silencio envolvía la casa. Sin embargo, aún faltaba por llegar otra terrible experiencia, cuyo momento y realización dependían por completo de Logan.

Logan miró a Madeline con distanciamiento, de la misma manera que podría contemplar una pintura o una escultura. Ella tuvo la certeza de que la afirmación de Julia de que aún la amaba era del todo falsa. Ningún hombre podría mirar a la mujer amada como si fuera una mera propiedad, que pudiera coger o rechazar a voluntad. Pensó en cien maneras de iniciar la conversación y las descartó todas. Qué extraño resultaba que los silencios entre ellos hubieran sido en otro tiempo tan agradables, cuando ahora resultaban tan tensos y forzados.

-Se te ha preparado una habitación -dijo al fin Logan sacudiendo la punta del cigarro sobre un cenicero de bronce-. Uno de los sirvientes te mostrará el camino hasta arriba.

-Entonces, no vamos a compartir...

-No. Ocuparemos cuartos separados. Como sabes, suelo entrar y salir a horas poco convencionales. Si dormimos en camas separadas, no perturbaré tu descanso.

«Yyo no perturbaré tu intimidad», pensó Madeline, pero se mordió la lengua.

-Es muy considerado por tu parte -murmuró al levantarse. Logan hizo lo propio, todo un cortés anfitrión de pies a cabeza.

-Por supuesto, me reservo el derecho a visitarte de vez en cuando -apostilló.

Madeline, guardando la compostura con gran esfuerzo, asintió.

-¿Y esta noche? -preguntó con un ligero temblor en la voz. Los ojos azules de Logan, brillando a través de una espesa nube de humo, no mostraron expresión alguna.

-Cuando estés lista para acostarte, ven a mi habitación.

-Muy bien. -Madeline tragó saliva con dificultad.

Tan pronto hubo traspasado el umbral, Logan volvió a sentarse. Madeline, ya fuera de su vista, siguió sintiendo la mirada de Scott, como si el calor de la misma le hubiera dejado una marca en mitad de la espalda.

La habitación añadida a los aposentos privados de Logan se había agrandado hasta el doble de su tamaño tirando una pared. Un reluciente brocado en oro y blanco cubría las paredes. Formando artísticos grupos, se habían colgado varios óleos enmarcados en pan de oro. Uno representaba a unos niños jugando y algunos más eran escenas domésticas de mujeres y niños.

Disfrutando de lo femenino de la decoración, Madeline paseó por la habitación sin que ninguno de los cambios efectuados escapara a su atención, incluyendo el reloj de oro de la repisa de la chimenea, el complicado encaje de la colcha de seda color crema y el costurero de taracea con incrustaciones de nácar.

Aunque todavía no había llamado a ninguna doncella, apareció una para ayudarla a quitarse el vestido de novia. Ya con el camisón de cuello alto, Madeline se sentó ante el tocador, y mientras la sirvienta le cepillaba los largos rizos castaños, se sumió en sus pensamientos.

La criada le dijo algo, y Madeline levantó la mirada con una sonrisa nerviosa.

-¿Qué? -preguntó-. Me temo que estaba distraída.

-Le preguntaba si necesita algo más, señora Scott.

-Señora Scott -repitió Madeline con una sonrisa titubeante-. Eres la primera persona que me llama así.

La doncella le devolvió la sonrisa e hizo una reverencia antes de abandonar el cuarto.

Madeline se quedó mirando con detenimiento su tez cenicienta y, de inmediato, se palmeó y pellizcó las mejillas para que el color afluyera a ellas. Estaba segura de que no había motivo para temer a Logan. Daño no le iba a hacer, aunque no fuera más que porque llevaba a su hijo en las entrañas. Por otro lado, podía hacer cosas que la desagradaran en sobremanera. Ahora era su marido, y ella estaba completamente a su merced. Nadie iba a intervenir en su nombre, tanto si Logan escogía ser cruel como todo lo contrario.

Madeline se puso en pie y examinó la larga hilera de botones que cerraban por delante la bata blanca de lino. Alzó la barbilla con resolución y salió de la habitación.

El dormitorio de Logan, sólo unas cuantas puertas más allá, estaba envuelto en la parpadeante luz de la chimenea. Scott se encontraba medio tumbado en la cama, apoyado en el cabezal con las manos enlazadas tras la cabeza morena. Desnudo, la sábana definía con angulosa claridad la excitación del cuerpo. El brillo del fuego hacía refulgir su cara como si fuera de metal recién rundido. Tras acercarse a la cama, Madeline se detuvo a escasos metros al oír el profundo sonido de la voz de Logan.

-Quítate la ropa. Lo miró confundida.

-Vamos -murmuró, los ojos le brillaban como los de una fiera acechante.

Madeline entendió lo que quería e intentó complacerlo, pero tenía los dedos rígidos. Logan, silencioso y atento, aguardó con paciencia forzada. La torpe mano de Maddy iba liberando los diminutos botones de los ojales de seda y, cuando terminó, sacó los brazos de las mangas y dejó caer la bata al suelo. Se quedó sólo con el fino camisón. Al darse cuenta de que la luz procedente del fuego atravesaba la tela e iluminaba cada detalle del cuerpo, sintió que la piel le ardía.

-El resto -dijo inexorable Logan.

Lo miró con la cara tensa y levantó los brazos para desabrochar los cierres de la nuca. La sensación de ser una propiedad, un objeto en exhibición, se le antojó insoportable. Si Logan quería humillarla, lo estaba logrando. Estrujando la delicada tela con las manos, empezó a tirar del camisón por encima de la cabeza y dudó... No podía.

-Vamos -le llegó repentinamente la voz espesa de su marido.

Conteniendo la respiración, Madeline obedeció con resolución; levantó por completo el camisón y lo dejó caer al suelo. El aire frió pareció penetrar cada poro de su piel, poniéndole la carne de gallina y encogiéndole los pezones hasta convertirlos en unas endurecidas puntas. Sintiendo la boca seca, permaneció frente a él con las manos apretadas contra los costados, mientras Logan la contemplaba.

-Te-tengo frío -susurró desesperada, anhelando algo, cualquier cosa, que pudiera utilizar para cubrirse.

-Ya lo veo -replicó Logan sin desviar la mirada del pecho de su esposa. Sacando las manos de detrás de la cabeza, retiró la sábana y le hizo un gesto para que se metiera en la cama.

Madeline no pudo evitar, al dirigirse hacia él, cruzar un brazo sobre el pecho, la mano contraria ocultando la sombra del pubis.

El gestó pareció divertir a Logan, cuya respiración, cada vez más agitada, se le hizo audible a Maddy al llegar a la cama.

-No hace falta que seas recatada, cariño. Antes de que termine la noche no te quedará ningún secreto.

Cuando gateó por el colchón y se tumbó sobre el lino suave y terso le castañeteaban los dientes y tenía agarrotados todos los músculos del cuerpo. La mano grande y caliente de Logan, deslizándose sobre su cadera, hizo que Maddy se estremeciera. En contra de lo que temía, cuando la atrajo hacía él, fue muy dulce, casi impersonal. Con la pericia de un escultor, las yemas de los dedos de Logan siguieron, dulces y livianas, cada pliegue de su piel.

Pero en la forma de tocarla había cierto distanciamiento, y Madeline se dio cuenta que el apasionado amante que recordaba había sido sustituido por un extraño calculador. Le hacía el amor en un sentido puramente físico, guardando las emociones bajo llave con decisión. Si al menos pudiera simular indiferencia... Pero cuando la boca de Logan encontró la dolorida punta de su pecho y deslizó las manos entre sus muslos, Maddy no pudo reprimir un gemido de placer. Los dedos de Logan se hundieron en la mata de rizos sedosos, separaron los tiernos labios y rozaron la creciente humedad.

Madeline se revolvió, bajo sus caricias, arqueando el pecho ante los persistentes tirones de la boca de Logan, sintiendo que la pasión crecía más y más. Las palabras temblaron en el borde de sus labios, obligándola a emplear toda su voluntad para evitar que se vertieran. Te quiero..., te quiero... Pero él no quería su amor.

En el preciso instante en que el éxtasis desgarrador empezaba a recorrer su cuerpo, Logan se retiró. Agobiada por un intolerable dolor, Madeline protestó con un gemido y alargó los brazos hacia él, obteniendo como única respuesta el verse empujada contra el colchón. Percibió el perfil de la cabeza y los hombros de Logan sobre ella y por un momento temió que intentara dejarla así, avergonzada y temblorosa por la necesidad.

-Por favor... -empezó, y su voz le sonó ajena.

-Silencio. -Logan le tocó los labios con los dedos, que llevaban el aroma íntimo de Maddy.

Madeline se mordió el labio. Tendida, inmóvil, su tórax subía y bajaba con rapidez. Al sentir la boca caliente de Logan justo debajo del pecho, bajando hacia el vientre, su cuerpo se tensó con una sacudida. Insegura, le tocó la cabeza y enroscó los dedos en los rizos negros y abundantes de su marido. Logan retiró la mano y continuó recorriendo su cuerpo, investigando con labios, dientes y lengua... alcanzando la sensible hondonada del ombligo... el tierno pliegue del interior de sus muslos.

-No -espetó con un grito ahogado, retorciéndose con un estremecimiento cuando Logan llegó a la zona sensible. Madeline jamás había imaginado que semejante cosa pudiera hacerse-. No...

Pero Scott, agarrándola con fuerza por las muñecas, la sujetó e inmovilizó en el sitio.

-No vuelvas a decirme esa palabra nunca más -dijo con voz dura como el acero-. Ni en la cama, ni fuera de ella.

La declaración conmocionó a Madeline. Comprendió que imponerle su voluntad era la venganza de Logan por haberlo herido.

-No debes... -consiguió decir, haciendo fuerza para liberar las muñecas-. No quiero eso.

Logan se rió en tono burlón, y volvió a agachar la cabeza. Los ojos de Maddy ardieron con lágrimas de furia y vergüenza cuando sintió la lengua de Logan en ella, allí donde nunca la había imaginado, donde jamás pensó que fuera posible. Aunque intentó apretar los muslos, el cuerpo traidor la desobedeció, y los abrió de par en par para recibirlo. Sintió los ardientes labios de Logan, quemándola, la lengua, suave invasora, arrancándole gemidos y gritos de placer mortificante. Dejó de ser ella misma, reducida a una criatura libertina que se arqueaba con frenética necesidad, hasta que el climax, llegándole en una enorme oleada, la arrolló, dejándola acto seguido débil y sin fuerzas.

Antes de que se desvaneciera aquella brillante sensación, Logan se colocó encima de ella. Sintió cómo la penetraba e intentó protestar ante la intromisión con débiles empujones contra el pecho de su marido. Logan se sumergió a la fuerza en las inflamadas profundidades de Madeline hasta que ésta, rindiéndose con un gemido, se abrió a él. El rítmico movimiento, un impulso lento y constante, hizo que sus atribulados sentidos entraran de nuevo en una espiral descontrolada.

Madeline recostó la cara sobre la dura curva que formaban el cuello y el hombro de Logan y, de alguna manera, percibió que con aquel acto la había hecho suya de un modo distinto a la primera vez. Logan había sido entonces, una pareja, un maestro, un amigo; ahora era el amo quien la dominaba en cuerpo y alma.

El placer volvió a invadirla, como un fuego que se disolviera en su interior, y jadeó contra el cuello tenso de Logan. Éste la penetró por última vez, hundiéndose profundamente, y su gran cuerpo se estremeció con la eyaculación. Sellados por la transpiración de Scott, mantuvieron los brazos y las piernas entrelazados con fuerza. Sentir el ligero temblor de Logan, percibir la respiración contra su piel, los latidos de su corazón sobre el pecho, tranquilizó a Madeline. No importaba lo mucho que lo intentara, el hecho era que no podía permanecer indiferente a ella. Aún encima, Logan se relajó, y ella agradeció sentir su peso, hasta que, con un suspiro, Logan se dejó caer a un lado.

Maddy deseó que la besara y la acariciase, incluso que tomara su mano un instante, pero su marido se abstuvo de tocarla. De repente, el cuarto volvió a enfriarse. Madeline se estiró para cubrirse con las sábanas hasta los hombros. Presa del desconcierto, se preguntó si él querría que se fuera.

-¿Me voy ya? -preguntó.

A Logan le llevó bastante tiempo contestar.

-No. Tal vez te necesite de nuevo esta noche.

La boca de Madeline se contrajo ante la arrogancia de la orden, pero volvió a apoyarse en las almohadas. «Ten paciencia con él», le había aconsejado Julia. Bueno, sin duda el esfuerzo merecía la pena. Intentaría expiar los errores del pasado; se lo debía. Se volvió de lado para contemplar el perfil de Logan a la luz del fuego. Tenía los ojos cerrados, pero Maddy sintió que tardaría en quedarse dormido y que ella sólo podía conjeturar acerca de los pensamientos que ocupaban su mente.

En la década transcurrida desde que Logan se hiciera cargo del teatro Capital -durante la cual había reconstruido y remodelado el viejo conjunto de edificios y formado una compañía de actores, músicos, pintores, carpinteros, diseñadores de vestuario, tramoyistas, utileros, directores de escena y otros profesionales, a los que había preparado a su gusto-, jamás había llegado tarde a un ensayo. Hasta esa mañana.

Por lo general, no le costaba despertarse, pero aquel día se había sentido amodorrado y obnubilado por el sueño. Cuando descubrió a Madeline durmiendo a su lado, no pudo evitar tocarla. Le hizo el amor mientras ella bostezaba y ronroneaba como una gatita dormida. Sólo al terminar se había dado cuenta de lo tarde que era.

Con el ceño fruncido, se había vestido a toda prisa entre maldiciones. A la carrera, el carruaje le llevó al teatro lo más deprisa posible. Con todo, llegó cuarenta y cinco minutos tarde y, cuando atravesó a grandes zancadas la puerta trasera y se dirigió hacia la sala de descanso, la crispación resultaba evidente en su rostro. Sin duda, la compañía rezongaría y protestaría por su tardanza, y tenían derecho a quejarse. Jamás había dudado en multar a cualquiera por la misma falta.

Salvo por la presencia de Jeff, el ayudante, la sala de descanso se hallaba vacía.

-¡Señor Scott! -exclamó-. Todos nos preguntábamos si vendría hoy...

-¿Dónde está la gente? -le interrumpió Logan, empezando a arrugar el entrecejo.

-En el escenario, señor. Al ver que no venía, la duquesa ha asumido la dirección del ensayo.

Hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza y cruzó la puerta que llevaba hacia bastidores. Cuando se aproximaba al escenario, llegó a hasta él una oleada de murmullos precipitados y un ruido de correteos. Ir-guiendo los hombros, salió de entre bastidores... y se detuvo de golpe al ver que toda la compañía le esperaba formando un semicírculo, sosteniendo vasos y tazas en las manos. Se oyó el ruido de los tapones al descorcharse y todos sonrieron como idiotas al verlo.

-¡Felicidades! -gritó alguien, al mismo tiempo que, entre carcajadas, otra voz le acusó-: ¡Llega tarde!

La situación desembocó en un coro de risas y aclamaciones, y cuando se sirvió el espumoso champán los vasos tintinearon con profusión. Alguien le puso una taza en la mano y sintió que su boca se estiraba en una mueca.

-¿Celebramos mi retraso o mi boda? -preguntó. Julia, con una expresión de regocijo en su hermoso rostro, se adelantó para contestar.

-Digamos que llevábamos esperando ambas cosas mucho tiempo. Tenga cuidado, señor Scott, o todos los aquí reunidos podríamos empezar a pensar que es usted un ser humano.

-Creo que, en lo tocante a eso, estamos todos de acuerdo -contestó-. Y quiero dejar bien claro que me multaré por haber llegado tarde.

-Ah, perfecto -dijo Arlyss Barry con descaro-. Utilizaremos la caja del dinero que tiene en el despacho para pagar el champán.

El personal rió de buena gana y Logan, todavía sonriente, sacudió la cabeza.

-¡Por la compañía del teatro Capital! -grito alguien con alegría-. ¡Un hatajo de borrachos ladrones!

En medio de la jolgorio general, Logan alzó su vaso.

-Por la señora Scott -brindó, y todos vociferaron su asentimiento beber.

-¡Eso, eso! ¡Bien dicho!

-¡Dios bendiga a la señora Scott!

-¡Que el Señor se apiade de ella! -añadió alguien más, y todos rieron entre dientes sin dejar de beber.

Quizá fuera el champán, o el anhelo generado por la noticia de la boda o, simplemente, el buen humor forzado de Logan, pero el caso fue que el ambiente en el teatro Capital mejoró de forma notable. Logan era incapaz de recordar desde cuándo no había discurrido tan bien un ensayo. Los actores estuvieron atentos y receptivos, y los operarios realizaron su tareas con energía y minuciosidad. En cuanto a él mismo... era como si se le hubiera restituido algún tipo de esencia vital.

Saber que Madeline le esperaba en casa, que era libre de tocarla, verla, hacerle el amor cuando quisiera... le llenaba de una satisfacción difícil de ocultar. No es que estuviera preparado para admitir algún atisbo de amor o perdón: ni con mucho estaba preparado para tal cosa. Pero era absolutamente consciente de que la presencia de Madeline en su vida era necesaria para su propia existencia. La última noche, y ese mismo día, habían sido buena prueba de ello. En el lapso de veinticuatro horas, había vuelto a ser el de siempre, capaz, una vez más, de tomar las riendas del Capital con facilidad.

-¡Excelente! -le había dicho Julia durante el ensayo; ella, que jamás elogiaba sus aptitudes porque afirmaba que no era necesario hinchar más la opinión que tenía de sí mismo. Estaban ensayando una nueva obra, titulada La rosa, la historia de un viejo que rememoraba los episodios de su tumultuosa vida.

-Casi consigues hacerme llorar con el monólogo en el que recuerdas lo que se siente en la juventud -le dijo.

-Es un papel bien escrito -contestó Logan dirigiéndose hacia bambalinas camino de sus respectivos camerinos.

-Y lo interpretas con brillantez -dijo Julia con los ojos turquesa rebosando dudas. Esbozó una ligera sonrisa-. Parece que has recuperado lo que fuera que hubieses perdido. Es por Maddy, ¿verdad?

Aunque la perspicacia de Julia le molestó, no pudo discutir y respondió con un hosco gruñido.

Julia continuó sin disimular su goce.

-Debes de estar resentido con Madeline por demostrarte que no eres invulnerable.

-Nunca afirmé que lo fuera -replicó sin inmutarse-. Y si albergo algún resentimiento hacia mi esposa, es por una razón muy diferente.

-¿Ah, sí? -Julia lo miró burlona. Entró en su oficina, y asomando la cabeza rubia por la puerta, añadió-: Disfrutaré observándote durante los próximos meses, Logan. Será interesante ver qué parte de tu voluntad gana la batalla: la mitad que quiere ser feliz o la que desea escapar de cualquiera que ose quererte.

-Desperdicias tu talento siendo actriz, excelencia -le informó por encima del hombro mientras seguía su camino-. Con tu imaginación, deberías ser escritora.

La risa de Julia le siguió por el pasillo. Tan pronto llegó al despacho, vio la familiar cabeza morena que sobresalía del respaldo de la silla. Andrew, lord Drake, disfrutaba de un trago sentado a su mesa.

-Jimmy! -gritó, mostrando una sonrisa de oreja a oreja-. Qué aspecto de perfecto recién casado tienes con esa manera de fruncir el ceño.

-¿Qué quieres? -le preguntó Logan estrechando su mano con fuerza.

Andrew, sin perder la sonrisa, le señaló una caja de madera junto a la mesa que contenía media docena de botellas de brandy, todas con un vistoso lazo.

-Te he traído un obsequio, Jimmy. Lo admito, heriste mis sentimientos al no pedirme que te apoyara en la boda. Pero en vista de nuestra vieja amistad, he decidido dejarlo pasar.

Logan alcanzó una de las botellas y la inspeccionó con admiración. Era un exquisito coñac de treinta años.

-Gracias, Andrew.

-Decidí degustar una botella mientras te esperaba -dijo Andrew-. Néctar de dioses. ¿Te apetece una copa?

-Traeré una de la sala de descanso.

-No te molestes, te he traído una. No se puede beber un coñac así en cualquier recipiente, hay que hacerlo en la copa adecuada.

-Te habría invitado a la boda -dijo Logan con brusquedad, sentando en el borde de la mesa mientras Andrew le servía-, pero se hizo todo muy deprisa.

-Eso he oído. -Andrew se inclinó sobre su amigo con una perversa sonrisa y un curioso destello en los ojos azules-. Corre la noticia de que tu esposa está cociendo un pastelito. -Miró a su amigo simulando horror-. ¿Será posible? ¿Será bendecido pronto el hogar de los Scott con la llegada de un pequeño Logan?

El actor aceptó la copa de coñac y asintió forzadamente, mientras esperaba que Andrew prosiguiera con las burlas.

-Pues bien hecho -le espetó lord Drake, sorprendiéndolo-. Parece una moza excelente, por no hablar de su belleza. Y no podrías haber escogido nada mejor que la hija de un vizconde.

-¿Ningún comentario por haber sido atrapado? -preguntó Logan-. Estaba seguro de que tendrías algo que decirme al respecto. -Sorbió lentamente el coñac, dejando que el delicado sabor se deslizara por la lengua.

Andrew sonrió.

-No has sido cazado, Jimmy. Hace demasiado que te conozco, y sé que no te habrías casado si no la quisieras.

Tenía razón... El único motivo por el que se había casado con Madeline era que la quería, la necesitaba. El embarazo había sido una conveniente excusa. Le extrañó que Andrew hubiera sido capaz de darse cuenta con tanta facilidad.

-Entre nosotros no hay secretos, ¿verdad? -preguntó Logan, mirando al hombre que estaba a su lado y dándose cuenta de que, por supuesto, eran hermanos. Ahora sabía por qué seguían siendo amigos después de tanto tiempo: a lo largo de los años, y sin saberlo, ambos habían sentido la llamada de la sangre compartida.

-Ni uno -convino Andrew de buen humor.

La necesidad de decirle «Andrew, soy tu hermano» era tan fuerte, que Logan se mordió el interior del labio para no soltarlo. Bebió un buen trago de coñac. No había ninguna certeza sobre cuál sería la reacción de Andrew ante tal revelación. Quizás encontrara agradable la noticia por algún tiempo, aunque lo dudaba. Lo más probable es que se mostrara suspicaz, escéptico, amargado. Se revolvería contra su padre -y también contra Logan- y cortaría por lo sano con cualquier influencia estabilizadora. No deseaba ver a su medio hermano embarcarse en una vorágine de juego y bebida que podía llevarle a la ruina.

-¿Por qué me miras así? -preguntó Andrew, arqueando de golpe la negrura de las cejas-. Tal y como hace mi padre... Como un científico a punto de diseccionar un espécimen.

-Perdona. -Logan relajó el semblante-. Sólo estaba pensando que pareces algo preocupado, Andrew. ¿Has arriesgado demasiado en las mesas de juego últimamente?

-Una noche, más de la cuenta -admitió con una risa forzada-. Pero dejaré mis confesiones para más tarde. Sólo he venido a felicitarte.

-Si estás en apuros...

-Siempre lo estoy. -Andrew apoyó las botas en la mesa sin preocuparse de los libros y papeles que quedaron bajo sus talones llenos de barro-. Pero de esta manera la vida nunca resulta aburrida. Dime, Jimmy, ¿qué se siente al estar casado?

-Sólo llevo casado un día -contestó Logan con sequedad-. Demasiado pronto para sacar conclusiones. Andrew hizo una mueca.

-No creo que me gustara cenar lo mismo todas las noches de mi vida. Pero, por supuesto, un hombre puede tener un desliz de vez en cuando en busca de un poco de variedad, mientras sea discreto.

-Supongo -murmuró Logan y contempló la copa de coñac de manera ausente.

Madeline no estaba en posición de protestar si Logan se echaba una amante. Pero él no deseaba insultarla de esa forma. Y aunque podía hacerlo a escondidas, lo cierto era que ninguna mujer le había atraído jamás tanto como su esposa.

Andrew pareció leerle los pensamientos y soltó una risotada de incredulidad.

-Buen Dios, ¿no me digas que estás enamorado de ella?

-No -respondió Logan con rapidez, endureciendo la mirada.

-¡Qué alivio! El amor es veneno, Jimmy. No tienes más que acordarte de lo que ocurrió la última vez que sucumbiste a él.

-¿Cómo podría olvidarlo? -dijo Logan con la voz teñida por la malicia, y se quedó mirando fijamente a Andrew hasta que éste, incómodo, masculló algo y se terminó el coñac.

-Tengo que irme, Jimmy. Que tengas buena suerte y todo eso. A propósito, he oído que pronto darás un baile en honor a tu esposa. De ser cierto, espero una invitación. -Se despidió con un alegre movimiento de mano y salió del despacho, haciendo resonar sus pies embotados por todo el pasillo.

-No hay ninguna razón para que Logan organice semejante fiesta... no en mi honor. -Una afligida Madeline examinaba con detenimiento las invitaciones pintadas a mano, mientras intentaba imaginarse el panorama de seiscientos invitados pululando por la elegante mansión londinense de Logan.

-Querida, no lo hace por ti -la corrigió Julia con sequedad, mientras repasaba la lista de invitados sentada a su lado-. En parte, servirá para saciar su desmesurado orgullo. Antes de tratar todo lo relacionado con vuestra boda de manera discreta, prefiere hacer ostentación de ello para demostrar que la situación no podría ser más de su agrado. Sin duda el espectáculo acallará muchas lenguas viperinas; en especial las de aquellos que están deseando recibir la invitación. -Con el ceño fruncido, Julia tachó algunos nombres e incluyó otros, esforzándose por conseguir la combinación perfecta.

-¿Pero por qué aquí? -preguntó Madeline-. Logan no soportará tener a cientos de personas vagando por la casa, contemplando la colección de arte y husmeando cada rincón...

-Claro que no lo soportará. Sin embargo, sabe que celebrar el baile en su misteriosa mansión pondrá frenética a la gente. Todas las personas relevantes llevan tiempo rezando para recibir una

invitación, y los que sospechan que no la van a obtener ya están planeando desaparecer de Londres la noche del baile.

-Perderá toda su intimidad -se lamentó Madeline, incapaz de compartir el entusiasmo de Julia.

-Estoy segura de que cuando se casó contigo Logan sabía que tendría que sacrificar gran parte de su intimidad. Él no espera que una chica de tu edad vaya a disfrutar con una vida de reclusión. Querrás bailar e ir a la ópera, viajar, pertenecer a algún club o asociación... -Julia se detuvo y escudriñó la lista que tenía en el regazo-. ¡Hummm! Debería añadir algunos nombres internacionales...

Mientras la duquesa trabajaba en la lista, Madeline se hundió en la silla con un gemido sordo. Estaba empezando a entender lo que Logan quería de ella, lo cual exigiría por su parte la mejor actuación de su vida. No sólo tendría que mantener la cabeza bien alta cuando la gente intentara discernir si estaba actuando o no, también debería moverse entre la muchedumbre con aplomo y elegancia, algo que todo el mundo esperaba de la esposa de Logan Scott. Si fracasaba, tanto Logan como ella quedarían desacreditados.

¿Por qué la sometía a semejante prueba tan poco tiempo después de la boda?

-No sé si podré hacerlo -dijo en voz alta, mientras se retorcía con fuerza los dedos sobre el regazo.

Los ojos turquesa de Julia lanzaron un destello de amistosa compasión.

-Maddy, todo lo que espera de tí es que lo intentes.

Madeline asintió. Haría todo cuanto Logan le pidiera porque lo amaba. No se arrepentiría jamás por haberse casado con ella. No importaba el tiempo que le llevara, pero algún día conseguiría que admitiera que había escogido a la mujer adecuada para compartir su vida.

-Haré algo más que intentarlo -dijo-. Lo conseguiré.

-Bien por ti -dijo Julia, riéndose con admiración-. Estás hecha de un material resistente, ¿no?

-Espero que sí.

Mientras las dos mujeres trabajaban y charlaban, les llevaron una bandeja con el té y unos exquisitos bocadillos, pero Madeline fue incapaz de comer nada. Las náuseas seguían siendo un problema. Logan habían manifestado su enfado por la falta de apetito de Maddy y la había amenazado con avisar al médico si no mejoraba pronto.

-Yo no me preocuparía--la tranquilizó Julia-. El apetito volverá pronto, y recuperarás el peso perdido y mucho más. Madeline apoyó la mano en su vientre plano.

-La verdad es que lo estoy deseando. Ahora mismo nadie diría que estoy esperando un niño.

-Ya verás cuando empiece a moverse y a dar patadas -contestó Julia con una sonrisa-. Entonces no tendrás dudas.

Empezaba a anochecer y Julia se marchó con la promesa de que volvería al día siguiente para que la acompañara a hacer unas visitas. Había algunas jóvenes casadas a quien debía conocer.

-¿Sabes?, no todos mis amigos pertenecen al mundo del teatro -le dijo con picardía Julia-. El haberme casado con el duque me obliga a relacionarme con gente respetable de vez en cuando.

«La duquesa está siendo extraordinariamente amable», reflexionó Madeline una vez se hubo marchado Julia. Que se desviviera de esa manera por ayudar a su esposa, hablaba de la alta consideración en que tenía a Logan. Relajada, se sentó en la esquina del sofá del salón y se

entretuvo leyendo y cosiendo hasta que llegó su marido. Entró en el salón envuelto en el gélido aroma del exterior, el pelo negro en desorden y las mejillas ligeramente enrojecidas por el frío.

-Maddy -saludó, acercándose al sofá.

Madeline echó la cabeza atrás para mirarlo, y tuvo la sensación de ser arrastrada al azul insondable de los ojos de Logan.

-¿Has comido? -preguntó Logan. Madeline negó con la cabeza.

-Te estaba esperando.

Alargó la mano firme y caliente y la ayudó a levantarse.

-¿Cómo te ha ido la tarde con Julia?

-Hemos hecho algunos avances, creo. Planificar un acontecimiento de esta magnitud es bastante laborioso.

Su marido se encogió de hombros con indiferencia.

-Es sólo cuestión de contratar a la gente adecuada. Cuando se dirigían hacia el comedor circular, a Madeline le entraron deseos de deslizar la mano en el brazo de Logan, pero se lo pensó mejor. Hasta el momento no la había animado a realizar ningún intento de acercamiento, y pensó que, si lo hacía, con toda probabilidad la rechazaría.

En los pocos días transcurridos desde la boda, su relación había discurrido entre la cortesía y, en cierto sentido, la tensión. Hablaban de temas intrascendentes y escogían las palabras con cuidado. Nada de miradas íntimas ni de besos o caricias fortuitas. Las inhibiciones sólo desaparecían por la noche, cuando Logan iba a su cama y, sin mediar palabra, le quitaba el camisón y le hacía el amor hasta que Madeline creía enfermar de placer. Por la mañana Logan se marchaba al teatro antes de que ella se despertara.

-¿Fue bien el ensayo? -preguntó Maddy cuando se sentó a la mesa.

Disfrutó con el relato que le hizo sobre la última contienda de Arlyss Barry con otra actriz que estaba empezando a eclipsarla, y el descontento de algunos de los actores por el acuerdo al que había llegado Scott con un teatro de la competencia.

-El Daly acaba de perder a dos de sus mejores actores, por lo que decidí enviar a algunos de los miembros de mi compañía para que les ayuden con la representación de Como gustéis. A cambio, en La rosa utilizaremos a dos o tres de sus actores como secundarios. Por desgracia, los míos protestan por el traslado, se consideran demasiado buenos para actuar en el Daly.

-No les culpo -comentó Madeline, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo dos lacayos traían las bandejas y los platos de plata-. Si fuera actriz, preferiría con mucho trabajar en el Capital.

-No obstante, harán lo que yo diga.

-¿Pero por qué llegar con el Daly a un acuerdo bastante más beneficioso para él que para el Capital?

-Es bueno para la profesión en general. No tengo intención de permitir que mi espíritu competitivo perjudique a los escenarios de Londres; a ninguno, no sólo al mío.

-Eres todo un estadista -dijo Madeline con una repentina sonrisa.

-Puedo permitírmelo.

Con destreza, los dos lacayos les pusieron los platos delante y les sirvieron unas tiernas rodajas de pollo bañadas en salsa de crema leche y jerez, artísticas figuritas de verduras mezcladas con miga de pan y mantequilla y volovanes rellenos de trufa y huevo.

Cuando Madeline contempló aquel despliegue de cocina francesa, el empalagoso aroma empezó a desvanecer cualquier atisbo de apetito. Con el estómago revuelto, apartó la mirada del plato y alcanzó el vaso del agua. Logan la miró con el ceño fruncido.

-Vas a comer -dijo.

-No tengo hambre. -Madeline tragó saliva con dificultad, luchando contra la creciente presión que sentía en la garganta, mientras el aroma de la exquisita comida inundaba sus orificios nasales. Apartó el plato, cerró los ojos y respiró por la boca.

-¡Caray! -oyó mascullar a Logan-. No comes ni siquiera lo suficiente para mantenerte sana, cuanto menos para alimentar al bebé.

-Lo intento -replicó todavía con los ojos cerrados-. Pero no dejo de tener náuseas.

Logan llamó a uno de los lacayos y le ordenó que trajera más comida de la cocina: pollo sin salsa ni condimento y puré de patatas con leche.

-Lo vomitaré todo -dijo Madeline con obstinación-. Esta noche no puedo comer nada, quizá mañana me encuentre mejor.

Sus miradas se cruzaron.

-Comerás algo, aunque para ello tenga que empujártelo garganta abajo -la amenazó, sombrío, Logan-. Ya que estás en este estado, tienes que asumir la responsabilidad de la criatura.

El tono acusatorio de su voz la hirió en lo más profundo.

-Recibí alguna ayuda en ello -le espetó Madeline montando en cólera. ¡Fue más error tuyo que mío! -Apoyó la cabeza entre las manos, respirarando de manera entrecortada y anhelando que las náuseas desaparecieran. Se produjo un breve silencio.

-Tienes razón -dijo Logan con brusquedad-. Aquella noche no me paré a pensar en las posibles consecuencias de lo que hacía, estaba demasiado ansioso por acostarme contigo. -Cuando volvió a hablar, se hizo evidente su incomodidad-. Además, nunca me había tenido que preocupar por ese tipo de cosas. Las mujeres que... esto, conocí antes que a ti, estaban acostumbradas a tomar medidas preventivas.

Madeline le miró, atisbando por entre los dedos. ¿Lo estaba imaginando o parecía casi apesadumbrado?

-¿Medidas preventivas? -repitió Maddy-. No sé de qué me hablas. Logan sonrió.

-Ya hablaremos de eso más adelante. Después de que nazca el niño.

Acercó su silla a la de Madeline y le pasó el brazo por la espalda. Mojó una servilleta en el agua y mantuvo la tela fría contra la frente perlada de sudor de su esposa.

-¿Recuerdas las sopas de leche con que me alimentaste cuando estaba enfermo? -murmuró-. Prometiste que algún día podría tomar cumplida venganza.

Madeline contestó con un sonido a medio camino entre la risa y el gemido.

-Debí haberte dejado solo.

-Me salvaste la vida-dijo-. No importa qué motivos tuvieras. Me cuidaste a pesar de mi mal humor, mis delirios y la fetidez enfermiza del dormitorio. -La tela húmeda y fría, bajando desde las mejillas hasta el cuello, la tranquilizó-. Lo menos que puedo hacer es devolverte el favor.

La presión de la garganta aflojó, y las náuseas desaparecieron un poco. Madeline abrió los ojos y vio la cara de Logan pegada a la suya. La manera de mirarla hizo que el corazón se le acelerara.

No era la mirada amorosa que recordaba de antaño... pero al menos la frialdad y el distanciamiento habían desaparecido. .¡

-Puedes tener lo que quieras -murmuró Logan como si estuviera mimando a una niña enferma-. Sólo tienes que pedírmelo.

-¿Lo que quiera? -Madeline rió con flojera-. Arriesgas mucho al hacerme una oferta como ésta.

Logan fijó sus intensos ojos azules en los de Maddy.

-Nunca digo lo que no quiero.

Madeline se lo quedó mirando de hito en hito, hasta que el lacayo regresó trayendo el nuevo plato de comida y lo colocó ante ellos.

-Gracias, George -dijo Logan, y se hizo con el tenedor-. Es todo por ahora.

Seguía con el brazo en la espalda de Madeline. Recogió una diminuta porción de puré de patata con el tenedor, lo sostuvo ante los labios de su esposa.

-¿Crees que podrías con un poquito, cariño?

Resignada, abrió la boca y aceptó el ofrecimiento a pesar de la agitación de su estómago. La blanda patata se desmenuzó en su lengua. Masticó con lentitud, intentando evitar las arcadas.

-Un poco más -insistió, persuasivo.

Logan se mostró inesperadamente paciente mientras le daba de comer, la distraía hablándole de trivialidades, al tiempo que sujetaba su espalda con firmeza. Para ser un hombre tan grande, podía llegar a ser muy dulce. Cada bocado pasaba con más facilidad que el anterior, hasta que Madeline acabó con la mitad de la comida del plato. Por fin, sacudió la cabeza y suspiró.

-No más.

Logan parecía reacio a retirar el brazo.

-¿Estás segura?

Madeline asintió con la cabeza.

-Ahora deberías de comer tú, se te está enfriando la cena. -Mientras Logan daba cuenta de su comida, bebió un poco de agua a sorbos. Estaba fascinada por el movimiento de las manos de su marido, la manera en que sus largos dedos desgarraban pedazos crujientes de pan, la forma de agarrar el vaso... Cuando Logan se dio cuenta de que le estaba mirando, una pregunta no formulada pareció quedar suspendida entre ambos. Él tenía la expresión ausente, parecía incómodo, como si quisiera algo que no podía tener.

Tras rechazar el postre con un brusco ademán, ayudó a Madeline a levantarse de la mesa. Las últimas noches habían pasado una hora o dos después de cenar en un salón privado, leyendo y hablando junto al fuego. Esa noche, sin embargo, Logan parecía poco inclinado a tener compañía.

-Quizá te vea por la mañana -dijo, tocando con indiferencia la barbilla de Madeline con el índice-. Tengo trabajo que hacer en la biblioteca.

Maddy frunció el ceño y habló sin levantar la voz, procurando no ser oída por el servicio.

-¿No... vendrás a verme esta noche? Logan no cambió la expresión del rostro.

-No. Esta noche no te molestaré.

Empezó a alejarse, pero Madeline le rozó la muñeca y se quedó inmóvil. Los ojos ambarinos de su esposa miraron directamente a los suyos.

-No me importaría -dijo. Era lo más parecido a una invitación de lo que podía llegar.

Entre ellos se instaló un silencio incómodo y denso. Logan luchó contra la tentación, perfecto sabedor de que Maddy se estaba ofreciendo; y era algo que él deseaba con desesperación, por cierto. Quiso reír de frustración por la manera obstinada en la que Madeline rehusaba protegerse. Era su peculiar fortaleza la que le permitía encajar cualquier desprecio y no alejarse. Casi la envidiaba, tenía la fuerza que él no poseía.

Se inclinó y la besó en la frente, ansiando su pelo sedoso, el cuerpo flexible y suave bajo la boca y las manos... Pero después del casto beso se apartó.

-Buenas noches -dijo con brusquedad.

Madeline movió la cabeza y se obligó a sonreír con despreocupación, tras lo cual se dirigió sola al dormitorio. Le concedería todo el tiempo que necesitara, tendría paciencia con él, igual que con una criatura salvaje que temiera cualquier contacto, una criatura con la que tantas posibilidades había de convencerla para que comiera en tu mano como de que te la arrancara de un mordisco.

Después de ponerse un camisón fino de manga larga, se acurrucó bajo las densas mantas de seda. Poco a poco, el calor del cuerpo se fue acumulando en el rebujo que formaban las sábanas. Parecía tener los huesos doloridos, sobre todo en la parte inferior de la columna, y no cesó de cambiar de posición hasta que, por fin, apoyada sobre un costado, encontró una postura cómoda.

Le costó dormirse. En vano estuvo escuchando por si oía a Logan entrar en su dormitorio. Cayó en una duermevela que no la apaciguó. Al despertarse de un sueño muy vivido, descubrió que tenía las piernas tensas y nudosas, y flexionó las pantorrillas para relajarlas. De inmediato, un dolor como una cuchillada le atenazó la pierna derecha, dejándole el músculo acalambrado y ardiente. No tuvo conciencia de gritar, pero debió de hacerlo porque, de repente, la voz de Logan irrumpió en la oscuridad y sintió el peso del actor al saltar sobre el colchón para agarrarla.

-Maddy -dijo acuciado, y deslizó las manos sobre ella en el momento en que se encogía sobre sí misma de dolor-. Maddy, ¿qué pasa? Dime...

-Mi pierna -gimió. Le dolía. Y la paralizaba hasta el punto de impedirle cualquier movimiento-. No me toques...

-Déjame. -Logan le apartó las manos y buscó a tientas la pierna de Maddy-. Intenta relajarte.

-No puedo.

Pero, sacudiéndose, se recostó contra él, al tiempo que la mano de Logan se cerraba sobre su pantorrilla. Tras localizar el músculo acalambrado, lo masajeó hasta que la agonía empezó a remitir. Madeline dejó escapar un suspiro de alivio y se apoyó contra el pecho de Logan mientras éste seguía trabajando la zona dolorida. Cuando cambió a la otra pierna, ella consiguió decir en un suave murmullo: «Esa está bien.» Pero la hizo callar y también la masajeó.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Logan, levantándole el camisón hasta la parte superior de los muslos.

-Me desperté con la pierna acalambrada -contestó, sintiéndose drogada. Logan parecía saber con exactitud cómo tocarla, con qué fuerza recorrer los músculos sin hacerle daño.

-Julia me dijo que me ocurriría de vez en cuando; es frecuente entre las embarazadas.

-Jamás lo había oído -dijo Logan aparentemente contrariado-. ¿Con qué frecuencia ocurre?

-No lo sé. Era la primera vez que oía decirlo. -Con recato, se bajó el camisón de las alturas adonde había sido retirado-. Gracias. Lamento haberte molestado.

Logan retiró las manos y Madeline bostezó y se acurrucó sobre el costado. Entonces le oyó desvestirse en la oscuridad, percibiendo el roce de la ropa al caer al suelo. Madeline abrió los ojos y miró fijamente la figura que se movía en las sombras.

-¿No te vas? -preguntó dubitativa.

-No, señora. -Se deslizó a su lado-. Parece que estás decidida a tenerme en tu cama esta noche.

-Si estás sugiriendo que estaba intentando engañarte...

-Está claro que eres incapaz de resistirte a mis innumerables encantos. Lo entiendo. -Deslizó el brazo alrededor de ella y su boca, aún sonriente, cubrió la de Maddy.

Al darse cuenta que le estaba tomando el pelo, Madeline le empujó el pecho.

-¡Engreído...! -exclamó riéndose, mientras cerraba las manos alrededor de la nuca de Logan.

-Bésame. -La sujetó con firmeza, acercó la boca a la de ella y la exploró con dulzura, mientras la ardiente respiración quemaba las mejillas de Maddy. Su humor lúdico dio paso a una concentración intensa, a una ternura que Maddy había pensando que nunca más volvería a mostrarle. Las yemas de los dedos de Logan fueron acariciando el tenue vello de su espalda, los picos de sus pechos, los pliegues de detrás de las rodillas... Permaneció inmóvil debajo de él, flotando en una corriente de placer, temblando, expectante, al notar la boca de Logan moverse sin rumbo por su pecho.

Durante unos largos minutos se detuvo en los pezones, para succionarlos, acariciarlos con la lengua, hasta convertirlos en unos promontorios de extrema dureza. Inquieta, Maddy se arqueó, deseando el cuerpo de Logan sobre el suyo, dentro de sí, anhelando que la aplastara con su peso. Pero él se resistía, trazando senderos de fuego sobre su cuerpo con las suaves almohadillas de los dedos.

Madeline perdió por completo la vergüenza y se encontró jadeando y suplicando, abriendo las piernas para él, hasta que, por fin, los dedos de Logan, separando la carne ansiosa de Maddy, se deslizaron dentro de ella.

Madeline bajó la mano para agarrarle el pene caliente y rígido, que tocó con tanta pasión como inexperiencia. Logan, con una profunda inspiración y sujetándola con fuerza, le agarró las manos y le murmuró al oído con voz entre áspera y aterciopelada:

-Maddy, sí... suave... así...

Gruñendo de placer, le enseñó lo que le gustaba con una mezcla apremiante de palabras y besos que cubrían todo el cuerpo.

Cuando ya no pudo aguantar más, la tumbó sobre un costado y le levantó la pierna por encima de su cadera. El pequeño cuerpo, tan ágil y receptivo, se enroscó alrededor de él como si careciera de huesos, ajustándose como si estuviera hecha a su medida. La penetró poco a poco, saboreando el contacto con Maddy, seda y fuego envolviéndole con fuerza. Bajo él,

Madeline, la cara bañada en sudor, la suave boca tirante, la garganta emitiendo pequeños ruidos... Muy despacio, Logan se meció contra ella, empujándola por dentro hasta que las sensaciones, en un incandescente estallido de éxtasis, la hicieron estremecer y gemir. Entonces, excitado por la dulce y acogedora calidez que lo envolvía, Logan se agitó entre sus muslos, dejando que la tensión se soltara y le recorriera el cuerpo como una centella en una exquisita liberación.

Logan permaneció dentro de ella, las manos ahuecadas sobre el cuerpo de Maddy, cuya piel era tan delicada y fragante como los pétalos de la dama de noche. Bajó la boca hasta su cuello, saboreó el tenue sabor a sal, y con la lengua percibió el todavía agitado pulso de Madeline. Era un lujo que no solía permitirse, el entretenerse con ella al terminar. Demasiado íntimo y peligroso.

El tictac del reloj de oro de la repisa de la chimenea parecía burlarse de él. Sin hacer caso del sonido, se relajó junto a Madeline, las manos enterradas en los suaves mechones de su esposa. Después de todo, le pertenecía, podía hacer cuanto quisiera con ella... siempre y cuando jamás llegara a sospechar que la amaba.

Ante la perspectiva de tener que reunirse esa mañana con un autor teatral cuya nueva obra exigía una revisión a fondo, Logan decidió concertar la cita en el café de Banbury. Era frecuente que despachara este tipo de faenas allí, y también que ocupara siempre la misma mesa situada cerca de un gran ventanal por el que la luz entraba a raudales. El ambiente del Banbury era tranquilo y cordial, y tal vez sirviera para alegrar el humor del autor, un sujeto que tendía a considerar cada palabra escrita por su mano como algo sagrado.

-Una cafetera de extra fuerte y negro -encargó el señor Banbury a su hija, que le ayudaba a regentar el local-. Acaba de llegar el señor Scott.

Camino de su mesa, Logan se detuvo aquí y allí para intercambiar algunas palabras con amigos y conocidos. La clientela del Banbury solía estar formada por una multitud de intelectuales: artistas, filósofos y una horda de periodistas.

Uno de los clientes del café, un tipo que pertenecía a la Sociedad de Artistas, se acercó a Logan cuando éste dejaba sobre la mesa el libreto de la obra, unas hojas limpias y los útiles de escritura.

-¡Scott, qué suerte encontrarle aquí esta mañana! -exclamó el hombre, lord Beauchamp, con efusividad-. Hace tiempo que quiero hablar con usted de cierto asunto. Perdón, veo que está esperando a alguien, pero no me llevará mucho tiempo preguntarle...

-Pregunte -dijo Logan sin oponerse, al tiempo que le señalaba la silla. Lord Beauchamp se sentó y lo miró con una sonrisa decidida.

-No le molestaría con esto, Scott, si no conociera los estrechos lazos que le unen a la comunidad artística y el generoso mecenazgo que ha ejercido con tantos artistas...

Logan le interrumpió arqueando las cejas interrogativamente.

-Milord, puede ir al grano. Estoy habituado a los halagos Lord Beauchamp se rió.

-Creo que es usted el primer actor en reconocer tal cosa. Muy bien, seré directo... Quiero que le haga un favor a un joven artista, un caballero llamado James Orsini.

-He oído hablar de él -afirmó Logan, mientras le dedicaba una breve sonrisa a la joven que acababa de colocarle delante una bandeja con el café. Volvió a concentrarse en Beauchamp.

-Orsini posee una técnica maravillosa, que experimenta con la luz y la textura; algo notable para un hombre de veinte años. La cuestión es que está buscando un tema que le permita conseguir una invitación para exponer sus pinturas...

Logan le interrumpió con una risa sorda, al tiempo que levantaba la taza de café negro y amargo hasta los labios. Tras tomar un reconfortante sorbo, miró a Beauchamp con sus brillantes ojos azules.

-Sé lo que me va a pedir, milord. La respuesta es no.

-Pero ningún artista alcanza notoriedad hasta que retrata a Logan Scott... Según mis cuentas, usted ya ha permitido que lo hagan por lo menos veinte artistas.

-Veinticinco.

-Le aseguro, Scott, que nunca habrá posado para alguien que merezca tanto ese honor como Orsini. Logan meneó la cabeza.

-No dudo de que tenga razón, sin embargo, he sido retratado más veces que ningún otro actor...

-Pero eso se debe a su tremendo éxito -señaló Beauchamp.

-... y ya tengo bastante. Se me ha pintado al óleo, a la acuarela, sobre metal, mármol y cera... en bustos, medallones, pinturas, en grupo... Ahorrémosle al público otro retrato mío.

-Orsini aceptará cualquier condición que usted considere oportuno establecer. Además, en la sociedad hay un veintena de miembros tan convencidos como yo de que debe darle a este artista la oportunidad de pintarlo. ¡Dios mío!, ¿nos obligará a todos a suplicárselo?

Logan lo miró simulando una gran preocupación y dio otro trago al café. Mientras Beauchamp esperaba en tensión una respuesta, consideró las posibilidades. Al cabo, esbozó una ligera sonrisa y dijo:

-Tengo una propuesta alternativa. Dígale a Orsini que permitiré que pinte a mi esposa.

-Su esposa... -farfulló Beauchamp confundido-. Muy bien, he oído que se acababa de casar... pero estoy seguro de que Orsini le preferiría a usted como tema...

-Un retrato de la señora Scott sería el eje perfecto para una exposición. Si Orsini es capaz de captar lo que veo en ella, le aseguro que será generosamente recompensado.

Beauchamp lo miró lleno de dudas.

-Bien... La señora Scott pasa por ser una mujer muy atractiva...

-Es hermosísima. -Logan se quedó mirando la sedosa superficie negra del café-. Tiene un halo de inocencia que no cambiará ni aunque viva cien años... -Se obligó a salir de la breve ensoñación con brusquedad-. Que yo sepa, nunca ha sido retratada con anterioridad. Orsini es afortunado por tener esa oportunidad.

Beauchamp lo miró cada vez más divertido.

-Informaré al señor Orsini de que es a ella a quien debe pintar. Como todos, estará ansioso por conocer a la mujer de la que usted está perdidamente enamorado.

-Yo no he dicho tal cosa -replicó Logan, frunciendo el ceño.

-Querido amigo, ni falta que hace. Su mirada al describirla... -Con una risita, lord Beauchamp se levantó, saludó con la cabeza y volvió a su mesa.

-«Perdidamente enamorado», será idiota -rezongó Logan mientras hojeaba el libreto-. Si sólo he dicho que era hermosa.

Orsini aceptó la propuesta sin dudarlo y remitió una carta de agradecimiento, que llegó a la casa londinense de los Scott a la mañana siguiente. Al ser informada del proyectado retrato, Madeline reaccionó con consternación.

-Antes de que el cuadro esté acabado, mi embarazo será manifiesto -protestó ante Logan en la biblioteca, mientras arrugaba y alisaba con nerviosismo una hoja de papel.

Logan cerró un libro de contabilidad y se volvió en la silla para mirarla a la cara.

-Un vestido apropiado disimulará tu estado y Orsini te estilizará el talle con unas cuantas pinceladas. Además, así tendrás algo que hacer durante tu reclusión.

-Se me ocurren otras muchas cosas que merece la pena hacer.

-Quiero un retrato tuyo. Una vez que Orsini haya mostrado la obra en la exposición, tengo la intención de comprarlo.

-¡Exposición! -exclamó Madeline, ruborizándose-. Logan, no tengo ningún deseo de ser exhibida como si fuera un objeto o un trofeo.

-Pero lo eres -le rebatió. El diabólico brillo de sus ojos provocó un escalofrío de temor en Madeline-. Eres mía, y haré ostentación de ti dónde y cuándo quiera.

Demasiado aturullada para hablar, se lo quedó mirando con los ojos como platos.

-¿Qué es eso? -preguntó Logan, posando la mirada en el papel que sostenía Maddy en las manos.

-Es una lista... Una estimación de los gastos del baile. A todas luces, hay que eliminar alguna cosa y me gustaría que me aconsejaras...

-Ven y enséñamela.

Apartó la silla del escritorio y se palmeó las rodillas con una expresión que inquietó a su esposa.

Madeline se acercó con prudencia y, temerosa, se sentó en los muslos de Logan con la espalda recta.

-Quizás estarías más cómodo si me sentara allí...

-Estoy muy bien -replicó Logan, y cerró el brazo alrededor de Maddy hasta conseguir recostarla contra su pecho. Le quitó el papel de la mano y estudió la lista de números. Para asombro de Madeline, no pareció encontrar nada anormal.

-Es más o menos lo que esperaba -dijo con calma.

-Va a costar una. fortuna -replicó Madeline-. Me he cansado de decirle a la duquesa que no había necesidad de ser tan derrochador, pero ella ha seguido encargando lo mejor de lo mejor, doblando las cantidades de todo aquello por lo que le preguntaba y... ¿Por qué sonríes así?

-No tenía ni idea de que fueras tan reacia a gastar mi dinero, cariño.

-Logan apartó la lista y resituó a Maddy contra su pecho-. La prudencia es buena, pero no eres la esposa de un donnadie.

-Claro que no, pero... ¿de qué vamos a vivir el resto del año?

Logan jugueteó con el lazo del escote de su corpino y tiró con delicadeza del pañuelo de gasa que le cubría el cuello y la clavícula. Una sonrisa asomó en sus labios.

-Puedes estar tranquila, Maddy. Podríamos permitirnos holgadamente un baile como éste cada semana durante el resto de nuestras vidas. Perpleja, se lo quedó mirando de hito en hito con el ceño fruncido.

-Tú... Nosotros... ¿Tenemos tanto dinero?

-Cuatro haciendas, aparte de un pabellón de caza en Wiltshire. -Al percibir su interés, prosiguió con indiferencia-: También poseemos un barco, una fábrica de cerámica y un almacén de construcción y participaciones en una compañía minera colonial. Además, he comprado acciones de una compañía naviera y otra de ferrocarriles, las cuales producen excelentes dividendos. Luego, por supuesto, están la colección de arte y el teatro, así como diferentes inmuebles. -La expresión estupefacta de Madeline pareció divertirlo-. Puede usted abrir cuentas donde desee, señora. No me cabe duda de que cuento con los medios para que pueda permitírselo.

A Madeline le llevó un tiempo recuperarse. Según parecía, se había casado con una fortuna mayor que la de sus padres o cualquiera de sus hermanas, y considerablemente más grande que la de lord Clifton.

Logan observó su expresión y soltó una inopinada carcajada, como si pudiera leerle los pensamientos.

-Señora, antes de que se le suban los humos a la cabeza, recuerde que no pertenezco a la nobleza y que ninguno de nuestros hijos poseerá título alguno.

-Eso no tiene ninguna importancia para mí -replicó Madeline, y notó cómo se le aceleraba el corazón ante la insinuación de que tendrían más hijos.

-Pero puede que sí para ellos.

-No necesitarán títulos para distinguirse. Aprenderán a valerse de sus aptitudes, como tú.

-¡Vaya, señora Scott! -Su boca se torció en una sonrisa burlona-. Creo que está intentando halagarme.

Al moverla sobre el regazo, Madeline sintió el duro promontorio del sexo de Logan bajo su cuerpo, y se ruborizó. Aunque las insinuaciones de su marido no fueron mal recibidas, era un comportamiento inadecuado para el mediodía. Podría entrar alguno de los sirvientes o venir alguna visita.

-Logan -dijo débilmente cuando la boca de él se deslizó sobre su cuello-. Te-tengo muchas cosas que hacer...

-Yo también. -Y empezó a desabrocharle la parte delantera del vestido, retirándole las manos cuando Maddy intentó detenerlo.

-¿Y si entra una de las doncellas? -preguntó Madeline, y la mano de Logan, deslizándose por debajo del corpino para acariciarle el pecho, la hizo temblar.

-Le diré que se vaya. -Lo dijo al tiempo que metía la mano bajo las faldas de Maddy, hurgando con los dedos en la ropa interior de lino en busca de las partes más sensibles del cuerpo de Maddy. Con los ojos entrecerrados por la excitación, la sentó a horcajadas sobre sus muslos. Cuando rasgó la delicada tela de los pololos, Maddy alzó la voz de manera ostensible.

-Aquí no... Subamos. -Suplicó, y la angustia la hizo enrojecer. Notaba el cuerpo duro y poderoso de Logan entre sus muslos, el relajamiento de los largos músculos cuando la colocó en posición de cabalgarlo.

-Aquí-la contradijo Logan, y se desabrochó los pantalones. Cuando Maddy se retorció en su regazo, no pudo evitar una breve y entrecortada risa-. Deja de vigilar la maldita puerta.

-No puedo evitarlo -gimió al sentir que la penetraba, una dura presión deslizándose sin dificultad en la profunda humedad-. Ah, no deberíamos...

-Abrázame -le dijo con voz gutural. Mientras Madeline lo montaba, bajando y subiendo sobre su henchido miembro, Logan la guiaba con las manos y le susurraba instrucciones.

Los ojos de Madeline se cerraron de placer, clavó las manos en el chaleco de Logan y manoseó a tientas los robustos hombros de su marido. Los dos se tensaron y arquearon al mismo tiempo, mientras Logan apagaba los sordos gemidos de Maddy con la boca. Nunca se habría imaginado capaz de semejante cosa. Subida, licenciosa, encima de él, clavándose en él, despreciando todas las convenciones que se le habían inculcado a lo largo de su vida. Pero Logan la animaba, le exigía que abandonara toda la vergüenza en sus brazos. Con cada empujón hacia abajo, Logan la llenaba, la corriente de placer era cada vez mayor y más rápida, hasta que Madeline se sacudió en un espasmo de éxtasis. Notó bajo ella la tensión del cuerpo de Logan, que apretó el filo de los dientes contra su hombro. Aquel atisbo de dolor hizo que, de alguna manera, aquel escalofriante placer aumentara.

Al terminar, cuando se derrumbó contra el pecho de Logan, éste sonrió entre la despeinada cabellera de Maddy.

-Todas aquellas mañanas en el Capital, cuando me ayudabas con los montones de correspondencia... deseaba hacer esto contigo.

-¿Esto? -repitió alzando la cabeza para mirarlo medio amodorrada. Estaba desorientada, aturdida, como si hubiera bebido-. No tenía ni idea.

-Si hubiera mirado al lugar adecuado, señora, habría tenido una prueba más que evidente.

-Ah. -Irguiéndose sobre los codos, le sonrió-. En ese caso, insisto en que no tengas secretarias.

-Eres la única mujer que deseo -replicó con brusquedad, luchando con las ganas de abrazarla como a una gatita y de ponerle voz a las palabras de amor que llenaban su cabeza. Endureció el rostro y se oyó añadir: -Por ahora.

Logan, con la expresión perdida, vio apagarse la mirada de Madeline que, con sumo cuidado, se zafó de él y empezó a estirarse las ropas. Aunque lamentó haber dicho aquellas hirientes palabras, valoró su conveniencia. Era mejor arruinar el momento que dejar que pensara que era importante para él. Había cometido el error de confiar en ella una vez. No habría una segunda equivocación.

La noche del baile, Madeline se encontraba de pie ante el espejo de su vestidor privado mientras una doncella le abrochaba la hilera de botones de la espalda.

La señora Beecham, con un elegante vestido negro y un delantal blanco como la nieve, había subido para ayudar en los últimos preparativos.

-¡Maravillosa! -exclamó el ama de llaves, apartándose para contemplarla-. Va a ser la mujer más bonita de la noche, señora Scott. El patrón no podrá dejar de mirarla.

Madeline sonrió, aunque la preocupación hacía que el corazón le latiera con fuerza.

-¿Han llegado todas las flores? ¿Se ha comprobado cómo va todo en la cocina?

-Está todo controlado -le aseguró la señora Beecham-. La casa está repleta de flores divinas y el cocinero parece haberse superado a sí mismo. Los invitados creerán que están en el paraíso. Y cuando aparezca usted para saludarlos, el señor Scott será el hombre más envidiado de Londres.

Madeline, presa de los nervios, se puso la mano en el vientre. La en otro tiempo plana superficie había adquirido una ligera curvatura, pero el vestido de terciopelo escarlata se había diseñado para disimular su gravidez. El corpino, muy ceñido, se ajustaba al esbelto perfil del cuerpo antes de fluir en una cascada de pliegues susurrantes. La sencillez del vestido era asombrosa, con el único adorno de tres rubíes, a modo de broches, que cerraban el corpino por delante y sobre los que el blanco y suave pecho de Maddy surgía esplendoroso.

El escarlata del vestido la favorecía enormemente, dándole a la piel una consistencia de porcelana y realzando el ámbar de los ojos. El pelo castaño claro, recogido en la coronilla con abundancia de bucles y rizos, dejaba el cuello largo y esbelto al descubierto.

Logan entró en la estancia a grandes zancadas y se detuvo de golpe. Ofrecía un magnífico aspecto con el traje de etiqueta blanco y negro y el chaleco gris azulado de seda ricamente trabajado. Los ojos, del azul más sorprendente que jamás hubiera visto Madeline, parpadearon con cierta emotividad inquietante al mirarla. Cuando habló su voz mostró un timbre más profundo de lo habitual.

-Espero que sean de tu agrado. -Le entregó un estuche de joyería negro. Complacida y sorprendida por el inesperado regalo, Madeline se adelantó para cogerlo.

La sonriente señora Beecham hizo salir a la doncella del cuarto y cerró las puertas tras ella, dejándolos solos.

Madeline soltó un gritito de asombro al abrir el estuche y descubrir un collar de oro y rubíes, ensartados en brillantes espirales, y unos pendientes a juego.

-¡Qué preciosidad! No esperaba... -Levantó la mirada hacia su marido-. Eres muy generoso. Gracias, Logan.

Un toque de color brilló en los elevados pómulos de Logan. Tras sacar el collar del estuche, se colocó detrás de Madeline y le abrochó el pesado trabajo de joyería alrededor del cuello. Inmóvil, Maddy contempló el reflejo del collar en el espejo, mientras los calientes dedos de su esposo le rozaban la nuca. Logan invirtió bastante tiempo en cerrar a tientas el complicado seguro del collar, mientras su respiración se filtraba entre los rizos cuidadosamente dispuestos de Maddy.

Madeline se colocó los pendientes de rubíes, disfrutando del brioso vaivén de las joyas cuando giraba la cabeza.

-¿Qué te parece el vestido? -le preguntó mirándole a la cara. Para su decepción, Logan no mostró admiración ni aprobación.

-Tiene un corte demasiado bajo. Madeline frunció un tanto el ceño.

-Julia lo ha visto y dice que es perfecto.

-Sólo si estás planeando provocar un disturbio -murmuró con la mirada clavada en el pecho de Maddy.

-Si no te parece bien, puedo ponerme otra cosa...

-No, lleva el maldito vestido -dijo, intentando un tono de indiferencia que sólo consiguió sonar huraño.

Madeline se mordió el interior del labio para reprimir una sonrisa. Esperó pacientemente a que Logan terminara de observarla.

-Vas a coger frío vestida así -dijo cortante.

-La casa es muy cálida -apostilló Madeline-. Estaré bien. -En ese momento vio moverse los dedos de Logan en los costados, como si luchara para evitar tocarla-. ¿Bajamos?

Logan respondió con un gruñido hosco, le ofreció el brazo y la escoltó hasta la sala de baile como si asistir al espléndido baile fuera más un jdioso deber que un motivo de alegría.

Por fortuna, los invitados parecían dispuestos a disfrutar del acontecimiento. Cientos de personas pululaban por la casa, charlando con excitación sobre la colección de arte de Logan. Las suntuosas mesas del bufé estaban repletas de soberbios manjares y la música se esparcía en cadenciosas oleadas desde la sala de baile. Los enormes arreglos florales de orquídeas y lirios tigrados en vasijas orientales lacadas inundaban el aire con su exótico perfume.

Inspirados por el ineludible romanticismo del ambiente, las parejas se escabullían por los innumerables rincones íntimos de la mansión para mantener encuentros fugaces, mientras que las chismosas se arracimaban en rebaños de animadas hienas. Según parecía, Julia había hecho una perfecta selección de lo más representativo de los distintos mundos con los que Logan mantenía contacto: nobles, ricos plebeyos, artistas, escritores e, incluso, algunos políticos. Todos contribuyendo a una animada mezcolanza... Una noche en la que se organizaría suficiente escándalo como para llenar los periódicos y entretener a los lectores durante semanas. Los caballeros disfrutaban de los inacabables suministros de exquisitos licores y cigarros del anfitrión y,

de vez en cuando, estallaban en pequeñas disputas por los favores de alguna dama esquiva. Sin embargo, ninguna mujer llamaba más la atención que Madeline.

Fue una auténtica revelación: charlando y sonriendo, dio conversación a los que la rodeaban con sorprendente habilidad. Era imposible que pudiera estar tan tranquila como parecía. Por otro lado, Logan reflexionó con íntima ironía que era para lo que había sido entrenada toda su vida: para actuar en sociedad como una consumada anfitriona. De acuerdo, su familia no había planeado que su hija se casara con un hombre como él, pero Madeline no daba muestras de avergonzarse de ser la esposa de un actor.

Logan sintió un atisbo de orgullo por el comportamiento de Madeline, al tiempo que tuvo la amarga conciencia de que debería haber sido capaz de ofrecerle algo mejor. No importaba lo competente que fuera Madeline como anfitriona, nunca alcanzaría el nivel social que tendría como esposa de lord Clifton. Logan no reprochaba a sus padres que desearan un matrimonio brillante para su hija. De hecho, sentía una extraña empatia por los Matthews, en especial cuando los vio aquella noche.

Los padres de Madeline habían acudido al baile con semblante cortés y agradable, pero en su fuero interno debían de estar experimentando una mezcla de orgullo y amargura. Era evidente que Madeline era demasiado refinada para ser la esposa de un hombre con el pasado libertino de Logan. Su árbol genealógico era impecable, y se había casado con un plebeyo; rico, sin duda, pero carente de alcurnia.

Llegó el momento de inaugurar el baile. Logan le ofreció el brazo a Madeline y la acompañó hasta el centro de la sala. Nunca la había visto tan animada, los ojos ámbar brillando de excitación, las mejillas centelleantes. No sin sorpresa, Logan se dio cuenta de que era su primer baile. Nunca había sido llevada a los bailes de sociedad en los que habría sido presentada a los buenos partidos.

-La verdad es que nunca he bailado antes con un hombre -dijo sin resuello, echando la cabeza hacia atrás para mirar a Logan en el momento en que éste le ponía una mano en la cintura y le agarraba los dedos con la otra-. Me enseñaron en el colegio. Una vez por semana venía un maestro de baile y aprendí con otra chica como pareja. Cada vez llevaba una.

La revelación hizo sonreír a Logan.

-¿Por qué no llevo yo? -sugirió con sequedad, e hizo un gesto a los músicos con la cabeza. Empezaron con un precioso vals que, antes de que Madeline pudiera darse cuenta de lo que ocurría, los transportó por toda la sala. Logan, como todo lo que hacía, también bailaba de maravilla. Sabía cómo sacar el mejor partido de su pareja, guiándola para que no hubiera lugar a dudas o tropezones.

Al principio, Madeline se dio cuenta de que estaba muy rígida. Se concentró e intentó seguirlo sin dar un paso equivocado. Logan, riéndose de su expresión de concentración, murmuró:

-Relájate.

-No puedo... estoy demasiado ocupada bailando.

-Levanta la cabeza y mírame.

Al obedecerlo, Madeline descubrió que todo se hacía más fácil. Dejó de preocuparse por dónde la llevaba, para pasar a hacerlo sólo de los cálidos ojos y los poderosos brazos de su esposo. La tremenda fuerza de Logan le llegaba a través de los muslos, que la rozaban, y en la recia musculatura del hombro bajo sus dedos. La habitación se deshizo en un torbellino vertiginoso y se aferró con fuerza a él. En un momento de euforia, todo su ser se consumió en el deseo de que aquella noche se hiciera eterna.

Otras parejas, ansiosas por mostrar sus habilidades, se unieron al vals, hasta que la pista quedó cubierta por una muchedumbre. Cuando terminó la pieza, y se empezó a bailar una cuadrilla, Logan llevó a un lado a Madeline y la miró con una leve sonrisa.

-Mis felicitaciones a su profesor, señora.

-Ha sido maravilloso -exclamó, mostrándose reacia a soltarle la mano-. Por favor, ¿no podríamos...?

-¿Te gustaría...? -dijo Logan al mismo tiempo; pero fueron interrumpidos por un círculo de caballeros de edad diversa, impacientes por que Madeline les concediera un baile. Miró consternada hacia Logan.

-Sería egoísta por mi parte monopolizarte, señora Scott -dijo, dando un paso atrás con una sonrisa forzada, mientras su esposa era conducida a la pista e introducida en una cuadrilla. No estaba bien visto que un caballero estuviera demasiado pendiente de su esposa. Además, sus deberes como anfitrión le obligaban a bailar con las demás mujeres presentes. Logan había disfrutado siempre con la compañía de las mujeres, de su complejidad e intrigante variedad de formas, aromas y movimientos... Pero ahora, sin saber por qué, todas carecían a sus ojos de cualquier tipo de ; atractivo. Todo cuanto quería era a Madeline. El sensual atractivo que tenía su esposa con aquel maldito vestido escarlata estaba haciendo que no se aclarara. Jamás había probado el sabor de los celos y, de repente, se en-, contraba revolcándose en ellos. Si un solo amigo más volvía a felicitarle con segundas, asesinaría a alguien. Todos los varones presentes la esperaban. Todos miraban con lascivia su cara, su figura y, la mayor parte, su pecho a medio cubrir.

Logan recordó con tristeza por qué nunca había recibido en su casa antes de ahora: no había ninguna forma educada de hacer que los invitados se fueran cuando el anfitrión lo deseara, como tampoco existía medio allí guno de escapar a su compañía. Si hubiera sido el baile de otro al que él asistiera, a esas alturas ya se habría ido. Quería estar a solas con Madeline en algún lugar, el que fuera. Entonces, algunas tórridas ensoñaciones empezaron a bullir en su cabeza. Imaginó que, tras arrancarle la falda de terciopelo, la poseía en una de las grandes mesas de la estancia; o que la desnudaba en mitad de la sala de baile y observaba el reflejo de ambos en los enormes espejos enmarcados por columnas.

Los escabrosos pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición de su codirectora. Julia, que había abandonado por un instante la compañía de su marido, se acercó a Logan y le palmeó en el hombro. Parecía tan complacida como una gallina que observa los progresos de sus polluelos.

-¡Felicidades! -dijo con alegría-. Has sido afortunado al conseguir una mujer como Madeline.

-Ya me lo han dicho -gruñó-. Unas cien veces, por lo menos. Julia, sonriendo, siguió con la mirada a Maddy, que permanecía a unos metros de distancia rodeada por un círculo de admiradores.

-Posee una cualidad de la que tú y yo carecemos, Logan: le gustan las personas. Se interesa sinceramente por ellas, y éstas no pueden evitar correspondería.

-A mí me gustan las personas -murmuró a la defensiva Logan, haciendo que Julia se riera.

-Siempre que creas que pueden serte útiles en algo.

La comisura de sus labios se torció con una sonrisa forzada.

-¿Por qué será que siempre me ves como soy en realidad, Julia?

-Jamás se me ocurriría decir semejante cosa -le rebatió con un brillo de diversión en sus ojos color turquesa-. A pesar de los años que hace que nos conocemos, todavía consigues sorprenderme.

Tu comportamiento con Madeline, por ejemplo: delata una vena romántica largamente enterrada. No lo hubiera sospechado nunca.

-Romántica-se burló Logan en su sempiterno afán de parecer cínico.

-Puedes negar lo que quieras -insistió Julia-. El que admitas que Madeline te tiene sorbido el seso es sólo cuestión de tiempo.

-Sí, unos cien años o así. -Cuando Julia se marchó, frunció el ceño. Volvió a centrar la atención en su distanciada esposa, que seguía estando rodeada de un grupo de admiradores. Empezó a dirigirse hacia ella a grandes zancadas, cuando fue asaltado por algunos de los socios del fondo de inversiones. A pesar de la inquietud que le corroía, recibió los efusivos cumplidos con una sonrisa e intercambió algún que otro comentario sobre temas de exclusivo interés masculino.

Para su alivio, el rescate le llegó bajo la forma de Andrew, lord Drake, que, tras palmearle el hombro en tensión, lo saludó efusivamente y lo sacó a rastras del grupo so pretexto de pedirle consejo acerca de la compra de una obra de arte.

-¡Por amor de Dios!, ¿cómo aguantas a esos zopencos? -le preguntó Andrew en voz baja-. Toda esa chachara sobre intereses y dividendos es tan excitante como una visita al depósito de cadáveres.

-Esos zopencos, como tú los llamas, son algunos de los cerebros financieros más brillantes de Gran Bretaña -le espetó Logan con sequedad-. Harías bien en pasar algún rato con ellos. -Mientras hablaba, su mirada volvió a Madeline.

Detenida bajo la luz de un candelabro, la palidez de sus hombros se asemejaba al terciopelo, y el elevado peinado mostraba todas las tonalidades posibles entre el dorado y el castaño oscuro.

Cuando observó la dirección que seguía la mirada de Logan, Andrew sonrió con malicia.

-¡Qué vergüenza, Jimmy! Te creía por encima del burgués comportamiento de desear a la propia esposa... Pero, como suele decirse, de casta le viene al galgo.

Logan lo miró con acritud, buscando algún oculto significado en el comentario, pero en los ojos azules de Andrew no había malicia.

-Nunca he dicho que fuera otra cosa que un burgués -replicó-, y una simple mirada a mi esposa lo explica todo.

-No lo discuto. Después de esta noche, todos los poetas aficionados de Londres se afanarán en dedicarle una oda. La cara angelical, la sospecha del escándalo por unas nupcias tan apresuradas... Lo tiene todo para despertar la curiosidad desenfrenada de la gente.

-Y para volverme loco -murmuró Logan, provocando la risa en su amigo.

-Te has labrado una posición, Jimmy -dijo y dio un pequeño trago a su copa de vino. Era evidente que no se trataba de la primera de la noche, ni tampoco de la última-. Una vida de lo más envidiable: dinero, una hermosa casa, una esposa joven y atractiva... y empezaste sin nada. Mientras que a mí me dieron todas las ventajas: nombre, fortuna, tierras... y he despilfarrado la mayor parte. En los últimos tiempos, mi principal ocupación consiste en esperar que muera el viejo y me deje un título magníficamente dotado. Con la mala suerte que tengo, durará tanto que seré demasiado viejo para disfrutarlo.

Logan arqueó las cejas sorprendido por el deje de amargura en el tono de Andrew.

-¿Cuál es el problema, Andrew? -preguntó con la rotundidad que solía utilizar con su hermano pequeño. Andrew dudó y se echó a reír.

-No te preocupes por mí, limítate a disfrutar de tu maravillosa vida y de los tesoros ocultos de una esposa.

Logan se lo quedó mirando con una mezcla de exasperación y preocupación. A todas luces, Andrew volvía a encontrarse en apuros. Lo último que deseaba esa noche era arrancarle una confesión y acabar con sus problemas de una vez por todas. Sin embargo, era un impulso del que nunca había conseguido librarse y del que jamás se libraría, y menos ahora, que sabía el secreto de su parentesco.

Tras echar una mirada larga y anhelante a Madeline, suspiró profundamente y concentró toda la atención en Andrew.

-He estado guardando una caja de unos cigarros magníficos -dijo con indiferencia-. Ésta parece una buena ocasión para disfrutarlo. ¿Te gustaría fumarte uno?

El mal humor de Andrew pareció mejorar.

-Sí, llévalos a la sala de billar y charlaremos con alguno de los invitados.

Logan se encaminó hacia la salida de la sala de baile, deteniéndose varias veces para conversar con grupos de invitados que le hacían señas para que se acercara. Al llegar a la puerta se apercibió de la presencia de la hermana de Madeline, Justine, y su marido, lord Bagworth. Parecían estar manteniendo una discusión, pues se habían retirado a un rincón de la sala y hablaban de manera tensa. Los ojos de Justine estaban entrecerrados por la furia.

Salió de la sala de baile reprimiendo una sonrisa de desdén. Sospechaba que Justine debía de estar intentando que Bagworth la sacara a bailar una animada pieza. Como la belleza mimada de la familia Matthews que era, Justine parecía insistir en ser siempre el centro de atención. Los Matthew habían hecho un flaco servicio a su hija mayor mimándola y malcriándola en perjuicio de sus dos otras hijas. Después de conocer a Madeline, Logan se preguntaba cómo era posible que hubiera sido tan poco valorada por su familia. Con una sonrisa irónica en los labios y, sacudiendo la cabeza, se encaminó a la biblioteca en busca de su reserva privada de puros.

Tras suplicar que la dejaran descansar de tanto baile, Madeline se escabulló del círculo de caballeros que la rodeaba. Vio a su cuñado, lord Bagworht, detenido junto a los grandes ventanales que circundaban la estancia. No pareció darse cuenta cuando ella se le acercó, absorto como estaba en el cuidado jardín exterior, con la redonda cara ensombrecida por las arrugas del entrecejo. Era un caballero amable, de semblante simpático, aunque algo bajo y con un físico nada impresionante.

-Señora Scott. -La saludó con una sonrisa, al tiempo que se inclinaba sobre la mano que previamente le había cogido-. Felicidades por magnífica velada. Debo decir que nunca la había visto tan hermosa.

-Gracias, milord. Espero que usted y mi hermana estén disfrutando.

-Por supuesto -se apresuró a contestar, pese a conservar la expresión de preocupación. Tras un largo silencio, sus amables ojos castaños la miraron fijamente-. Debo admitir -dijo en voz baja- que, muy a pernio, su hermana y yo acabamos de tener una pequeña discusión. Sin lograr entender qué era lo que le había movido a semejante confesión, Madeline frunció el ceño.

-Milord... si hay algo que pueda hacer...

-Quizá sí. -Con cierto nerviosismo, ahuecó una mano sobre la otra se las restregó-. Me temo, señora Scott, que Justine está algo disgusta por el éxito de usted esta noche.

-Por mí.., -repitió con asombro Madeline. Era inconcebible que Jíustine tuviera celos de ella. Siempre había sido la más hermosa, admirada y solicitada de las hermanas-. No estoy segura de entender la causa, milord.

El hombre la miró sin poder disimular la vergüenza.

-Como ambos sabemos, Justine tiene una naturaleza muy voluble, parece temer que, en cierta medida, el triunfo que ha tenido usted esta note reste méritos a sus virtudes.

-Pero eso jamás podría ocurrir -protestó Madeline.

-Sin embargo, en su desdicha me temo que pueda habérsele ocurrido hacer algo... drástico.

-¿Cómo qué?

Lord Bagworth oteó con preocupación la sala.

-¿Dónde está su marido, señora Scott?

Madeline abrió mucho los ojos. ¿Qué tenía que ver Logan con todo esto? ¿Era posible que, en un arrebato de envidia, Justine intentara echaren brazos de Logan con la única intención de convencerse a sí misma de atractivos?

-¿Está sugiriendo que vaya en busca de mi marido?

-Creo que sería una excelente idea -contestó de inmediato lord Bagworth.

Madeline sacudió la cabeza al tiempo que soltaba una carcajada de incredulidad.

-Pero si Justine jamás intentaría... no hay motivo para...

-Es sólo una sospecha -observó en voz baja lord Bagworth-. Que confío no tardará en revelarse infundada.

-Si Justine está preocupada por ser eclipsada... No hay nadie capaz de competir con ella, y menos yo.

Lord Bagworth consiguió sonreír a pesar de la preocupación.

-Señora Scott, en el mucho tiempo transcurrido desde que conozco a su familia, he observado cómo siempre se ha mantenido a la sombra de sus hermanas mayores. Y por derecho propio, merece que se la reconozca como una mujer atractiva y de gran talento.

Madeline sonrió trastornada, con la cabeza puesta sólo en Logan y en dónde podría encontrarlo.

-Gracias, milord. Si me excusa...

-Sí, por supuesto. -Le hizo una reverencia y permaneció junto a los ventanales suspirando con profusión.

Logan entró en la biblioteca y rebuscó en un aparador situado cerca del escritorio. No fue consciente de que le habían seguido hasta que oyó que le preguntaban con voz provocativa:

-¿Qué busca, señor Scott? O quizá debería llamarte Logan. Después de todo, ahora somos familia.

Logan se incorporó con la caja de puros. Cuando Justine, la hermana de Madeline, entró en la habitación y cerró la puerta, la miró con ironía.

-¿Puedo ayudarla en algo, lady Bagworth? -preguntó con una expresión indescifrable.

-Me gustaría mantener una conversación privada contigo.

-No tengo tiempo -respondió con brusquedad-. Debo atender a mis invitados.

-¿Y tus necesidades son más importantes que las de tu familia?

Logan la miró con frialdad, sabiendo a la perfección qué clase de juego se traía entre manos Justine. A lo largo de su vida, y por diferentes motivos, había sido perseguido por un sinfín de mujeres casadas.

-¿Qué desea? -preguntó de manera cortante, sin ninguna intención de ser cortés.

Sin embargo, sus modales lacónicos no parecieron molestarla. Justine sonrió provocativamente y se acercó a él con paso lento y sugerente.

-Quiero saber si haces feliz a mi hermana. Es un asunto que me preocupa mucho.

-Tendrá que preguntárselo a ella, lady Bagworth.

-No me diría la verdad, me temo. Para Madeline, las apariencias lo son todo.

-¿Tiene algún motivo para sospechar que mi esposa está descontenta?

-Sólo la razón evidente de que no sois iguales. Un hombre como tú... y mi pequeña hermana. Estoy segura de que no tiene ni idea de cómo manejarte. ¡Pero si debes de tenerla aterrorizada!

-Ella no me da esa impresión -replicó Logan, recuperando el tono irónico sin ocultar su creciente desprecio-. Dígame, lady Bagworth, ¿qué tipo de mujer considera adecuado como pareja de un hombre como yo?

-Una mujer hermosa... segura... experimentada. -Justine se encogió de hombros de una forma práctica, dejando que las mangas abullonadas le cayeran hasta los hombros y el escote del vestido de seda azul descendiera hasta que las puntas de sus senos quedaron casi a la vista. Se recostó contra una mesa, recogiéndose el pecho y le lanzó una mirada sesgada.

La pose era tan descarada que Logan estuvo a punto de echarse a reír.

-Una encantadora invitación -dijo con un tono cuya sequedad sugería lo contrario-. Sin embargo, no me interesa ninguna mujer que no sea mi esposa.

Los ojos de Justine centellearon debido a los furiosos celos.

-No me lo creo -dijo sin rodeos-. No puedes preferir a ese ratón tímido y feúcho a mí.

Logan se la quedó mirando con una sonrisa burlona. De todas las palabras que podría haber utilizado para describir a la rebelde criatura que había invadido su vida con tanto entusiasmo y cambiándolo todo, «tímida» y «feúcha» no estaban en la lista de posibilidades.

-Le sugiero que se suba el vestido, lady Bagworth, y regrese al baile. El rotundo rechazo pareció alimentar aún más su decisión.

-Puedo hacer que me desees -dijo, y se lanzó contra él.

La socarronería de Logan se esfumó mientras intentaba apartarse de la mujer que tan inesperadamente se había enredado en él. La caja cayó al suelo, y los puros de exquisita mezcla rodaron por la alfombra. Logan dejó escapar un soplido que mezclaba diversión e incredulidad; era como estar actuando en una mala farsa. En el fragor de la breve pelea, no oyó cómo se abría la puerta de la biblioteca. De repente, oyó la voz de su esposa y quedó consternado. «¡Maldita sea!», pensó, mirando hacia Madeline.

-Justine, te andaba buscando -anunció Madeline, mirando más a su hermana que a Logan.

Por una vez, no resultaba posible adivinar qué estaba pensando; mantenía el semblante tranquilo y moderado.

Logan apretó las mandíbulas con fuerza. Con el desaliño del vestido de Justine, la proximidad de los dos cuerpos... No se le escapaba lo que parecía todo aquello. Si había algo que no podía soportar era ser manipulado por una mujer.

Lanzó una mirada asesina a Justine, la apartó de un empujón y se volvió a Madeline. Una parte de su ser le indicaba que debería aprovechar la oportunidad para dar una lección de humildad a Madeline de una vez por todas. Pero rechazó la idea de inmediato. Pensara lo que pensase de él, era

primordial que supiera que no tenía los ojos puestos en su hermana. No tenía ningún deseo de serle infiel.

-Maddy... -empezó, y se dio cuenta de que por primera en su vida no sabía qué decir. Sudoroso, enfurecido, pensó en una docena de explicaciones, pero parecía no poder emitir ningún sonido.

Justine miró desafiante a Madeline, la boca curvada en una sonrisa triunfal.

-Tu marido parece no poder contenerse -dijo-. Sólo quería hablar con él, pero...

-Sé perfectamente lo que ha ocurrido -la interrumpió Madeline con calma-, y te agradecería que, en el futuro, evitaras echarte en brazos de mi marido. Es un incordio que no se merece... y yo tampoco.

Justine se estiró el vestido y se subió las mangas.

-Cuéntale lo que quieras -le dijo a Logan con voz estridente-. Seguro que te definirás como víctima inocente... puede que incluso sea lo bastante ingenua para creerte. -Furiosa, recorrió la habitación y salió dando un portazo tras de sí.

Logan miró fijamente a su mujer, y se sintió tan violento como cuando, de niño, era sorprendido en alguna travesura.

-Maddy, yo no la he invitado...

-Lo sé -le interrumpió con total naturalidad-. Jamás intentarías seducir a la hermana de tu esposa, ni aunque te sintieras atraído por ella.

-No lo estoy -murmuró Logan y se revolvió el pelo con las manos hasta dejárselos como los de un loco.

-Deja... No hagas eso. -Madeline se le acercó y extendió la mano enguantada para acariciarle los rizos negros. La dulzura del gesto apaciguó al exasperado Logan-. En cualquier caso, Justine no habría seguido adelante. Sólo quería que alguien se fijara en ella.

-A punto ha estado de conseguir más de lo que buscaba: casi la mato.

-Lamento que te haya puesto en semejante situación. Agarró la mano que lo acariciaba y la mantuvo sujeta, mirando fijamente la pequeña cara de su esposa.

-Tienes todos los motivos para desconfiar, Maddy.

-No lo hago -dijo con suavidad, provocando que Logan sacudiera la cabeza con frustración.

-Si la situación hubiera sido al revés, habría pensado lo peor de ti. Una débil sonrisa de ironía apareció en los labios de Madeline.

-No dudo que lo habrías hecho.Las palabras parecieron exacerbarlo.

-Entonces, ¿cómo demonios puedes seguir ahí y afirmar que confías en mí, cuando sabes que yo no habría hecho lo mismo contigo?

-¿Por qué no habría de confiar en ti? -preguntó Maddy sin perder la calma-. Has sido honorable y generoso conmigo.

-¿Honorable? -repitió Logan, mirándola como si hubiera perdido el juicio-. Te hice perder la virginidad, te dejé embarazada sin estar casados...

-Cuando empecé a trabajar en el Capital hiciste todo cuanto estuvo en tus manos para evitarme, a pesar de la manera en que me abalancé sobre ti. Hiciste el amor conmigo sólo cuando estuvo claro que lo deseaba, y cuando me quedé embarazada, te casaste conmigo a pesar de tu resentimiento. Te engañé y, a cambio, has sido honesto y justo.

-Ya está bien. -El enfado había tensado su rostro-. Me he portado como un bastardo contigo, y no pretendo dejar de hacerlo de manera inmediata, así que te aconsejo que te ahorres los elogios y las miraditas de cervatilla, porque no van a surtir ningún efecto. ¿Has entendido? -Hasta que sintió la suavidad de la piel de los brazos de Maddy bajo sus manos, la de aquella franja desnuda entre las cortas mangas del vestido y el borde superior de los guantes, no se dio cuenta de que la había agarrado.

-Comprendo -asintió Madeline.

¡Tenía su suave boca cerca de Logan y éste anheló con violencia besar aquel esbozo de sonrisa y hundir las manos en el corpino. Todo cuanto deseaba de ella era placer físico; ni confianza, ni afecto.

Extendió la mano sobre la parte trasera del vestido de Maddy, encontró el contorno de las nalgas y empujó con fuerza las caderas de su mujer contra él.

-Te deseo -susurró, mientras miraba fijamente la hendidura del escote de Maddy, y acarició la fragante hondonada de la base de su cuello con la boca y la nariz-. Ven conmigo arriba.

-¿Ahora? -preguntó Maddy, y cuando Logan apretó su sexo erecto contra el de ella, se quedó sin respiración.

-Ahora.

-Pero los invitados...

-Déjalos que se cuiden solos. Madeline rió agitadamente.

-Más tarde -dijo-. Notarán nuestra ausencia, y chismorrearán...

-Quiero que lo hagan. -Cualquier pensamiento racional había abandonado la cabeza de Logan. Ya no sentía ninguna preocupación por los problemas de Andrew, el bienestar de sus invitados o las apariencias sociales-. Quiero que sepan que estoy disfrutando de ti escaleras arriba, mientras ellos están aquí abajo... Quiero que se enteren de que eres mía.

Apretó la boca contra la de Maddy con avidez, libando su néctar, enloqueciendo al olería, al tocarla. Enredó los dedos en el cuidado peinado y empezó a quitarle las pinzas de los rizos castaños. Ella se retiró con un gemido.

-Muy bien -dijo vacilante, la cara rosada y brillante-. Me sentiré más que feliz de... satisfacerte... pero los invitados nos detendrán antes incluso de que lleguemos a las escaleras.

Logan sonrió y le robó un beso corto e intenso.

-Pobre del que se cruce en mi camino -dijo y la arrastró hasta la puerta.

En el transcurso del siguiente mes, el embarazo de Madeline se hizo más evidente, lo que la obligó a restringir sus salidas.

Cuando iba de compras o a pasear, por el parque bien a pie o en coche, siempre la acompañaban al menos dos sirvientes, a quienes Logan había dado órdenes concretas. No estaba en condiciones de agotarse, había dicho su marido, ni de aventurarse en zonas poco seguras, y sí de comer con regularidad.

-No soporto que se me trate como a una niña -le había dicho Madeline una mañana sentada ante el tocador. No podía evitar sentirse molesta por la pérdida de libertad. Tras haber experimentado qué era eso de hacer lo que le apetecía o de ir adonde quería, ahora le resultaba difícil llevar la vida protegida que acostumbraba llevar cualquier mujer de su posición-. Haga lo que haga, siempre hay alguien que intenta ayudarme, o cuidarme... o darme de comer alguna cosa.

En lugar de burlarse o hacerla de menos, Logan la escuchó con aparente seriedad.

-Nadie te trata como a una niña -contestó-, sino como a alguien cuyo bienestar valoro por encima de todas las cosas.

-Me siento prisionera -dijo con resentimiento-. Quiero ir a algún sitio, hacer algo...

-¿Como qué?

Madeline suspiró y tomó un cepillo con el que peinó con energía su cabello largo y suelto.

-Desde el baile no ha venido nadie a casa, no tengo más amigos que Julia que, como tú, siempre está ocupada en el teatro, y aunque recibimos una docena de invitaciones cada día, jamás aceptamos ninguna.

La frente de Logan se arrugó al mirar la cara pequeña y tensa de su esposa. Reconoció que eso era más o menos lo que había esperado: los años de reclusión tan celosamente mantenidos tocaban a su fin. Madeline era joven, vibrante y necesitaba una vida social activa, tener amigos y disfrutar de las variadas diversiones que ofrecía Londres.

-Entiendo -dijo, quitándole el cepillo de las manos y dejándolo a un lado. Se puso en cuclillas a su lado, de manera que sus caras quedaron a la misma altura-. Cariño, no es mi intención tenerte como a un pájaro en una jaula de cristal. Veré qué puedo hacer para animar un poco tus días. -Su boca se torció en una sonrisa burlona-. Doy por sentado de que no tienes quejas de las noches.

-No -contestó Madeline sonrojándose. Recuperada la sonrisa, alzó la boca de buen grado para que Logan la besara.

Fiel a su palabra, Logan empezó a llevar a Madeline a exposiciones de arte, subastas, cenas y veladas musicales. Cuando iban al teatro a Drury Lañe o la Royal Opera House, ocupaban un elegante palco privado. Para deleite de Madeline, aceptaron invitaciones a fiestas campestres de fin de semana, en las que tuvo ocasión de conocer a otras jóvenes damas con las que tenía mucho en común. Sabía que a Logan no le hacían gracia tales celebraciones, como tampoco que fuera permanente objeto de atenciones, especulaciones y entusiasmo. El hecho de que estuviera dispuesto a sacrificar su preciada intimidad por ella era tan halagador como desconcertante. Madeline era consciente de las envidias que despertaba entre otras mujeres por tener a Logan como marido. Era encantador, inteligente, generoso y tenía una elegancia de la que otros maridos carecían. Le encantaba estar casada con él, disfrutaba de su compañía, de su sentido del humor siempre agudo y, por supuesto, de sus habilidades amatorias.

Sin embargo, con independencia de lo íntima o cómoda que pareciera su relación, Madeline sabía que distaba mucho de lo que podía ser. Logan ya no la miraba como antes, nunca había ardor y deseo en sus besos y mantenía una ligera y crucial distancia entre ambos. Estaba claro que no confiaba en ella, y procuraba por todos los medios evitar cualquier intimidad emocional. Madeline, por su parte, intentaba refrenar sus sentimientos, sabedora de que, con independencia de lo mucho que Logan la deseara, sólo conseguiría que despreciara cualquier manifestación amorosa.

Tal y como Julia había pronosticado, Madeline recuperó el apetito y, con él, los quilos perdidos, amén de unos pocos más. Cualquier preocupación íntima que hubiera podido albergar sobre si Logan aprobaba o no su modificada figura, no tardó en ser disipada.

-Dadas las circunstancias, de ahora en adelante deberías dormir aquí -le dijo Logan una noche después de haberla llevado a su cama y hacer el amor. Pasó rauda una mano sobre la cadera desnuda de Madeline y añadió con brusquedad-: Es mejor que enviar a buscarte cada vez que te desee o que ir corriendo a tu cuarto cuando se te acalambren las piernas.

Madeline sonrió adormilada, removiéndose entre los brazos de Logan.

-No querría molestarte, sé lo mucho que te gusta dormir solo.

-No ocupas tanto -observó, y subió la mano hasta el vientre de su esposa-. Todavía.

Madeline se apoyó sobre el costado.

-No tardaré en ocupar media cama, de ancha que estaré. ¡Ay, ojalá fuera más alta! Las mujeres de mi estatura no llevamos bien los niños... Parecemos patos.

Logan la atrajo hacia él y recostó la espalda de Madeline contra su largo cuerpo.

-Señora-dijo con una calidez que cosquilleó el oído de Maddy-. Me paso las noches demostrándole lo deseable que es. A estas alturas no creo que tenga motivos para dudar de su atractivo.

-¿Te has aficionado a las mujeres con grandes barrigas? -preguntó escéptica, y notó su sonrisa en la nuca.

-Sólo a una en particular. -Logan la puso boca arriba-. Y supongo que ahora querrás que te lo demuestre. Madeline se apartó con fingida resistencia.

-Si no es un problema...

-Insisto -murmuró Logan, volteando a Madeline una vez más y besándola en la boca.

Era un hombre impredecible, que unas veces la mimaba y le tomaba el pelo y otras la trataba con una frialdad exasperante. La mayoría de las noches volvía a casa a toda prisa después de la representación para estar con ella, aunque cuando atravesaba la puerta a grandes zancadas no había el más mínimo atisbo de impaciencia. Era tan aficionado a ocultar los sentimientos, que Madeline se preguntaba si realmente la amaba o si, más bien, la consideraba una mascota divertida. Sin embargo, había ocasiones en que ella encontraba razones para la esperanza.

Tres tardes por semana Madeline posaba para el retrato encargado por Logan. El artista, el señor Orsini, era un hombre apacible y de gran talento, que en ningún caso mostraba el temperamento excéntrico que ella hubiera esperado en un artista.

-Su esposa es la mujer más hermosa que he pintado -le comunicó a Logan, el día que fue a presenciar una sesión.

-Señor Orsini -protestó Madeline desde donde estaba posando-, no debería avergonzarme...

-Posee una virtud inusitada -prosiguió Orsini con seriedad-, una mezcla de sensualidad y pureza. Una niña-mujer cautivadora.

Poco acostumbrada a tal cantidad de elogios, Madeline acabó por fijar la mirada en el suelo.

-Sí -oyó decir a Logan en voz baja-, eso es exactamente lo que veo en ella.

Cuando se encontraba bien, Madeline visitaba el Capital por las tardes, en donde asistía a los ensayos e, incluso, ayudaba en la lectura de los papeles.

A Logan no parecía molestarle su presencia y, de hecho, no tuvo reparos en admitir que le gustaba saber que estaba cerca de él.

-Me ahorra tener que imaginarme los problemas en los que podrías meterte en cualquier otra parte -le dijo con sequedad.

A Madeline le encantaba estar con la compañía, pues a sus componentes la visión de una mujer en estado, no les causaba ningún problema. Acostumbrados como estaban a las actrices embarazadas -que permanecían en escena hasta el sexto o séptimo mes de gestación-, los empleados del Capital la trataban con actitud distendida que la hacía sentirse cómoda y aceptada.

Lo mejor de todo eran aquellos momentos de esparcimiento que compartían algunas noches después de cenar. Pasaban horas leyendo y hablando, hasta que, finalmente, Logan la llevaba a la cama. Parecía que el frágil vínculo que los unía se iba fortaleciendo. Madeline empezó a pensar que, poco a poco, iba ganando la batalla y recuperando la confianza de Logan... Hasta el día en que sus esperanzas de felicidad parecieron hacerse añicos.

La mañana de domingo discurría con normalidad. Tras el copioso almuerzo y el café, Madeline asistió sola a los oficios religiosos y luego pasó unas horas con Logan en el salón familiar privado. Éste estudiaba un libreto con detenimiento, tomando notas y haciendo correcciones, mientras Madeline se calentaba junto a la estufa y bordaba.

Ante la visión de la cabeza morena de su marido, Madeline fue incapaz de resistir el impulso de acercarse. Tiró al suelo el bordado que estaba haciendo y, situándose detrás de la silla donde estaba sentado, apoyó las manos en los anchos hombros de Logan.

-Odio bordar -dijo, al tiempo que se inclinaba para acariciar con la nariz el cálido espacio que se formaba detrás de la oreja del actor.

-Pues no lo hagas -contestó Logan, volviendo una página del libreto.

-No tengo más remedio. Toda esposa respetable ha de bordar.

-¿Quién quiere que seas respetable? -preguntó con voz ausente, intentando concentrarse en su trabajo-. No leas por encima de mi hombro, cariño, no me puedo concentrar.

Sin inmutarse, Madeline le deslizó los brazos por el pecho.

-No deberías trabajar en domingo, es pecado. -Suavemente, le besó dos o tres veces allí donde la fuerte quijada de Logan se unía al cuello, y sintió el latido del pulso de su marido contra los labios.

-Estoy a punto de cometer uno peor -replicó Logan y, dejando caer el libreto, se volvió para abrazarla.

Madeline gritó, riéndose cuando la sentó en su regazo.

-¿Qué es lo que considera una actividad adecuada para el domingo, señora...? ¿Esto...? ¿O quizá esto...?

El juego se vio interrumpido por una llamada a la puerta. Forcejeando, Madeline se levantó de su regazo, se alisó el vestido a toda prisa y volvió junto a la estufa. Entró un lacayo, que traía una nota sobre una bandeja de plata. Con una sonrisa burlona, provocada por el intento de Madeline de aparentar serenidad, Logan tomó la nota y despachó al criado.

-¿De quién es? -preguntó, volviendo al lado de Logan mientras éste rompía el lacre.

-Según parece de alguien que me presentó lord Drake. -Con el ceño fruncido, leyó en voz alta-: «... me veo en la penosa obligación de transmitirle algunas circunstancia relacionadas con nuestro amigo Lord Drake. Sabedor de la íntima amistad que le une a él, he dado por sentado que desearía ser informado de inmediato...». -La voz de Logan se fue debilitando y dejó resbalar la mirada por la nota con rapidez.

Madeline le observó mientras terminaba de leerla en silencio, hecho lo cual se sentó con la rigidez de una estatua.

-¿Logan? -le preguntó vacilante. No pareció oírla. Madeline le quitó la carta medio arrugada de la mano. Se apartó para leerla y, al terminar, no pudo reprimir un grito ahogado de pena. Según parecía, Andrew, lord Drake, había asistido la noche anterior a una fiesta fluvial en el Támesis.

En algún momento de la juerga, lord Drake se había caído por la borda, pero nadie había advertido nada hasta el amanecer. Aunque el barco había sido registrado minuciosamente, no se había encontrado rastro de él. Se iba a proceder a dragar el Támesis, pero era frecuente que en casos de ahogamiento el cuerpo no fuera hallado hasta el cabo de varios días.

Madeline acarició el hombro rígido de su marido.

-¿Era... es... un buen nadador? Quizá consiguiera llegar a la orilla...

-No, no sabía nadar bien -le informó con la voz ronca-. Además, estaría borracho como una cuba para intentarlo siquiera. Madeline le puso la mano en la nuca.

-Logan, lo lamento...

Él se apartó de un tirón, la respiración silbándole entre los dientes.

-No lo hagas. -Su espalda se vio sacudida por un evidente temblor-. Quiero estar solo.

Toda su naturaleza la impulsaba a quedarse, a consolarle, pero Logan no la quería allí, no la dejaba entrar en su dolor. Imposible imaginar una tortura mayor que amar a alguien que no quiere ser amado. Si le asaltaba algún impulso afectuosa por ella lo reprimía a cada momento. Madeline se quedó mirando su pelo negro y no pudo evitar tocárselo.

-Logan, ¿qué puedo hacer? -susurró.

-Sólo irte.

Madeline retiró la mano y abandonó el cuarto sin mirar atrás.

Durante el resto de día y la mayor parte del siguiente, Logan se encerró en su dormitorio y se emborrachó. La única vez que se dirigió a Madeline fue para informarle de que no iría a trabajar al Capital. En la siguiente representación su puesto lo ocuparía el suplente.

-¿Cuándo volverás? -le preguntó Madeline, mirando fijamente la cara inexpresiva y la mirada vidriosa por el alcohol.

La única respuesta fue un silencio sepulcral, tras lo cual Logan se volvió a encerrar en su cuarto. No deseaba su compañía, ni la de nadie más. A pesar de las súplicas de Madeline y de las bandejas con comida que le hacía subir, rehusó comer.

Preocupada, Madeline le preguntó a la señora Beecham si Logan se había comportado así alguna vez antes, a lo que el ama de llaves, tras un momento de duda, contestó:

-Sólo cuando usted lo dejó, señora Scott. Madeline enrojeció de culpa y remordimientos.

-¿Y cuánto tiempo duró?

-Una semana bebiendo hasta perder el conocimiento y otra antes de que empezara a comer con normalidad. -La señora Beecham sacudió la cabeza con sincero desconcierto-. Aquello lo pude entender, porque todos sabíamos lo que sentía por usted... Pero esto... Nunca hubiera imaginado que lord Drake le importara tanto. No me gusta hablar mal de los muertos, pero ese hombre era un tarambana. Descanse en paz.

-Será porque crecieron juntos. Por alguna razón, Logan se sentía responsable de él.

El ama de llaves se encogió de hombros.

-Sea cual fuere la causa, el patrón se ha tomado su fallecimiento muy a pecho. -Su comprensiva mirada reparó en la tensión del rostro de Maddy-. Al final todo se arreglará, señora Scott, no se disguste. Para una mujer en su estado no es bueno preocuparse.

Eso, por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo no habría de preocuparse cuando su marido parecía decidido a beber hasta matarse? A última hora de la noche del segundo día, Madeline hizo acopio de valor y se encaminó hacia la puerta de Logan, giró el pesado picaporte y descubrió que la puerta estaba cerrada con llave.

-¿Logan? -preguntó, golpeando suavemente con los nudillos. Tal y como imaginara, no hubo respuesta. Llamó un poco más fuerte, y del interior le llegó el sonido de un gruñido sordo.

-Para de rascar la maldita puerta y déjame en paz. -La voz de Logan albergaba un trasfondo tan inquietante, que los pelos de la nuca se le pusieron de punta.

-Abre, por favor -dijo Madeline, aparentando entereza-, o iré a buscar la llave de la señora Beecham.

-Si lo haces te retorceré el pescuezo como a un pavo -le espetó como si saboreara ya la circunstancia. ,

-Me voy a quedar aquí hasta que te vea; toda la noche, si es necesario. -Al no recibir respuesta, añadió en un momento de inspiración-: Y si le ocurre algo al niño, caerá sobre tu conciencia.

Al oír los pesados pasos de Logan, Madeline se preparó para lo que viniera. La puerta se abrió de improviso y un violento tirón la introdujo en la habitación.

-No quiero que nada caiga sobre mi conciencia -dijo, cerrando la puerta de un portazo e introduciéndola con él en el umbroso dormitorio. Se irguió sobre ella, enorme y oscuro, el pelo revuelto, el aliento apestando a alcohol. Tenía puestos unos pantalones increíblemente arrugados. Estaba descalzo, llevaba desnudos el torso y los hombros, dejando a la vista su poderosa musculatura.

Madeline no pudo evitar retroceder, alarmada por su aspecto: parecía capaz de cualquier cosa. La boca de Logan se torció en una mueca de desdén, los ojos, inyectados en sangre, tenían un brillo salvaje, desesperado...

-¿Quieres jugar a la esposa consciente de sus deberes -dijo con voz pastosa- y palmear mi espalda susurrándome perogrulladas al oído...? Bien, no quiero que me consueles, no lo necesito. Todo cuanto preciso es esto. -La agarró del corpino, hurgó con los dedos en la hendidura del escote y tiró de ella hacia sí con violencia. La boca caliente de Logan, rodeada por la áspera barba, se restregó por la piel delicada del cuello de su esposa.

Madeline se dio cuenta de que Logan esperaba que protestara por lo burdo de las caricias, pero deslizó los brazos alrededor de su cuello y allí los dejó, relajados. La dulce claudicación pareció ser la perdición de Logan.

-¡Imbécil! -gruñó-. ¿No tienes la sensatez de temerme?

-No -dijo Maddy con la cara apretada contra el pecho caliente y suave de Logan.

Se apartó de ella con brusquedad, respirando de manera entrecortada.

-Logan -dijo con suavidad-, te estás comportando como si te culparas de alguna manera de la muerte de tu amigo. No entiendo por qué.

-Ni falta que te hace.

-Claro que sí, cuando pareces inclinado a destruirte. Hay muchas personas que te necesitan, y da la casualidad de que soy una de ellas.

La furia pareció esfumarse y, de repente, Logan adquirió un aspecto cansado, lleno de desprecio por sí mismo.

-Andrew me necesitaba -musitó-. Y le fallé.

La mirada de Madeline encontró el devastado rostro de su esposo.

-¿Y ésa es la causa de todo?

-En parte. -Logan agarró una botella de brandy medio vacía y se sentó en el borde de la cama deshecha. Había manchas de bebida en las sábanas y en la alfombra Aubusson, rastros de las últimas treinta y seis horas de borrachera. Levantó la botella hasta los labios, pero antes de que pudiera beber, Madeline se acercó y se la quitó. Intentó apoderarse de la botella con un zarpazo inseguro, y tuvo que agarrarse para no perder el equilibrio.

Madeline apartó la botella y se quedó frente a él.

-Cuéntame -dijo, ansiando tocarle-. Por favor.

Con el aspecto de un niño cansado, cerró los ojos y hundió la cabeza entre los hombros. Con voz ahogada, pronunció algunos nombres... lord Drake... El conde de Rochester... La señora Florence... Y entonces, en un torrente entrecortado de palabras, tomó forma una historia increíble.

Madeline permaneció de pie, inmóvil, intentando entender lo que le estaba diciendo. Logan dijo que era el hijo ilegítimo de Rochester y la hija de la señora Florence, que Andrew había sido su hermanastro. Atónita, escuchaba mientras Logan se desahogaba con la amarga sinceridad de un hombre condenado. Era evidente que la pena y el dolor que sentía por Andrew se mezclaban con una culpa devastadora.

-¿Por qué no me lo contaste antes? -preguntó por fin Madeline cuando se calló.

-No era necesario. Estabas mejor sin saberlo. Igual que Andrew.

-Pero deseabas decírselo, ¿no? -murmuró, animándose a acercarse para acariciarle el pelo alborotado-. Te arrepientes de no haberle dicho algo cuando tuviste oportunidad de hacerlo.

Logan dejó caer la cabeza sobre el pecho de Madeline y apoyó la frente en la fragante suavidad de su pecho.

-No estoy seguro. Yo... ¡Dios! Ahora ya es tarde. -Con un suspiro, cubrió sus ojos con el corpino de terciopelo-. Tendría que haber hecho más por él.

-Hiciste todo lo que pudiste. Pagaste sus deudas y jamás le diste la espalda. Incluso le perdonaste por quitarte a Olivia.

-Debería haberle dado las gracias por hacerlo -dijo con la voz ronca-. Olivia era una puta embustera.

En su fuero interno, Madeline se avergonzó al pensar que su comportamiento no había sido mucho mejor que el de Olivia.

-¿Irás a ver a Rochester? -le preguntó, y sintió cómo se ponía rígido.

-No confío en que pudiera evitar matarlo. Rochester es más responsable que nadie de la muerte de Andrew, por haber hecho de su vida un infierno tal que su única escapatoria fue darse a la botella. -De sus labios se escapó una risa salvaje-. La gente de los barrios bajos tiene una palabra para referirse a los borrachos, los llama los «inflados». Lo mismo que dicen cuando encuentran a un ahogado. Pobre Andrew, le va al pelo en cualquiera de los dos casos, ¿verdad?

Madeline continuó acariciándole sin hacer caso de la macabra observación.

-Ven a mi cama y duerme -le dijo al cabo de un instante-. Dejemos que la servidumbre limpie y ventile esta habitación.

Logan tardó bastante en responder. Madeline sabía que estaba considerando si volver o no a su brandy.

-No me quieres en tu cama -murmuró-. Estoy borracho, y Dios sabe que necesito un baño.

Madeline esbozó una débil sonrisa.

-Eres bienvenido en cualquier condición. -Con las yemas de los dedos le recorrió el brazo duro y desnudo hasta las manos sin fuerza-. Ven -susurró-. Por favor.

Pensó que se negaría pero, para su sorpresa, se levantó y la siguió fuera del cuarto. La pequeña victoria la tranquilizó, aunque estaba lejos de sentirse totalmente aliviada de preocupaciones. Empezaba a comprender la carga que había estado soportando Logan, y no era sorprendente que la muerte de lord Drake le hiciera sufrir. Qué miserablemente traicionado debía de haberse sentido al enterarse de que el niño rico que había crecido con él era en realidad su hermano. Ninguno de los dos había tenido nunca un auténtico hogar o una familia que los quisieran. Ninguno de los dos había conocido jamás la felicidad.

Su mano resbaló hasta el vientre, como queriendo proteger la vida diminuta que llevaba dentro. Seguro que Logan sería capaz de querer a una criatura inocente. Ya que no aceptaba su corazón, al menos podría darle eso.

Logan durmió con un sueño profundo, moviéndose espasmódicamente o murmurando en sueños. Cuando empezaba a agitarse, Madeline lo calmaba hasta que volvía a dormirse, cuidándole durante toda la noche. Por la mañana, salió de puntillas de la habitación y se aseguró de que nadie interrumpiera la continuidad de su sueño. Se bañó y se puso un vestido de mañana azul marino con un ribete de encaje blanco. Después de desayunar sola, pasó una o dos horas contestando correspondencia.

-Perdone, señora Scott... -La voz del mayordomo interrumpió sus pensamientos. Traía una tarjeta de visita en una bandeja de plata-. Una visita personal del conde de Rochester. Cuando le he dicho que el señor Scott no estaba en casa, ha preguntado si usted le recibiría, a pesar de lo inusitado de la hora.

Consternada, se quedó mirando la tarjeta sin comprender. Sintió una mezcla de viva curiosidad y preocupación. ¿Qué podía ser lo que tenía que decirle el conde? En silencio, dio gracias a Dios de que Logan siguiera durmiendo profundamente, pues era impredecible su reacción si se enteraba de que el conde estaba allí.

-Ha-hablaré con él enseguida -dijo, volviendo a poner la pluma en el tintero de plata grabada con excesivo cuidado-. Iré al vestíbulo de la entrada.

-Sí, señora Scott.

Mientras se dirigía hacia allí, el corazón le latía con fuerza. Durante la noche no había dejado de preguntarse qué clase de hombre era Rochester para haber manipulado y mentido durante años a sus propios hijos... Para renegar de Logan y consentir que sufriera los abusos de un brutal aparcero. Aun sin conocerlo, lo despreciaba. Y sin embargo en alguna parte de ella había un atisbo de compasión: después de todo, Andrew había sido su hijo reconocido, y su muerte debía de haber causado al conde no poco dolor.

Redujo el paso al divisar al anciano de pelo castaño rojizo que esperaba en la entrada: la alta figura empezaba a encorvarse y la cara angulosa carecía de calidez y alegría. Aunque entre él y Logan no había un gran parecido, a Madeline le dio la impresión de que bien podría ser su padre. Al igual que su marido, parecía solitario, irreductible, pletórico de fuerza. Mostraba las huellas del dolor reciente: el tono grisáceo de la piel y un algo mortecino en la mirada.

-Lord Rochester -saludó Madeline, rehusando extender la mano y limitándose a mover la cabeza con prudencia.

Al conde pareció divertirle la falta de deferencia de Madeline.

-Señora Scott -la voz sonaba herrumbrosa-, es muy amable por recibirme.

-Lamento su pérdida -murmuró.

El silencio que siguió lo aprovecharon para estudiarse mutuamente.

-Ha oído hablar de mí -dijo el conde-. Puedo leerlo en su cara.

Madeline asintió con la cabeza.

-Sí, él me lo ha contado.

El conde arqueó una ceja con altanería.

-Supongo que se me ha descrito como un monstruo con el corazón de piedra.

-Simplemente me ha relatado los hechos, milord.

-Tiene usted más clase de lo que habría esperado de la esposa de Scott -observó Rochester-. Una joven de evidente buena cuna. ¿Qué ha podido persuadir a su familia para permitir semejante enlace?

-Se sintieron complacidos ante la perspectiva de tener un caballero tan cumplido en la familia -mintió con frialdad.

Rochester descansó la filosa mirada sobre ella. Parecía haber detectado la mentira, pero sonrió con mezquina admiración.

-Mi hijo ha tenido suerte al escoger esposa.

-¿Su hijo? -repitió Madeline-. Tenía la impresión de que se había negado a reconocerlo.

-Eso es algo que pretendo hablar con él.

Antes de que Madeline pudiera hacerle más preguntas, oyeron acercarse a alguien y se volvieron al unísono. Logan, sin mostrar emoción alguna en el rostro, se detuvo junto a Madeline, la mirada azul fija en el anciano.

Parecía que las muchas horas de sueño le habían sentado bien. Con el pelo todavía húmedo por la ducha reciente y la cara brillante tras haberse afeitado, iba vestido con una camisa blanca, pantalones negros y un chaleco estampado verde y gris. A pesar del aspecto atildado, se podían apreciar unas sombras bajo los ojos y cierta palidez en su cutis moreno. Se dirigió a Rochester en un tono seco y monocorde.

-No alcanzo a imaginar qué le trae por aquí.

-Eres todo lo que me queda -se limitó a decir Rochester. La boca de Logan se torció con una sonrisa venenosa.

-Espero que, ni por lo más remoto, esté sugiriendo que le valgo como mediocre sucesor de Andrew.

El anciano no pudo disimular su estremecimiento.

-Cometí muchos errores con Andrew... No voy a negarlo. Quizá no fuera un padre ideal...

-¿Quizá?-repitió Logan con un risa salvaje.

-... pero había depositado mis esperanzas en Andrew, tenía planes para él. Yo... -Rochester tragó saliva con dificultad y logró terminar a duras penas- le quería, no importa lo que pienses.

-Podría habérselo dicho -murmuró Logan. Rochester sacudió la cabeza, como si la conversación se hubiera vuelto demasiado dolorosa. Con todo, se obligó a proseguir.

-Tenía grandes expectativas para él. Su madre era una mujer refinada, de naturaleza delicada y del más rancio abolengo. La escogí para asegurarme de que mi hijo tuviera un linaje impecable.

-Al contrario que el primero -dijo Logan.

-Sí -reconoció Rochester sin ambages-. No te ajustabas a mis planes. Me convencí de que lo mejor era dejarte de lado y empezar de nuevo. Pretendía que mi hijo, el legítimo, tuviera lo mejor de todo. Le di una fortuna, los mejores colegios, el acceso a los círculos sociales más selectos... No había motivos para que Andrew no triunfara. Pero fracasó miserablemente en todo lo que intentó. Ni disciplina, ni ambición, ni talento, ni interés por nada que no fuera beber y jugar. En tanto que tú... -Una risotada irónica restalló en su garganta-. No te di nada. Tu estirpe era la propia de un mestizo. Sin embargo te las arreglaste para amasar una fortuna y labrarte una posición social. Incluso has conseguido casarte con la clase de mujer que debiera haber tenido Andrew.

Logan lo miró con ironía.

-Dígame qué es lo que quiere, Rochester, y luego vayase.

-Muy bien. Quiero que acabe la guerra entre nosotros.

-No hay guerra -contestó Logan, rotundo-. Ahora que Andrew se ha ido, me importa un bledo lo que le pase. No tendrá nada que ver conmigo, mi esposa o mis hijos. Por lo que a mí respecta, usted no existe.

Al conde no pareció sorprenderle la frialdad de Logan.

-Por supuesto, ésa es tu decisión. Pero, si me lo permitieras, podría hacer mucho por tu familia. Para empezar, podría utilizar mi influencia para que te nombraran lord, en base, sobre todo, a las propiedades y tierras que has amasado. Y aunque hay algunas restricciones respecto a lo que puedo legar a la progenie ilegítima, todavía queda un patrimonio generoso que podría dejarte.

-No quiero ni un chelín de su dinero. Debería haber sido para Andrew.

-Entonces no lo aceptes para ti. No obstante, podrías considerarlo en interés de tus hijos. Quiero nombrarlos mis herederos. ¿Les negarías sus derechos de nacimiento?

-No aceptaré... -empezó a decir Logan, pero el conde lo interrumpió.

-Nunca te he pedido nada hasta ahora. Todo lo que deseo es que pienses en lo que te he dicho. No tienes por qué darme una respuesta de inmediato, estos días no tengo nada que hacer salvo esperar.

-Esperará mucho tiempo -replicó Logan con gravedad. Rochester esbozó una amarga sonrisa de comprensión.

-Por supuesto. Sé muy bien lo obstinado que eres. Logan, en silencio, la expresión dura como una roca, esperó a que Rochester se despidiera y saliera de su casa.

Por desgracia, Rochester, o alguien relacionado con él, reveló a un tercero la verdad sobre el parentesco de Logan, y al cabo de pocos días la noticia se había extendido por todo Londres. Visitas y cartas inundaron la casa del actor, todos deseaban conocer la verdad, y el Capital no corrió mejor suerte.

Las actuaciones de Logan, siempre objeto de una gran asistencia de público, se hicieron tan populares que en el exterior del teatro se suscitaban salvajes peleas por conseguir una entrada. La gente parecía fascinada por la idea romántica del plebeyo famoso que descubría que, en realidad, era el bastardo de un rico aristócrata. La nobleza también se vio sacudida y cautivada por los detalles de la escandalosa historia.

Logan se convirtió en el personaje más nombrado de Londres, situación que ni deseaba ni le agradaba. El sufrimiento por la muerte de Andrew le llevaba a trabajar hasta la extenuación durante el día para, más tarde, encontrar consuelo en los brazos de Madeline por la noche. Su comportamiento sexual se hizo muy diferente al de antaño: dulce y prolongado, era como si quisiera perderse y permanecer dentro de Madeline para siempre. No quedaba satisfecho hasta que conseguía que ambos llegaran a un penetrante éxtasis que los dejaba exhaustos y saciados.

-Nunca imaginé que sentiría algo parecido -le susurró una noche Madeline-. No sabía que podía encontrarse tanto placer en el lecho conyugal.

Logan se rió en silencio y acarició el cuerpo de su esposa con la mano.

-Tampoco yo. Dada mi inclinación por las mujeres experimentadas, nunca sospeché que sería cautivado por una ingenua.

-No tan ingenua -dijo Madeline, a la que se le cortó la respiración cuando Logan se instaló entre sus muslos-. Después de todo lo que hemos hecho...

-Aún hay muchas cosas que tienes que aprender, cariño -dijo, situándose y penetrándola con suavidad.

-No puede ser -protestó, jadeando cuando él la llenó por completo.

-Entonces, pasaremos a la siguiente lección -murmuró Logan con una sonrisa, haciéndole el amor hasta que Madeline se vio consumida por el fuego de la pasión.

Madeline llegó de visita al teatro una vez terminado el ensayo diario y encontró a Logan, solo, en el escenario, tomando notas mientras paseaba entre algunos entramados colocados allí con anterioridad. Al principio, demasiado absorto en lo que hacía, no advirtió la presencia de su esposa entre bastidores, aunque no tardó en volverse y verla. Una sonrisa resplandeció en sus ojos azules.

-Ven aquí -dijo, y Madeline obedeció de buena gana.

Logan dejó las notas en un decorado móvil cercano. Deslizó las manos sobre la voluminosa cintura de Maddy, mientras miraba de arriba abajo el vestido de un suave tono ambarino.

-Pareces una gota de miel -musitó, instándola a ponerse de puntillas-. Déjame probar.

Madeline se ruborizó y echó un vistazo al escenario vacío, temerosa de que el abrazo pudiera ser contemplado por algún que otro empleado despistado.

Logan se echó a reír.

-Nadie va a protestar -se burló, y agachó la cabeza. Su boca caliente y ansiosa le robó un beso y luego otro.

Entre sonrisas y jadeos, Madeline se apartó.

-Ya casi has terminado aquí, ¿no?

-Sí. -Volvió a atraerla hacia sí y le acarició las caderas-. Necesitaré sólo cinco minutos más. ¿Por qué no me esperas en el despacho? Mantendremos una reunión privada... a puerta cerrada.

-No tengo ganas de trabajar-dijo, provocadora, haciéndole sonreír con ganas.

-No lo harás. -Le dio un azote cariñoso y la empujó con dulzura hacia bastidores.

Cuando se fue, Logan tomó las notas y volvió a centrarse en los últimos detalles de la coreografía. Sonrió con tristeza, viendo que no podía recuperar el hilo de los pensamientos: sólo podía pensar en acudir al despacho lo más pronto posible y seducir a su esposa. Se obligó a concentrarse y garrapateó unas pocas frases, utilizando el decorado móvil a modo de mesa improvisada.

Mientras lo hacía, percibió el movimiento de una sombra que se acercaba poco a poco al proscenio a lo largo de las hileras de asientos laterales.

-¿Quién anda ahí? -preguntó, entrecerrando los ojos bajo las luces del escenario, incapaz de reconocer al intruso. La sospecha de que el extraño fuera un curioso que se hubiera colado en el teatro, le hizo soltar un breve suspiro-. El Capital está cerrado al público. Si no le importa volver más tarde, esta noche habrá representación.

El visitante se acercó, dudando de si salir o no de entre las sombras.

Logan se estiró y siguió estudiando el oscuro contorno del extraño.

-¿Quién demonios es usted? -preguntó con contundencia. El hombre respondió con una familiar voz de borracho que hizo que el mundo se tambaleara bajo los pies de Logan.

-No me digas que ya te has olvidado de mí... hermano.

Andrew surgió de las sombras. Tenía la cara abotargada y brillante por el odio y las mejillas le ardían con un intenso enrojecimiento. Logan lo miró atónito. No fue consciente de haberse movido hasta que sintió el borde del decorado móvil presionándole con fuerza la columna. Se dio cuenta entonces de que había retrocedido, tambaleante, dos o tres pasos. Sus labios deletrearon el nombre de Andrew y, en un momento de obcecación, pensó que estaba ante un fantasma... hasta que vio la pistola en la mano de lord Drake.

-Creía que estabas muerto -dijo con voz quebrada, intentando poner las ideas en orden.

-Debes de estar decepcionado -replicó el aludido-. Totalmente decidido a ocupar mi lugar, ¿verdad?

-No, yo... -Logan sacudió la cabeza y tomó varias bocanadas de aire para recuperarse-. Maldito seas, Andrew, ¿qué demonios ocurrió? Todos piensan que te ahogaste durante la fiesta fluvial...

-Eso es lo que quería que pensaran. Tenía que hacer algo. Los matones de un garito me seguían los pasos, decididos a acabar con mi miserable vida si no pagaba lo que les debía. Necesitaba tiempo, tenía que engañarles hasta que pudiera conseguir algo de dinero.

-Me has hecho pasar un infierno -le espetó Logan, recuperando la serenidad.

-No te duró mucho, ¿verdad? -replicó Andrew con suavidad-. Te has recuperado lo suficiente como para anunciar a los cuatro vientos que eras mi hermanastro, una circunstancia que nadie se molestó en contarme.

-No lo supe hasta hace poco. -Logan bajó la mirada hasta la pistola, que se agitaba en la mano de Andrew-. Estás borracho, aparta ese maldito trasto y hablaremos.

-Tengo intención de utilizarla -fue su vacilante respuesta-. Sobre ti o sobre mí... Quizá sobre ambos. Mi vida no vale un chelín, y sólo pienso en cómo se beneficiaría tu carrera: te convertirías en la leyenda más grande de la historia del teatro.

Logan no reaccionó, pero el corazón le latía a una desagradable velocidad. Andrew siempre había sido un borracho impredecible y era capaz de cumplir su amenaza.

-Nunca he acabado con la vida de alguien antes -murmuró, y tembló como un árbol en una tormenta. Pero esa agitación no venía de fuera: era interior-. Pero te lo mereces, Jimmy.

-¿Por qué?

La boca de Andrew se torció en un espasmo de amargura.

-Siempre supe lo que podía esperar de ti. Aun cuando el resto del mundo no fueran más que unos mentirosos, podía fiarme de ti. Ahora resulta que eres el peor de todos, guardándote el sucio secreto de Rochester, ocupando mi sitio en cuanto creíste que había desaparecido... Bien, no puedes quedarte con lo que es mío. Antes, te mataré.

A medida que hablaba, se fue acercando, moviendo con agitación la pistola. Logan empezó a considerar la posibilidad de agarrar el arma y quitársela. Por el rabillo del ojo vio a Madeline detenida en el bastidor más cercano y el corazón le saltó varias veces en el pecho. «Maldición -pensó aterrorizado de repente-. Vete, Maddy. ¡Fuera de aquí!» Pero Madeline no se movió. Era incomprensible que se expusiera a semejante peligro: podía resultar alcanzada por un disparo perdido... Sin querer, podía provocar en Andrew un acceso de furia asesina. Logan, sin atreverse a mirarla, empezó a sudar.

-No quiero nada tuyo -aseguró, resultándole difícil hablar-. Lo único que deseo es ayudarte. -Le invadió la sensación de tener la garganta revestida de metal. Se percató de que Madeline se estaba moviendo en silencio por detrás del decorado móvil y los bastidores, sólo Dios sabía con qué intenciones. Atenazado por la desesperación, temió que tropezara y cayera sobre cualquier cosa. De un tiempo a esa parte, se había vuelto muy patosa a causa del embarazo.

-¿Ayudarme? -se burló Andrew, tambaleándose ante él-. ¡Qué hermosa demostración de interés fraternal! Casi podría creerte.

-Baja el arma y habla conmigo. -El tono de Logan fue cortante.

-¡Dios, cómo te desprecio! -La mano de Andrew se agitó al encañonar el estómago de Logan-. Jamás me había percatado de lo mucho que os parecéis mi padre y tú: unos bastardos suficientes que comparten secretos asquerosos y manipulan a cuantos los rodean...

-Jamás te he tratado así. Atormentado, Andrew sacudió la cabeza.

-Jimmy... ¿cómo fue que no fuimos capaces de saberlo? Todos aquellos años...

-Andrew, espera -dijo Logan. La palidez se apoderó de su rostro cuando su hermanastro amartilló la pistola-. Andrew...

Una estruendo asombroso siguió al desplome del bastidor más cercano, las piezas se vinieron abajo de golpe, como empujadas por una mano invisible. Desprovista de anclajes, la estructura armada de madera cayó sobre Andrew antes de que tuviera tiempo de reaccionar. La pistola salió disparada con una explosión ensordecedora y, de inmediato, una bala perdida se incrustó en un lado del proscenio.

Madeline, de pie allí donde había estado el bastidor, contemplaba el resultado de sus esfuerzos.

Durante unos segundos de paralización, Logan la miró, mientras se aseguraba de que todo estaba bien. Se inclinó para apartar el bastidor y se arrodilló para agarrar a su aturdido hermanastro por la solapa. Andrew apestaba a vino, ginebra y un sinfín de espiritosos más. Desconcertado, abrió los ojos para mirar detenidamente el rostro de Logan. Tal y como éste sospechaba, el bastidor no pesaba tanto como para herirle.

-¿Qué ha ocurrido...? -empezó a decir Andrew. Logan le golpeó la barbilla y lo dejó sin sentido. Caído sobre el escenario, Andrew empezó a roncar.

Madeline se acercó hasta ellos a toda prisa.

-¿Se encuentra bien?

Logan se puso en pie con parsimonia. Recurrió a la táctica de contar hasta diez, pero nada consiguió contener el flujo de cólera y pánico. Tuvo miedo de tocar a Madeline, sintió pavor ante la idea de estrangularla.

-¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando? -se oyó preguntarle encolerizado-. ¿Se te ocurrió pensar siquiera un poco en la seguridad de nuestro hijo?

-No, yo... -Lo miró desconcertada-. En lo único que pude pensar fue en ti.

-Puedo cuidar de mí perfectamente -rugió, sin poder evitar agarrarla por los hombros y zarandearla-. ¡Por Dios bendito, señora, vas a conseguir que me vuelva loco! Voy a revivir este último minuto cada día de lo que me queda de vida hasta que acabe como una cabra.

-No podía quedarme ahí parada, contemplando cómo te disparaba. No hay por qué enfadarse: nadie ha resultado herido y ya está todo solucionado. -Su mirada se desvió hacia el durmiente Andrew-. En su mayor parte.

-No está todo solucionado -le espetó Logan con ferocidad, soltándola. El corazón seguía atronándole en el pecho. Una parte de él quería seguir sacudiéndola hasta que le castañetearan los dientes, mientras que otra deseaba estrecharla entre sus brazos y besar cada centímetro de su piel con violencia. La sola idea de que podía haber sido herida, de que incluso pudiera haber resultado muerta, lo inundó de un pánico insoportable. Se esforzó por interrumpir aquella marea de emociones, rechinando los dientes y apretando los puños con fuerza.

Con evidente desconcierto, Madeline seguía mirándolo de hito en hito.

-No lo entiendo.

-Entonces, deja que te lo explique -replicó Logan con una horrible voz-. Lo único que me importa de ti es el hijo que llevas en tus entrañas, lo único que te pido es que cuides de él. Y eres tan condenadamente impulsiva e insensata como para, incluso, hacer esto.

Madeline palideció, el rostro totalmente blanco salvo por la expresión acongojada de sus ojos.

-Yo... -Se sintió extrañamente sofocada-. Lamento que me encuentres tan inútil.

Los interrumpió la irrupción en el escenario de los miembros de la compañía, que habían oído el disparo mientras trabajaban en otras partes del teatro.

-Señor Scott...

-¿Qué ha ocurrido?

-¿Qué pasa? ¿Y por qué...?

-¡Un bastardo ha intentado matar al señor Scott! Logan volvió a agacharse sobre Andrew.

-Ha sido un accidente, nadie ha resultado herido. Recojan a lord Drake y que lo lleven en el carruaje a mi casa. Tengan cuidado, está enfermo.

-Un maldito borracho apestoso, ésa es su enfermedad -murmuró alguien mientras obedecían sus órdenes. Logan miró a Madeline con severidad.

-Se quedará en el ala de los invitados. ¿Algo que objetar? Maddy hizo un ligero movimiento de cabeza, al tiempo que un intenso carmesí le teñía las mejillas.

-¿Por qué te molestas en preguntarme? Has dejado muy claro que mi opinión no significa nada para ti.

A Logan le pareció que la voz y el semblante de Madeline eran diferentes a cualesquiera que hubiera visto con anterioridad. Sin pensar, le puso la mano en la espalda para conducirla fuera del escenario, ante lo cual ella se apartó de golpe. Era la primera vez que rehuía su contacto.

-No necesito tu ayuda -dijo fríamente-. Lo único que quiero de ti es algo que has decidido no dar jamás. -Antes de que Logan pudiera contestar, se marchó, erguida con una furia que lo desconcertó. ¿La había visto alguna vez tan enfadada? La maldecía por hacerle sentir que, de un modo u otro, estaba equivocado, ¡cuando había sido ella la única que se había puesto en peligro!

De vuelta a casa no cruzaron palabra. Una vez allí, Andrew siguió durmiendo, mientras Logan, con ayuda de los criados, se encargó de que se le aseara e instalara con comodidad en los aposentos destinados a los invitados. Después de compartir una comida rápida con Madeline, Logan se dispuso a volver al Capital para la representación programada para esa noche.

-¿Estarás bien? -le preguntó lacónico-. Puedo mandar a buscar a uno de tus familiares o amigas para que te haga compañía mientras estoy fuera...

-Estaré bien -contestó sin mirarlo-. Está el servicio por si necesito algo, y no creo que lord Drake se despierte antes de mañana.

-Si lo hace, no te acerques.

-Muy bien. ¿Cuándo piensas informar a lord Rochester de que su hijo sigue vivo?

-Dejaré que sea Andrew quien tome la decisión cuando pueda. -Se la quedó mirando con aire escrutador-. Acuéstate temprano. Hoy has recibido una fuerte impresión y necesitas descansar.

-No tienes de qué preocuparte -respondió con frialdad, decidida a combatir sus brusquedades con las de su propia cosecha-. El niño está bien.

Frunciendo el ceño, Logan se marchó sin decir nada más.

Madeline intentó recuperar su paciencia habitual recordando el mal que le había hecho, la promesa de que recuperaría el amor de Logan poco a poco... Pero, en su lugar, sintió un nuevo arrebato de furia: parecía que su amor y su paciencia no le habían llevado a ningún lugar. Si así era como Logan quería que discurrieran las cosas entre ellos, ¡pues así sería! Estaba cansada de ser una mártir, cansada de esperar y confiar. Con los puños cerrados, subió a darse un baño prolongado con la confianza de que la tensión se quedara en el agua caliente y perfumada.

Antes de acostarse, Madeline fue hasta la ventana del dormitorio y descorrió la cortina de terciopelo para echar una ojeada al cuidado jardín y a las habitaciones de invitados situadas en la otra ala de la casa. Había luz en la ventana del cuarto de lord Drake y señales de movimiento en el interior.

Lord Drake estaba despierto, conjeturó con el ceño fruncido. Sin duda estaría atormentado por la culpa, borracho y apenado. Madeline decidió ignorar la luz de la ventana y dejar que sufriera solo. Después de lo que había hecho aquel día, amenazar con matar a su marido, no merecía compasión alguna. Además, la orden de Logan de mantenerse alejada de él todavía resonaba en sus oídos.

Por otro lado, no era ni una niña ni una criada a la que se le pudiera dar órdenes. Era una persona adulta, con todo el derecho a seguir los designios de su conciencia. Molesta, llamó a la doncella y se dirigió al armario.

La doncella apareció al cabo de un par de minutos.

-¿Sí, señora Scott? -preguntó con aire perplejo al ver a Madeline sacar un vestido de día del armario.

-Por favor, ayúdame a cambiarme -dijo Madeline-. Creo que lord Drake se ha despertado y, si es así, me gustaría hablar con él.

-Pero señora Scott, el patrón nos ha dicho a todos...

-Sí, ha dejado muy claro sus deseos, pero no hay razón para preocuparse. Estaré completamente a salvo, porque tengo la intención de que alguien me acompañe a sus aposentos.

-Sí, señora Scott -asintió la doncella llena de dudas-, aunque no creo que el patrón se ponga muy contento cuando se entere.

Llegado el momento, un lacayo, la señora Beecham y el mayordomo -a pesar de que todos manifestaron su disconformidad con bastante claridad- acompañaron a Madeline hasta los aposentos de los invitados.

-No había necesidad de semejante multitud -protestó Madeline, pero los acompañantes estaban decididos a protegerla de un hombre al que consideraban peligroso.

Cuando llegaron, lord Drake estaba hurgando en las vitrinas de un aparador de caoba del salón de invitados. Tambaleante, parpadeando como un niño al que se le hubiera despertado demasiado temprano, se quedó mirando a los cuatro, la mirada inyectada en sangre fija en la pequeña cara de Madeline.

Ésta se quedó sorprendida por el contraste entre su aspecto habitual y el que presentaba en ese momento. El libertino despreocupado y burlón había sido reemplazado por un extraño con el pelo apelmazado y un semblante enfermizo y grisáceo. Se había vestido con la ropa limpia que se le había proporcionado: unos pantalones, una camisa y un chaleco con las hechuras un tanto más esbeltas de Logan. Los botones y la tela pugnaban por contener la hinchada cintura.

-Si es alcohol lo que está buscando -dijo Madeline con suavidad-, Logan se ha asegurado de que no quedara nada en las habitaciones de invitados. ¿Le gustaría que encargara café?

Lord Drake la miró entre apenado y horrorizado y pareció deslizarse avergonzado hasta un rincón de la habitación.

-Por favor, vayase -murmuró-. No puedo soportar mirarle a la cara. Lo que he hecho hoy...

-No era usted -contestó Madeline, cambiando la condena inicial por compasión.

-Ah, sí que lo era -le aseguró-. Sin duda que sí, el bastardo cobarde y loco de atar que soy. -Cuando Madeline ordenó al lacayo que trajera café y algo de comer, lord Drake sacudió la cabeza-. No envíe a por nada, me iré dentro de una hora.

-Debe quedarse, lord Drake. Por mi marido.

Una mueca de diversión asomó a la comisura de la boca de Andrew.

-Estoy seguro de que no querrá privarse del placer de golpearme hasta hacerme papilla.

-Usted sabe de sobra que no es eso lo que desea -replicó Madeline en voz baja, sentándose en un sofá mientras la señora Beecham y el mayordomo encendían las lámparas y atizaban el fuego-. Siéntese y cuénteme, lord Drake.

Andrew obedeció a regañadientes, medio derrumbándose, medio sentándose en una silla cerca del fuego, y apoyó la cabeza despeinada en las manos. Por fin llegó el café, y lord Drake se bebió tres tazas del amargo brebaje de un trago, lo que le hizo recobrar una aparente lucidez. Cuando todo indicaba que no cabía esperar ningún peligro de él, los sirvientes se retiraron al cuarto contiguo accediendo a la petición que les murmuró Madeline.

Lord Drake habló antes de que la anfitriona pudiese abrir la boca.

-Estuve bebiendo tres días seguidos antes de la fiesta en el río farfulló-. El miedo me había enloquecido, pues sabía que algunos bastardos a los que les debía dinero habían puesto precio a mi cabeza. Concebí el estúpido plan de simular que me había ahogado, con la esperanza de que me perdieran el rastro durante algún tiempo. Después del éxito de mi estratagema, me disfracé para ir a

un garito de la parte este. Fue allí donde oí los chismorreos acerca de Logan. Todo el mundo decía lo mismo, que era el hijo bastardo de Rochester. Me volví loco. Nunca he sentido tanto odio como en aquel momento.

-¿Hacia Logan? -preguntó, perpleja, Madeline. La cabeza morena y despeinada asintió cansinamente.

-Sí... Aunque la mayor parte iba dirigida a mi padre. Entre los dos me han convertido en un impostor. Logan era el primogénito y yo ocupé su lugar, se me dio la vida que le correspondía a él. Y siempre fue jodidamente evidente que era el mejor. Mire todo lo que ha conseguido. Siempre me he comparado con él y he salido mal parado, pero al menos podía consolarme sabiendo que la sangre de los Drake corría por mis venas. Ahora parece que también por las suyas.

-Usted es el único heredero legítimo de lord Rochester -dijo Madeline-, y nada cambiará eso.

Lord Drake apretó la delicada taza china con tanta fuerza que Madeline temió que acabara por romperla.

-Pero debería ser Logan, ¿no lo ve? En cambio, él no recibió nada; menos que nada. Dios mío, no puede imaginarse cómo vivió, los castigos que recibió a manos de Jennings, el frío y el hambre que padeció. Mientras yo vivía en la mansión de al lado...

-Usted no podía hacer nada para cambiar eso -le interrumpió Madeline con suavidad.

-Mi padre podría haber... Y saberlo es un calvario auténtico. No puedo soportar ser hijo suyo, y no puedo tolerar que Logan sea mi hermano cuando no he hecho otra cosa que quitarle lo que le pertenecía desde el día en que nací. -Se levantó de la silla y dejó la taza de china a un lado con mano temblorosa-. Lo único que puedo hacer por Logan en compensación es asegurarme de que nunca vuelva a verme.

-Está usted equivocado. -Madeline siguió sentada, posando en él una mirada inmaculada que pareció clavarlo al suelo. Su voz tembló, dominada por la convicción-. Al menos, tenga el valor de enfrentarse a Logan mañana. Creo que, en el fondo de su corazón, piensa que todo el que le importa termina por abandonarlo tarde o temprano. Si alberga algún sentimiento fraternal por Logan, quédese y encuentre la manera de ayudarlo a reconciliarse con el pasado. Si no lo hace, jamás encontrará la paz. Usted es su único vínculo con lord Rochester. No creo que llegue a quererlo jamás, ni siquiera que llegue a gustarle, pero ha de aprender a aceptar que es su padre.

-¿Y cree que puedo hacer algo por él? -preguntó lord Drake con una carcajada sarcástica que sonó asombrosamente igual que las de Logan-. Por amor de Dios, si ni siquiera puedo hacerlo por mí.

-Entonces, tendrán que ayudarse el uno al otro -replicó tozuda Madeline.

Lord Drake volvió a sentarse, riéndose entre dientes sin ninguna seguridad.

-Es más complicada de lo que parece, ¿no es así? Es usted una muchachita tenaz. Pero supongo que no podría ser de otra manera, habiéndose casado con mi hermano.

Sin hablar, se miraron divertidos, hasta que se percataron de la presencia de una figura larga e imprecisa en el umbral de la puerta. Logan... Tenía el rostro contraído y se dirigió a Madeline con voz ronca.

-Fuera de aquí.

Madeline parpadeó confundida.

-Sólo estaba hablando con lord Drake...

-Te dije que no te acercaras a él. ¿Es mucho pedir que obedezcas la más elemental de las órdenes?

-¡Escucha un momento! -La voz de lord Drake sonó cansina y amargamente divertida-. No ha ocurrido nada ilícito, Jimmy. No culpes a tu esposa por algo que ocurrió mucho antes de conocerla.

Logan le ignoró y miró con frialdad a Madeline.

-En el futuro, señora, no interferirá en los asuntos que no son de su incumbencia.

Algo dentro de Madeline pareció marchitarse. Durante meses se había mostrado vulnerable ante él de manera deliberada, con el solo propósito de ganarse su cariño, ofreciéndole lo mejor de ella, y no había sido suficiente. Estaba cansada de intentarlo y fracasar, perdiendo y ganando, una y otra vez, el mismo terreno. Se levantó y contestó sin ninguna emoción:

-Muy bien. No volveré a ser una carga para ti. De ahora en adelante, puedes quedarte con tu intimidad... tanto como desees. -Y salió de la habitación sin dedicarle una mirada.

Logan pasó de observar el umbral de la puerta a dirigir a Andrew una mirada llena de odio.

-Si le pones un maldito dedo encima...

-¡Dios mío! -exclamó Andrew, sacudiendo la cabeza-. No es posible que creas que soy capaz de seducir a tu esposa... o a ninguna otra mujer, en realidad, en este estado. Tengo problemas más acuciantes de los que preocuparme. Además, ella jamás permitiría que me insinuara, no es como Olivia.

-Si vuelvo a encontrarte a solas con ella, te mato.

-Eres aún más imbécil que yo -observó Andrew, sentándose y frotándose la dolorida cabeza-. Pensé que no era posible, pero lo eres. Has encontrado una mujer que te ama de verdad, aunque no se me alcanza cómo ni por qué, y no tienes ni idea de cómo reaccionar.

Logan lo miró con frialdad.

-Estás borracho, Andrew.

-Claro que lo estoy, es el único momento en el que puedo decir la verdad.

-¡Estaría loco si hablara contigo de mi mujer!

-En cualquier caso, estás maldito, hermano... Eres un Drake. Al final, conseguirás ahuyentar a todos los que se preocupan por ti. Los Drake son criaturas solitarias: destruimos a todo el que osa acercarse demasiado, despreciamos a los pobres idiotas que intentan amarnos. Le ocurrió a tu madre, y le ocurre ahora a tu esposa.

En silencio, Logan miró atónito a su hermanastro. En su fuero interno bullía una negativa.

-No soy como él -susurró con crudeza.

-¿A cuánta gente has sacrificado por tu ambición? ¿A cuántos has obligado a alejarse por no permitir que se acercaran? Te has convencido de que estás más cómodo solo. Es más práctico y seguro vivir así, ¿verdad? Estás aquejado de una increíble autonomía, Jimmy... igual que Rochester y yo. -Lo que vio los ojos de Logan le obligó a sonreír sombríamente-. ¿Quieres oír algo extraño? Tu mujer me pidió que te ayudara.

-¿Ayudarme? -se oyó decir incrédulo Logan-. No soy yo el que necesita ayuda.

-Ése es un aspecto a discutir -se burló Andrew, esforzándose en sonreír-. Hablemos por la mañana, hermano... Estoy terriblemente cansado y borracho. Y, mientras tanto, deberías considerar el acercarte a tu esposa y suplicarle que no te abandone.

Aturdido, Logan se dirigió sin prisas a sus aposentos con el sentimiento de que su mundo seguro y confortable se estaba derrumbando. En los últimos tiempos las sorpresas se habían ido acumulando. La noticia de su inminente paternidad, el descubrimiento de ser un bastardo de Rochester, la muerte de Andrew y la subsiguiente reaparición del mismo... Sólo una avalancha así podría haber roto sus defensas. En medio de todo eso, sólo una cosa había permanecido constante e inmutable: Madeline. Generosa, cariñosa, fuerte, mostrándole de todas las maneras posibles que le amaba.

La necesitaba, pero no soportaba admitirlo, ni siquiera para sí mismo. Madeline tendría que contentarse con lo que le diera y no pedir más. Haciendo acopio de sus agotadas reservas de determinación, entró en el dormitorio. Encontró a su esposa sentada en el borde de la cama, llevándose la pequeña mano al vientre. La extraña expresión en el rostro de su esposa hizo que el corazón de Logan saltara en su pecho presa del pánico.

-¿Qué sucede? -preguntó, acercándose a ella a toda prisa.

-Noto que el niño se mueve -dijo asombrada.

Asustado, Logan sólo fue capaz de quedarse quieto, observándola. Movió los dedos en los costados con nerviosismo y, de repente, sintió la imperiosa necesidad de tocarla, de sentir las ínfimas vibraciones de los movimientos de su hijo dentro de ella. El esfuerzo por contenerse le provocó un temblor, un estremecimiento apenas perceptible, que recorrió todo su cuerpo.

Madeline tensó el rostro y se levantó de la cama. Al dirigirse al armario fue cuando Logan vio la maleta que había sacado del estante inferior.

-¿Para qué es eso? -le preguntó con dureza. La voz de Maddy sonó tensa y débil.

-He decidido que no quiero seguir viviendo aquí. Una ira teñida de incredulidad se apoderó de Logan, que replicó con una suavidad burlona.

-No tiene elección, señora.

-Sí, sí que la tengo. A menos que uses la fuerza, no tienes manera de retenerme aquí.

-No tenía ni idea de que esto te resultara tan desagradable -dijo Logan, al tiempo que señalaba el lujoso entorno-. Si no has sido feliz, lo has disimulado de forma bastante convincente.

-Por lo visto tienes la habilidad de hacerme sentir feliz y miserable al mismo tiempo. -Madeline sacó un par de guantes, varias prendas de lino y una bufanda bordada, y lo metió todo en la maleta-. Es evidente que no he sido más que una espantosa molestia para ti. Sin embargo, cuando consiga dejar de quererte, todo será más fácil para ambos.

Logan se acercó a grandes zancadas y se detuvo ante el armario.

-Maddy -dijo con brusquedad-, no debí haberte hablado mal antes. Lo siento. Ahora, deja eso y acuéstate.

Madeline sacudió la cabeza, los ojos escocidos ante la premura de las lágrimas.

-Me rindo, Logan, definitivamente. No has dejado de castigarme por haberte herido, has esperado cualquier oportunidad para demostrarme que puedes desentenderte sin siquiera volver la vista a atrás. Y has dicho lo que pensabas bastante a menudo. Admito que he sido una idiota por esperar que pudieras cambiar. Ahora, todo lo que quiero es alejarme de ti y encontrar algo de paz.

La tranquila tenacidad de Madeline lo enfureció.

-¡Maldita sea, no vas a ir a ninguna parte! -La agarró por los hombros y, cuando sintió el rápido picotazo de la mano de su esposa en la mejilla, quedó horrorizado. Le había abofeteado.

-Suéltame -dijo Madeline, jadeando y mirándolo furiosa.

Había sido tan inesperado como la picadura de una mariposa. Perplejo e indignado, inclinó la cabeza para besarla, intentando ablandarla de la única manera que sabía. En lugar de responder con la dulzura habitual, Madeline se tensó bajo el abrazo y recibió con frialdad los besos que Logan le daba en la boca. Por primera vez, éste percibió una veta acerada jamás revelada hasta entonces por Madeline. Mirando de hito en hito a la pequeña e implacable extraña que tenía delante, dejó caer las manos.

-¿Qué demonios quieres de mí? -preguntó con aspereza.

-Me gustaría que contestaras a algunas preguntas. -Los ojos ámbar de Maddy buscaron los de su marido-. ¿Es cierto lo que dijiste esta tarde, que lo único que te importaba de mí era la criatura que llevo dentro?

Logan sintió que se le oscurecía el rostro por el rubor.

-Estaba furioso porque te pusiste en peligro.

-¿Te casaste conmigo sólo por el niño? -insistió Madeline. Logan tuvo la sensación de que pretendía minarlo de manera sistemática, debilitándole los cimientos con la intención de que se desmoronara.

-Sí, yo... no. Todavía te quería.

--¿Todavía me querías? -dijo casi en un susurro Maddy. Logan se restregó las manos por los cabellos, dejándolos en un salvaje desaliño.

-¡Dios bendito, no discutiré sobre eso!

-Muy bien. -Maddy se alejó con calma y volvió a centrarse en el equipaje.

Logan emitió un furioso ruido y la agarró por atrás sin hacer caso de la rigidez que tensaba el cuerpo de su esposa. Aspiró su perfume y le acarició la nuca con la boca. La larga melena de Maddy amortiguó la aspereza de su voz cuando habló:

-No quiero perderte, Maddy. Madeline luchó por desasirse.

-Pero tampoco deseas amarme.

Logan la soltó con brusquedad y empezó a pasear por el cuarto como una fiera enjaulada.

-Me lo dijiste una vez -explotó, furiosa, Madeline-. ¿Por qué te resulta tan difícil hacerlo ahora? ¿De verdad eres tan frío e implacable? Se detuvo, retiró la mirada de ella y respondió con voz torturada:

-Te perdoné hace mucho tiempo. Entendí lo que hiciste y por qué lo hiciste, e incluso una parte de mí te admiró por ello.

-¿Entonces por qué sigues levantando murallas entre nosotros? -le preguntó con desesperación, sin acabar de creerle.

Un escalofrío agitó los hombros de Logan. Madeline se mordió el labio, esperando, sintiendo que si no hablaba podría llegar a oír las palabras que la harían comprender.

-Sabes que te amo -confesó Logan con la voz rota-. Todo el mundo lo sabe. No importa lo que haga, no puedo evitarlo. -Fue hasta la ventana y apoyó las palmas de la manos en los fríos cristales, mirando con furia el jardín invernal del exterior-. Pero no puedo dejar que vuelva a ocurrir. No quedará nada de mí si te pierdo ahora.

-Pero no me perderás -dijo transida de dolor y confusión-. ¡Logan, debes creerlo!

Scott movió la cabeza con violencia.

-Rochester me dijo... -Se detuvo y tragó saliva convulsivamente-. Mi madre murió al dar a luz. Yo era demasiado grande... Murió por mi culpa. Madeline emitió un gemido de protesta.

-¡Dios mío!, ¿cómo puedes creer eso?

-Es un hecho -dijo con obstinación-. Es culpa mía, y no puedo sentir ninguna dicha por nuestro hijo cuando pienso en lo que podría... No fue capaz de terminar la frase. No era necesario.

-Tienes miedo de que no sobreviva al parto -dijo Madeline, y la estupefacción borró cualquier otra expresión de su rostro-. ¿Es eso lo que intentas decir?

-Cualquier hijo mío por fuerza ha de ser grande... y tú...

-No soy tan débil como para eso -aseguró y alzó la cabeza hacia la sombría cara de su marido-. ¡Logan, mírame! Te prometo que nada nos ocurrirá ni a mí ni al bebé.

-No puedes prometer semejante cosa -replicó con brusquedad.

Madeline abrió la boca para rebatirle, pero de pronto recordó que su propia madre había tenido muchos problemas en los partos. Logan tenía razón: no podía garantizar que no fuera a ocurrir nada.

-¿Qué pasará si tus temores resultan fundados y ocurre lo peor?

-preguntó-. ¿Te resultará más fácil si te separas de mí?

Entonces, se volvió para mirarla, la cara atormentada, los ojos azules brillando por la humedad.

-Maldita sea, no lo sé.

-¿No te cansas de mantener siempre las distancias con el mundo?

-murmuró, mirándole con amor y lástima-. Ven conmigo. Nos tenemos el uno al otro, no hay necesidad de estar solos.

Las palabras de Madeline fueron la perdición de Logan. Con la mandíbula tensa y temblorosa, se acercó a ella en unas pocas zancadas y la rodeó con un abrazo fuerte y doloroso.

-No puedo vivir sin ti-dijo con voz apagada.

-No tendrás que hacerlo, -Enredó los dedos en el cabello de Logan, le besó las mejillas húmedas, y el cuerpo se le aflojó en un alivio incontenible.

Logan se estremeció, y su dura boca encontró la de Maddy en un doloroso beso que pareció hacerse eterno.

-¿Te quedarás? -preguntó.

-Sí, sí... -Sus labios buscaron los de Logan, a los que se pegaron con dulzura.

Entonces fue él el que gimió con un ansioso deseo.

Se arriesgó a hacerle el amor a Maddy, aunque, dicho sea de paso, no tuvo elección. La llevó hasta la cama, se quitó la ropa y se la quitó a ella y le hizo el amor con una ternura salvaje, que le hizo temblar en su esfuerzo por ser tierno.

Al terminar, Madeline, ahita, quedó tendida en los brazos de Logan, demasiado cansada para moverse cuando sintió que éste se apoyaba en el codo para mirarla. Inclinándose, apretó la boca contra el vientre de Maddy, un gesto de esperanza ganado a pulso, lo que provocó que una desgarradora alegría enrojeciera los ojos de su esposa.

-Todo irá bien -murmuró Madeline, poniéndole la cabeza junto a la suya-. Confía en mí. -Y le besó con el corazón desbordante de amor.

Epílogo

Hacía diez horas que duraba el parto. Tras ser desterrado del dormitorio donde Madeline estaba dando a luz a su hijo, Logan se sentó en el cercano salón privado de la familia y, a cada vago sonido procedente de dentro de la puerta, se apretaba con más fuerza el cráneo. Le consolaba un tanto que Julia estuviera con Madeline, infundiéndole ánimos y brindándole su amistad, además de estar disponible para ayudar al médico y la comadrona llegado el caso. Pero nada conseguía traspasar la bruma de preocupación que le envolvía.

Había permanecido con Madeline las primeras horas, pero la visión del dolor de su esposa le puso tan nervioso que el doctor Brooke le ordenó que saliera de la habitación.

-Le sugiero que se haga con una botella de brandy -le aconsejó el médico con una sonrisa tranquilizadora-. Esto aún puede durar varias horas.

Ya se había bebido media botella sin encontrar consuelo para el dolor que corroía sus entrañas. No podía soportar la imagen del sufrimiento de su esposa, de cómo se agarraba a un trapo lleno de nudos a cada contracción, de la manera en que se mordía los labios hasta amoratarlos...

-¡Dios, Jimmy! -Andrew entró en el salón y se sentó a su lado con un sonrisa socarrona-. No lo llevas muy bien, ¿no? Logan le lanzó una mirada de desdicha.

-Es extraño -observó Andrew con ligereza-, para una vez que estoy sobrio, tú estás medio borracho.

Durante los últimos meses, Andrew había limitado la bebida a un ocasional vaso de vino. La rubicundez de borracho había desaparecido de las mejillas, había adelgazado bastante y, por primera vez desde que era un adolescente, estaba delgado y en forma. También había dejado de jugar y llegado a un acuerdo para el pago, con intereses, de las deudas contraídas. Incluso parecía haber conseguido establecer una relación nueva y más íntima con Rochester, algo más blando desde el susto pasado por la «muerte» de su hijo.

-Aún no estoy lo bastante borracho -murmuró Logan, estremeciéndose al oír un grito amortiguado procedente de la habitación. Miró con inquietud hacia la puerta.

-Te estás devanando los sesos -dijo-. ¡Arriba ese ánimo, Jimmy! Las mujeres sobreviven a este tipo de cosas todos los días. ¿Por qué no me acompañas abajo? No tengo reparo en decirte que estoy harto de intentar charlar de nimiedades con esas almas respetables que son tu familia política. Deberías distraerte jugando al anfitrión un rato.

-Preferiría arrastrarme a través de un campo sembrado de cristales rotos.

Una sonrisa de sorpresa e ironía cruzó el rostro de Andrew.

-El gran Logan Scott abriendo su corazón, un espectáculo al que jamás hubiera esperado asistir.

Logan se sentía demasiado abatido para contestar. Levantó la mirada hacia el retrato de la pared, la Madeline que había pintado Orsini y que se había ganado la admiración y las reseñas calurosas de los críticos más destacados de Londres. El artista la había retratado sentada ante una ventana, el codo apoyado en una mesa de nogal, mientras la mirada soñadora de la retratada se perdía en el infinito. Llevaba puesto un vestido muy discreto, excepto por una manga que, cayendo con timidez, dejaba a la vista la palidez de la curva del hombro.

Al pintarla de perfil, Orsini había revelado la delicada pureza de sus rasgos, amén de haber dotado a las desnudas extensiones de cuello, brazos y hombro de una lozanía que permitía al observador apreciar la textura aterciopelada de la piel. El retrato era un estudio perturbador de

contrastes: inocente y aun así sensual, la cara serena y los ojos con un malicioso brillo... Madeline como el Ángel Caído.

-Encantadora -observó Andrew, que había seguido la mirada de

Logan-. Al contemplar esta pintura, nadie sospecharía que puede ser más terca que una mula. -Sonrió en dirección a Logan-. Saldrá de ésta indemne, Jimmy. Si aún fuera jugador, apostaría todas mis fichas a que sí.

Logan asintió en silencio, la mirada fija en el cuadro. Los últimos meses habían estado presididos por la felicidad más intensa que jamás había conocido. Madeline había llegado a serlo todo para él, llenando cada espacio vacío de su vida, desterrando toda la amargura y el dolor y sustituyéndolos por alegría. Por más que la hubiera amado antes, no era nada comparado con su renovado amor. Logan habría bajado al infierno con tal de ahorrarle un momento de sufrimiento. La idea de que tuviera que soportar la agonía del parto sola, de que él no pudiera hacer nada, lo estaba volviendo loco.

De repente oyó el llanto de un niño, y el agudo sonido hizo que se pusiera de pie. Blanco como la tiza, esperó durante lo que pareció una hora, aunque en realidad no llegó a un minuto.

La puerta se abrió, y apareció Julia con una expresión mezcla de cansancio y alegría.

-Tanto la madre como la criatura están de maravilla. Venga, papá, échale un vistazo a tu preciosa hija. Logan la miró con estupor.

-Maddy está... -Se detuvo e intentó humedecerse los labios; tenía la boca demasiado seca.

Julia sonrió y le acarició la mejilla.

-Lo ha hecho muy bien, Logan. Está magnífica.

-Felicidades, hermano -dijo Andrew y agarró la botella de brandy de la mano de Logan, que la sujetaba sin fuerza.

-Dame esto, ya no lo necesitas más.

Apenas consciente de lo que estaba sucediendo, Logan entró en la habitación a grandes zancadas.

Andrew se quedó mirando con nostalgia la mediada botella de brandy que sujetaba y se la dio a Julia.

-Tome -susurró-. No me fío de mí con esto en las manos. A Dios gracias, todavía puedo permitirme muchos otros vicios.

No del todo consciente de las felicitaciones cordiales del médico y la comadrona, Logan se acercó a la cama y se sentó junto a Madeline. Tenía los ojos medio cerrados y sonrió a su marido.

-Maddy -dijo Logan con la voz quebrada. Le tomó la mano libre y se la llevó a la boca, que apretó con fervor contra la palma.

Leyendo el alivio angustiado de la cara de su marido, Madeline murmuró quedamente y lo atrajo hacia ella. Logan hundió la cara en su pecho con un sonido gutural.

-Estoy bien -musitó Maddy, al tiempo que le acariciaba el pelo-. No ha sido tan malo como pensaba.

Logan buscó la boca de su esposa con la suya, y cuando saboreó la dulce y familiar calidez, el pánico se desvaneció.

-He pasado un infierno -dijo cuando separó los labios-. No quiero volver a pasar por esto jamás.

-Me temo que tendrás que hacerlo, querido. Algún día querrás darle un hermanito.

Logan observó con detenimiento la diminuta figura que reposaba en la parte interior del codo de Madeline. Estaba envuelta en lino y algodón, y la pequeña cara rosácea mostraba unos perplejos morritos. En la cabeza lucía un mechón de un sedoso pelo castaño. Logan, maravillado, rozó aquellas hebras aterciopeladas.

-Hola -susurró, rozando con los labios la frente del bebé.

-Es preciosa, ¿verdad? -preguntó Madeline.

-Exquisita -contestó Logan, contemplando la maravillosa creación. Volvió a mirar a Madeline-. Pero no eclipsa a su madre.

A pesar de la incomodidad y el agotamiento, Madeline se rió entre dientes.

-Serás tonto. Ninguna mujer está guapa nada más dar a luz.

--Podría quedarme mirándote durante horas..., semanas..., meses... y nunca me cansaría.

-Tendrás que hacerlo mientras duermo -dijo con un bostezo, y parpadeó como un pequeño buho.

-A descansar -dijo-. Las dos. -Acarició con la mirada a su esposa y a su hija-. Yo cuidaré de vosotras.

-¿Me quieres? -preguntó ella con una débil sonrisa, volviendo a bostezar.

-Antes era amor. -Acarició los párpados cerrados de Madeline con los labios-. Ahora no hay palabras para definirlo.

-Una vez me dijiste que pensabas que el amor era una debilidad.

-Estaba equivocado -susurró, y le besó la comisura de la boca-. He descubierto qué es lo que me da fuerza.

Madeline se quedó dormida con una sonrisa en los labios, la mano reposando en la de Logan.

Se oyó un golpecito en la puerta. Logan fue a abrir y se encontró a la señora Florence en el umbral. En los últimos tiempos se había convertido en una asidua visitante, en teoría para ver a Madeline, pero ella y Logan habían descubierto un inesperado placer en la mutua compañía. Después de todo, tenían bastante en común. Habían mantenido largas y entretenidas conversaciones sobre teatro y, a veces, habían hablado de la madre de Logan, Elizabeth. Había muchas cosas sobre ella que Logan deseaba conocer, así como del hombre que la había hecho madre. Poco a poco, la señora Florence le había ido proporcionando la verdad sobre su pasado, dándole una sensación de plenitud que nunca hubiera imaginado encontrar.

Su abuela se había vestido para la gran ocasión: cuello y muñecas llenas de perlas y el pelo rojo desvaído peinado con elegancia.

-Están durmiendo -señaló Logan, protector del necesario descanso de madre e hija.

La señora Florece le apuntó autoritaria con el bastón de plata.

-Ni se te ocurra creer que voy a darme media vuelta después de subir esas condenadas escaleras. Sólo estaré un momento... Tengo que ver a mi biznieta.

-Muy bien -musitó Logan, franqueándole el paso-. Según parece, nada la detendrá.

Cuando la señora Florence se acercó al borde de la cama, pareció encantada ante la visión del bebé que descansaba en brazos de Madeline.

-Mi biznieta -observó con voz queda y volvió la mirada a Logan-. Qué criatura tan divina; no menos de lo que me esperaba. ¿Habéis decidido cómo se va a llamar?

-Elizabeth -contestó Logan.

La anciana lo miró con unos ojos en los que la humedad había aumentado de manera sospechosa. Hizo un gesto para que se inclinara sobre ella y le besó en la mejilla.

-A tu madre le habría gustado eso, querido niño. Le habría gustado muchísimo.

# FIN